

Mario Bustamante

JÉSSIFER, su fabuloso destino

2013

Derechos reservados 2013
© Mario Bustamante
Prohibida su reproducción por cualquier
medio sin la autorización del autor
Inscripción Registro Intelectual:229679
Colaboración portada Verónica Lavado
Editado por: www.escritores.cl
elanger@escritores.cl

*A mi familia y a mis amigos de siempre...
Y a Marc.
Merci.*

*Un amante es capaz de cabalgar
sobre las telarañas que en verano
pueblan el aire,...
así es la levedad del desvarío.*

William Shakespeare, Romeo y Julieta

JÉSSIFER, su fabuloso destino

Primera Parte

JÉSSIFER, su fabuloso destino

I

Yo vengo de San Rosendo a vivir a la ciudad...

Isidora Aguirre, La Pégola de las Flores.

Me presento, mi nombre es Jéssifer, tengo veintidós años y soy estudiante de técnico en turismo.

—¿Por qué ese nombre?

—Bueno, yo sé que Jéssifer es un nombre, entre comillas original, pero la historia es bien sencilla. Cuando mi mamá estaba embarazada, de mí, por supuesto, un día estaba viendo una revista de modas y una de las modelos se llamaba Jéssika, un nombre que le gustó mucho. Además, quería que cuando yo fuera grande me pareciera a ella; pero al mismo tiempo le gustaba el nombre Jénifer, que era una cantante famosa de su tiempo. Entonces mi mamá dudó terriblemente entre los dos como primer nombre, pero súper ingeniosa ella, pensó en una especie de “mix” de ambos e inventó Jéssifer. ¿Captas? Yo personalmente encuentro súper linda la historia.

—¡Mh!, sí, bien original la historia, y cuéntame, ¿por qué elegiste estudiar turismo?

—Fácil. A mí me fascina lo que es viajar. Me acuerdo que cuando era chica... (error, su mejor amiga le había dicho que se olvidara del “cuando era chica” y lo cambiara por, “cuando era pequeña” que sonaba mejor). Sí, bueno, cuando era pequeña, el tren me volvía loca y mi primer viaje en tren lo realicé desde San Víctor a la capital, a la edad de siete años. Esa experiencia me marcó harto.

—Pero Jéssifer, el turismo no es sólo eso, digo, no sólo los viajes y los trenes. También es sinónimo de agencias, reservas, paquetes turísticos, vuelos, entre muchas otras cosas, que de glamorosas no tienen mucho.

—Ah sí, claro, yo sé, pero todavía no vemos esa parte en el instituto. El año académico comenzó hace poco no más ¿captas? Pero en todo caso a mí me encantan las

agencias. Cuando voy al centro, siempre veo varias, y me gusta ver a las técnicas en turismo con sus uniformes, sentadas en sus escritorios, con sus computadores. Me imagino a mí misma que estoy ahí... es una carrera linda e interesante.

–Sí, por qué no, eres joven y además se te ve bastante entusiasmada. ¿Y sabías que para trabajar en turismo es conveniente saber inglés?

–¡Por supuesto que sí!, y yo voy a hacer todo lo posible por ser políglota.

El entrevistador toma su lápiz llevándolo a su mentón y al mismo tiempo da un profundo suspiro. En su interior no para de repetirse la palabra “increíble”. Luego continúa...

–¿Y sabes lo que quiere decir eso?

–Obvio. Hablar inglés perfecto. Eso... ¿o no? ¡Ay! Ahora me entró la duda...

–Sí, hablar inglés, entre otros idiomas. Ser políglota es tener la capacidad para dominar varios idiomas, no sólo hablar inglés perfecto.

–Ah sí, yo pensé que era eso, lo que pasa es que me puse un poquito nerviosa y me enredé.

Jéssifer tose dos veces y se arregla el pelo, creyendo disimular sus nervios. Luego añade:

–Pero en todo caso me imagino que en el instituto me van a enseñar todo eso. Igual son dos años y medio de estudio y yo soy bien inteligente.

En efecto, Jéssifer se había inscrito en un instituto de turismo y es verdad que había comenzado a estudiar hacía poco. Jéssifer era la típica provinciana que iba a buscar suerte a la capital, “la Sulianita”, “la Carmela de turno”, uno de esos típicos personajes novelescos, la adolescente arriesgada que un día pensó fuertemente en la capital y se le ocurrió que allá las cosas podrían ir mejor.

Jéssifer no era tonta, sólo el resultado de una precaria educación, de los limitados horizontes que le ofrecía la vida de pueblo. Pero cuando decía que era inteligente tenía razón. Jéssifer era poseedora de una memoria de elefante. Era capaz de asimilar conocimientos a la velocidad del rayo, con una facilidad atípica. Podía acordarse de los nombres y apellidos de casi todos los que habían sido sus compañeros en sus primeros años de escuela, pero no tenía conciencia de ello. No sabía que su buena memoria sería una herramienta clave en su vida futura.

Jéssifer no sabía lo que era la cultura general, no tenía idea quién había pintado la Mona Lisa o cuál era la capital de la India; o más simple aún, lo que significaba ser políglota. No, Jéssifer no tenía idea de todo eso porque hasta el momento no le había impedido vivir normalmente en su provincia. Pero en todo caso, el poco tiempo que había pasado en la capital, las experiencias, los errores, la hicieron reaccionar y prometerse combatir esa ignorancia que la traicionaba. En esos momentos ya tenía un nuevo conocimiento en su cabeza, sabía que ser políglota no era hablar inglés perfecto sino varios idiomas; ahora lo sabía porque nadie antes le había explicado el significado de esa palabra. Qué iban a ser capaces de explicarle esos provincianos de San Víctor si en el liceo apenas le enseñaban el castellano. Ahora no lo olvidaría nunca más y evitaría caer de nuevo en trampas como esa, y seguiría aprendiendo, llenando su cabeza de otras palabras, de ideas, de conceptos, como una computadora. Era claro, Jéssifer estaba decidida a convertirse en una esponja y acumular conocimiento a cualquier precio, pero junto con ello, habría que preocuparse también de otros detalles.

Jéssifer buscaba trabajo desesperadamente porque no tenía un veinte en el bolsillo. Estaba viviendo en un departamento que compartía con su amiga Alison, (sí, Alison...), quien había emigrado a la capital dos meses antes que ella. Pero lo de amiga era sólo un decir. En realidad estas dos provincianas no se conocían tanto. Se habían visto en una que otra fiesta del liceo del pueblo y habían conversado una que otra vez de temas intrascendentes, pero su proyecto de triunfar en la capital y conquistar el

mundo las hacía compartir las mismas penurias y tenderse la mano. Jéssifer no quería abusar de la hospitalidad de Alison y con el propósito de llevar una vida más independiente, se puso urgente a buscar trabajo. Compró el diario para revisar los avisos, preguntó personalmente en restaurantes si necesitaban meseras o lo que fuera. A esas alturas ni limpiar baños le molestaba, la cosa era ganarse algunos pesos para pagar el instituto y plata que había pedido prestada por ahí.

La entrevista había sido un fracaso y ella lo sabía. Con la historia del “políglota” lo había arruinado todo y seguro que no la llamarían. El dato se lo había dado una mujer conocida de Alison. Necesitaban jóvenes con buena presencia para promocionar perfumes en la calle. Esta mujer le había dicho que ella podía servir, que era alta y con buena percha, que tenía “el look ideal”.

A sus veintidós años, Jéssifer era una mujer como pocas. Medía un metro setenta y uno, era flaca como un hilo, y a pesar que su dieta consistía mayoritariamente en la ingesta de hot-dogs y hamburguesas –lo más barato–, mantenía su línea intacta. Pelo negro, largo, liso natural, una característica importantísima, considerando que la moda actual imponía a las mujeres torturarse sus cueros cabelludos con el uso indiscriminado de pinzas, tenazas, planchas, o gastar un dineral en champús u otros productos destinados a tal efecto. Su piel era blanca y sus ojos negros. Jéssifer no era linda, pero aparte de la esbeltez de su cuerpo y su buena memoria, tenía otro gran atributo: sus movimientos eran decididos y elegantes. La forma de sentarse, de tomar su bolso, de saludar y despedirse eran como si hubiese tomado clases de buenas costumbres en la más prestigiosa escuela de protocolo. En suma, Jéssifer era una lady sin educación, un diamante en bruto, una piedra preciosa sin pulir.

–¡Ay Alison!, estoy segura que no me van a llamar para ese trabajo. Creo que respondí las preguntas como

una bruta, como la bruta que soy no más. Me confundí entera y no supe lo que decía, respondí puras tonteras, y es una lástima porque tú sabes que necesito tanto trabajar. Tú eres rebuena conmigo, pero no puedo seguir abusando de tu hospitalidad.

–Jéssifer, no seas tonta, no te preocupes, para eso estamos las amigas (con un tono no muy sincero...). Pero estoy bien sorprendida porque tú tienes “buena percha” y estás hecha para ese tipo de trabajo. Debes tener un poco de paciencia y vas a ver que te van a llamar.

–No estoy tan optimista, además no tengo ni teléfono, yo le di el número tuyo al tipo que me entrevistó, ¿captas?

–Pero no es un problema, si llaman por supuesto que te aviso de inmediato.

–Viste Alison, tú eres súper buena. ¡Eres una santa!

–No te pongas tan exagerada tampoco que las santas están en los cielos...

–No, pero en serio Alison, muchas gracias. Tú no estás ni tan bien tampoco y te pones a ayudar a los demás; gracias Alison. Bueno, ahora me voy a ver si hay más avisos en el diario, en una de esas encuentro otra cosa que pueda hacer.

El departamento donde vivía Alison era chico. Un pequeño salón y un dormitorio donde cabían estrechamente dos camas. La única ventaja es que no pagaban caro porque era viejo y estaba ubicado en un edificio antiguo; además era céntrico, lo que permitía a las dos chicas desplazarse más rápidamente a cualquier lado.

Antes de echarle un vistazo al diario, Jéssifer se quedó un rato tirada en su cama pensando si todo lo que estaba haciendo estaba bien. Tal vez habría sido mejor quedarse en el pueblo haciendo cualquier otra cosa. Las dudas la atacaban con fuerza en ese momento y aunque Jéssifer era una mujer decidida, a veces la fuerza y la energía se

le agotaban. Pero no, se dijo, tengo que seguir adelante cueste lo que cueste y se sentó en la cama, tomó el diario con determinación, un lápiz, y comenzó a leer aviso por aviso. Uno le llamó la atención:

“Se necesitan señoritas buena presencia para exclusiva agencia de acompañantes del sector oriente de la capital. De preferencia jóvenes, interesadas en trabajar en una agencia seria, de entre 18 y 30 años, con o sin experiencia, buen físico, con clase y profesionalismo. Ingresos entre 1 a 2 millones de pesos mensuales. Interesadas escribir al correo chicyglamour@tumblr.com de preferencia adjuntando foto de cuerpo entero”.

Jéssifer sabía exactamente el significado de este aviso. Había visto reportajes que hablaban de ellos. Sabía que era prostitución encubierta. Pero al mismo tiempo, estaba desesperada. ¿Por qué no tomarlo en consideración como una salida transitoria? Seguro que con el dinero que ganaría como puta de lujo podría pagarse un regio departamento y sus estudios de turismo. Pero por otro lado, su ángel bueno le decía “¡No!, luego te vas a acostumbrar y todo se convertirá en un círculo vicioso sin escapatoria”. Realmente estaba confundida.

Finalmente se levantó de la cama y se dirigió al primer cibercafé que encontró en el barrio. En su mente ya había preparado el contenido de su mail, que no era tan complicado, sólo decir que estaba interesada en el trabajo y mandar la foto, esperando que alguien en el ciber la ayudara. Habría que escanear la foto y en ese tipo de cosas, la tecnología la superaba.

Elegió una que le gustaba mucho. Se la habían tomado para la graduación de secundaria. Se veía regia. Para esa ocasión, se había conseguido un vestido celeste con una prima, la prima milagrosa que siempre saca de apuros, y se había montado en unas sandalias con tacones de quince centímetros que hacían relucir su cuerpo de gacela. Jéssifer se acordaba que prepararse para ese momento le había tomado más de una hora, entre ajustarse el vestido, el maquillaje y elegir las joyas que combinaban. Todo para ir a una fiestecita en el club social del pueblo. Pero no

importaba, lo había pasado bien igual y se había sentido como una princesa, una chica del jet-set, una VIP, una star.

En sus delirios pasajeros, Jéssifer se imaginaba que un magnate norteamericano, dueño de cientos de pozos petroleros, la estaría esperando a la salida de su casa en una limusina negra y que el chofer le abriría la puerta diciéndole “*good evenig lady, please come in...*”, mientras su cabello se agitaba con el viento y su vestido celeste relucía como el de una miss universo.

Jéssifer se veía subiendo al kilométrico automóvil con gracia y elegancia, tal como le había enseñado su amiga Lucy, la presentadora que tenía el programa en la televisión por cable y que enseñaba como comportarse en sociedad, como subirse y bajarse de un auto, como sentarse en la mesa y usar los cubiertos. Con su prima no se la perdían por nada del mundo todos los sábados a las cinco y media en People Channel, el canal de las estrellas.

Pero el sueño no terminaba ahí. Luego, su magnate le ofrecería una copa de champán francés, que según Lucy era el mejor, y le preguntaría si deseaba escuchar algo de música.

—¡Sí! Responde Jéssifer con entusiasmo. La canción de Titanic por favor, la de Celine Dion. *I like it very much!* En sus sueños Jéssifer hablaba inglés sin acento.

Su galán le hace saber que estaban realmente conectados, en sintonía, porque a él también le gustaba mucho esa canción. Entonces busca inmediatamente en la pantalla del computador, por artista, y escribe Celine Dion, y ahí estaba la canción “*My heart will go on*”, que ambos disfrutaron por un momento, antes de darse un beso.

Jéssifer despertó abruptamente de sus sueños con el cañonazo que afuera anunciaba el mediodía, regresando de Hollywood al planeta Tierra. Tenía que apurarse, el ciber podía cerrar en cualquier momento. Tomó la foto, la metió en su cartera junto con unos cuantos pesos que le quedaban y salió corriendo.

–Chao Alison, voy al ciber que está aquí en la esquina. Vuelvo luego, ¿ok? –dijo gritando.

–Perfecto, no hay problema –alcanzó a responder Alison, quien estaba muerta de curiosidad por saber en qué pasos andaba su amiga.

Apenas Jéssifer puso un pie fuera del departamento, el teléfono celular de Alison sonó.

–Sí, buenas tardes. Habla Armando Betancourt de la agencia de modelos Linda Gordon y necesito contactar a Jéssifer.

–Mire, este es el teléfono de una amiga y ella acaba de salir, pero yo puedo darle el recado.

–¿Le podría decir por favor que necesitamos verla lo antes posible? Mañana a más tardar, antes de las seis, es por el trabajo de promotora de perfumes. Ella sabe como contactarme.

–Claro, yo le diré que le devuelva el llamado.

–Muchas gracias. Finalizó el tal Armando.

Al cabo de una hora, Jéssifer volvió al departamento. Había enviado su mail. Alison estaba sentada mirando la televisión. Jéssifer la notó un tanto nerviosa, estaba con el control remoto haciendo zapping, costumbre rara en ella porque enganchaba fácilmente con cualquier programa y se quedaba pegada mirando con cara de zombi.

–Alison, ¿te pasa algo?

–No, ¿por qué dices eso?

–No sé, estás como nerviosa, apretando ese control remoto como loca.

Alison sabía que en cualquier momento Jéssifer le preguntaría si había recibido algún llamado.

–Oye, Alison, ¿no me llamaron por casualidad?

Antes de responder, en lapso de segundos, Alison pensó: si le digo que sí, ella va a ir a la entrevista y con la suerte que tiene le darán el trabajo; si tiene trabajo se irá

de aquí y yo me quedaré sola. El tenerla aquí me sirve de compañía, por lo menos tengo con quien conversar y pasar el rato. A ella siempre le ha ido mejor que a mí y seguro que si le digo que la llamaron, ya no la veo más. Tampoco sería capaz de verla triunfar en la capital antes que yo, no es justo, yo me vine antes y todavía sigo lavando platos en un restorán de mierda. Seguro que ella va a terminar como una gran dama.

–Oye, Alison, te hice una pregunta–insistió Jéssifer.

–Ah, sí, pero no, no... No te han llamado de ninguna parte.

Hay una teoría que dice: dos veces No = Sí.

Jéssifer desconocía esta teoría; entonces se quedó callada y se conformó con la respuesta.

II

La vie n'est pas un long fleuve tranquille. Maman...
(*La vida no es un río tranquilo. Mamá...*)

Del cine francés

Era lunes y Jéssifer se levantó temprano. “A quien madruga Dios le ayuda”, se decía, y trataba de ser fiel a este precepto. Hacía frío en la capital. Transcurría el mes de marzo y había un clima de agosto. Jéssifer se puso sus jeans preferidos. El preferido de los dos pares que tenía. Se los había comprado en la ropa americana. Unos Le-Bis negros que le quedaban de maravilla. A ellos, les sumó una chaqueta de cuero que le hacían la tenuta perfecta, estándar, apta para cualquier ocasión. Ese día no tenía ninguna entrevista, ningún dato de trabajo, nada importante que hacer pero tenía ganas de estar linda, de maquillarse, de verse y sentirse bien. Una chica con autoestima alta, femenina, radiante. (Lucy siempre usaba esos adjetivos, por lo tanto, Jéssifer también). Quería iniciar una nueva semana con buenas energías, confiada en que las cosas se arreglarían. No iba a dejar que una respuesta negativa la bajoneara a tal punto de dejarla tirada en la cama llorando sin ganas de hacer nada. No, pensó, lo más terrible sería volver al pueblo con la cola entre las piernas, fracasada y sin ningún veinte en el bolsillo. Había que activarse.

Como si nada, Jéssifer pensó en su madre y en la debilidad que la caracterizaba y no quería seguir sus pasos. Eunice, su madre, era una mujer sin destino, había sido madre soltera y del padre de Jéssifer ninguna noticia. Como en muchas familias de campo, fue su abuela quien ayudó a criarla. Alguien tenía que alimentarla y ayudarla a crecer. Su madre no sabía hacer nada, sólo mirar la televisión y soñar con un príncipe poco le importaba el color. Se enamoró entonces del primero que encontró, de un color no muy transparente y éste la dejó embarazada a la primera.

La abuela de Jéssifer era la fuerte y aunque aceptó el embarazo de su hija y contribuyó a la crianza de una nieta,

no dio crédito al comportamiento de Eunice. Se distanció de ella. En el fondo de su alma la vio siempre como una traidora, porque pensaba que ser madre soltera era la más grande de las estupideces. Creyó que su hija podría haber tenido un futuro mejor. Pensó que sería lo suficientemente “*avispada*” para encontrar un buen hombre, un hombre trabajador, que la hubiese llevado al altar para casarse “como Dios manda”, bendecidos por la Iglesia. No era mucho pedir.

Jéssifer nació un 16 de marzo en el hospital del pueblo, a las cinco de la mañana, quizás por eso era tan tempranera. Nació fuerte y sana y podía adivinarse como evolucionaría su silueta en el futuro, piernas largas, dedos largos, con el peso justo. Eunice siguió al pie de la letra todos los consejos del doctor e hizo todo lo posible por alimentarla correctamente, no sobrealimentarla, no quería que le dijeran que tenía una hija gorda. La abuela la adoraba y se transformó en la nieta querida. Con el tiempo, el amor de Jéssifer por su abuela, fue incluso mayor que el que sentía hacia su propia madre. Cuando su abuela murió Jéssifer lloró a mares. No pudo soportar el hecho de no poder verla más, pero el tiempo todo lo cura y terminó aceptándolo.

Al entrar a la adolescencia un carácter obstinado y rebelde se despertó en ella. Su abuela era así, lo que la convenció que era su herencia y se sentía orgullosa por eso, a pesar de innumerables peleas que esto provocaba con su madre, de la cual no había heredado nada, sólo uno poco de su aire soñador.

De su padre nunca tuvo ninguna información. De él, sólo había heredado el pelo negro y liso.

Al salir a la calle, Jéssifer sintió el frío calarle lo más profundo de los huesos. Lo primero que hizo fue ir al cibercafé, envuelta en una gruesa bufanda de lana, para ver si había recibido algún mensaje:

–Hola Robin. ¿Cómo estás? –preguntó al responsable del ciber.

–Bien Jessy, ¿y tú?

–Estoy muerta de frío. No hallo la hora de que llegue el calorcito.

–Vas a tener que tener paciencia no más, porque falta hartito.

–Oye, vengo a ver si me ha llegado algún mail.

–Claro. Anda al compu número tres que está desocupado. ¿Te acuerdas como funciona o necesitas que te ayude?

–Si no te molesta...

–Si para eso estamos los amigos.

–Gracias, Robin...

Robin, el responsable del ciber, había sido agradable desde el principio con Jéssifer; éste la había encontrado simpática y bonita, le había caído bien y quedaron de amigos.

–Tienes un mensaje. Ahí te lo dejo abierto para que lo leas.

“Estimada señorita. Recibimos su mensaje con su foto y estaríamos interesados en conocerla para poder hablar más detalladamente.

Preséntese en calle Las Camelias 2198, este viernes a las 15:30 horas. Tenida formal exigida. Muchas gracias”.

Jéssifer no supo como reaccionar con la respuesta. Robin la miró y no supo descifrar si su cara transmitía pena o alegría.

–¿Qué te pasa, flaquita?

–No, nada. Lo que pasa es que parece que me salió un trabajo, dice que tengo que ir en comida formal y no tengo nada que ponerme, por eso mi cara, ¿captas?

–Sí captó, flaquita, pero no te preocupes, si quieres

yo hablo con una amiga que tiene una tienda aquí al lado. Ella te puede pasar algo de ropa y después le pagas, claro que con intereses eso sí.

–¿En serio Robin, harías eso por mí?

–Seguro flaquita, si me caes súper bien.

–Gracias Robin, tú también me caes súper bien. No sabes cuánto te lo agradezco.

–Buenos días, señorita, adelante por favor. ¿Cuál es su nombre?

–Jéssifer, Jéssifer Cárdenas.

–¿Cómo consiguió la entrevista?

–Por mail y me mandaron un mensaje para que viniera.

–Perfecto, pase y siéntese, de ahí la van a llamar.

Cuando Jéssifer entró a una especie de sala de espera, se encontró con cinco mujeres más, todas bien atractivas y muy jóvenes. Jéssifer se sentó tímidamente junto a una de una de ellas y comenzó a mirar las paredes y el techo. En realidad no había nada que mirar. La pieza, aparte de las sillas, estaba casi vacía. Sólo había, en un rincón, una mesita de mimbre con una gran concha de caracol que aparentemente sirvió de cenicero antes que en el país fuera aprobada la ley que prohibía fumar en los lugares públicos.

La vecina de Jéssifer, una chica de unos veinticinco años, pelo castaño y ojos verdes, enviaba un sms a una velocidad increíble. Casi sin mirar. Cuando hubo terminado, vio que Jéssifer estaba sentada a su lado y que la miraba.

–Hola, me llamo Karen ¿y tú?. Preguntó la mujer de manera abrupta, dando comienzo a la conversación.

–Jéssifer.

–¡Mh!, qué nombre más original, nunca lo había escuchado.

–¿Ah sí?, todos me dicen lo mismo.

–Oye, ¿y es la primera vez que postulas para este tipo de trabajo?

–Sí, primera vez.

–Se nota. Estás nerviosa. Igual que yo la primera vez...

Jéssifer se sentía incomoda ante la desenvoltura de su interlocutora, que hacía las preguntas que le daba la gana sin el menor pudor.

–Mira, yo tengo mucha experiencia en este trabajo. Me decidí a entrar en esto cuando estaba en mi segundo año de universidad y la plata que me daban mis viejos no me alcanzaba para nada. Ahora me falta sólo un año de estudios y apenas termine la carrera me salgo. Una amiga me dijo que esta agencia funcionaba bien y que el trabajo era “light”.

–¿Light? –repitió Jéssifer, quien asociaba este término únicamente a bebidas y yogures.

–Sí, quiere decir que no tienes mucho que hacer. Sólo acompañar a viejos calientes a dar una vuelta y que basta con mostrarles una teta y quedan felices. La mayoría son de afuera y vienen al país por negocios. Te pagan y no les ves nunca más la cara.

Jéssifer estaba sorprendida de la forma tan directa de expresarse de esta tal Karen, y aunque no era una puritana, sus palabras le chocaban. Sin embargo sintió curiosidad y quiso saber más de ella.

–Oye, ¿y qué estudias tú?

–Estoy en mi quinto año de marketing.

Jéssifer no era capaz de darle forma al concepto marketing, lo escuchaba a cada rato en la tele, pero sería incapaz de explicar si tenía que ver con las ventas, el

comercio o los mercados. Lo único que tenía claro es que al parecer era una carrera que estaba muy de moda y que era bien rentable.

–Pero tú te ves bien ingenua, ¿qué edad tienes?
–prosiguió Karen.

–Veintidós.

–¿Y qué haces aparte de esto? ¿Es tu primera vez?

–La verdad que sí.

Jéssifer tuvo ganas de hablar, de sincerarse, de contar su vida.

–Me vine hace poco tiempo a la capital y ahora estoy tratando de buscarme un trabajo. Me inscribí en un instituto de turismo, pero no tengo plata para pagarlo. En realidad no tengo plata para nada. He estado a punto de volver al campo. Yo no soy tonta y sé de que se trata todo esto, pero por el momento es mi única salvación, ¿captas?

–Mira Jessi...ner, yo no quiero decirte que esto es genial, porque no lo es. Tienes que vivir mintiendo. Es verdad que se gana el dinero fácil, pero tienes que estar dispuesta a asumir las consecuencias. Con el tiempo aprendes como mentir fácilmente, a tu familia, a tus amigos, a tu novio, pero el remordimiento y la culpa no te abandonan nunca.

–¿Tienes novio? –le preguntó Jéssifer sorprendida.

–Sí. Y te aseguro que no es nada fácil mirarlo a los ojos después de haber estado con un viejo de mierda. Jénni...ter mira, no quiero influenciarte, finalmente tú decides sobre tu vida y tus actos, pero tú eres joven y nada fea. Piensa mejor antes de meterte en esto. Puedes buscar otro trabajo. A veces el camino más fácil no es el mejor y yo sé por qué te lo digo.

Karen le habló a Jéssifer con franqueza, sin pelos en la lengua. Le contó muchos aspectos de ese mundo que ella desconocía, de los abusos, de la droga, de la violencia. Le relató casos concretos, le describió las escenas con detalles. Sabía de lo que hablaba y no medía la intensidad de su discurso porque se veía reflejada en Jéssifer cinco años

atrás, cuando cansada de andar pidiendo plata prestada por aquí y por allá, decidió comercializar su cuerpo. Le hablaba a Jéssifer con una mirada directa, con palabras duras, para que tomara una decisión basándose en la realidad; le hablaba como una madre, como una hermana. Y Jéssifer escuchaba atenta, con miedo, con una mezcla de sentimientos que la hacían sentir como una tonta que no sabía nada de la vida.

Jéssifer pensó en algún momento que Karen le estaba tendiendo una trampa, que trataba de disuadirla, de hacerla desertar, bajar la competencia y tener más oportunidades ella. Asimismo pensaba lo contrario, que Karen le decía la verdad y eran verdaderos consejos. ¿No sería esa una señal del destino para no hacerla cometer el error más grande de su vida?

–Jéssifer (al fin Karen había acertado con el nombre). Yo conozco perfectamente la historia de la provinciana que viene a buscar suerte a la capital, yo fui una de ellas también, me vine cuando tenía diecisiete y las vi negras, con decirte que hasta tuve que ir a dormir a una hospedería en varias oportunidades. Yo sé que no es fácil, pero si quieres te puedo echar una mano sin que te metas en esto. Tengo algunos contactos que podrían ayudarte a salir del hoyo sin necesidad de que te metas a puta. Tal vez no vas a ganar tanta plata, pero, bueno, lo suficiente para poder pagar tus estudios e irte a vivir sola.

Jéssifer pensó en el cuento de La Cenicienta y su hada madrina. Todo no podía ser tan perfecto, esas cosas sólo pasaban en las teleseries. En reiteradas ocasiones su desconfianza la había ayudado a evitar una catástrofe, pero al mismo tiempo veía en los ojos de Karen cierta sinceridad que la hacía creer.

–¿Y en qué consistiría esa ayuda? –preguntó segura.

–Tengo una amiga que trabaja en Batha.

–¿En Batha?

Jéssifer no podía creerlo. Batha era una tienda de ropa

cara que sólo estaba presente en la capital. Tener unos zapatos o un jeans Batha, era comparable a Gucci, Armani o Prada. La publicidad de la tele era top y las modelos en las imágenes, el prototipo al cual toda mujer aspiraba: altas, flacas, sonrisa blanca y radiante. La gran boutique Batha estaba ubicada en el barrio alto y para obtener un trabajo ahí, había que pasar veinte mil castings y entrevistas. Eran mentiras. No podía ser verdad.

–¡Pero Batha! ¿Estás segura? ¿La marca que sale en la tele?

–Sí, segurísima. La misma de la tele. Sólo que en la tele todo se ve tan lindo y perfecto y en el fondo es un negocio como cualquier otro. Tengo una amiga que trabaja ahí, es la directora, y anda buscando gente. Mira, yo la voy a llamar esta tarde y le voy a hablar de ti, ¿ok? Tiene un carácter un poco especial pero es buena onda, seguro que va a querer conocerte. Apenas eso pase, me llamas de inmediato, así yo te podré dar algunos consejos. Toma, esta es mi tarjeta:

Karen Larraín Dumas
Marketing y Relaciones Públicas
099.26.29.99

–Dame tu teléfono.

–Ah, sí, mi teléfono, es que...

–No me digas que no tienes teléfono. ¡Pero Jéssifer!, ¡es fundamental! Aquí no eres nadie si no tienes un celular. Pero no te preocupes, llámame mañana temprano de un teléfono público y ahí te daré toda la información. Ahora te dejo. Es mi turno.

–Ok, bueno, muchas gracias...

Jéssifer no sabía si pararse e irse considerando la propuesta de Karen o seguir esperando tu turno. En la tienda que le había recomendado el Robin había pedido a crédito un par de zapatos, unas botas y otras prendas que aunque no muy onerosas, debería pagar en algún

momento. Estas y otras deudas se le venían a la cabeza y no sabía qué pensar, estaba desorientada.

Finalmente decidió no cuestionarse más. A veces se estaba en el lugar justo, a la hora justa, conversando con la persona correcta. Tal vez era el caso. Entonces se paró y se fue, dejando al destino jugar las próximas cartas.

Eran las seis de tarde y Jéssifer tenía hambre. El barrio alto de la capital lo había frecuentado pocas veces, pero su buena memoria y sentido de la orientación la ayudaba a desplazarse sin problemas.

Le urgía encontrar un boliche donde comprar un sándwich y tomarse un café. No quería volver a su casa de inmediato y encontrar a Alison con su típica cara de domingo en la tarde. Prefería estar sola con sus pensamientos y tratar de reflexionar en todo lo que había vivido ese día.

Caminó cinco cuadras. Vio como las personas salían de sus trabajos con cara de cansancio. Mujeres ojerosas, con el pelo desordenado, algunas con un cigarro en la boca, disfrutándolo, como si se tratara de la recompensa después de una ardua jornada. Los hombres con sus camisas arrugadas saliéndose del pantalón, los nudos de las corbatas deshechos.

Sintió envidia de toda esa gente. A pesar de todo, ellos tenían una vida capitalina ya formada, mientras que ella estaba dando vueltas y vueltas como una bola huacha, en busca de lo que ellos ya tenían.

Se acordó que al día siguiente tenía clases en el instituto de turismo, el “New York City”, donde debía ir dos veces a la semana, si es que había profesores, pero dudó que valiera la pena seguir yendo y endeudándose inútilmente. Hasta el momento no le había servido para nada, aprendía más viendo los programas de la tele, especialmente los de Lucy. Además había que reconocer que el famoso instituto era de quinta categoría, no tenía ni calefacción, los vidrios de las salas de clases estaban

rotos, los pizarrones eran con tiza, cuando la mayoría de los establecimientos educacionales tenía pizarras blancas donde se escribía con plumones de tinta. Y lo peor: ni siquiera estaba reconocido por el Ministerio de Educación. Pero se autoconvenció que debía ser paciente, que todo no podía cambiar de la noche a la mañana. Un trabajo, necesitaba un buen trabajo y todo sería más fácil después. Agotaría todos sus medios para conseguirlo. Aumentaría sus rezos a la Virgen de los Rayos, invocaría a su abuela y a todos los santos e iría a dejarle flores al Cristo de Mayo, el de la iglesia de los Agustinos que decían que era tan milagroso. Su abuela siempre le decía que la fe era lo último que se perdía.

Su estómago no soportaba más, tenía que comer algo y se acercó a un café en una calle poco transitada que le pareció aceptable para el poco dinero que tenía. Sintió un poco de vergüenza de entrar sola, tenía la idea que una mujer sola en un café o un restorán era mal visto. Su abuela decía que eran las mujeres de mal vivir que entraban a los bares a tomar un trago sola. Le dio risa pensar en eso y entró igual. En el fondo le dio lo mismo. Estaba cansada y tenía hambre.

Se sentó a una mesa que daba hacia la calle, pidió un sándwich de jamón y queso con un café grande. Revisó su cartera y las monedas que le quedaban le alcanzaban justo para pagar el consumo, después caminaría hasta el departamento, que le quedaba a diez cuadras. Los pies le dolían con los tacos que no tenía la costumbre de usar, así que aprovechando que estaba sentada, bajó el cierre de sus botas negras que le llegaban hasta la rodilla y así pudo descansar un poco. La sangre de sus piernas contraídas por la presión comenzó a circular, una sensación de alivio y relajo la invadió y la hizo respirar profundamente. Una vez cómoda, tomó el cuchillo y el tenedor con la gracia y elegancia que la caracterizaban y empezó a comerse su sándwich. El café estaba hirviendo así es que lo dejó enfriar mientras comía, además Lucy decía en su programa que las bebidas calientes, fueran éstas, café, té, chocolate o sopas, había que dejarlas reposar antes de consumirlas. Quemarse la boca en público no era un acto muy elegante.

Jéssifer disfrutaba de la soledad, nunca pensó desesperadamente en buscar marido, no era de esas mujeres que andaban con el traje de novia en la cartera. Si aparecía un hombre en su vida bien, si no, mala suerte. No era un tema que la dejara sin dormir.

Mientras tomaba su café, pensó en Batha y su posible futuro trabajo. Se imaginaba luciendo el estilo de ropa de la tienda y ocupándose de sus clientas. Pensaba en lo orgullosa que se pondría su madre que podría contarle a todas sus amigas y vecinas que su hija trabajaba en Batha. Pensó en Karen. ¿Y si Karen era una mentirosa? Era una posibilidad, aunque parecía sincera, no sería tan mala y mentirle tanto. No, se decía, había claridad en su mirada. Y si por último era una mentira tampoco era en fin del mundo, seguiría luchando sin darse por vencida, continuaría empapelando la ciudad entera con sus currículos si era necesario.

Apenas Jéssifer recibió la tarjeta de Karen, se aprendió de memoria su nombre completo y su número de teléfono. Al día siguiente iría al ciber de Robin y la llamaría sin grandes expectativas. No hacerse ilusiones era una táctica que había aprendido hacía mucho tiempo.

El café caliente le hizo volver el alma al cuerpo. Lo bebió hasta la última gota.

Ya era tarde. Se inclinó para subir el cierre de sus botas. Sacó el dinero para pagar la cuenta y lo puso sobre la mesa. Se puso de pie y tomó su cartera. Cuando el mozo la vio acercarse a la salida corrió a abrirle la puerta.

–Buenas noches. Le dijo Jéssifer con una sonrisa.

–Buenas noches, señorita. Respondió el hombre correspondiendo la sonrisa.

Una vez afuera, Jéssifer comenzó a caminar tranquilamente las diez cuadras que la separaban del departamento.

En esas diez cuadras un montón de pensamientos la asaltaron. Los pies comenzaron a molestarle nuevamente pero los pensamientos le ayudaron a concentrarse en otra cosa y apaciguaron el dolor.

Imágenes de San Víctor vinieron a su cabeza, su pueblo y su gente, sus vecinos, la que fue su casa. Pensó en su madre a la que había dejado sola, en su abuela muerta, en la plaza del pueblo, en su centro, compuesto por dos calles donde los negocios podían contarse con los dedos de la mano, entre ellos, un minimarket, una peluquería, una panadería, una farmacia y el video club Shuart-Zeneguer, donde arrendaba las películas que veía con su madre. Ahí fue donde arrendó Titanic, que tanto la hizo llorar. Más aún cuando supo a través de un reportaje en la tele que había sido creada a partir de un “hecho de la vida real”. Las películas la apasionaban y fue una de las alegrías más grandes de su vida cuando su madre se ganó un lector de videos en un bingo del colegio. Un Zonic, nuevecito de paquete. No podía creerlo.

Sus recuerdos también la llevaron al colegio donde hizo sus estudios primarios y secundarios, el colegio B-056, frente de la Plaza de Armas. Tantas cosas le habían pasado en ese lugar, tantas amigas y enemigas, profesores de los cuales se acordaba con alegría y de otros con odio. Era el caso del “Coto Meléndez”, que enseñaba matemáticas y que estuvo a punto de dejarla repitiendo de curso si no le mostraba los calzones, petición a la cual accedió porque no le quedaba alternativa. Una mostrada de calzones era menos humillante que repetir un curso. Y de Francisco Lorca. Nada malo que decir. Era el profesor de artes plásticas, lindo como un ángel, simpático y siempre con su sonrisa de comercial de la tele. Todos decían que era mariquita, que “se le quemaba el arroz”, pero Jéssifer no le daba importancia a ese tipo de comentarios. En el colegio se decían tantas cosas de todos, seguro que era un chisme; además, cuando ella se acercaba a su escritorio para preguntarle algo sentía que le miraba sus tetas con insistencia.

–Señorita Cárdenas –le decía–, si usted se lo propone va a llegar muy lejos, con ese físico de modelo que tiene...

–¡Ay profel!, no diga eso que me hace poner roja como un tomate –respondía Jéssifer.

Y de nuevo su madre... Pensó en lo rápido que se estaba poniendo vieja y achacosa. Se arrepentía de haberla dejado sola, pero no tenía otra solución. Su destino era lo primero. Para aplacar su culpa trataba de llamarla seguido, o le escribía cartas que siempre decían lo mismo: querida mami, no te preocupes, estoy súper bien, hace frío, esta ciudad es linda. El papel resistía todo. Lo que la tranquilizaba era saber que sus vecinas eran unidas y solidarias. La visitaban y estaban pendientes de ella.

La culpa, la culpa, siempre presente. Pero Jéssifer sabía que debía impedir que la culpa se hiciera recurrente o de lo contrario terminaría abandonado todo y volviendo al pueblo. Ella no quería eso.

Por fin llegó a su casa cansada como nunca. Las botas le lastimaron los talones y tenía dos ampollas gigantescas. Alison estaba durmiendo así que sin hacer ruido fue al baño, se hecho un poco de alcohol en los pies y se puso una venda en cada herida. No sintió dolor. Se concentró en el número de teléfono de la Karen y su flamante trabajo en la mítica tienda Batha.

III

En cualquier actividad Etiquet le da seguridad

(Un viejo eslogan de desodorante...)

El reloj despertador made in China con la música de Los Pitufos sonó a las siete de la mañana en punto, la hora en que Alison se levantaba para ducharse y partir a su trabajo. Este tiempo le servía a Jéssifer para pensar en lo que se pondría. No tenía mucha elección. Tenía la ropa que había pedido a crédito donde la amiga de Robin y algunas cosas que había traído del campo.

Habría que hacer milagros una vez más. Se decidió por una falda a cuadros blancos y grises y un blazer corto, color violeta “tipo Chanel”, y de zapatos, no tenía otra alternativa que ponerse nuevamente las botas que tanto la habían hecho sufrir.

Cuando Alison se fue, se metió rápidamente al baño, tomó una ducha, se vistió y se maquilló. No sabía cómo, pero el último programa de Lucy la había orientado sobre los colores más adecuados para todo tipo de ocasión. Gris para una fiesta, tonos claros para el día, gris perla para una entrevista de trabajo. Tomó la buena decisión. Lucía sobria. Tenía buen gusto.

Finalmente salió del departamento y fue llamar por teléfono donde Robin.

–¿Aló? ¿Karen?

–Sí, con ella, ¿quién habla?

–¿Jéssifer?, ¿te acuerdas?

–Jesif... ¿qué?

El rostro de Jéssifer se descompuso. Karen no respondía. No se acordaba de ella. Karen la había engañado...

–¡Ah!, ¡Jéssifer!... Por supuesto que me acuerdo de

ti y además te tengo excelentes noticias. ¿Tienes papel y lápiz con que anotar?

Jéssifer respiró aliviada sacando rápidamente un lápiz y un papel de su cartera.

–Sí, claro, dime.

–Anota: Blanca Montes, calle Las Torres de Mori 191. Blanca te espera hoy a las tres, y sé puntual porque no le gustan los atrasos. Un consejo, habla lo justo y lo necesario, y por favor no digas “captas”, ¿ok? Bueno, en todo caso vas muy bien recomendada. Llámame para ver cómo te fue. Ahora tengo que colgar, no tengo mucho tiempo... ¡Suerte!

Después del llamado Jéssifer quedó más nerviosa. no sabía si regresar al departamento para hacer cambios en su vestuario o ir como estaba. De todas formas regresando perdería tiempo. Decidió ir como estaba.

–Robin, ¿Qué opinas de mi look?

–Estás linda, como una reina de belleza...

–¿En serio?

–Pero en serio, yo jamás le mentaría.

El Robin no era un experto de la moda, pero al menos sus palabras le sirvieron de aliento y la hicieron sentirse más segura. Además, Lucy –la del canal de las estrellas– decía que siempre se debía ser natural y creer en sí misma; eso era lo más importante.

Salió del cibercafé y tomó el bus que la llevaría a la dirección indicada por Karen.

La calle Torres de Mori estaba en uno de los barrios más top de la capital. Un barrio que nada tenía que ver con el centro de la ciudad. Todo era perfecto, las calles limpias, jardines espectaculares, fachadas de los edificios glamorosas, autos lindos, y casi no se veían buses de la locomoción colectiva. La gente andaba bien vestida. Las

mujeres con el pelo bien teñido. Era otro mundo. En el sector había mucho comercio. Aparte de Batha, había otras tiendas de ropa, de muebles y objetos de decoración. La mayoría tenía espacios publicitarios en la televisión.

Jéssifer llegó en un bus que la condujo directo del centro y se sentó a esperar la hora sentada en una pequeña plaza hasta cinco para las tres de la tarde. Durante los minutos de espera su mente se echó a volar. Se preguntó que hacía ahí. Tuvo miedo, pánico. Se sintió débil, desprotegida, ridícula. Se esforzó por cambiar de actitud pero sin resultados. Sus manos transpiraban a pesar del frío. Cerró los ojos y pensó en su vida, en su destino. Quería cambiar, quería tener un trabajo, quería surgir, ser otra. Debía lograrlo y estaba cerca.

Tomó su libreta de direcciones para anotar el nombre y la dirección de Batha. En su libreta figuraba el nombre de Armando Betancourt, el tipo que la entrevistó para el trabajo de los perfumes. Nunca me llamó, pensó.

La hora llegó. Jéssifer entró a la tienda con paso decidido y la frente en alto. Había un guardia en la puerta al que le dijo buenos días. El interior estaba casi vacío, por lo visto, la gente recién regresaba de almorzar. Se acercó a una de las vendedoras para preguntar por Blanca Montes. Ésta le contestó que debía dirigirse hacia el fondo de un corredor, al área administrativa, y que el nombre de Blanca Montes estaría escrito en la puerta de su oficina.

Jéssifer caminó varios metros hasta llegar a la puerta indicada.

Las oficinas eran modernas. Reinaba el color blanco, el vidrio, el metal. Todo era como lo imaginaba, como lo había soñado. La oficina de Blanca era un espacio grande, abierto y sin muros, prácticamente de vidrio, así que pudo verla de inmediato. Una mujer rubia, sentada en su escritorio hablando por teléfono. La encontró parecida a Marta Sánchez, la cantante española que cantaba "*Desesperada*". Esperó diez minutos y Blanca Montes no soltaba el teléfono. Por su actitud Jéssifer estaba segura que ese llamado nada tenía que ver con el negocio, parecía

más bien una discusión de carácter personal. A través del vidrio se podía ver claramente sus gestos. De vez en cuando llevaba sus manos a los ojos para limpiarse las lágrimas. Qué mala suerte pensó, Jéssifer. El peor momento para una entrevista de trabajo.

–Hola. ¿Te puedo ayudar en algo?

Es la voz de Blanca Montes quién constatando la presencia de Jéssifer cerca de la puerta de su oficina, la interpela.

–Te veo parada hace rato ahí afuera –continuó.

–Sí –respondió Jéssifer–, estaba esperando que usted terminara de hablar por teléfono.

–¿Sí? Bueno, era una llamada un poco complicada... pero dime que necesitas.

–Soy Jéssifer.

Blanca se tapó la boca para disimular un “no puedo creer que alguien tenga un nombre así”.

–Jess... ss... i..fer... Era imposible de retener un nombre parecido.

–Sí, vengo de parte de Karen.

–¡Ah!, ¡ok! Podríamos haber comenzado por ahí. ¡Pero pasa y siéntate! no te quedes ahí parada por favor. Agregó Blanca, casi gritando.

–Gracias.

–Gracias Blanca. Si quieres trabajar aquí es bueno que te vayas familiarizando rápidamente con los nombres.

–Sí claro, perdone...

–¡Nunca pidas perdón, linda! Pidiendo perdón no se llega a ningún lado. Y por favor tutéame, sólo dime Blanca. En cuanto a ti, vamos a tener que empezar por cambiarte ese ridículo nombre.

Jéssifer quedó helada con el comentario. Toda expresión se borró de su cara. No sabía cómo reaccionar frente a la actitud de esa mujer histérica.

—¡Pero linda! No pongas esa cara y agarra esas tenidas que están colgadas ahí y pónelas de inmediato para ver como te ves. Karen me dijo que tenías buena percha y veo que tenía razón. ¡Apúrate! Aquí al lado hay un probador. No tengo mucho tiempo.

Era mucho para Jéssifer. Nunca en su vida había sido sumisa y ahora se estaba sometiendo como una esclava, obedeciendo las órdenes de esa “rucia teñida”. Por un momento pensó en decirle ¡qué te crees, no voy a permitir que nadie me hable así y se burlen de mi nombre! Pero encerrada en el probador, sola con ella misma y más tranquila, decidió seguir el juego y llevarle el amén a Blanca. No estaba en posición de negociar.

Toda la ropa que debía probarse era negra. Por lo menos este color le gustaba. Su madre siempre le reprochaba que se vistiera de negro porque era como andar de luto. A ella le daba lo mismo. Lucy, la del cable, no se cansaba de repetir que el negro era un color elegante y que hacía verse delgada. Además, la prenda que tenía entre sus manos era de la tienda Batha. No podía ser cierto, estaba soñando.

A los pocos minutos salió del probador. El vestido que eligió tenía un escote kilométrico que hacía resaltar la redondez perfecta de sus pechos. Tímidamente le habló a Blanca para prevenirla que estaba lista, y ésta, con su manera de hablar exagerada, exclamó:

—¡Te ves di-vi-na mujer! ¡Pero mírate! Y eso que estás sin zapatos. A ver, a ver ponte éstos. ¡Rápido!

Jéssifer obedeció.

—¡Nooo! ¡Es que no puedo creerlo! Pero eres lo mejorcito que he visto en años! Y créeme que yo soy histérica y gritona pero siempre digo la verdad.

Jéssifer no sabía qué pensar. Estaba desconcertada con la personalidad de Blanca, pero a la vez la fascinada.

Su manera directa de hablar, sin complejos, su dominio escénico. Probablemente estaba frente a lo que llaman “una mujer de mundo”...

–Mira linda –dijo Blanca–, Karen me contó todo de ti, pero hay cosas que una escucha y se olvidan, ¿me entiendes? Lo único que debes saber es que a la Karen yo la quiero mucho, la considero como una hermana y si ella te recomendó es por algo. Pero basta de bla-bla. Me sirves, pero hay un detalle que resolver: Hay que cambiarte el nombre, piensa en uno. ¡Rápido!

Jéssifer pensó en su madre y en la historia de su nombre. Era verdad que Jéssifer era un poco complicado y raro pero era su nombre, su identidad y estaba acostumbrada con él. Y no podía cambiar de identidad de la noche a la mañana, así como así. Era mucho.

–¡Ay linda! –agregó Blanca–. No le des tantas vueltas al asunto. Si quieres te sigues llamando como te llamas, pero yo no puedo darte trabajo aquí como Jéssiner o lo que sea. Toma las cosas desde el punto de vista práctico, tampoco es el fin del mundo...

–No sé... cuando era chica... Bueno, cuando era pequeña...

Blanca Montes tenía sus ojos clavados en los de Jéssifer, esperando pronto una reacción. La gente que no respondía rápido la desesperaba aún más.

–Cuando era chica está perfecto. Si dices cuando era pequeña, suena último de cursi. Tienes que hablar naturalmente, como si estuvieras en el living de tu casa tomándote un trago con tus amigas. Y bien, cuando eras chica ¡qué pasó!

–Cuando era chica y jugábamos con mis amigas a las teleseries yo siempre me ponía Sofía.

–¿Sofía? ¡Pero ese nombre es perfecto! Me encanta para ti. Aprobado. Bueno, escúchame Sofía, Batha es un negocio de imagen, donde las clientas quieren ser como las vendedoras, porque son lindas, flacas y la ropa les queda bien. Aquí viene mucha arribista. La típica mujer consumista

que al salir de aquí, le encanta ir tomarse un café sólo para que vean las bolsas con la marca que deja amontonadas en una silla. Vas a trabajar en el mundo de las apariencias y es un mundo frívolo y superficial. Te lo digo yo. Cuando estas mujeres entran a la tienda, te van a impresionar, porque muchas de ellas te lanzan su arrogancia encima, todo porque tienen plata, pero en el fondo son mujeres en su gran mayoría infelices y amargadas, que compran porque eso les sirve como terapia para calmar sus angustias.

Sofía, la frase mágica de este negocio es la siguiente: “Te queda regio”, ni más, ni menos. Si la señora parece un arrollado con el vestido dos tallas menos, ¿tú que le dices?

–“Te queda regio”.

–Aprendes rápido. Eso es todo, Sofía. Luego de cambiarte, pasas a la oficina de recursos humanos para que firmes el contrato. Ahora déjame sola que tengo que hacer una llamada urgente.

La entrevista con la encargada de recursos humanos fue breve. Una mujer simple, que desentonaba notablemente con la decoración de toda la tienda. Unos cincuenta años, pelo corto, a diferencia de todas las mujeres que trabajaban ahí cuyas melenas de comercial de champú flameaban al ritmo de cada paso que daban. Victoria Otero trabajaba en Batha desde hacía treinta años, cuando la gran tienda, antes de ser dirigida y comprada en parte por Blanca, no era más que un pequeño bazar en el centro de la capital administrada por una familia de árabes. La Vicky, como le llamaban todas sus compañeras, conocía su trabajo al revés y al derecho y su experiencia valía oro.

-Buena suerte. Le dijo la mujer. Espero que aproveche esta oportunidad. Muchas matarían padre y madre por estar en este lugar...

La ex Jéssifer salió de la oficina de Vicky con un contrato firmado. El primero de su vida. El salario era considerable

para una principiante. La ahora Sofía, abandonaba ese lugar con un nuevo nombre y un papel que le aseguraba un futuro más alentador.

Las cosas cambiaron muy rápido para Jéssifer, debería tomar varias decisiones sin equivocarse. Pensó en llamar a Karen para contarle como le había ido, y constató lo prioritaria que era la compra de un celular. Aún le quedaban algunos minutos en una tarjeta telefónica que encontró en el fondo de su cartera de la suerte. Llegó a una cabina y marco el numero de Karen:

–Aló. ¿Karen? ¡Soy Jéssifer!

–Jéssifer, sí, ¿cómo estás?, ¿cómo te fue? Háblame rápido que estoy ocupada...

–¡Me fue bien! Blanca Montes me contrató.

–¡Wow! Yo lo sabía. Te felicito. ¡Entonces hay que celebrar!

–¿Cuándo empiezas?

–Mañana mismo.

–Entonces junyémonos mañana cuando salgas. Cerca de la calle donde está la tienda hay un café que me gusta, se llama Batelli. Nos vemos a las siete ahí, ¿está bien?

–Claro, sin falta. Karen, no sé como agradecerte...

–No digas nada, mañana hablamos, ahora tengo que cortar.

Apenas Sofía soltó el auricular, sintió pánico del día siguiente. Tendría que trabajar en ese lugar que era tan distinto a lo que ella conocía. Cuando debió cruzar la tienda, para salir, luego de la entrevista, miles de miradas la asaltaron. Las vendedoras o “asistentes de imagen”, como debía llamárselas, sabían que ella sería “la nueva”, y la nueva, siempre es objeto de todas las críticas, chismes, y

lo más terrible: una potencial amenaza. Sí la nueva resulta profesional y eficiente puede ser muy peligrosa.

Pero al cabo de unos minutos, los miedos de Sofía se disiparon, vio todo esto como un gran desafío que debía enfrentar, como una prueba más en la búsqueda de su destino.

Tuvo un valor de hierro cuando dejó atrás su madre y su pueblo, estuvo dispuesta a venderse para sobrevivir, ¿qué otra cosa podría ser peor? Debía seguir adelante, como “Angel” en busca de la flor de los siete colores, los dibujos animados que veía cuando niña.

Después de todas la emociones vividas, Sofía estaba exhausta. Sólo quería dormir, descansar, no pensar en nada; sin embargo el día siguiente sería todavía más duro. Se fue rápido al departamento donde, para variar, encontró a Alison delante de la televisión.

–Hola Alison, ¿cómo estás?

–Aquí, mirando tele. ¿Y tú? Tienes una cara de contenta que no te la puedes.

–Sí, lo que pasa es que conseguí trabajo. Mañana mismo empiezo.

El rostro de Alison se desfiguró. Y eso que no tenía detalles.

–Desde mañana soy asistente de imagen en Batha.

–¿En Batha? ¿La tienda de los comerciales de la tele?

–La misma.

–Y asistente de imagen, ¿qué es eso?

–Vendedora.

–Ah.

El rostro de Alison esta vez se desfiguró al cien por ciento. No podía creerlo y era incapaz de disfrazar su amargura y su envidia. Si hubiese podido llorar frente a

Jéssifer, lo habría hecho. Ella, que tanto había luchado por surgir en la capital, que también había abandonado todo y que no lograba nada, que no conocía a nadie, que sufría su frustración y depresión en silencio. La envidia la corroía por dentro y tenía a Jéssifer delante de ella que esperaba el cortés “que bueno te felicito”.

–Que bueno Jéssifer, no sabes cuánto me alegro...

Sofía pensó que Alison preguntaría más detalles. Por un lado mejor, esto le evitaba entrar en explicaciones que no quería dar. Jéssifer no era tonta y leyó en la cara de Alison sus verdaderos sentimientos. Su falsa alegría; sin embargo trató de ser empática y entender. Quizás ella también habría actuado de la misma manera en el caso contrario.

–Ahora me voy a preparar las cosas para mañana y dormir. Empiezo a las once y no puedo llegar atrasada.

–Claro, buenas noches.

Mientras Jéssifer estaba en el cuarto de baño lavándose los dientes, Alison lloró desconsoladamente mordiendo con fuerza el control remoto de la televisión para no hacer ruido con sus sollozos.

IV

*Con este cuerpo, con este talle, no tengo envidia ni
ruego a nadie*

Dicho popular

El primer día de trabajo de Jéssifer fue como el primer día de trabajo de cualquier persona: estresante.

Llegó a la tienda a la hora justa y fue recibida por Blanca en persona, quien no tenía mucho tiempo para explicarle todo, y que la puso en contacto con alguien que más tarde sería clave en su vida.

Se trataba de Maurice Barnier, el director de ventas, número dos en la tienda, o la “boutique”, como Blanca prefería referirse al negocio.

Maurice era un hombre discreto. Al mirar su rostro no se podía adivinar su estado de ánimo. Un tipo neutro, no se sabía si estaba triste o alegre, de una sobriedad extrema. Cuando algo le gustaba lo hacía saber claramente, cuando algo no le gustaba, también. Era de esas personas que sencillamente podía agrandar o desagradar.

—Hola Sofía. Soy Maurice Barnier, Blanca me encargó de ponerte al tanto de los conocimientos básicos de las vendedoras, o “asistentes de imagen” de la boutique —dijo empleando un todo de voz solemne—. No tenemos mucho tiempo, por lo tanto trataré de ser lo más directo y claro posible. Y si tienes preguntas, no tienes más que hacerlas.

Los cautivadores ojos verdes de Maurice, detrás de sus lentes ópticos Bior, penetraban como un rayo láser en los de Jéssifer, que lo escuchaba atentamente.

—Te preparé unos documentos, unos ayudamemoria. Encontrarás los nombres de todos quienes trabajamos aquí. Incluye los números de teléfono y los mails, también

algunas reglas básicas de comportamiento al interior del negocio. Entre ellas: no referirse a la tienda como tienda sino “boutique”, no dejar de usar taco alto mientras se trabaja, no bailar al ritmo de la música tecno, prohibido comer chicle, etcétera, etcétera. Blanca quería dar su sello, y que todo el mundo se viera sometido a sus excéntricos requerimientos. Nadie podía llevar otro color que no fuera negro, ni usar más de tres accesorios en el cuerpo. Sobriedad máxima era su lema.

Maurice le contó a Jéssifer que tres vendedoras habían sido despedidas por desobedecer estas reglas; una fue sorprendida comiendo chicle, las otras dos usando zapatos de descanso.

Mientras Jéssifer sostenía los documentos que Maurice le había dado, no demostraba ni la más mínima gota de sorpresa. Estaba pasando por uno de los momentos más fascinantes de su vida y todo le parecía una aventura. Se sentía “top”, imaginaba miles de camarógrafos que la seguían y que filmaban su vida paso a paso como si fuera la protagonista de un reality show. El sueño le duró poco, cuando de nuevo entendió la voz de Maurice.

—¿Todo claro hasta el momento?

—Sí.

—Sí... Maurice. Uno de los últimos puntos del reglamento indica que debes llamar a todos por el nombre y Blanca es muy exigente en esto.

—Sí, claro... Maurice... perdón.

—Pero tampoco es para pedir perdón con ese tonito, por favor. Yo trabajo aquí por un sueldo, igual que tú, igual que todos. Es verdad que existen cargos, y gente que se cree la Paris Hilton o la Carla Bruni, pero a fin de cuentas todos trabajan por el cheque de fin de mes. Así es mi querida aprendiz, debes andar siempre con la frente en alto, con la sonrisa radiante, creyendo que el mundo está a tus pies. Aquí hay que adoptar la política del “mono porfiado”, si te caes, te vuelves a poner de pie. Sólo así podrás enfrentar a una clientela exigente y caprichosa como la que tenemos.

Ahora te voy a presentar a “*tous les collègues*”.

Aunque Jéssifer no era políglota, se dio cuenta de algo raro en la forma de hablar de Maurice, además, *Moguís Bagnié*, como Blanca había pronunciado su nombre, retorciendo los labios como si tuviera un parálisis facial, le hacían pensar que este tipo no era nacional. Francés por ejemplo.

–Tule co... ¿qué?

–¡Ah!, “*tous les collègues*”, quiere decir a “todos los colegas”, en francés. Te voy a presentar a todos los colegas.

Y sin hacer mayores comentarios Maurice continuó con su trabajo, mostrándole a Jéssifer todo el lugar y presentándole a todos. La mayor parte de sus colegas parecían simpáticas. Hubo tres o cuatro miradas extrañas, que Sofía interpretó como “y ésta, qué hace aquí”. Sofía les dio su mejor sonrisa y siguió los pasos de Maurice, montada en sus quince centímetros de taco.

La mañana paso volando y ya era cerca de la una. Se darían media hora para comer algo rápido y continuar con la capacitación.

Maurice le mostró a Jéssifer donde quedaba el comedor, indicándole que podría traer su propio almuerzo o bien comprar algo en los alrededores. El lugar, más que un comedor o una cocina, parecía un laboratorio de la Nasa, implementado con tecnología high tech, era un festival de botones y números. Con mucho esfuerzo pudo descifrar que una de las puertas era un refrigerador y otra un horno microondas. Había incluso una máquina para lavar los platos. Todo había sido concebido y diseñado especialmente para la boutique.

En el amplio espacio había instaladas varias mesas cuadradas de color gris con cuatro sillas de cuero y metal cada una.

Ella no había traído nada para comer y tampoco tenía plata para comprar.

–En caso que no hayas traído nada y no tienes tiempo para ir afuera, también puedes marcar el dieciséis desde el teléfono que está aquí, y le pides a Felipe nuestro junior que te compre algo. La tienda tiene un convenio con el restorán de comida rápida que está a una cuadra de aquí, los sándwiches no son tan caros y están muy bien. Yo no podré acompañarte porque tengo que salir a una reunión. Nos volvemos a ver a las dos y espero que hayas recobrado fuerzas porque comenzarás hoy mismo a atender a tus primeras clientas. Ahora me voy.

Jéssifer quedó parada, inmóvil, como una planta de interior, sola, con todo ese mundo a alrededor que la miraba con cara de espectador de circo.

Vio acercarse una mujer, una “colega”, que había conocido en el recorrido de la mañana. Se llamaba Marina.

–¿Te puedo ayudar en algo, Sofía?

–No, gracias Marina, todo está bien...

–¿Vas a pedir algo para comer? Supongo que Maurice te habló del restorán donde podemos mandar a comprar algo.

–Sí, Marina, si me habló, pero...

–...no tienes plata. No te preocupes, si aquí todos pedimos a crédito y pagamos a fin de mes...

Respiró de alivio.

–Ahora marca el dieciséis y le dices a Felipe que te traiga un sándwich. Espera, yo llamo.

–¿Felipe? Soy Marina. Feli, la nueva asistente, Sofía, no trajo almuerzo. ¿Le puedes ir a comprar un sándwich por favor? Espera:

–Pregunta de qué lo quieres.

–Mmm, no sé...

–Los de pollo, rúcula y semillas de sésamo son geniales.

–Ok, uno de esos entonces. Gracias. Respondió Sofía sin estar segura si conocía la rúcula o no.

A los quince minutos tenía un sándwich envuelto como si se tratara de un regalo de Navidad. Nada tenían que ver con los hot-dogs o pizzas que a veces compraba en la calle.

Marina se quedó acompañándola y trató por todos los medios de sacarle el máximo de información. Cómo había conseguido el trabajo, cómo había conocido a Blanca, qué había estudiado, su edad, donde vivía. Interrogatorio que no tuvo éxito porque Jéssifer respondió lacónicamente a cada pregunta evitando caer en detalles y enredarse con alguna mentira que pudiera costarle caro. Sí, no, a veces, mucho, poco, eran sus respuestas. No me gusta mucho, era su frase más larga.

Su colega en cambio, era de esos especímenes curiosos y sin escrúpulos al hablar de ella misma y de los demás. Era capaz de batir su lengua cinco minutos de corrido y sin respirar, hidrataba su mandíbula con un poco de agua mineral y continuaba otros cinco minutos. Es así como Jéssifer supo que era divorciada –y no se extrañó–, que tenía dos hijos, que los tuvo por parto natural, que no le gustaba el pescado, que se había operado de los dedos gordos de pie, y que coleccionaba muñecas antiguas.

–Sofía, cuenta, ¿cómo te fue con Maurice? –continuó Marina–. ¿Es guapo no? A mí me encanta, pero todas lo encontramos bien misterioso. En la boutique con la única que habla más es con Blanca y con nosotras lo justo y necesario. Sabemos que su madre es francesa y que se crió y estudió allá.

Jéssifer entendía porqué Maurice hablaba raro.

–Si lo escucharas hablar francés, te mueres. Aquí nadie entiende nada pero media boutique se desmaya. Oye, ¿tú crees que es gay? Imagínate que tiene como treinta y nadie lo ha visto con novia, ¿es sospechoso no? Si te enteras de algo me cuentas ¿vale? Ahora regreso a la boutique, nos vemos y suerte.

–Gracias, Marina.

Por fin se había ido esa urraca parlanchina. Los tímpanos de Jéssifer estaban al borde de una explosión. Esa mujer era francamente insoportable. Pero también debía reconocer que había sido la única en acercarse cuando la vio sola. Era un punto a su favor.

El sándwich estaba delicioso, lo disfrutó porque estaba hambrienta y al contrario de Marina, quien pidió una bebica light, ella lo acompañó de una Koka normal, lo light no lo necesitaba, las bebidas de ese tipo eran para las gordas, se dijo, además no podía soportarlas.

A las dos en punto Maurice estaba de regreso.

–¿Estas lista para la gran prueba? –le preguntó.

–Sí claro, Maurice, aunque un poco nerviosa...

–Relájate, todo va a salir bien. Acuérdate de todo lo que hablamos. Sé natural, sonríe siempre y ¡adelante!, ahí viene tu primera cliente. Es Claudia Ponti... ¡Suerte!

Cuando Maurice dijo, “suerte”, no supo como interpretarlo. Podía ser un “que te vaya bien”, o, un “que te vaya bien con Claudia Ponti que es una cliente de mierda que nunca está conforme con nada”, lo que fuera, ya estaba en el río. Sólo debía nadar.

La señora Ponti, o “La Ponti” –como supo después que la llamaban– era mujer robusta, por no decir gorda, de una edad indescifrable, podía tener cincuenta, sesenta o setenta. Todo gracias a los milagros de la ciencia.

–Hola linda –le dijo con una voz chillona–; mira, ando buscando un vestido para un cóctel, pero estoy medio desorientada. No sé ni siquiera el color que me gustaría usar. ¿Qué me recomiendas tú?

Sofía palideció y por más que intentaba sacar la voz, ésta no le salía.

Maurice la observaba y escuchaba la conversación

a través de un diminuto micrófono oculto en el vestido de Sofía. Eran los nuevos métodos de evaluación y formación que Blanca Montes copiaba de sus viajes.

La palidez de Jéssifer continuaba y no se le ocurría nada para decirle a la vieja que la miraba con cara de “¡respóndeme niñita!” Estoy perdida, pensó. Pero al cabo de unos segundos un milagro se produjo. Comenzaron a desfilarse en su cabeza todas las temporadas del programa de Lucy, la del cable, junto a sus útiles consejos:

“...Si eres gorda no uses rayas horizontales ni colores claros, si eres muy flaca prohibido las rayas verticales; usa esto para esta ocasión o esta otra. Si eres rubia, no llesves colores pastel o si eres morena privilegia los tonos fuertes... No a la minifalda si eres de piernas cortas...”

Al cabo de unos segundos, cuando Lucy desapareció de su mente, Jéssifer recobró el espíritu y atinó a decir:

–Bueno Claudia –había retenido rápidamente el nombre de la clienta–, esta temporada está muy de moda el verde y yo creo que tomando el cuenta el color de tu piel te quedaría divino.

–¿Tú crees, linda? Nunca he usado verde.

–Tal vez si probamos con este modelo...

–Pero linda, yo soy más clásica, el verde es un poco vistoso, ¿no?

–Pero con el bronceado fascinante que tienes el verde es perfecto. Te hará ver muy bien. Probemos–. Jéssifer agarró el primer modelo que encontró y se fue al probador con la mujer que la seguía con cara de desconcierto.

Pasaron cinco minutos, su primera clienta, salió envuelta en una especie de túnica con cientos de diminutos pliegues de un color verde intenso. Claudia Ponti parecía estar vestida para un comercial de productos bío. Era una lechuga con pies. Jéssifer la miraba y no sabía si el atuendo le quedaba bien o mal...

–No estoy muy convencida –dijo la mujer–. Pero, ¿tú qué opinas, linda? ¿Cómo me queda?

Sofía miró a la mujer de arriba a abajo y pensó en las palabras de Blanca Montes:

–Regio. ¡Te queda regio, Claudia!

Y la clienta vio en la respuesta tal convencimiento y seguridad que no dudó en agregar:

–Entonces lo compro.

Maurice, que estaba escondido detrás de un mesón junto a una cajera, no podía creer lo que estaba viendo y escuchando, sus ojos brillaban y una sonrisa disimulada se formó en sus labios como si estuviese presenciando un espectáculo. Pensó que Blanca efectivamente no se había equivocado al contratar a Sofía. Maurice pocas veces se equivocaba en juzgar una persona y veía en Sofía una mujer con carácter y decidida, llena de energía para enfrentar la vida, observadora, discreta, con ganas de aprender. No se convencía que Sofía, sin tener experiencia, sin haber nunca pisado un lugar como ese, había logrado vender un vestido a una de las clientas más odiosas de Batha. Maurice estaba fascinado, y a pesar de la ignorancia de Sofía en muchos temas, algo tenía en su personalidad que le encantaba. Su actitud y su mirada comunicaban sin necesidad de decir una sola palabra. Maurice estaba cautivado por este personaje y aunque no era muy amigo de establecer relaciones cercanas con la gente del trabajo, se dejó guiar por su instinto.

Una vez que Jéssifer estuvo desocupada, Maurice corrió a verla.

–*Mag-ni-fi-que!!* Le dijo.

Aunque ella no hablaba francés entendió de inmediato. Esa palabra no era tan difícil de comprender.

–No puedo creerlo mi querida amiga, ¡quién se lo iba a imaginar!, primera clienta y primera venta. Es tu día de suerte. Aunque debo reconocer que el color verde no le favorecía mucho a la pobre mujer. Pero bueno, se fue feliz, además, ese vestido no era de los más baratos. Sofía, tienes mucho potencial, en serio. Habrá que afinar algunos

detalles pero la base la tienes. Realmente te felicito. Ahora ve a atender a tu próxima cliente y al fin de la jornada hacemos la evaluación final. *D'accord?*

–D'accord Maurice– respondió Jéssifer.

–¡Eres increíble! Y además ya hablas francés...
Bravo!

El resto de la tarde transcurrió rápido, una cliente tras otra, algunas simpáticas, otras pesadas, exigentes y mandonas. Unas le habían contado toda su vida íntima, o sólo entraban a mirar; otras compraban compulsivamente. Algunas entraban solas, otras con sus madres o sus maridos, que esperaban afuera de los probadores con cara de aburrimiento. Gordas, flacas, lindas, feas, tristes, alegres, blancas, morenas. La boutique era un desfile de mujeres de todo tipo.

Con el paso de las horas, la ex Jéssifer aprendió de memoria los discursos a emplear, y los decía de forma convincente, como si se tratara de un guión de cine. También memorizó los nombres y rostros de cada una de las mujeres que atendió y los precios de todas las prendas que ofreció y vendió. Maurice, por su parte, seguía estudiando cada uno de sus pasos, de sus actitudes y reacciones y continuaba maravillado del talento de “la nueva asistente de imagen”.

Al final de su primer día de trabajo, había atendido a doce mujeres, de las cuales siete le compraron más de una prenda. Ni ella misma lo podía creer.

V

Nada tiene de especial, dos mujeres que se dan la mano...

Mecano

–Hola Karen, ¡qué bueno verte!

–¡Pero qué cambio! ¡Te ves increíble!

–Gracias, pero debo tener una cara de cansancio que no me la puedo.

–Tómame un café bien cargado, eso te hará sentir mejor. Ahora cuéntame todo.

Jéssifer contó con lujo de detalles todo lo que ocurrió en la entrevista con Blanca y en su primera jornada de trabajo. Le faltaban las palabras para describir a Karen todas las emociones que había vivido. Karen la miraba fijamente, atenta, con la taza de café en la mano, escuchando especialmente los detalles que tenían que ver con Blanca.

A Jéssifer la sorprendió esto, ya que las pocas interrupciones que hacía en la conversación eran por ejemplo, y Blanca ¿qué cara puso?, ¿cómo andaba vestida?, ¿qué te pareció su personalidad?

Jéssifer había tratado de adivinar el vínculo que tenían estas dos mujeres. ¿Por qué Karen no estaba en su lugar?, ¿Por qué no había sido ella la que había pedido ayuda y había enviado a una desconocida? Algo no encajaba.

Luego entendería.

Jéssifer habló de Maurice. Karen también lo conocía y sabía muchos detalles de su vida a través de Blanca.

–Sí, lo conozco... siempre nos encontramos en las fiestas que Blanca organiza en su casa...

–Me trató bien, me enseñó muchas cosas, al parecer le caigo bien –agregó Sofía.

–Y tanto mejor, porque Blanca tiene una confianza extrema con Maurice. Es su brazo derecho y su confidente.

–Esa es la impresión que tuve.

El primer café se terminó rápido y pidieron otro.

–Mira Jéss... Sofía.

Jéssifer le había contado lo del cambio de nombre...

–Sofía. Creo que fue una muy buena idea de Blanca que te cambiaras el nombre. El otro es irrecordable. Escucha, supongo que te harás un montón de preguntas sobre la relación que tengo con Blanca. Ella y yo nos conocemos hace mucho tiempo, cuando ambas estábamos en la universidad. Blanca estaba más adelantada que yo, en ese tiempo era morena. Y siempre fue como tú acabas de describirla, histérica, temperamental, gritona, pero una amiga en la que puedes confiar sin problemas.

En la universidad era el motivo de chismes y habladurías –prosiguió–. Todos los días llegaba vestida con las mejores marcas, siempre a la moda. Impecable. Algunos compañeros decían que a veces la veían llegar en autos último modelo, sola o acompañada. Yo nunca la vi en nada raro. Luego de unos meses, los comentarios aumentaron de intensidad. Se decía que en la universidad había un grupo de alumnas que se prostituían para poder pagar sus estudios, y era verdad.

En ese tiempo, y antes de conocer a Blanca yo era muy diferente, más tímida, no tenía amigas y lo más terrible, no tenía plata ni para comprarme un chicle.

Una noche, mientras salía de la facultad, sola, porque había sido la última en entregar un examen, vi que Blanca estaba llorando sentada en un banco de los jardines. Sus sollozos eran tan intensos que no podías pasar indiferente. Yo me acerqué a ella, me senté a su lado y le pregunté si podía ayudarla. Ella no respondió nada, solo lloraba. Le pasé un pañuelo y no dije nada más. Sentí que debía quedarme ahí por solidaridad femenina. Luego de unos minutos reaccionó diciéndome que su vida era un desastre,

que estaba perdida, que ya no tenía ganas de seguir viviendo.

Una vez calmada, me invitó a tomar un café cerca de la facultad y me contó toda su vida. Tenía ganas de hablar. No pude negarme.

No se explicaba cómo se había convertido en prostituta y luchaba por abandonar ese mundo, sin éxito. Ya se había acostumbrado a todas las comodidades que esa vida le daba, podía continuar sus estudios sin ninguna preocupación. Pero le pesaba y sufría mucho.

Nos hicimos buenas amigas, salíamos juntas y lo pasábamos bien. Terminamos viviendo y trabajando juntas. Blanca hizo cambiar mi vida en ciento ochenta grados. Después de mucho rogarle, me puso en contacto con algunas personas y en dos días ya estaba metida en el negocio. Entre las dos nos apoyábamos y tratábamos de apaciguar nuestras culpas y penas yendo a los mejores restaurantes y a las discotecas más exclusivas de la capital. Los estudios no eran una preocupación para Blanca, ella siempre ha sido muy inteligente y supo guardar un equilibrio dentro de los excesos. Por mi parte no era lo mismo, nunca fui tan inteligente, siempre me ha costado y Blanca me ayudaba mucho.

Durante nuestro primer tiempo de convivencia las cosas andaban bien; durante el último, no tanto. La vida de Blanca y la mía estaban demasiado unidas, juntas, juntas, siempre juntas. Yo quería respirar un poco, conocer otras personas, tener una relación con un hombre y fue justo ahí que comencé a tomar conciencia de los verdaderos sentimientos que Blanca tenía por mí.

Sí, aunque yo tenía sospechas, nunca quise ver la realidad, hasta que un día me lo confesó, me confesó que sentía mucho más atracción por las mujeres; que los hombres la defraudaban cada día más y que sólo veía en las mujeres la comprensión y la sensibilidad que le hacían falta. Blanca nunca intentó ponerme un dedo encima, siempre fue muy respetuosa, se dio cuenta que la situación me ponía incómoda y cuando decidí irme de su lado

entendió mi partida. Si me necesitas ahí estaré, me dijo. No perdimos contacto, nos vemos de vez en cuando, nos llamamos por teléfono y todavía es alguien en quien puedo confiar. Me ha pedido muchas veces ir a trabajar con ella, yo no he querido porque prefiero hacer mi propia vida, ya me queda poco tiempo de estudio y supongo que podré dejar esto y cambiar mi vida.

Siempre supe que Blanca podría ayudarte y no faltó a nuestra hermandad. Y de más está decirte: ni una sola palabra de todo esto a nadie.

—Por supuesto, Karen —respondió Jéssifer—, no te preocupes. Con el discurso de Karen, tenía más claro el panorama. Tampoco hizo preguntas ni cuestionó nada.

—¿Ves Sofía?, la vida va y viene y hay historias que se repiten.

Las dos mujeres continuaron hablando un rato más y aunque Jéssifer se moría de ganas por tener más detalles de la vida de Maurice, se aguantó y no preguntó nada. También quería que su propio destino fuera develando las historias.

VI

Para mentir y comer pescado, hay que tener mucho cuidado

Dicho popular

Varias semanas habían pasado desde que Jéssifer trabajaba en Batha y seguía acumulando triunfos. Era la envidia de todas sus compañeras. Su carácter y desenvoltura la hacían destacarse entre las demás. Aprendía todo con una facilidad increíble y muchas clientas ya la conocían y se acercaban a ella para pedirle consejo en sus compras. Se sentía contenta, radiante, total.

Su madre estaba bien, ella estaba bien, todo estaba bien. A veces ocurre que el destino conjuga todos los factores para que la vida sea color de rosa. Este era el caso. Llamaba a su madre casi todos los días desde su celular Noquia último modelo y tenía una vida social intensa. Recibía invitaciones a eventos y a fiestas que organizaba la empresa y sus compañeros de trabajo. Estaba integrada y con una posición en la vida capitalina. Su sueño de siempre.

La plata no le faltaba, e incluso ahorrraba en la medida que podía hacerlo. Pero un acontecimiento inesperado le arruinó la fiesta.

Mientras comía con Marina en restorán un tipo se le acercó con cara de “yo te conozco”.

—¿Jéssifer? —la interpeló.

Y Jéssifer, que ya casi había enterrado ese nombre, lo miró con cara de “quién es éste”, aunque su rostro algo le decía.

—¿No te acuerdas?, soy Armando Betancourt, de la agencia de modelos.

—Yo creo que me confunde —dijo relajada—. (Ahora se acordaba perfectamente).

–Pero si yo te llamé a tu casa, te dejé un recado con tu amiga y nunca me llamaste, por lo de la promoción de perfumes...

Jéssifer se descompuso, no sabía cómo reaccionar. Estaba acompañada de Marina y no quería que ésta la bombardeara con preguntas.

–Yo creo que usted se equivoca de persona, no entiendo nada de lo que me está diciendo... déjeme tranquila por favor...

–Está bien, tampoco es para tanto –agregó el tipo–, después de todo ha pasado mucho tiempo y ya no tiene importancia.

Afortunadamente para ella, el tipo no insistió y se fue.

Fue un duro golpe para Jéssifer, que aún vivía con Alison, y esa misma tarde decidió aclarar el asunto.

–¿Pero por qué me mentiste Alison?, ¿Por qué no me diste ese recado?

–No sé... me olvidé.

–¡Pero esas cosas no se olvidan!

–No sé que me pasó... tenía tantas cosas en la cabeza... además no me pareció un llamado serio... el tipo parecía raro.

–Alison, pero era a mí a quien correspondía juzgar si era serio o no. Me traicionaste. Tú sabías que en ese momento andaba buscando trabajo como desesperada. Era súper importante para mí...

–Pero Jéssifer...

–Pero nada... Mañana mismo me voy de aquí, no puedo estar compartiendo el mismo lugar que tú. Sabes que tuve mis sospechas, pero no quería pensar mal... luego me olvidé, pero a la larga todo se sabe...

–Pero Jéssifer, perdóname, ahora tú estás bien y eso es el pasado, olvidémoslo, sigamos siendo amigas.

–Las amigas no se traicionan y tú lo hiciste, no te puedo perdonar, nunca pensé que eras una envidiosa y una mentirosa.

Jéssifer nunca pensó en su vida utilizar esos dos adjetivos. Nunca tuvo motivos para hacerlo, pero en esa discusión eran necesarios.

Cuando Alison se vio tratada de traidora y mentirosa, subió el tono de sus palabras, se puso a gritar, a llorar, a vociferar.

–¡Claro, ahora que ya abusaste de mi buena voluntad, me das una patada y me dejas botada como un trapo sucio! Después que te acogí como una hermana, sin pedirte nada, me abandonas. ¡Malagradecida! Ahora que la señorita se codea con gente de la alta sociedad, ya no soy de su agrado, soy muy “poquita cosa”... por eso se va. ¡Admítelo, es por eso!

–No confundas las cosas Alison, lo tuyo fue una traición.

–Bueno, ándate si quieres y déjame sola, pero aunque te haya subido el pelo siempre serás una provinciana igual que yo, una simple campesina. Aunque te hayas cambiado el nombre o te hagas la cirugía plástica siempre serás la Jéssifer, Jéssifer, la de San Víctor, la que se compraba los zapatos de colegio en la ropa usada, y no sólo los zapatos.

–¡Cállate estúpida!

Jéssifer también estaba perdiendo el control.

–Siempre serás una pobretona, una poca cosa –continuaba Alison–. Naciste pobre y morirás pobre. ¡Ándate, qué esperas! Ya sacaste provecho...

–No te hagas la víctima Alison, no des vuelta las cosas...

–¡Déjame sola y ándate de una vez por todas!

Jéssifer dejó de responder. Sintió que no valía la pena y sin esperar el día siguiente, agarró su maleta, dos bolsos y los llenó de ropa. Con lágrimas en los ojos le dijo a Alison que no se preocupara por el resto, que si quería lo guardaba o lo tiraba a la basura. Luego se fue.

Una vez en la calle, tomó su celular y llamó a Karen. Le pidió si podía alojarla sólo esa noche. Karen dijo sí de inmediato. Sofía le contó todo su drama llorando desconsoladamente.

Esa noche en casa de Karen fue larga. Revivió la escena cientos de veces, si no hubiese sido por las palabras de Karen, quien la apoyó en su decisión diciéndole que no tenía nada de que arrepentirse, habría sido capaz de sentirse culpable.

–Abuelita, mis zapatos ya no dan más, se les hizo un hoyo en la planta.

–Pero mijita, no tengo un peso para darle, ya hicimos el pedido en el almacén y hay que pagar la luz y el agua. No me queda nada...

–Sí, abuelita, yo sé, pero a lo mejor en “El tesoro perdido” encuentro algo barato...

–Bueno, anda a buscarme el monedero.

–Toma, no es mucho pero de repente encuentras algo.

–Gracias abuelita, la quiero mucho.

Buscando insistentemente en los grandes cajones de la tienda de ropa usada a veces se encontraba un tesoro. Y Jéssifer siempre fue buena para dar con la mina de oro. En el fondo del cajón encontró unos zapatos de su número, sin mucho uso; con una buena lustrada y cambiándole los cordones le quedarían casi como nuevos. La ropa interior también se la compraba ahí, llegaban diseños exclusivos

de Europa y Estados Unidos, más lindos que los nuevos. Todo baratísimo. Con una buena lavada y planchada era suficiente. Su cuerpo le permitía lucir con estilo la ropa que antes usara una francesa o una neoyorquina.

Alison tenía razón –pensó–, su pasado era de pobre, nunca vivió en la miseria, siempre tuvo que comer, fue a la escuela; sin embargo nunca podía tener lo que quería: una Marby Princesa, con sus accesorios que se vendían por separado, una bicicleta Bianki, o cuadernos con doble espiral. La plata menos alcanzaba para hacerle una pequeña fiesta de cumpleaños. Ella siempre era invitada de sus amigas que podían darse el lujo. En su cajita de recuerdos que guardaba sagradamente, aún podía encontrar invitaciones de esas fiestas. “Te invito a mi fiesta, lo pasaremos muy bien y comeremos una rica torta”, solían decir.

En sus juegos infantiles, Jéssifer también se inventaba sus propias fiestas. Cortaba diez o quince cartoncitos de ocho por cinco centímetros y escribía:

“Hola amiguita:

Jéssifer Cárdenas tiene el agrado de invitarte a su fiesta de cumpleaños en su palacio encantado. Debes usar vestido largo y traer tu muñeca Marby para jugar. Lo pasaremos bien y comeremos una rica torta de chocolate, merengue y lúcuma”.

Al costado del texto, dibujaba flores de distintos colores. Luego metía sus cartones de invitación en un sobre que fabricaba también ella misma usando revistas viejas.

Jéssifer sintió nostalgia de todos esos recuerdos, y de alguna forma le agradeció a Alison hacerla regresar a ellos. Su infancia y adolescencia estaban repletos de imágenes como esas, llenas de inocencia, de ternura. Era divertido pensar en eso y una manera eficaz de ayudarla a mantener los pies bien firmes sobre la tierra.

VII

Dime que jeans usas y te diré quién eres

(Adaptación de un refrán...)

“Los jeans de cintura baja disimulan la barriguita. Pero has de ser cuidadosa a la hora que te aprieten, porque el esfuerzo será en vano, ya que lograrás el efecto inverso... Para aquellas chicas altas, lo que siempre funciona son los pantalones acampanados, o los rectos también. Si sos alta puedes llevar el pantalón por dentro de la bota, y además optar por botas planas (que no incrementen tu estatura) pero de caña alta, cómodas y además que estilizarán tu figura. Si eres baja entonces, viste siempre jeans muy largos...”

Y mañana, hablaremos de otro tema muy importante para todas nosotras: las amistades con los chicos gay. Hasta mañana entonces, y no olviden de sintonizar a su fiel amiga Lucy en People Channel, el canal de las estrellas...”

Fin de semana. Jéssifer estaba viviendo sola en un departamento que había alquilado en un barrio próximo a su trabajo. Un espacio de cincuenta y ocho metros cuadrados a un precio razonable, en un décimo piso, con una vista extraordinaria al centro de la capital. El alquiler incluía los muebles, que si bien no eran de su estilo, resultaban funcionales y adaptados al espacio. Siempre soñó con tener un departamento para ella sola, amoblarlo, como veía en los programas de decoración del cable, tomarse su tiempo, pero las circunstancias habían precipitado las cosas.

Jéssifer veía televisión echada en un gran sofá. Apenas terminó el programa de Lucy cambió de canal y no encontró nada interesante. Apagó la tele. Luego se levantó para prepararse un café y sonó el timbre. Era Maurice.

–Maurice, qué sorpresa.

–Hola Sofía, andaba por aquí cerca y decidí pasar a verte. Espero que no te moleste que no te avisara.

–No, de ninguna manera, al contrario. Pero pasa, siéntate. ¿Quieres tomar algo?

–¿Tienes café?

–Sí, pero sólo Tolca instantáneo, todavía no tengo de esas máquinas expreso que hay en la boutique.

–*Don't worry...*

–¿Qué?

–Que no te preocupes. Pero oye, voy a tener que mandarte urgente a hacer un curso de inglés. Hablaré con la Blanca sobre ese tema.

–Sabes, te lo agradecería mucho porque a veces he dejado de venderle a gringas porque no entiendo nada... Pero bueno, voy a buscar el café.

Mientras Sofía se alejaba rumbo a la cocina, Maurice hizo una inspección acuciosa del lugar. Lo encontró triste, sin alma, sin ningún detalle que reflejara algún aspecto de la personalidad de su dueña, o arrendataria en este caso. Maurice era amante de la estética, había hecho estudios de diseño en París, había ayudado a amigos a decorar las vitrinas de los grandes almacenes del Boulevard Haussmann y su departamento propio había sido varias veces fotografiado por revistas de *“lifestyle”*. Desde niño armaba y desarmaba su casa cambiando muebles de lugar, pintando las paredes, deshaciéndose de objetos y comprando otros para darle a su hábitat actualidad, modernidad, y seguir las tenencias.

Su madre le llevaba el amén en todas sus excen-tricidades, nunca puso trabas a su creatividad, Maurice siempre tuvo toda la libertad que quiso, hacía lo que quería. En el correr de su vida paso por diversas etapas. Fue thrasher, punk, gótico, new age, y antes de iniciar sus estudios superiores partió con un amigo rumbo a la India en un viaje iniciático. Maurice se buscaba, y como todos los adolescentes quería darle un sentido a su vida, comenzar su adultez con bases sólidas; quería haberlo vivido todo antes de comenzar con el sistema de vida que imponía la sociedad moderna.

Y partió a la India. El viaje duró ocho meses. Se sintió como buda descubriendo la verdadera realidad del mundo. Salió de su castillo, vivió la pobreza de cerca, la enfermedad, la insalubridad, la muerte. Se enfrentó a situaciones que jamás había pensado enfrentar.

El viaje lo realizó con su mejor amigo de la época, pero al tercer mes su compañero de aventura no soportó más y regresó a Europa en shock, con una profunda impresión por todo lo que había visto y vivido. Maurice, por el contrario, decidió quedarse y terminar la aventura. Los últimos dos meses de su estadía los pasó en un hogar de niños abandonados, fundado por un grupo de monjas belgas, bastante progresistas para ser monjas, a las cuales les importaba un bledo los dictámenes del Papa. El voto de pobreza había que vivirlo en terreno, decían, sin hacerse mayores cuestionamientos ni perderse en teorías absurdas.

A los dieciocho años, Maurice aprendió mucho de ellas, de su experiencia, de sus enseñanzas. Sus consejos durarían para siempre. El término de su viaje fue como una muerte. La India fue como una vida entera y su vuelta a Francia, el final de esa vida. De regreso en su país debió tomar decisiones claves, pero todo fue más fácil. Su experiencia lo había ayudado a relativizar. Su viaje había sido un éxito.

—Aquí está el café, pero no me has dicho qué opinas del departamento.

—Encuentro que le falta algo...

Sofía, a quién ya no le hacían efecto críticas y comentarios como este, agregó:

—Estoy de acuerdo contigo, es feo, sin alma ni personalidad. Le faltan muchas cosas, pero viviré aquí sólo por un tiempo, luego me cambio a un lugar donde pueda poner mis propios muebles.

Sofía sabía que la visita de Maurice no era casualidad y lo vio en su mirada. A ratos, éste se quedaba mirando al infinito sin reacción mientras bebía su café.

–A ti te pasa algo...

–¿A mí? –respondió Maurice.

–Sí. Te pasa algo y necesitas decírselo a alguien.

–Puede ser...

–No hay que ser muy inteligente para descifrar tu cara de angustia.

Maurice ríe y añadió.

–Terminé con mi novio y no tenía a quién decirle.

–Hiciste bien en venir. Espera, voy a preparar otro café.

Jéssifer fue y regresó con las dos tazas lo más rápido que pudo para retomar la conversación. Ahora todas las suposiciones se concretaban, Maurice era gay, ella entendió clarito que había dicho novio y no novia. Sin embargo le daba lo mismo, tal vez le hubiese provocado desconcierto si estuviera interesada en él, pero lo veía sólo como un amigo, y su sexualidad le era indiferente.

–Supongo que siempre tuviste sospechas. Yo sé que en la boutique todos comentan sobre mi vida privada, menos Blanca que está al tanto de todo. Tú me inspiras confianza, Sofía, desde el primer momento que te vi, por eso vine...

Maurice se hacía el fuerte y contenía sus lágrimas.

–Sofía, las mujeres son bien sabias en estos temas; dime, ¿cómo se puede terminar una relación de cinco años así como así?

–Como se puede terminar una relación de un mes, de dos años o diez: así como así.

–Sí, es verdad. El tiempo no quiere decir nada. Pero no puedo negar el dolor y el sufrimiento que me provoca todo esto. Yo sé que el destino está trazado y no le podemos escapar, pero a veces no deja de sorprenderte. A veces el destino es demasiado brutal.

Sofía dejó hablar a Maurice, lo necesitaba.

–¿Sabes? Yo estuve en la India. Estando allá aprendí mucho de la vida, a enfrentar situaciones difíciles, a sobrevivir, a canalizar mis energías, a aceptar, a combatir el egoísmo. Un día, en una conversación con una de las monjas del hogar de niños donde vivía, me dijo: Maurice, prepárate para el amor, para el amor como lo concebimos los occidentales, ese amor posesivo y a veces egoísta, tú eres muy sensible y debes ser vigilante. Ahora entiendo todo.

–Cuando Esteban me dijo “lo nuestro llega hasta aquí”, fingí no entender. Luego repitió:

“Quiero ser claro Maurice: ‘Terminamos’. Yo siento que lo nuestro ya nos impide crecer. No somos compatibles. Yo necesito dejar esta ciudad y me iré a vivir a Estados Unidos apenas tenga la visa”.

–La idea de irse a Estados Unidos siempre le había dado vueltas en su cabeza y este último tiempo la idea se hacía recurrente. Muchas veces me pidió que nos fuéramos juntos y yo dije no. Le dije que ya había pasado la época de viajes, aventuras y riesgo, no me veía recomenzar de cero. Esteban siempre tuvo ideas locas, una vez me obligó mentirle a Blanca diciéndole que estaba enfermo, porque había comprado unos pasajes para irnos a México, en pleno período de balance. Blanca nunca me perdonó mi gripe súbita. Esteban ha sido a quién más he amado en la vida. Su inmadurez, su sonrisa, su energía inquebrantable me fascinaron siempre. Vivir con él ha sido la felicidad máxima. Cada día era diferente. No puedo creerlo. Mi egoísmo no me deja ver nada en estos momentos, todo es color negro.

Las palabras de Maurice desfilaban con una fluidez tal, que Jéssifer no pudo evitar emocionarse al escucharlo; cualquier palabra que ella dijera estaría de más. Maurice no era de los que pedía consejos. ¿Qué podía hacer entonces para retribuir esa enorme confianza que estaba depositando en ella? Poco. Luego de unos segundos, mientras las frases del desesperado Maurice se agotaban se puso de pie, se acercó a él sentándose a su lado y lo abrazó como a un hermano.

VIII

*El trabajo es el refugio de los que no tienen nada
que hacer*

Oscar Wilde

Blanca Montes había llegado muy temprano a la boutique, tenía una reunión importante con inversionistas franceses. Maurice llegó diez minutos después que ella. Su presencia era necesaria e indispensable. Su conocimiento de la cultura y el mercado francés eran indiscutidos, por eso más que nunca se transformaba en un apoyo crucial para la gran jefa.

Apenas se encontraron frente a frente, Blanca se dio cuenta que algo malo ocurría con Maurice.

–¿Y a ti qué te pasa?, ¡mira como andas! ¿Así quieres que nos vaya bien en la reunión?, ¡pareces como salido de un funeral! ¡Y esas bolsas en los ojos, por favor!

–No te equivocas Blanca. Esteban y yo terminamos, por eso mi cara.

–¡No!, ¡no te puedo creer! Pero Maurice, por Dios, hoy te necesito más que nunca...

La mujer de negocios hacía su aparición en gloria y majestad. En esos momentos poco le importaban los sentimientos de Maurice, su mente estaba fijada en dos nuevas tiendas que podrían abrirse en el país y las ganancias que éstas producirían. Blanca Montes también había conocido las penas de amor y desde que había comenzado a desarrollar su carrera. Los negocios la ayudaron a olvidarlas. Aunque el fantasma de Karen siempre dio vueltas en su mente, no se detuvo ante él y siguió combatiéndolo. La última vez que lloró se acordaba perfectamente. Fue el día que Jéssifer llegó a su oficina en busca de trabajo. Había llamado a su tía preferida, como siempre lo hacía aquellas raras veces que se deprimía, para desahogarse. Maurice no entendía su conducta, él

era de la clase de personas que pensaba que el sufrimiento no había que reprimirlo, que había que asumirlo, que no había que ocultarlo, y era una filosofía que en reiteradas ocasiones había compartido con Blanca instalados en la mesa de algún bar. Y qué ganas con eso, era la respuesta de Blanca, es estúpido, luego te agarras una depresión y terminas tomando antidepresivos el resto de tus días. Yo pienso que hay que huir de todo eso como sea. El tema se transformaba en ejemplos, teorías, realidades, palabras, hasta altas horas de la noche, sin que ninguno de los dos diera su brazo a torcer. Las botellas de vino vacías se transformaban en llenas y ambos terminaban borrachos sin llegar nunca a estar de acuerdo. Luego, cada uno, en la intimidad de sus hogares, en sus habitaciones, mirando el techo, pensaban que tal vez el otro tenía razón. Sólo el trago los hacía hablar temas que no fueran de trabajo. Sobria, Blanca era impenetrable. Nunca antes Maurice había estado en presencia de un personaje como éste, tan autocontrolada, tan acorazada; pero a la vez tan frágil. Era un hecho, Maurice no entendía su personalidad porque le faltaban detalles. Blanca nunca le había contado nada de su pasado y no lo haría jamás.

—Maurice, por favor, no es la primera vez que discutes con Esteban y siempre terminan por reconciliarse; vamos, anda a la cocina, te inyectas un café bien cargado y te arreglas un poquito. No me puedes dejar sola ahora. Luego hablamos más, que estos franceses se dejan caer en cualquier momento.

Sin mayores comentarios Maurice hizo caso a la demanda de Blanca y en algunos minutos estaba de vuelta, luciendo mejor de aspecto y poniendo su mejor sonrisa. Los ejecutivos llegaron a la hora, él tradujo los detalles claves de la reunión y dio su opinión sobre los nuevos proyectos de Batha, olvidándose por un momento de su tragedia. Su jefa le envió de un extremo a otro en la sala de reuniones una sonrisa que Maurice interpretó como de agradecimiento.

IX

*Yo no quiero que a mi niña me la vayan a hacer
reina...*

Gabriela Mistral

Las cosas marchaban de maravilla para Jéssifer. Ya tenía un ritmo de vida que la hacía sentir parte de la sociedad capitalina, una vida a las que muchos aspiran pero pocos logran. Tenía un trabajo al que llegaba puntualmente todas las mañanas de lunes a viernes. Trabajada un fin de semana por medio y había negociado con Maurice y Blanca un programa de capacitación que incluía cursos de inglés en el Instituto Saint Marcell, una de las escuelas de idiomas más prestigiosas de la ciudad. Le iba bien y aprendía rápido gracias a su excelente memoria.

La boutique no era una preocupación para ella. Su jefe directo era Maurice y se entendían perfectamente, incluso compartían tiempo juntos fuera del horario de trabajo, especialmente los fines de semana. Maurice le decía que le iba a enseñar a “ser gente” ya que de vez en cuando algunas expresiones y comportamientos en ella delataban sus orígenes pueblerinos. Ella le hacía caso en todo.

Salían a comer juntos, asistían a inauguraciones de restaurantes, galerías de arte, a exposiciones e iban mucho al cine. Jéssifer disfrutaba mucho de este pasatiempo. Con Maurice tuvo la oportunidad de descubrir un gran número de películas europeas y especialmente francesas. De todas las que vio, “*Todas las mañanas del mundo*” la emocionó hasta las lágrimas. Cuando fueron a verla, Maurice y ella salieron del cine mudos, pudiéndose recuperar de la emoción luego de beber un trago en un bar cercano. Otra película que la emocionó fue “*Amèlie*”, no tanto por la historia, sino porque en ella pudo ver y descubrir muchos aspectos de la vida parisina gracias a los comentarios y explicaciones de Maurice. Siempre pensó que alguna vez en su vida podría visitar esa ciudad. Es más, luego de terminar su curso de

inglés, estaba pensando seriamente, y alentada por su amigo, comenzar el aprendizaje del francés.

Su pasión por el cine la hacía brillar en sociedad, todas las imágenes, escenas, diálogos, y los comentarios de Maurice eran almacenados en su cabeza, que funcionaba como un disco duro con capacidad ilimitada.

–Pero cómo se llamaba ese tipo... el que actuaba con Juliette Binoche en “*El paciente inglés*”... –preguntó un amigo de Maurice en una cena.

–Ralph Fiennes –respondió ella con toda naturalidad.

Maurice la quedó mirando sorprendido como si se tratara de un fenómeno paranormal y replicó:

–Pero sólo tú te puedes acordar de todo eso. ¡Tienes más memoria que un computador!

–La que puede puede... –respondió Jéssifer, provocando risas en toda la mesa.

Sofía se estaba transformando en la *guest star* infaltable de todos los grandes eventos organizados por Maurice y sus amigos. Se destacaba por su elegancia, naturalidad y su sentido del humor. Era el alma de la fiesta y Maurice se sentía cada vez más orgulloso de ella. El hecho de haberla adoptado le servía también para sacarse a Esteban de su cabeza. A través de los mails que recibía de éste, sabía que le estaba yendo bien en Estados Unidos y aunque de pronto la idea de tomar el primer avión e ir a verlo lo invadía en forma recurrente, prefería dejarlo vivir su vida tranquilo.

Sofía fue criando alas propias y cada vez quiso volar más alto sin miedo a caerse. Estaba alcanzando el apogeo de su existencia, ese apogeo tan anhelado.

Hija mía, Jessita querida,

Espero que cuando recibas esta carta te encuentres bien. Por aquí no hay grandes novedades, sólo que ha

llovido mucho y el patio se llena de agua, como siempre. Con la platita que me mandó voy a ver cuánto me sale poner cemento y aumentarle el nivel para que no siga pasando.

Hija, yo sé que está muy ocupada con su trabajo y le agradezco que me llame cada semana, pero me gustaría tanto verla. Tengo algunas cosas que contarle pero me gustaría hacerlo personalmente. La vecina Lily siempre se acuerda de usted y le manda saludos, le mostré las fotos donde sale con su amigo, que lindos que salen los dos y tan buenmozo que es él. Si quiere pueden venir juntos y así me lo presenta. No tendrá vergüenza de su madre.

Ya pues, no la aburro más y no deje pasar tanto tiempo sin venir a verme.

Su madre que la quiere.

“Tengo algunas cosas que contarle...”. Esta frase, en la misteriosa carta que Jéssifer recibió de su madre, la intrigaba. Eunice le contaba todo por teléfono y nunca se mostraba tan aprensiva como lo había percibido en la carta. Algo extraño estaba pasando, pero no logró sacarle ni una palabra, su madre insistía en verla personalmente. ¿No estaría enferma y no quería decirle? Estaba segura que era esa la intriga. Habló con Maurice del tema y éste no puso objeciones para darle un fin de semana largo. Entonces arregló todo para viajar a San Víctor. Compró algunos regalitos para su madre y sus vecinas y metió todo en un gran bolso de cuero rojo imitación cocodrilo.

X

Todo cae por su propio peso

Refrán popular

Era la madrugada de un sábado. El invierno se dejaba sentir con fuerza y llovía torrencialmente. Sofía tomó un taxi que la condujo de su departamento a la Estación Central. Llegaría a San Víctor cerca del mediodía, su madre la esperaba para el almuerzo.

Una vez en la estación una angustia se apoderó de ella y comenzó a imaginarse lo peor. Que su madre tenía cáncer u otra enfermedad sin cura, que tendrían que operarla de urgencia y necesitaba dinero; ya no sabía qué más pensar, sólo quería que las tres horas de viaje pasaran rápido y encontrarse con su madre frente a frente de una vez. El tren llegó al andén y por fin pudo subir. Se sentó al lado de la ventana, lo que le permitiría ver el paisaje. Conectó los audífonos en su teléfono y en la radio estaba sonando una canción francesa: “*La vie en rose*”. Sonrió ante la coincidencia. El día anterior Maurice le cantaba la misma canción mientras almorzaban juntos en Batha. Quería leer algo pero no lograba concentrarse.

–Perdón –dijo la voz de un hombre.

Jéssifer se quitó los audífonos para escuchar lo que decía.

–Perdón señorita, pero creo que este es mi asiento.

–No creo, tengo el pasaje aquí y es el veintiuno, ventana –respondió ella con un dejo de molestia. Además estaba segura de tener la razón.

El hombre tendría unos cincuenta años, un poco canoso, alto, y olía a pino silvestre. Tenía un maletín café en una mano y en la otra un periódico. Vestía un terno gris sin corbata, y una camisa blanca, perfectamente planchada, inmaculada.

–Mire, aquí tengo mi pasaje, dice veintiuno ventana...

Jéssifer comprobó que efectivamente era cierto y antes que pudiera decir una palabra el hombre agregó:

–Pero en todo caso no se preocupe. El tren está casi vacío y los otros asientos están desocupados, yo me acomodaré por aquí; creo que si llamamos un inspector nos dirá lo mismo.

–Gracias –respondió Sofía–, muy amable.

–De nada –dijo el hombre, sentándose en otro asiento.

–No para de llover, al parecer este invierno viene duro –dijo el hombre prolongando la conversación.

–Así parece.

–Yo voy a visitar a mi hermana a San Víctor.

–Aunque Jéssifer no estaba muy interesada en iniciar una conversación, este último comentario la hizo despertar un poco de su indiferencia.

–¿Ah sí? Yo soy de San Víctor, tal vez conozco a su hermana.

–Se llama Luzmira Hidalgo, es profesora en el liceo, profesora de castellano.

Por supuesto que Sofía la conocía. Luzmira Hidalgo le había hecho clases durante dos años y todo el liceo coincidía en que era una vieja malvada. Tenerla de profesora era como una película de terror. Le encantaba poner malas notas. Y si le confesaban no haber leído un libro era capaz de humillar a la víctima hasta las últimas consecuencias. No cabía duda, era una mujer mala. En dos ocasiones Jéssifer había sufrido de sus malos tratos. Una vez que la interrogó sobre la novela *“Martín Rivas”* y en vez de decir “don Dámaso”, que era uno de los personajes del libro, dijo “don Damasco” y todo el mundo se puso a reír, ella también se ríe de nervios.

–¡Y a usted le parece gracioso! –dijo la vieja–. ¿No le

parece una ofensa hacia nuestro gran escritor Blest Gana? Supongo que sabe de quién hablo.

—Sí señorita, si sé quién es, es el dueño del libro —respondió Jéssifer de nuevo confundida por los nervios.

—¡Salga de aquí de inmediato! Y no vuelva hasta cuando se haya aprendido el libro de memoria. ¡Grosera!

La segunda vez la expulsó de la clase porque la sorprendió comiendo. La hizo salir adelante, frente a todo el curso y le dijo: Dado que la señorita tiene hambre, todos la miraremos como termina su sándwich antes de que abandone mi clase y no regrese. Los minutos que Jéssifer estuvo delante de todo el curso le parecieron una eternidad.

Pero lo que tranquilizaba a Jéssifer es que su comportamiento maquiavélico podía recaer sobre cualquiera, incluso en la más ordenada de la clase. Era una mujer que no estaba conforme con nada, se enojaba con las alumnas que eran tranquilas porque según ella, no reaccionaban rápido y con las inquietas porque no paraban de molestar. Lo que se llamaría ahora comportamiento bipolar... No faltó alumno del liceo que no hubiese sido víctima de la “*Terminator*”, como la llamaban.

—¿Le dice algo el nombre?

Jéssifer tardó en responder.

—Sí claro, ella me hizo clases.

—Increíble la coincidencia. Ah, mi pobre hermana... Sabe, en el pueblo la acusan de malos tratos hacia los alumnos. Hace seis meses que no sale de la casa encerrada con depresión. No puede retomar su puesto mientras no se aclare todo. Usted que la conoció, ¿qué le parecen todas estas acusaciones?

—¡Pero por Dios! ¡Si me parece una vergüenza! —dijo Jéssifer con un tono exagerado—. No puedo creerlo, la señorita Luzmira, era un amor, todos la queríamos mucho. Seguro que todo es un malentendido, mire que ahora a los niños se les sube un poco el tono y se van a quejar.

–Sí, yo creo que todo debe ser un malentendido, como usted dice.

–Bueno señor –dijo Jéssifer, interrumpiendo abruptamente la conversación–. Le da saludos a su hermana de mi parte, de la señorita Cárdenas, la de “*don Damasco*”.

El hombre no comprendió nada...

–Perdón, ¿don Damasco?... ¿entendí bien?

–Sí, eso, “don Damasco”. Dígale así, ella se va a acordar.

–Seguro, señorita, yo le diré –dijo el hombre, tomando su diario desconcertado.

Vieja loca, pensó Jéssifer, es sorprendente como a veces el destino se encarga de poner las cosas en su lugar. Se puso de nuevo los audífonos, volvió su cabeza hacia la ventana y cerró los ojos. Esta vez era la voz de Celine Dion que acompañaba su viaje, con su mítica canción “*My heart will go on*”.

XI

And I remember...

Madonna

La estación de trenes de San Víctor estaba casi desierta. Varias personas descendieron a los andenes, entre ellas Jéssifer y el hermano de la ex profesora de castellano. La lluvia no paraba y los taxis escaseaban. Entre la multitud de gente se oyó un grito, la voz de un hombre que la llamaba.

—¡Jéssifer!, ¡Jessiiii!...

Jéssifer buscó intrigada de dónde provenía el llamado.

Era Tito, un amigo de infancia que la había reconocido.

—Pero Jessy, que estás cambiada, no te había conocido. ¿Cómo te ha ido en la capital?

—Bien, con harto trabajo eso sí.

—Qué bueno, me alegro. Yo aquí, con la Lily. ¿Te acuerdas de la Lily? La que se sentaba con la Cecy, la rubiecita, pelito corto...

—Sí, claro que me acuerdo.

—Bueno, nos casamos y ya tenemos dos chicocos. Ahora vine a dejarla a la estación porque se va a ver a su familia que vive en el norte. ¿Y tú te casaste?

—No, todavía no.

—Pero Jessy, ¿qué estás esperando? Yo siempre pensé que te ibas a quedar con el Benja. Todavía está solterito y disponible...

El Tito se reía al finalizar cada frase, su risa era potente y aguda, y abría la boca tan grande que se podían apreciar claramente todas las tapaduras de los dientes y el orificio

de uno que le faltaba en la mandíbula superior.

–Apuesto a que estás de novia...

–¡Ay Tito!, a ti no se te quita lo preguntón. Ayúdame a encontrar un taxi mejor, que mi mami me está esperando.

–Pero Jessita, no te preocupí, yo te llevo, ando en auto.

–No me digas que te compraste auto. ¡Qué estás agradao!

–Ven, déjame que te lleve los bolsos.

–Gracias Tito, te pasaste.

Juntos caminaron dos cuadras rumbo al auto, un viejo modelo Volkswagen que sin lugar a dudas había sido víctima de una tormentosa existencia.

–Este escarabajo se lo compré al hijo de don Lulo. ¿Te acuerdas de don Lulo?

Cada vez que Tito nombraba un habitante de San Víctor, terminaba diciendo ¿Te acuerdas de...?, como si Jéssifer hubiese sufrido un ataque severo de amnesia. Claro que Jéssifer se acordaba de cada nombre que Tito decía. En un pueblo chico todo el mundo se conoce, todos son miembros de una misma familia, todos comparten los mismos intereses, los jóvenes van al mismo liceo y terminan casándose entre ellos. Los sábados se cruzan las vecinas en la feria y cargadas de bolsas con frutas y verduras se ponen a comentar las últimas noticias, misma cosa los domingos a la salida de misa. Jéssifer conocía de memoria toda su gente y su rutina.

Durante el trayecto a la casa de su madre, Tito se comportaba como un guía turístico indicándole todos los grandes cambios en la arquitectura del pueblo: la remodelación de la plaza de armas donde cada fin de semana del verano Jéssifer junto a sus amigas iban a sentarse en algún banco a comer maní y ver pasar a los chicos, la panadería Española, que había cambiado de dueño y ahora se llamaba Panadería Europea, y que lucía unas imponentes puertas automáticas que la hacían la más sofisticada del centro.

Pero el cambio que más impresionó a Jéssifer fue la demolición de la casa que albergaba el mítico video-club Shuar-Zeneguer.

–¿Y qué pasó con el video-club?

–Se acabó –respondió Tito. Ahora van a poner un Blackbaster.

Finalmente llegaron. Jéssifer agradeció a su amigo haberla conducido hasta la casa de su madre, le dio un abrazo y le dijo que había sido un gusto encontrarse con él. Con la sinceridad y simpleza de la gente de campo, Tito respondió:

–De nada pues, y venga más seguido a ver a los pobres.

Ambos rieron.

XII

Hogar, dulce hogar...

Eran las doce y cuarto cuando Sofía se encontró delante de la puerta de la que había sido su casa por tantos años. Golpeó fuerte y a los pocos segundos pudo escuchar los pasos de Eunice que corría a abrirle.

–¡Mami!

–¡Hija!, ¡Qué alegría verla! Pero usted está cada día más flaca. ¿Come bien?

–Sí mamá, no se preocupe.

–¡Pero pase! Y tan cargada que viene por Dios!

–Sí, son algunas cositas que le traje.

–Pero para qué se fue a molestar, deben dolerle los brazos... Pero entre hija, mire que tengo listo el almuerzo. Le preparé unas lentejas con chorizo, espero que le gusten. No son exactamente como las que preparaba su abuela, pero la intención es la que vale.

Sofía sintió una extraña sensación al entrar, ese olor a comida, los muebles, los objetos que le recordaban su vida pasada, el trato que le daba su madre, tan atenta, tan intencionada, como si estuviera hablando con una extraña.

La lluvia no paraba y sentadas las dos en la cocina, por momentos debían elevar el tono de voz para entenderse producto del fuerte sonido del agua en el techo de zinc.

–Ayer fui al cementerio a ponerle flores a su abuelita, le conté que usted vendría hoy, la dejé bien bonita con unos claveles rojos, de esos que le gustaban tanto.

Desde la muerte de su abuela, esa casa nunca había sido la misma pero su recuerdo era como un fantasma que rondaba en ella día y noche. Desde que la abuela murió siempre se habló de ella y se siguió lavando, planchando y ordenando todos los objetos como lo hacía ella.

Madre e hija se sentaron frente a frente y comenzaron a comer lentejas.

–Yo le dije que no eran como las de mi mamá, no sé lo que le ponía ella que hacía que le quedaran tan ricas y nunca lo sabré porque se llevó el secreto a la tumba.

–No se preocupe mami, si igual están ricas. Pero cuénteme, ¿cómo ha estado?

–Para qué le voy a mentir, hija, más o menos no más. Pero nada grave, los dolores de la rodilla que no me dejan tranquila, pero debe ser el frío también.

–Y de eso quería hablarme...

–Termine de comer tranquila hija, que ya tendremos tiempo para conversar sobre lo importante. ¿Y cómo le va en la tienda? La otra vez vi uno de esos comerciales en la tele y pensé en usted. No puedo creer que trabaje allá. ¡Pero cuente cosas de ahí pues! ¿Va gente de la tele a comprar?

–Sí, a veces...

Jéssifer no entendía por qué tanto misterio. Había ido a San Víctor expresamente por el pedido de su madre y ahora ésta dilatava la situación.

–¿Y a quién ha visto, por ejemplo?

–No sé mamá... Una vez fue la Cecilia Molocco.

–¡No! ¿En serio?, ¿y es tan linda como en la tele?

–Sí, es bien linda, claro que súper flaca, casi anoréxica...

Jéssifer trató de responder a cada una de las preguntas de su madre sin perder la paciencia. Se daba cuenta que todo ese mundo de la capital que había abandonado hace tres horas le era completamente indiferente. Una vez que terminó su almuerzo le dijo a su mamá que iba a su pieza a descansar un rato, pero que fueran juntas para entregarle sus regalitos.

Eunice saltó como un resorte y acompañó a su hija. En el dormitorio Jéssifer le entregó un par de bolsas con

ropa que su madre fue corriendo a probarse.

–¡Gracias hija!, todo está muy lindo y me quedó pintado. Se nota el ojo de la profesional de la moda. Ahora la dejo tranquila para que descanse mientras voy a lavar los platos.

La habitación de Jéssifer estaba tal cual la había dejado. La misma cama de plaza y media, con pies y cabecera de metal y un cubrecama color amarillo. Las paredes conservaban los mismos cuadros. El diploma de fin de estudios, y una imagen de la virgen de Santa Rosa de Lima. El esquinero para poner los libros también estaba, con cinco libros que había pedido prestados en la biblioteca de la iglesia y que nunca había devuelto, entre ellos “*Martín Rivas*” y “*Gracia y el forastero*”.

Cansada por el viaje, se tiró en la cama y durmió dos horas como no hacía hace tiempo.

–Hija, Jessita, ¿se puede?

–Si mami, pase nomás.

–Yo traté de no meter bulla para que descansara.

–Dormí como nunca –dijo Jéssifer–, estirando sus brazos.

–Mire, le traje un cafecito para que conversemos...

–Gracias mami, pero bueno, ya dígame todo, que me ha tramitado demasiado...

Su madre se paseaba de un lado a otro apretando un oso de peluche para contener sus nervios y pensar muy bien sus palabras.

Sofía se sentó en la cama y escuchó atentamente lo que su madre iba a decirle.

–Bueno hija, no sé cómo empezar porque es medio complicada toda esta historia, pero hace meses que me tiene con la mente muy atormentada y sin poder dormir.

Hija, yo sé que a usted nunca le importó, o siempre hizo como si no le importara el tema, pero se trata de su papá.

—¿Qué?

—Sí, hija, de su papá. Yo nunca tuve el valor de hablarle de él antes porque tenía miedo de su abuela. Ella nunca me dejó que lo hiciera. Para qué vas a remover antiguas cenizas, me decía. Pero yo siempre pensé que no debía morirme sin contarle todo...

—¿Y qué, acaso se va a morir?, ¿está enferma?...

—No, no hija, no se preocupe que estoy bien de salud...

—Bueno, entonces hable por favor...

—Su padre es de aquí del pueblo y hace un mes más o menos supe que está bien enfermo. Me escribió una carta para que lo fuera a ver y yo fui. Él me pidió que le dijera la verdad también, y a un moribundo se le respetan sus últimos deseos.

Cuando yo lo conocí y me enamoré de él, él ya estaba casado. Mi relación no podía ir más lejos y por eso me alejé completamente y te tuve en silencio, calladita. Lo dejé tranquilo con su vida y con su mujer. Igual intentó buscarme varias veces para seguir viéndonos y para poder conocerte y ayudarme con los gastos. Yo le dije que no, que no me iba a faltar para criarte, que no quería ser un escándalo más en el pueblo. Jessita, yo no sé si hice mal o bien en ocultarte la identidad de tu padre...

Sofía no sabía cómo reaccionar ante las palabras de su madre. Resulta que ahora tenía padre. Ella que había creído siempre ser hija del hombre invisible, un hombre sin identidad, alguien que se había aprovechado de la ingenuidad de su madre y nada más.

—Pero mamá, qué sentido tiene que me hable de todo esto ahora...

—Lo que pasa es que durante todos estos años tenía tantas ganas de decírtelo, pensando que era importante para ti, y ahora con la enfermedad de tu padre...

Jéssifer no sabía si esto era importante o no. Conocer el paradero de su padre, aunque lo pensó alguna vez, no fue un deseo obsesivo. Por supuesto que le que le afectó en detalles de la vida cotidiana, cuando había reuniones el colegio por ejemplo, y que la mayoría de los padres asistían juntos, mamá y papá, y en su caso era su madre sola, o cuando se festejaba el famoso “día del padre” y no tenía a quién entregarle el regalo que habían hecho en el taller de artes plásticas. Pero qué más daba, no era algo indispensable y siempre supo asumirlo.

–Hija, pero eso no es todo. Él quiere verte...

–¿Pero quién es mamá?! Dime.

Eunice no aguantó tanta emoción y se puso a llorar mientras pronunciaba el nombre de Raimundo Aguilar.

Jéssifer palideció.

–Don Raimundo es mi papá, pero no puede ser...

–Si hija, tenía que decírtelo.

Jéssifer tendría unos diez años. Salía del colegio, caminaba con destino a su casa. Ya había cruzado la línea del tren, y había mirando para todos lados, tal como le había enseñado su madre y su abuela, teniendo prudencia ante su paso. El bolso del colegio era pesado, llevaba todos los libros, los cuadernos y los lápices. Hacía mucho calor ese día, treinta grados y Jéssifer transpiraba como nunca. Tenía tantas ganas de tomarse un helado, de esos que a doña Rebeca le quedaban tan ricos, pero no tenía un peso. Lo poco que le había dado su mamá lo había gastado en comprarse una manzana confitada. Cansada de tanto caminar y con el corazón que le latía a dos mil por hora, Jéssifer se detuvo unos minutos para recuperar el aliento mientras un señor con una sonrisa de oreja a oreja se paró al lado de ella para hablarle. Era don Raimundo, el marido de doña Rebeca.

–¿Estás cansada, chiquilla? –le dijo el hombre.

–Sí, es que hace mucho calor...

–¿No te tomarías un heladito?

–Demás que sí, pero no tengo plata...

–Oye, y si yo te doy uno, pero no le cuentas a nadie...

Jéssifer no lo pensó dos veces y aceptó el ofrecimiento.

–Ven, le dijo el hombre. Aquí lo tienes, recién salido del freezer. Pero antes, tienes que darme un besito de gracias.

Tantas veces advertida de no tener que hablar con extraños ni menos aceptar ninguna cosa, Jéssifer lo miró con desconfianza, a pesar de que todos en el pueblo lo conocían; algo raro había en la mirada de don Raimundo.

–Bueno chiquilla, no te preocupes por el besito, no importa, lo dejamos para después. Ojalá que te guste el heladito.

–Gracias, don Raimundo.

–De nada, hija.

Don Raimundo se quedó mirando como Jéssifer se alejaba disfrutando de su helado de café con leche que goteaba en el pavimento caliente...

–Jessita, Raimundo quiere verte, está tan enfermo y los médicos no le dan mucho tiempo.

–Pero mami, cómo me pide eso ahora, para mí es un extraño...

–Hija, la vida es así, y si quiere verte es por algo. Raimundo siempre quiso reconocerte como su hija, no es su culpa, es la mía. Hija, por favor, me pidió llorando que te convenciera.

–Mamá, pero qué quiere que le diga...

–Nada hija, no tienes que hablar, sólo quiere verte. Vamos mañana al hospital.

Sofía detestaba los hospitales y resulta que ahora debía ir a ver ni más ni menos que a un padre moribundo. La vida es muy absurda a veces, la realidad supera la ficción. Y entregada una vez más a su destino, Jéssifer decidió hacerle frente y tomó la decisión de ir a ver al enfermo, no tanto por él, sino por su madre.

El hospital del pueblo estaba en las afueras. Tomaron un taxi. Entraron al edificio que había sido remodelado y recientemente inaugurado por el alcalde de San Víctor en una espectacular ceremonia.

Las enfermeras se paseaban de un lado para otro con paso rápido, como para mostrar que no conocían la calma ni el descanso y que permanentemente se encontraban atendiendo una emergencia.

–Ahí es, la sala 301 –dijo Eunice.

Al interior de la sala, donde había seis camas de las cuales tres estaban ocupadas, Jéssifer pudo reconocer la cara de don Raimundo abatido por la enfermedad. Ya casi había perdido todos los colores y estaba hecho un esqueleto.

Jéssifer y su madre se acercaron a la cama y lo saludaron.

–Jessita, gracias por venir. Veo que por fin te enteraste de todo. Hija, perdóname, con la Eunice debimos contarte todo antes, pero el miedo...

–No se preocupe, don Raimundo, descanse...

–Hija, quiero que sepas que siempre pensé en ti, y estaba al tanto de todo lo que te pasaba, de una manera o de otra. Mira, abre el cajón del velador por favor.

Jéssifer obedeció al pedido.

–Hay una cajita azul. Siempre quise darte ese regalito, lo compré para el día de tu bautizo.

Jéssifer tomó la cajita entre sus manos y la abrió. Era una medalla de la Virgen de los Rayos, aparentemente de oro.

–Es para ti hija –dijo el hombre con voz débil.

Jéssifer quedó perpleja con el regalo entre sus manos. Era demasiado. Su madre la miraba y si hubiese podido hacerlo, habría llorado como María Magdalena pero logró contenerse. El hombre miró fijamente a Jéssifer e iba perdiendo la conciencia. En pocos segundos se durmió, con una mascarilla que le cubría la nariz y la boca, conectado a tubos y sondas, lo que hacía la escena aún más deprimente. Jéssifer y su madre abandonaron el lugar y volvieron rápidamente a su casa.

XIII

Todos me dicen la negra llorona, llorona...

Del folclor mexicano.

Jéssifer regresó a la capital más angustiada que cuando se fue. Tenía una serie de sentimientos imposibles de explicar. Se sentía nadando en un río de aguas turbulentas y quería escapar pero no podía. No era fácil para ella asimilar todo, tampoco era sencillo hacer recriminaciones, echarle la culpa a alguien, a su madre. La vida en un pueblo está llena de tabúes, de reglas de comportamiento, de miedos. Si sus padres y su abuela habían decidido que las cosas serían de esa forma, no había que darle más vueltas al asunto; actuaron de acuerdo a sus principios y convicciones.

–Aló, ¿Karen?

–Sí, con ella. ¿Quién habla?

–Sofía. Necesito hablar con alguien.

–¿Qué te pasa?, ¿estás llorando?

–Ven Karen, por favor...

Sentadas ambas en un gran sofá, una al lado de la otra, Karen oyó la historia que Sofía le contó. La historia de su padre. Al comenzar su relato, Sofía se disculpó con su amiga. No quería molestarla contándole sus penas. Karen respondió con un “no te preocupes” y lo único que le dijo a Sofía es que el pasado era el pasado, que no valía la pena hilar fino, ni pasarse películas, que ya bastante complicadas eran sus propias vidas para echarse aún más encima.

–La vida es así, Sofía –prosiguió Karen–, llena de altos y bajos, de sorpresas agradables y desagradables. Debes centrar tu mente en el trabajo, en tu vida, en esta ciudad y no detenerte en lo que fue tu vida en San Víctor, ni como tu madre resolvió su vida. La historia de tu padre no debe afectarte, como tú misma dices, no vale la pena juzgar ni

querer saber todos los porqué. Cierra ese capítulo, Sofía, ciérralo, es lo mejor. La vida continúa...

El llanto de Sofía era incontrolable, los pañuelos desechables no daban abasto para secar tanta lágrima junta.

–Sofía, hiciste bien en llamarme, para eso estamos las amigas...

–Gracias Karen.

Ya más tranquila, Jéssifer reafirmó su idea de no involucrarse más con esa historia y continuar con su vida.

–Tienes razón, Karen, aunque todo esto ha sido como un tsunami, tengo otras cosas de que preocuparme ahora.

Karen le pasó un último pañuelo que quedaba en el paquete.

Cuando regresó al trabajo Maurice se abalanzó sobre ella.

–Sofí, me tenías preocupado, te llamé varias veces a tu celular y sólo escuchaba el mensajito que estabas fuera del área de servicio. ¿Cómo te fue?

–Más o menos, es una larga historia...

–Almorcemos juntos...

–Ok.

Sofía contó a Maurice lo sucedido en San Víctor.

–Tontita. Debiste haberme llamado. Tú sabes que yo dejo todo botado por ir a verte.

–Gracias Maurice, pero no quería molestarte con mis dramas, tú también tienes los tuyos.

–Pero si la amistad es eso, compartir las penas y especialmente los dramas. En todo caso yo concuerdo con lo que dice Karen, la vida sigue, como para mí, sin Esteban. El bajón durará un tiempo y luego desaparecerá

poco a poco. Debes rescatar la parte positiva del asunto. Imagínate que muchos hijos adoptivos buscan su identidad incansablemente; y seguramente muchos mueren sin haber dilucidado el misterio. Aunque lo niegues, Sofía, seguramente tú habrás pensado lo mismo, no puedo creer que nunca te hayas cuestionado sobre tu padre. Tómallo como un regalo del destino, ahora sabes de dónde vienes, cuál es tu sangre, eso es importante. Ese hombre hizo un gran acto de generosidad al querer revelarte quién era, y tu madre fue valiente también al contarte su secreto. Si comprendes y aceptas esta verdad, ayudarás a todos a vivir y morir en paz. No te desesperes, no es el fin del mundo. ¡Ahora a trabajar! Y al final de la jornada ven a verme que tengo buenas noticias para ti. *Au revoir!*

El ambiente de la boutique estaba animado. Decenas de mujeres desfilaban agarrando los abrigos con cuellos emplumados de la última colección inspirada en los diseños de Cristián Bior. Algunas eran demasiado chicas para llevarlos y lucían ridículas, pero verse con ellos puestos, reflejadas frente al espejo, les hacía sentir lindas y seguras de sí mismas. Sofía las miraba con atención, a veces se sentía tan ajena a todo ese mundo de Batha, tan negro, tan frívolo.

Una de las mujeres se acercó a ella:

–Linda, necesito este suéter en talla cuarenta, exigíó autoritaria.

–Buenos días señora, respondió Sofía con un tono alto y seguro.

–¿Y tú... quién te crees para responderme así? ¿La dueña de la tienda?

–No señora, no me creo la dueña de la tienda como usted dice, pero me parece normal saludar y pedir las cosas con un tono más amable.

–¡Insolente! ¿Acaso no sabes quién soy?

Toda la boutique se paralizó para presenciar el espectáculo.

–No señora... no lo sé.

–Entonces pregúntale a tu colega quién soy –dijo la mujer–. Ya pues Marina, dile quién soy.

Marina, incómoda por la situación, respondió tímidamente...

–Madame de la Prida...

–¡Ese es mi nombre, rota ordinaria! Y, ¿sabes quién es Edmundo de la Prida?

–No señora, no tengo aún el placer de conocerlo –respondió Sofía sin perder la calma.

–Marina, tú que al parecer me conoces más que esta negra picante, por favor linda, explícale quién es Edmundo de la Prida...

–Sofía, Madame de la Prida, es la esposa del gerente general de “Galerías Vivienne”, la cadena más importante de perfumerías de este país.

–Y además clienta desde hace años de Batha –agregó la mujer completamente fuera de control– ¡Maurice!, ¡dónde está Maurice!, ¡necesito hablar con él!

–Claro, respondió Marina, lo voy a buscar.

Maurice llegó con un aire molesto, ya que poco le agradaba resolver asuntos domésticos.

–¡Taty! ¡Chérie! Pero qué pasa...

–¡Esta rota ordinaria que se cree la dueña de la boutique!

–¡Pero Sofía, qué pasó...!

–Sucede que Madame de la Prida, no conoce las reglas mínimas de educación. No sabe decir buenos días y exige que la traten como si fuera la única clienta que existe. Explicó Sofía conteniendo su rabia.

–¡Pero *Mon Dieu!*, ¡ves Maurice como habla esta maleducada...!

–Taty, vamos a mi oficina. Sofía, Marina, sigan atendiendo por favor...

La mujer siguió a Maurice a su oficina y se sentaron a conversar.

–Pero Maurice, deben tener más cuidado con el personal que contratan, esta chiquilla es francamente insoportable y grosera.

–Taty, toma, esto te va a calmar un poco...

Maurice le ofreció un whisky.

–Es un poco temprano para beber, pero te lo acepto porque esto me dejó tan nerviosa...

–Taty. ¡Pero que te hiciste que te ves más joven!. Preguntó Maurice, cambiando radicalmente de tema.

–Nada Niño... qué me voy a hacer –respondió la mujer con el vaso de Yony Woker en una mano y un cigarro recién prendido en la otra–. Lo que pasa es que me compré una crema que le encargué a Edmundo de París, tu sabes, los laboratorios son más sofisticados allá, y me ha funcionado de maravilla...

Un mh, de deja escapar de los labios de Maurice al mismo tiempo que la mira fijamente.

–Y tú... ¿Qué quieres decir con ese mh? ¡Maurice por Dios! Bueno ya. Fui a ver al doctor Baldez. Pero no le cuentes a nadie. Oye, y si quieres pueden ir a verlo con la Blanca, le dicen que van de parte mía. Fíjate que le llegaron las últimas inyecciones de botox que te dejan el cutis como de veinte...

–Está interesante el dato. Lo voy a pensar...

–Bueno si se deciden me avisan... ¡Uf!, ya me siento más tranquila. ¡Ay, que me encanta venir para acá y verte! como que se me olvidan los problemas. Y a esa chiquilla insolente tienen que echarla lo más pronto posible.

–La chiquilla insolente se llama Sofía, y aún no conoce a todas las clientas así que no es su culpa. Además tú podrías saludar antes de pedir algo.

–Pero niño, es que tengo tantas cosas importantes en las que pensar que se me olvida. Imagínate que a la Lulú la operaron de cataratas...

–Pero Taty, eso es normal en los perros que tienen sus añitos.

–Ay sí... pero mi chiquitita, no puedo hacerme a la idea que un día me va a dejar sola... pero bueno lindo, gracias por el traguito, me siento como nueva, me quedaría más tiempo pero tengo que irme a mis clases de pilates.

–*D'accord ma chérie, jà la prochaine!* –dijo Maurice.

–*À la prochaine!* –respondió la mujer, con una pronunciación horrorosa.

Al salir, Taty de la Prida miró a Sofía de arriba a abajo.

–Hasta luego, linda.

–Hasta luego, Madame de la Prida –respondió Sofía–, gusto en conocerla.

Sofía fue llamada por Maurice a su oficina quien estaba sentado en su escritorio con cara de misterio.

–Te tengo excelentes noticias y no puedo aguantar más para dártelas.

–Yo pensé que me llamabas para despedirme.

–¿Por lo de esa vieja arribista y alcohólica? ¡Cómo se te ocurre! Ella está acostumbrada a los escándalos pero le das un whisky y se le olvida todo...

–No... ¿en serio?

–Claro, además estoy seguro que hizo todo a propósito para hablar conmigo porque no tiene a nadie que la escuche ni la soporte, incluyendo a su marido. Pero bueno, hablemos de lo importante. La reunión que tuvimos con los inversionistas franceses fue un éxito y quieren abrir una nueva boutique lo antes posible. Por esta razón tenemos que viajar a Francia para ver como están las nuevas tendencias allá. Blanca no tiene tiempo y me pidió que fuera yo acompañado de una de las asistentes de imagen. Y adivina: anda haciendo los trámites para sacar tu pasaporte y preparando las maletas para el viaje porque

JÉSSIFER, su fabuloso destino

no dudé un instante que quien me acompañaría serías tú.
¿Qué te parece? Una semana en la Ciudad Luz.

–¡No...!

–¡Sí....!

–Pero Maurice, esto es un sueño...

–No, es la realidad.

Segunda Parte

JÉSSIFER, su fabuloso destino

I

Voyage, voyage...

El aeropuerto estaba colmado de gente esa fría noche del mes de julio. Sofía y Maurice llegaron, como es usual, dos horas antes del vuelo para cumplir con las formalidades. El pasaporte de Jéssifer estaba virgen, hasta el momento en que al pasar por la ventanilla de Policía Internacional, el agente le estampara enérgicamente el timbre de salida del país, deseándole buen viaje.

Desde otra ventanilla, Maurice la obserbaba. Aunque Jéssifer trataba de no mostrarse nerviosa, lo estaba, pero quería comportarse como una falsa mujer de mundo, segura de sí misma, lo que no era tan fácil ante una situación tan nueva como la que estaba viviendo. Ante la desenvoltura de Maurice, ella se sentía una ignorante. Bastaba ver con qué naturalidad su amigo resolvía asuntos pendientes a través del teléfono, pasando del español al francés, del francés al inglés, cambiando de idioma como quien se cambia de camisa. También le sorprendió saber que Maurice hacía uso de su quinto o sexto pasaporte.

Una vez la formalidades terminadas, y ya más tranquilos, se fueron a visitar el duty free. Sofía no lo podía creer. Incentivada por Maurice se probó lentes, testeó perfumes y se paseaba con carteras diferentes en cada hombro. Todas las grandes marcas pasaron por su cuerpo. Sofía estaba en los cielos.

Maurice también participaba del juego y envuelto en una bufanda Paul Smith a rayas y lentes oscuros preguntó a Sofía:

–¿Lista para la aventura *ma chérie*...?

–Tengo como un nudo en el estómago –respondió ésta.

–No te preocupes, con algunos tragos de champán

que tomaremos en el avión se nos van a deshacer todos los nudos...

–Ten cuidado, mira que con trago me pongo medio loca y me sale lo pueblerina. Dijo Sofía riendo.

–No importa. Me encanta cuando imitas a ese personaje, la Carmela. ¡Hazlo, hazlo te lo suplico!

–Ya Maurice, para...

–Hazlo o te dejo botada aquí en el aeropuerto. ¡Es una orden!

Sofía estaba acostumbrada a realizar ese tipo de representaciones para su jefe preferido, lo miró y comenzó su sátira:

–Ya pues patroncito, no se me venga con chantajes mire que me puedo llegar a morir de los nervios, usted sabe, lo mismo que le pasó a mi tía Susana, que cayó enferma grave cuando mi tío partió a comprar cigarros y nunca más volvió... ¡Que Dios me libre y la virgen me ampare!

Sofía finalizó su discurso haciendo la señal de la cruz.

–Ay Sofía –dijo Maurice riendo–, contigo no se pasan penas...

–Pero patroncito, si yo estoy a sus órdenes, pues. Si usted es tan relindo, con esos ojitos que Dios le dio, cómo le voy a llevarle la contraria...

–¡Para, Sofía!, que me vas a hacer mearme en los pantalones...

–No haga ni tal patroncito, acuérdesese que son Armani de la última colección, no se me vaya a poner campesino como su empleada...

–¡Ya basta!

–Pero si usted empezó pues...

Entre risas, bromas, lentes, perfumes, el tiempo pasó rápido y pronto tendrían que subir al Airbus A330 que los conduciría directamente a Paris.

La fila para abordar el avión era interminable, una centena de personas, hombres, mujeres, de todas edades; unas con caras de preocupación, otras con cara de felicidad. Niños que a toda costa trataban de escapar de sus padres haciendo aumentar su estrés al máximo.

Sofía podía ver al fondo las dos mujeres encargadas de revisar los pasaportes, cortar los bording pass y desear feliz viaje a todo el mundo, dos mujeres altas, bonitas, francesas probablemente, vestidas con un impecable uniforme, pañuelo de seda al cuello, orgullosas en apariencia de pertenecer a la línea aérea número uno de Francia: Er-Frán.

Mientras Sofía analizaba minuciosamente cada instante, Maurice atendía los numerosos llamados telefónicos relacionados con el viaje.

–Yes, yes, *don't worry, perfect, good bye...*

Y el celular sonaba otra vez.

–*Oui, oui, je serai là. T'inquietes pas... Á demain!*

Por fin llegó el momento de entrar al avión, los pasajeros comenzaron a desfilan a pasos agigantados con sus equipajes de mano, desplazándose por la manga que conducía a la puerta de gigantesco aparato, como hormigas en un hormiguero.

Maurice tuvo tiempo para atender su última llamada y apagó el celular.

–Buena noches señorita –dijo la azafata con un marcado acento–, por este pasillo a la derecha “*pog favog*”...

Sofía y Maurice caminaron entre gente, maletas, abrigos, pidiendo permiso hasta encontrar su ubicación.

–Ya estamos aquí, ¿prefieres pasillo o ventana?

–No sé, me da lo mismo.

–Si eres buena para ir al baño te recomiendo pasillo, de todas formas como es de noche por la ventanilla no veremos nada, pero de todas formas podemos cambiar.

Ya sentada al interior, Sofía pensó que se encontraba en un bus gigante, los olores, la atmósfera, la gente que hablaba diferentes idiomas, las azafatas y azafatos que estiraban sus brazos como hombres de goma para meter equipajes en los compartimentos, que se paseaban como si fuera un desfile de modas contando los pasajeros con un aparatito que hacía clic, clic, clic, que entregaban diarios y revistas para quienes lo pedían, que sonreían mostrando sus dientes blancos y sonrisas de comercial.

–¿Todo bien? –preguntó Maurice.

–Sí, un poquito nerviosa.

–Bueno, es normal pero no te preocupes, verás que ni te darás cuenta cuando estemos volando.

Sofía conservaba su cartera agarrada a dos manos y de pronto se acordó que debía enviar un sms a su madre para despedirse. “*Ya estamos en el avión, todo está bien, te mando un beso, te llamo cuando llegue*”. Luego apagó su celular, lo metió en su cartera y sacó un libro. *Martín Rivas*.

–Veo que viniste preparada –dijo Maurice.

–Sí, es un libro que he leído varias veces, me gusta mucho.

–Yo también lo leí. ¿Sabías que Alberto Blest Gana murió en París?

–¿En serio?

–Sí y está enterrado en uno de los cementerios más importantes, el *Père Lachaise*.

–¡Qué coincidencia!

–Para que veas, la vida es así, el mundo es un pañuelo.

Las puertas del Airbus se cerraron y la tripulación comenzó con el ritual. Mientras el avión comenzaba a moverse lentamente, indicaban a los pasajeros las ubicaciones de las salidas de emergencia, el uso del cinturón de seguridad, de los chalecos salvavidas y las

máscaras de oxígeno. Estas eran imágenes que Sofía había visto únicamente en la película *Dónde está el piloto*.

Terminada la performance, un silencio se produjo en el interior del aparato, seguido del ruido ensordecedor generado por las turbinas.

–Estamos a punto de despegar –dijo Maurice.

Sofía era un atado de nervios. Ya no podía esconder su preocupación. Se concentró como pudo y rezó un Padre Nuestro y un Ave María. Sus oraciones la transportaron de la loza del aeropuerto a la iglesia de San Víctor, donde se preparó como una monja para recibir por primera vez el cuerpo y la sangre de Cristo.

–Jéssifer, ¿por qué eres tan linda?

–Porque mi mami me hizo así.

–Ese pelo tan lindo que tienes, parece como de las actrices de las telenovelas...

–¡Ay!, no exageres tanto tampoco...

–En serio, me gustaría tanto que fueras mi novia...

–¡Mh!... no te pases para la punta tampoco.

–Ya pues, di que sí...

–¡Mh!... lo voy a pensar.

–Pero si yo sueño contigo todas las noches...

–No sé, te digo, déjame tranquila, lo voy a pensar, no seas tan pesado, Rigo.

Rodrigo Mardones, *“el Rigo”*, como le decían todos sus compañeros de catecismo, era un chiquillo flaco como un fideo, tez morena, hablador y seguro de sí mismo. Hacía y decía lo que le daba la gana, sin miedos ni complejos. Sus ojos de color indefinido, entre grises y azules, eran la envidia de todos sus camaradas. Un arma mortal e infalible a la hora de realizar sus conquistas amorosas. A

sus catorce años de edad, ya sabía dar besos con lengua, y aunque sólo había llegado hasta ahí, sus intenciones con Jéssifer eran claras. Quería conquistarla, besarla como ya sabía hacerlo, hacer el amor con ella y convertirse en un verdadero hombre.

Mientras el cura hablaba de Dios y de los pecados en el catecismo, los ojos de Rigo volteaban a mirar a Jéssifer, pero ella se hacía la desentendida, sin embargo, rondaban en su cabeza los comentarios de las otras chiquillas de la escuela que decían que el Rigo besaba como Carlos Emilio, el actor de la teleserie mexicana impacto que todos veían en ese momento. Si era el caso, pensaba Jéssifer, el Rigo debía ser un profesional porque Carlos Emilio, el de la tele, después de forcejear un rato con sus damiselas que se resistían, lograba finalmente hacerlas caer en un trance profundo, arrebatándoles un beso apasionado.

—¡Jéssifer!, ¡pon atención! —le gritó el cura—. Dios castiga a todas las criaturas que le desobedecen y les impide ir al cielo. Los pecadores no tienen lugar en el Paraíso, por eso, antes de recibir el Cuerpo de Cristo, todos deben estar limpios de pecado y deben confesarse. La semana que entra será el “*gran día*” y todos tendrán la obligación de hacerlo.

—¿Y si no? —preguntó Jéssifer, sólo para decir algo.

—Y si no... yo no sé lo que estás haciendo aquí.

Todos en la clase se pusieron a reír.

Jéssifer odiaba ir a catecismo, al cura no lo podía ver ni en pintura, era viejo, enojón y las palabras pecado y castigo salían de su boca en cada frase que pronunciaba.

—“No le hagas caso al cura” —le dijo Rigo a Jéssifer una tarde de sábado en que las clases de catecismo se habían terminado para siempre. Aunque mi mamá es bien católica y quiere que yo haga la primera comunión más que nadie en el mundo, a mi papá le da lo mismo, dice que todos los curas son unos mentirosos y no les cree nada. Mi mamá se enoja mucho cuando mi papá dice eso, pero me dio a elegir si quería hacerla o no y yo le dije que sí, así

todos quedan contentos y yo tengo mi fiestecita con torta y chocolate caliente.

La madre de Jéssifer creía en Dios, la Virgen, los santos, las ánimas y cuanto ser celestial estuviera ligado a la Iglesia. Ella y su abuela iban a misa todos los domingos, rezaban el rosario, iban a las novenas del Mes de María, a la Misa del gallo para Navidad y a las Tres Horas en Semana Santa. Ambas llevaban consigo, colgando en el cuello, un crucifijo y una medallita de la Virgen y caminaban cuerdas y cuerdas en el pueblo, con una vela en la mano, cantando y rezando cuando se celebraba el Vía Crucis. Durante la Semana Santa el silencio en la casa era total, no se podía cantar, ni ver tele, ni escuchar música, todo era pecado, era no respetar al Señor Jesús que había dado su vida por todos nosotros, era el discurso recurrente. Jéssifer no decía nada, no se podía decir nada, sólo acataba las reglas, pero escondida en su pieza, se entretenía dibujando y pintando modelos de ropa, sin antes pedirle a Dios que la perdonara, pero que estaba tan aburrida.

La moral en el pueblo era casi una persona de carne y hueso. Todos se creían con el derecho de juzgar a todos y obtener el perdón de los pecados, después de haber cometido uno, era un proceso que podía durar años. Fue el caso de Eunice, quién tuvo a su hija soltera, sin casarse. Este era uno de los pecados más graves en el ranking. Cuando los vecinos se enteraron, no podían creerlo, ella, que se veía tan tranquilita, tan mosquita muerta.

La señora Catalina, la abuela de Jéssifer, debe estar deshecha y como sufre del corazón, decían, seguro que todos estos malos ratos van a terminar mandándola al cajón.

La pobre Eunice y su bebé sufrieron mucho, eran como la representación del mal, de lo prohibido, una obra de Satanás. Y sobre todo, ¿cómo explicar a los pobres niños inocentes que hacían preguntas, el hecho que el vientre de una mujer comenzara a inflarse, si no se había casado y no tenía marido? Era imposible.

Para facilitar la tarea a sus vecinos y evitar problemas

con su madre, Eunice se encerró y salía sólo si era necesario, para ir al médico o comprar algo que necesitara de urgencia. Después del parto, tomó una buena decisión. Comenzó progresivamente a retomar su vida normalmente, a mostrarse con su hija y a hacer como si nada hubiese pasado. Comprendió que si no lo hacía, el pueblo iba a ganar.

Sofía menospreciaba la personalidad de su madre, la creía débil, sin embargo nunca pensó en la inmensa valentía y coraje que se necesitaba para vencer el conservadurismo pueblerino y toda la batalla y el sufrimiento que significó.

—Jéssifer, el próximo sábado es la primera comunión...

—¿Sí y qué?...

—¿No estás nerviosa con la confesión que hay que hacerle al cura?

—No, ¿y por qué voy a estar nerviosa si no he hecho nada malo?

—Oye, ¿por qué no vamos al camino del tren?

—¿Y para qué?

—No sé, para cambiar un poco de rutina, apuesto a que no has ido nunca.

Jéssifer sabía perfectamente cuales eran las intenciones del Rigo y pensó en sus besos. Aunque una vez recibió un beso inofensivo en algún juego por ahí, sería la oportunidad de saber como eran los de verdad. Además si era pecado como decía el cura, igual debía confesarse antes de hacer la primera comunión y sus pecados serían perdonados.

—Bueno, pero un ratito no más...

Hacían una bonita pareja. Sus estaturas y contexturas eran parecidas, ambos jóvenes, ingenuos, con el mundo por delante, para bien o para mal, pero con el mundo por

delante. Callados al principio, risueños después, nerviosos, porque era difícil controlar las emociones cuando recién se está experimentando en el amor.

Faltando algunos metros para llegar al camino del tren, el Rigo le tomó la mano a Jéssifer, que no opuso ninguna resistencia. La mano de Rigo era suave y tibia y comparada con la suya parecía más grande, con más fuerza.

Siguieron juntos, caminando, tomados de la mano, dándose una que otra mirada acompañada de una sonrisa nerviosa, por momentos descontrolada.

–Ya casi llegamos –dijo el Rigo.

–¿Y aquí es donde traes a todas tus novias?

–No. Si es la primera vez que vengo...

–Seguro...

–Sí, es verdad, te lo juro, bueno, una vez vine con el Javier y el Alejandro a buscar unas plantas que pidió el profe de ciencias naturales. De esas, mira, esas verde claro, al lado del árbol grande...

–Donde... no veo nada...

El Rigo, como un experto Don Juan, tomó la mano y el dedo índice de Jéssifer para indicarle donde se encontraban las plantas, luego Jéssifer giró la cabeza para confirmarle que ya las había visto y ahí estaba la cabeza de Rodrigo Mardones, a pocos centímetros de la suya.

–Cierra los ojos –dijo el Rigo.

Jéssifer los cerró. Quería que pasara luego lo que tenía que pasar, su estómago se revolvía de miedo, de curiosidad, de deseo. Finalmente los labios del Rigo se posaron sobre sus labios. Rigo era un experto. Mientras comenzaba con su beso, no soltaba las manos temblorosas de Jéssifer. De pronto la lengua de su galán comenzó a participar en el juego, buscando abrirse paso por entre dientes y encías hasta encontrar la lengua de su amada. Jéssifer no sabía si sentir asco o placer, pero se entregó por completo, miles de sensaciones se cruzaron por su mente y por su cuerpo en aquellos instantes, miedo, confusión,

algo de excitación. Se entregó a Rigo también por rebeldía, por hacerse la grande, por no dejar pasar la oportunidad de vivir una experiencia que algunas chicas de su edad decían ya haber experimentado. Rigo fue tierno con ella, le preguntó varias veces si estaba bien. Jéssifer respondió que sí.

El camino del tren estaba casi desierto y ese verano, verde y florido, con una brisa tibia que contribuía a dar un toque romántico al encuentro de los dos jóvenes que, tendidos en el pasto, descubrían la vida.

El sábado siguiente, antes de entrar al confesionario de la iglesia, Jéssifer pensó mil veces si contaría todo al cura y decidió que no.

El día de la primera comunión, arrodillada en el frío mármol de la iglesia de San Víctor, Jéssifer cerró los ojos. El vestido blanco de encajes que su madre y su abuela le habían mandado a hacer especialmente para la ocasión parecía brillar con luz propia. Jéssifer se sentía incómoda dentro de él. En sus manos tenía el pequeño libro de oraciones y el bolsito donde guardaba sus santitos de recuerdo. Tomando uno y viendo la figura de Jesús en la que aparecía con las manos abiertas y una aureola en la cabeza pensó:

“Diosito, sólo tú puedes perdonarme si lo que hice con el Rigo fue un pecado”.

Una larga hilera de niñas, todas vestidas de blanco, y de jovencitos con trajes oscuros, comenzó a desfilar rumbo al altar. Jéssifer se unió a ellos.

Una vez de pie frente al cura, con la palma de sus manos unidas en señal de oración y recogimiento, cerró los ojos y abrió la boca: *“El cuerpo de Cristo”* le dijo el cura Julián, poniendo la hostia en su lengua. Serena y sin remordimientos, Jéssifer respondió al cura: *Amén.*

II

Teatro, la vida es puro teatro...

Tite Curet Alonso

–¿Estás bien? –preguntó Maurice? Ya estamos en el aire. Te quedaste como en trance por algunos momentos...

–Sí, no te preocupes, estoy bien, sólo me quedé pensando en algunas cosas del pasado.

–¡Uf!, el pasado... Sí pudiéramos volver por algunos segundos a revivir momentos del pasado. Sin embargo hay que aprender a vivir el presente y disfrutarlo al máximo en la medida de lo posible.

Las condiciones del tiempo para el vuelo eran favorables, comentó el capitán desde la cabina del avión.

–¿Te imaginabas todo así?

–La verdad no. Sólo había visto todo esto en películas.

–Pero ahora es de verdad, y vamos rumbo a una de las ciudades más lindas del mundo. ¿Te das cuenta? París es fascinante, más que la Torre Eiffel y el Arco de Triunfo, lo más entretenido es que es una ciudad que no para, siempre ocurre algo, día y noche, invierno y verano, fiestas, megaeventos, festivales, desfiles. Además tenemos reservas en uno de los hoteles más prestigiosos, el George VIII, a pasos de los Campos Elíseos. Apenas lleguemos al aeropuerto, un chofer vendrá a buscarnos, luego iremos al hotel y tendremos que prepararnos para una cena de negocios. François Le Bon irá a buscarnos al hotel. Espero que hayas elegido lo mejor de la última colección de verano de Batha como sugirió Blanca, aparte de pensar en ti como compañera de viaje, porque eres mi amiga, linda y simpática, tendrás que convertirte en una vitrina ambulante de Batha para que François se dé cuenta de la calidad de nuestros productos. Cuando termines de producirte en el hotel me

llamarás y yo te daré mi opinión; este negocio es imagen, imagen, imagen y a pesar de que ya firmamos el contrato para la apertura de la nueva boutique, hay que terminar de convencer a los inversionistas de que su elección fue la correcta.

Poco le faltó a Sofía para sacar una libreta de apuntes y escribir todo lo que Maurice estaba recitando. Comprendió que atrás habían quedado las bromas y la amistad. Maurice estaba hablando de trabajo.

—Luego —prosiguió Maurice—, dentro de la semana que durará el viaje, asistiremos a dos presentaciones de las nuevas colecciones, una de “*Praga Privé*” y otra de un nuevo diseñador latino que está acaparando las miradas de muchas casas de alta cosutura, se llama Oscar de la Fuente.

Blanca me hizo también unos encargos personales muy específicos así que tendremos que dedicar un tiempo a satisfacer los caprichos de la jefa, el resto del tiempo tendremos que ir a visitar otras boutiques, ver las nuevas tendencias, combinando con algunos recorridos turísticos por la Ciudad Luz, no todo puede ser trabajo. Te llevaré a conocer el barrio donde viví algunos años y te presentaré algunos de mis viejos amigos, iremos a visitar los típicos mercados parisinos para mostrarte lo que comen los franceses, tendrás el privilegio de disfrutar del sabor de un verdadero “*croissant*”. ¡Mh!, hablar de todo eso me da nostalgia de mis orígenes. Será entretenido mostrarte todo eso.

Sofía lo interrumpe.

—¿A que no sabes cuánto mide la Torre Eiffel...?

Maurice la miró desconcertado, pero aparte, no tenía idea.

—*No sabe, no sabe, tiene que aprender, orejas de burro le vamos a poner.* Comenzó a cantar Sofía en tono de burla.

—Seguro que vas a decirme cualquier cifra —dijo Maurice.

–No. Te puedo decir que mide exactamente 324 metros y que fue presentada en una exposición en 1889 para celebrar los cien años de la Revolución Francesa.

–¿Y de dónde sacaste toda esa información?

–Discovery Channel. Of course!

Llegó el momento de la cena en el avión. Las azafatas vestidas con un delantal acorde a los colores corporativos de la empresa, comenzaban a desplazar lentamente sus carritos ofreciendo carne o pollo. Sofía admiraba la destreza de estos hombres y mujeres sirviendo jugo, agua, vino, alzando las botellas por los aires y dejándolas caer en los vasos sin derramar una gota. Hasta entonces pensaba en las azafatas como seres inútiles cuyo trabajo era saludar y pasearse por los pasillos con una sonrisa de oreja a oreja.

Comer en un avión no era tarea fácil, el espacio era estrecho. Maurice, dada su experiencia se desenvolvía como un experto, sabía que los cubiertos estaban en un paquetito plástico, que en un pequeñito recipiente estaba la entrada y en el otro el plato principal. Sofía era una ignorante, observaba a Maurice y repetía sus gestos tratando de ser natural. Maurice se dio cuenta.

–Pero mujer, relájate, si tienes dudas, pregúntame, ¡ahora estás tan tímida!

–Claro que estoy nerviosa, imagínate que de un manotón tiro todo al suelo...

–Mala suerte, ocurre en todos lados y nadie ha muerto por eso.

–¡Y la vergüenza que te haría pasar!

–He vivido cosas peores.

–¿Ah sí? ¿Por ejemplo?

–Con Esteban. Una vez viajábamos de París a Nueva York y todo había comenzado mal desde el aeropuerto. Él quería hacer el viaje en primera clase y fue imposible

conseguir pasajes a buen precio porque todo había sido decidido muy tarde. Cuando estábamos en el avión Esteban constató a través de una rápida inspección que el vuelo no estaba completo y me dijo que tenía una idea. Su mirada era extraña. Mi estómago se contrajo y mi corazón se aceleró. Yo conocía esa mirada, significaba que un plan perverso se urdía en su cabeza. Una vez sentados como tú y yo ahora, después de la cena, Esteban llamó a una azafata para pedir un vaso de agua. La azafata le preguntó si todo andaba bien. “Sí”, respondió Esteban con una voz un poco rara. Yo le pregunté si estaba bien, sí, me dijo, no te preocupes, es sólo la primera fase de mi plan. ¡Qué plan!, pregunté. No te preocupes, sigue la corriente. Pasaron tres minutos y volvió a llamar a la azafata: Señorita, le dijo, creo que el pollo tenía un problema, yo soy muy sensible y mi estómago se da cuenta inmediatamente si hay un problema con la comida. Dos o tres pasajeros escucharon claramente el comentario de Esteban, podía verse la preocupación en sus semblantes. Esteban prosiguió: Necesito acostarme. La mujer, después de un nervioso “*tranquilo señor*”, se alejó caminando rápido para prevenir a la jefa de cabina, la que llegó a los pocos minutos cerca de nuestros asientos para preguntarnos si todo andaba bien.

¡Cómo quiere que todo vaya bien! respondió Esteban alzando la voz de varios decibeles. Mi crisis de colon comienza a aumentar por causa de su pollo y quiere que todo vaya bien. Yo sé que el vuelo no va lleno y quedan espacios en primera, si no me cambia inmediatamente para que pueda acostarme completamente, le aseguro que todo esto va a terminar muy mal.

El rostro de la pobre mujer estaba descompuesto. El único gesto que atinaba a repetir maquinalmente era frotar el hombro de Esteban pidiéndole calma, pero por sobre todo, silencio.

–Espérenos un segundo –dijo la mujer, alejándose hacia la cabina unos instantes.

Miré a Esteban con la cara roja de rabia. No podía creer que estuviera haciendo todo ese teatro sólo para cambiarse a primera. ¿Y Si lo examinaba un médico y veía

que no se trataba de nada grave?

–Calma Maurice, calma. Además sí me duele un poco el estómago.

–De mentir seguramente

–Cállate, ahí vienen...

–Señor –dijo la jefa de cabina–. Acompáñenos por favor...

–¿Y mi amigo? –dijo inmediatamente Maurice.

–Sí claro, él también.

En ese momento éramos el centro de atracción de todos los pasajeros vecinos. Esteban, con la convicción de un actor profesional tuvo incluso la facultad de hacer palidecer su rostro para dar aún mayor credibilidad al rol de enfermo. El show de levantarse de su asiento con dificultad, su mano en el vientre y sus muecas de dolor, era tan convincente que hasta yo me lo creí por un momento.

La azafata nos condujo a primera clase, donde los asientos son de una comodidad absoluta. Esteban se acostó y se durmió a los cinco minutos sin el menor remordimiento. Yo, a su lado, me hacía el que leía sin poder concentrarme, mientras la jefa de cabina nos miraba vigilante, para ver si el enfermo evolucionaba favorablemente.

–Así es Esteban –dijo Maurice–, capaz de cualquier cosa.

–¿Lo echas de menos?

–Sí...

III

Y ahora, ¿quién podrá defendernos?

El Chapulín Colorado...

Alison Cabrera no sabía qué hacer de su vida, su trabajo en el restorán había llegado a su fin. La habían despedido por llegar atrasada tres lunes consecutivos y por supuesto sin pagarle un peso. A Jéssifer, no la había vuelto a ver desde que se había ido.

El aspecto físico de Alison se deterioraba cada vez más a causa de su fracasada vida. Sus ojos se hundían, había perdido los colores de su rostro. Sus cabellos deshechos y su apariencia desarreglada eran signos visibles del estado de depresión en el cual había caído. Se lo pasaba largas horas frente al televisor, echada en un sillón, como si se hubiese desmayado para siempre. No conocía a nadie más en la capital, al menos a nadie que pudiera ayudarla. Su círculo se limitaba sólo a las que habían sido sus compañeras de trabajo en el restorán, las mismas que ni siquiera se despidieron de ella cuando se fue y que sin dudar llamaron inmediatamente a otra chica para avisarle de había una vacante, una chica mucho más simpática y divertida, no como Alison, que llegaba a trabajar siempre con la cara larga.

Con el temor de volver al pueblo, teniendo que soportar los comentarios de su familia y amigos, trataba, dentro de su estado, de buscar una solución. ¿Para qué otra cosa podría ser buena? Su físico desgraciado y sus escasos estudios no le facilitaban la tarea. Ella no era como Jéssifer.

A veces lamentaba el altercado con ella y se arrepentía de haberle mentado. ¿Y si le pedía perdón y de paso ayuda? Quizás no era el momento de mostrarse orgullosa, quizás era tiempo de meter su orgullo al bolsillo y correr donde ella a fin de salir del hoyo en el que se encontraba.

El diario en el que revisaba los anuncios de trabajo estaba abierto en la página del horóscopo.

Virgo: No se deje abatir, busque a sus amigos y comparta sus angustias.

Era una señal divina. Se levantó y apagó el televisor, fue al baño y se miró en el espejo. Se encontró horrible. Sus ojos estaban rojos e hinchados de tanto llorar, su pelo graso y enredado, sin peinar. Debo contactar a Jéssifer, dijo en voz alta.

No podía hacer llamados de su celular, no tenía plata para cargarlo, los últimos pesos que le quedaban los había usado para comprar papel higiénico. Bajó al cibercafé de Robin. Alison sabía que se conocían, tal vez habían quedado en contacto. Tenía esperanzas de que éste pudiera darle algunas noticias sobre su paradero.

—A veces me la encuentro en el chat. -le contó Robin- Está súper bien la Jessi, ahora anda de viaje en París...

En París, pensó Alison, no podía ser. ¡Cómo lo hacía! Su suerte no tenía límites.

—¿Y tienes algún teléfono de ella?

—Eso no, sólo tengo la dirección de internet. Respondió Robin.

Internet, eso eran palabras mayores para Alison. En el Liceo de San Víctor apenas había tenido contacto con una máquina de escribir, jamás con un computador, sin embargo necesitaba ponerse en contacto con Jéssifer como fuera.

Robin pudo ver el rostro afligido de Alison y le propuso ayuda si se decidía a enviar un mail. Terminó por instalarla frente a un monitor y le explicó el funcionamiento.

—¿Ves? Ahí pones la dirección y luego empiezas a teclear. Igual que una máquina de escribir.

—Gracias —respondió Alison—, no sabes cuánto te lo agradezco. Necesito contactar a Jéssifer con urgencia. No te imaginas.

Alison, nerviosa, y con la lentitud propia de una debutante, comenzó a darle duro a las teclas del aparato, como si efectivamente se trataba de una máquina de escribir:

“Jessi, soy yo, la Alison –usando un lenguaje de conversación telefónica–Jessi –prosiguió–, yo sé que no vas a querer saber nada de mí pero necesito ayuda, estoy casi en la calle, me despidieron del restorán y no he podido encontrar trabajo en otro lado. Perdóname Jessi por todo lo que te dije la última vez aunque sé que no tiene perdón. El Robin me dijo que estabas en París, que lindo debe ser por allá, Jessi, todavía vivo donde mismo, necesito hablarte, eres mi única salida ahora, gracias Jessi”.

Dudó en poner *“Te quiere, tu amiga...”*. Era demasiado, así que firmó simplemente: Alison.

Más de media hora le tomó escribir su confuso y desesperado mensaje. Y si no hubiese sido por la ayuda de Robin simplemente no lo habría logrado. Después de terminar su proeza, se quedó un rato con la mente en blanco, agotada por todo el esfuerzo que le había demandado, los dedos le dolían y la cabeza también. Al recobrar fuerzas, dirigió el puntero del mouse hasta la palabra “enviar” y el mensaje partió sin problemas. “Que sea lo que Dios quiera”, exclamó en voz alta.

IV

We'll always have Paris

Casablanca, la película.

El vuelo estuvo tranquilo, algunas turbulencias, pero nada para inquietar a una viajera primeriza. Durante el largo trayecto que separaba Latinoamérica y Europa, Sofía y Maurice terminaron conversando de todo y nada. También hubo largos momentos de silencio que ambos respetaron. Lo necesitaban, porque sabían que el viaje era una oportunidad para reflexionar sobre temas personales, sobre sus propias vidas.

El avión estaba equipado de un monitor para cada pasajero donde podían elegir a gusto música, películas y otras entretenencias. Sofía aprovechó de ver nuevamente *“El fabuloso destino de Amélie Poulain”*, como antesala de lo que serían sus propias aventuras en la capital gala. Sus escenas y la historia la emocionaron una vez más. El rostro de Audrey Tautou era angelical, tan expresivo, tan fino. ¿Todas las mujeres parisinas serían como ella?, se preguntó, antes de dormirse profundamente.

Al despertar, se encontró con la cara de una azafata que la saludaba con una enorme sonrisa y que le ofrecía una bandeja con su desayuno.

Tanscurrieron algunos minutos y el capitán anunció el descenso. La tripulación verificaba una y otra vez que los cinturones de seguridad estuvieran bien puestos. Al mismo tiempo, Jéssifer se encomendaba a su virgen milagrosa, para que la protegiera durante el aterrizaje.

“Mesdames et Messieurs, -se escucha en los altavoces- bienvenus à Paris Charles de Gaulle, nous vous prions de rester assis jusqu’ à l’arrêt total de l’avion. Nous sommes heureux que vous ayez voyagé avec notre compagnie et nous vous souhaitons un agréable séjour en France. Au revoir...”

–¿Qué pasa? –preguntó Sofía a Maurice, al mismo tiempo que ordenaba su cartera, con el espíritu más tranquilo después de tocar tierra.

–Dicen que no nos movamos hasta que el avión no se detenga y nos desean una feliz estadía en París.

–París, París, “*ouh là là*”. -lanzó Sofía llena de emoción.

–*Voilà, voilà*, París a sus pies *mademoiselle* –agregó Maurice.

El Hotel George VIII, a los ojos de Sofía era sinónimo de la octava maravilla del mundo. Un lugar donde se respiraba el lujo y la opulencia. Apenas salieron del automóvil con chofer que les habían prometido, dos hombres corrieron a ayudarles con las maletas. Una vez registrados, Maurice acompañó a Sofía a su habitación y de paso le explicó como funcionaban todos los sistemas que permitían encender la luz, abrir una cortina o ver la televisión.

–Avísame cuando estés lista. Me llamas por teléfono y yo vendré de inmediato a dar el visto bueno sobre tu look, recuerda que esta tarde cenamos con François.

–Oui chef –dijo Sofía.

Después de dejar a su amiga instalada, Maurice fue a su habitación y se recostó en su cama, vestido, con los zapatos puestos. Pensó en Esteban, en los interminables paseos que habían hecho juntos para descubrir esa ciudad. París era su destinación favorita, cada vez que podían volvían para visitar lugares que siempre quedaban pendientes, museos, galerías de arte, cafés. Pero esta vez era diferente. Era París sin Esteban. Sentía que debía llamarlo para decirle que pensaba en él pero se retuvo. ¿De qué servía? No había que obedecer al corazón sino a la razón, y la razón le decía que dejara evolucionar las cosas sin alterar su orden. Con el celular en las manos, fijando su vista en el nombre de Esteban estuvo a punto de hacer presión con su pulgar en “llamar”. Es sorprendente el

poder que puede detonar un solo movimiento del pulgar en un teléfono celular. Te puede ayudar a obtener un trabajo, a excusarte, a mentir, a saber que tu madre está viva, muerta o enferma, a saber que un hijo ha nacido sin problemas, a llamar un médico, a tu ex, a tu amiga, tu amigo. Un solo movimiento del pulgar en un celular puede alterar el orden de tu destino. Maurice finalmente desistió de este impulso. Se levantó, se quitó sus zapatos, sus calcetines, el resto de la ropa y se metió a la ducha. Comenzó con agua fría, quería que el agua gélida lo ayudara a borrar sus pensamientos, sólo quería centrarse en su trabajo, en su viaje con Sofía, en la cena que tendrían más tarde, pero era difícil, el cuerpo humano no funciona como un computador al cual les das control, alt, supr, y ya está. La imagen de Esteban se hacía recurrente en el cerebro de Maurice, acosándolo, atormentándolo. El agua helada corría por su cuerpo hasta casi congelarlo y no aguantó más. Sus manos moradas giraron la llave del agua caliente y poco a poco la vida comenzó a reaparecer. Había que volver a la realidad.

Salió del cuarto de baño limpio y afeitado. Su cuerpo delgado, desnudo, se desplazaba con gracia por la habitación. Lentamente se acercó a la ventana y constató que esa tarde de verano parisino se anunciaba agradable y fresca. Los geranios rojos que colgaban de los balcones de cada ventana del hotel le recordaron su infancia, su madre, que cada temporada compraba esas mismas flores para decorar el balcón del departamento donde vivían. París y los geranios pensó, finalmente son un símbolo de energía, de alegría, de renacimiento.

Abrió su maleta, todo estaba en orden. Eligió un traje gris, una camisa blanca, una corbata de seda morada y se vistió tan rápido como pudo. Apenas terminó, el teléfono sonó. Sofía también estaba lista. Maurice corrió para encontrarla, y cuando ésta le abrió la puerta de la habitación no pudo creer lo que veía. Una mujer radiante, atractiva, elegante, como si elegir su vestimenta para una cena de negocios en París no fuese más de un detalle de su vida.

Su pelo negro y liso brillaba como nunca, su rostro levemente maquillado parecía estar bronceado naturalmente

y sus ojos, con una sombra discreta, acentuaban la expresión y la imagen de una mujer sobria y natural. Desde que se encontraba en el aeropuerto, y luego en el avión, Sofía tenía claro que ropa iba a ponerse en cada ocasión y para su primera reunión optó por un vestido celeste, como el que había usado el día de su graduación, ceñido al cuerpo, con un escote que acentuaba su largo cuello y destacaba armónicamente el volumen de sus senos. En cuanto a los accesorios, buscó en su maleta y nada de lo que vio la convencía hasta que de pronto y sin querer, sus dedos se encontraron con un pequeño objeto que brillaba. Era la imagen de la Virgen que le había regalado su padre. La tomó y la examinó con detención. Retiró una fina cadena de otro colgante que tenía y se la puso. Frente al espejo, llevó la cadena y la medalla a su cuello; era pequeña, discreta, y combinaba bien con sus aros y sus sandalias que también tenían algo de dorado. ¿Por qué no? pensó, y se la dejó puesta. Una mantilla marrón Batha, con aplicaciones de finas plumas, complementaban su tenida. Una minúscula cartera rectangular de terciopelo serviría para meter sus documentos, pañuelos desechables y su labial.

–¿Te gusta?

–Estás sublime –fueron las palabras de Maurice.

–Tú también. Te ves más guapo que nunca.

–Debo estar a la altura, ¿no?

V

Keep calm...

Eran las ocho y media de la mañana y como era costumbre, Blanca Montes ya se encontraba sentada frente a su escritorio sumergida en una decena de carpetas, y mientras su secretaria le servía su café cargado, o “black coffee”, como ella lo llamaba, no quitaba sus ojos de los documentos. Estaba feliz con los balances positivos que arrojaban los números. La empresa prosperaba cada vez más y todo gracias a su brillante gestión. Se sentía realizada.

Una vez consumido el primer café, llamaba a su secretaria con un estridente grito y ésta, acostumbrada a los modales tan particulares de su jefa, ya sabía que tenía que ir corriendo a servirle otro.

Las asistentes de imagen y el resto del personal llegaban después. Las dos horas diarias de soledad matutina y de silencio eran preciosas para Blanca. Su mente despejada le hacía idear sus estrategias con la vivacidad de un lince.

Cuando el silencio y la quietud mermaban, la música tecno se activaba y las clientas comenzaban a llegar, era hora de cerrar las carpetas y preocuparse de asuntos más domésticos. Detestaba ese momento.

Blanca Montes era una máquina, Terminator en persona. Ni el más mínimo detalle se le escapaba. Su caminar de pasos largos, seguros, su mirada siempre alerta y su inteligencia, sobre todo su inteligencia, hacían que todo en Batha anduviera sobre ruedas. Pese a ello, la ausencia de Maurice, su brazo derecho, y de Sofía, su empleada fetiche, la perturbaban un poco y el estrés no tardaba en subir de nivel ante cualquier detalle no resuelto. Según Blanca, todos eran unos ineptos, salvo ella.

Se paseaba por los estantes verificando que cada prenda estuviera en su lugar, bien ordenada, bien presentada

y perfecta, y por supuesto, nada de esto ocurría jamás. Llamaba la atención a las empleadas que no sonreían. “¡A cambiar esa cara niñitas que aquí todo el mundo está feliz y los problemas no existen!”, exclamaba, con el histérico tono de voz que era su marca registrada.

Había pasado una hora desde que la tienda había abierto sus puertas y entre el ruido de la música y las agudas voces de las clientas se oyó una voz anunciando que Blanca Montes tenía una llamada telefónica. Blanca corrió a su oficina para atender el llamado.

–Sí, con ella...

–Le llamamos de la clínica In-Diza.

–Sí, que pasa...

–Anoche fue internada una señorita que se llama Karen Larraín. ¿La conoce?

–Sí, por supuesto que la conozco, es una amiga. ¡Pero dígame que le pasa, ¿por qué está en la clínica?!
–pregunta Blanca al borde del descontrol.

–Señora Montes, por favor cálmese. La señorita Larraín al parecer no tiene más personas a quién contactar y nos ha pedido llamarla. La situación es bastante delicada, la señorita Larraín ha sido agredida y la policía la encontró en la calle, inconsciente.

–¿Está grave?

–Me temo que sí.

–Voy de inmediato.

Blanca Montes olvidó quien era, donde estaba. Sintió como si su cuerpo hubiese sufrido el impacto de un proyectil que la destruía en mil pedazos. Comenzó a transpirar helado y colgó el teléfono. Mordió las coyunturas de sus dedos mientras su vista fija en el suelo se borraba por momentos. Agarró su bolso, su celular, las llaves de su auto y salió corriendo como una loca ante la mirada atónita de todos en la boutique. Una vez en el auto, luchando contra

el tránsito que siempre es desastroso en las situaciones de urgencia, pedía al cielo que todo fuese una pesadilla, una mentira, una equivocación, un malentendido. No quiso imaginar los detalles que hicieron que Karen fuera a parar a una clínica. Su antigua profesión tenía sus riesgos, y ella misma lo constató cuando más de una vez un cliente intentó agredirla porque no quiso someterse a sus pedidos.

Las largas filas de autos no hacían más que incrementar su angustia. El cielo capitalino estaba más gris que nunca y mientras todos se paseaban por las calles envueltos en gorros y bufandas, Blanca continuaba luchando por llegar a su destino. Del momento en que recibió la noticias habrían transcurrido unos veinte minutos. Blanca se creía sentada frente al volante de su vehículo por más de un siglo.

–¡Karen Larraín Dumas, ¿en qué habitación está?!
–gritó Blanca al llegar a la clínica.

–Señora, por favor cálmese –le pidió la enfermera que se encontraba en el hall de recepción.

–¡Pero cómo quiere que me calme! ¡Me llaman para decirme que mi amiga está grave y usted me pide que me calme! ¡Dónde está!

–Ella se encuentra en la sala de operaciones, tuvo que ser intervenida de urgencia, presentaba hemorragias múltiples. Espere un segundo, el médico que la está atendiendo va a explicarle todo.

Blanca respiró profundo y trató de mantener la calma. La enfermera le ofreció un vaso de agua y la acompañó hasta el gran sillón donde le pidió que se sentara a esperar al médico.

Las clínicas para Blanca eran los peores lugares que pudieran existir. Detestaba esos lugares, su atmósfera, los olores, los médicos y las enfermeras. La sala de espera en que se encontraba, aunque decorada cuidadosamente como el living de una casa normal, no contrarrestaba su angustia. Seguía siendo una clínica, donde había enfermos, operaban personas y donde a veces esas personas morían. Los minutos se hacían eternos y los finos punteros del reloj

mural que colgaba de la pared parecían detenerse para siempre.

¡Este tiempo de mierda no avanza! ¡Este puto tiempo de mierda no avanza!, pensaba en su interior apretando los dientes.

–Karen, no sé cómo expresar lo que me une a ti.

–No entiendo, Blanca...

–No quiero parecer cursi pero te siento tan cerca. Eres la persona que siempre soñé conocer. Me encanta hablar contigo, me siento escuchada. Siempre había vivido una vida solitaria y tú te apareces en mi camino a revolucionar todo...

–Pero Blanca, esto parece una declaración de amor...

–En cierta forma lo es. ¿O es que acaso no crees en el amor?

–No sé, para mí es un tema complicado...

–Para mí también, pero contigo nada es complicado. Tú siempre tienes las palabras justas. Jamás me gustaría perder tu amistad, con nadie más me he entregado como lo he hecho contigo, con nadie he tenido las conversaciones que he tenido contigo, nadie me conoce y sabe tanto de mi vida como tú.

–Pero Blanca, escucha, jamás podré darte lo que tú necesitas...

–Pero yo no te estoy pidiendo nada Karen, todo lo que digo es sólo para hacerte saber que valoro tu amistad, que te quiero y que siempre que me necesites yo estaré contigo. *Yo estaré contigo, yo estaré contigo...*

Estas últimas palabras resonaron en su mente una y otra vez. Y ahí estaba, sentada en el sillón de una clínica que olía a desinfectante. En un lugar muy distinto al que estaban cuando habían tenido aquella conversación, en un

hotel cinco estrellas, en una habitación con vista imponente al mar de Acapulco. Las pocas lágrimas que Blanca tenía en stock, comenzaban a salir como una dosis de líquido derramada por un gotario. Blanca estaba llorando. Blanca Montes estaba destrozada, abatida, sola. Llorando.

El pañuelo desechable que ocupó para limpiar su rostro desapareció fundiéndose entre todos los objetos que contenía su cartera. Un valium, pensó, necesitaba un valium, y buscó desesperadamente sin encontrarlo. Otra mujer que esperaba en el sillón del frente la miraba perpleja.

—¿Acaso nunca has visto a una histérica buscando un calmante? —le dijo a la mujer, quién únicamente reaccionó con una mirada de desprecio, antes de ponerse de pie y desaparecer.

Por fin encontró el medicamento que la ayudaría a soportar lo que fuera, buenas o malas noticias. Le pidió un vaso de agua a la enfermera de la recepción y no esperó ni un segundo para doparse.

—Señorita Montes —dijo el médico.

Blanca no necesitaría más palabras ni explicaciones. Antes de que la noticia le fuera confirmada ya sabía que Karen había muerto.

VI

*Je veux te savoir à Paris, Lestat.
Je veux mourir en le sachant...*

Anne Rice

François Le Bon de Lombardon era el hombre más regio y elegante que Jéssifer había conocido en su vida. Sobre un metro ochenta de estatura, rubio, ojos azules, cuerpo atlético de piernas largas. Un hombre perfecto. Un personaje de animé, parecido al que repartía flores después de cada misión cumplida en la serie Angel, la de la flor de los siete colores; o a Ken, ese que tiene una supuesta relación con Barbie.

–*Enchanté* –dijo Francois a Sofía al verla por primera vez en el lobby del hotel–. Así que tú eres la famosa Sofía, eres aún más hermosa de lo que me habían dicho –continuó en un español casi sin acento.

–*Enchantée* –repitió Sofía con una pronunciación casi perfecta, que había ensayado con Maurice una y otra vez–. ¿Entonces hablas español?

–Lo aprendí en Madrid donde viví algunos años cuando era estudiante, pero no lo practico mucho.

–Qué bien, así será más fácil para mí.

–Perfecto, entonces declaramos el español como nuestro idioma común –agregó Maurice antes de que se pusieran en marcha para ir a cenar.

–Tengo el carro a unos metros de aquí y espero que el restorán que elegí para esta noche les guste.

Desde la llegada al aeropuerto y luego al hotel, Sofía no había visto mucho de París. Una vez instalados los tres en el amplio cuarto por cuatro negro, comenzaron a recorrer la ciudad que la noche de verano no había aún cubierto por completo. Entonces pudo ver a través de los

vidrios la atmósfera que reinaba en la ciudad, los cafés, los restaurantes, las terrazas llenas de gente que conversaba animadamente. El automóvil se desplazaba entre enormes edificios de piedra, decorados de balcones de fierro, adornados de plantas y flores. Los nombres de las calles y avenidas estaban indicados en rectángulos azules con letras blancas pegados en las paredes de los edificios. En su mente leía rápidamente nombres como *Avenue Monceau*, *Rue de la Paix*, *Avenue de Champs Elysees*. Repentinamente se encontraron girando en torno al Arco de Triunfo.

–¡Qué impresionante! dijo Sofía.

–¿Te gusta? –preguntó François.

–Claro, es maravilloso.

–Y como está anocheciendo, vamos a aprovechar de pasar cerca de la torre Eiffel, así podrás verla iluminada.

La torre Eiffel. Sofía nunca pensó que llegaría el día en que se encontraría a metros de este mítico monumento, de esa inmensa mole de fierro que cientos de personas se morían por conocer alguna vez en su vida.

Una sensación rara se apoderó de ella en esos momentos. Estaba tan lejos de todo lo que conocía, su pueblo, su trabajo, su departamento. Sí, estaba en Europa, en otro país, en otro continente, rodeada de gente que no hablaba su idioma, que se vestía distinto, que lucía distinto, de calles que nunca pensó recorrer. Se sentía extraña. Una mezcla de angustia y excitación se apoderaron de ella. Pensó en su madre que estaba tan lejos; se acordó de Blanca, de Marina, de Karen, de Robin inclusive.

–*Et voilà!* nuestra querida torre... -Exclamó François.

El espectáculo era alucinante, miles de pequeñas lucecitas blancas que centellaban rápidamente daban la sensación de ver la gran torre vestida con un traje de lentejuelas plateadas. La gente corría desesperada con sus cámaras fotográficas para no borrar jamás esos instantes de sus memorias. Una vez que François hubo estacionado

el auto se bajaron por unos momentos. Maurice, que ya había sido testigo del espectáculo cientos de veces, volvía a sentirse impresionado, se acordaba del momento en que se encontró delante de la torre Eiffel por primera vez, cuando era niño y se preguntaba como el hombre pudo ser capaz de construir algo así. François, menos demostrativo, compartía la emoción de manera más reservada.

—Perfecto, ahora sonrían —dijo Maurice, activando el retardador de su cámara fotográfica. Luego corrió hacia sus amigos y sonrió. El flash del aparato instalado en el capó del auto comenzó a parpadear, y luego de quince segundos ese pedazo de vida quedaría registrado en una imagen digital de diez megapíxeles.

L'interdit, era el nombre del restorán que François había elegido para esa noche. Un lugar moderno, “*très chic et tendance*”, como él mismo lo describió. Decorado por Serge Valmont, uno de los diseñadores franceses más reconocidos de la capital. Estaba compuesto de tres espaciosos salones, de colores fuertes, en cuyas paredes se podían observar innumerables candelabros metálicos con velas encendidas. Las mesas negras con cubierta de espejo, reflejaban los impresionantes frescos de estilo renacentista pintados en el techo. Las sillas eran transparentes, de formas simples y rectas. De cada rincón emergían largos floreros de cristal rojos, verdes y morados, de los cuales sobresalían blancos botones de rosas, con largos tallos y generosos ramos de hiedras y helechos caían naturalmente tocando el suelo de parquet.

Toda esta atmósfera, la completaba una suave música *lounge* que a Sofía le hacía recordar el tipo de cenas que organizaba su amigo Maurice.

—Este lugar es espectacular —comentó.

—Y la comida lo es más aún —agregó François—. Aquí se puede disfrutar de una cocina francesa con un toque de sofisticación.

Una mujer alta y delgada, para variar, vestida con un elegante traje de noche, se acercó a los tres para preguntarles si tenían reservación.

–Sí, a nombre de François Le Bon de Lombardon. Respondió él mismo, poniendo énfasis en el “de Lombardon”.

La mujer, sin esconder su admiración por François, ni por su apellido, les indicó con una extrema cordialidad donde estaba la mesa y los instaló. Una vez que estuvieron cómodos, un joven con traje y corbata negros, les sirvió una copa de champán, dándoles la bienvenida.

–*Santé* –dijo François alzando su copa.

Maurice y Sofía se unieron al brindis.

–¡Qué mejor que comenzar la noche con un buen champán francés!

Otro garzón se acercó a la mesa para entregarles la carta. Todo parecía un ritual y cada vez era alguien diferente que acudía a su mesa para servirlos.

La carta estaba de más para Sofía, que no podía descifrar ni una sola palabra del complicado vocabulario culinario francés.

–No te preocupes, nosotros te vamos a ayudar
–manifestó Maurice, viendo la cara de desesperación de su amiga.

–Gracias, mira que no entiendo nada.

–El pato con salsa de jengibre es muy bueno
–comentó François.

Nunca en su vida Sofía había probado el pato. Cuando vivía en San Víctor con su madre y su abuela a lo más comían pollo asado, de los que su abuela criaba en un pequeño gallinero que estaba en el fondo del patio, claro que estos recuerdos sólo los guardó para ella.

–Me gustaría probar el pato entonces –dijo segura.

–Sí, yo también –dijo Maurice–. Si François dice que está bueno, debe ser cierto.

–Y vamos a tomar vino supongo –agregó François–. ¿Cómo no disfrutar una botella de un buen vino tinto para acompañar ese pato?

–Bueno, tú eres el experto, te dejamos elegirlo.

–*Parfait!* Un *Saint-Émilion 2005*, excelente cosecha, irá muy bien, confíen en mí. Verán que terminaremos embriagados sanamente con este espectacular vino de Bordeaux, una región que conozco bien pues he nacido allí.

Como entrada todos pidieron ensaladas diferentes, las que llegaron servidas en sofisticados platos largos y ovalados. Todo en ese lugar parecía obedecer a estrictos ritos, la manera de servir de los garzones, su elegancia, su discreción, casi no tenían voz, hablaban lo justo y lo necesario. François probó el vino como todo un experto, lo aceptó, estaba perfecto, como todo en ese lugar.

Una vez que todos tuvieron sus ensaladas en frente, tomaron sus copas de vino y brindaron por su visita a París. El vino estaba bueno y luego de unos cuantos minutos comenzó a hacer efecto en el cuerpo de Sofía.

–Este vino está delicioso. Yo no estoy muy acostumbrada a tomar vino, pero me encanta.

–¿Y a ti que te parece Maurice? –preguntó François.

–Está perfecto. *Très bon choix!*

–*Merci beaucoup, alors je suis content...*

–Ustedes hablan en francés y piensan que yo no entiendo nada. Ya sé que ambos se están felicitando por la elección del vino.

–¡Bravo Sofía, unas horas en Francia y ya dominas el idioma! –exclamó François.

–Es que mi amiga es increíble, aprende todo con una facilidad envidiable –intervino Maurice.

Los cumplidos entre los tres iban y venían, todos eran

simpáticos, se estimaban, sonreían, hablaban de cualquier cosa, del nuevo sistema de bicicletas públicas instaladas en la capital, de las elecciones presidenciales, del río Sena, de la calidad del pan francés y finalmente de negocios.

–Blanca quiere que la nueva boutique de Batha en nuestro país esté inspirada en las grandes tiendas parisinas –manifestó Marice repentinamente–. Por esta razón nos envió aquí. Los inversionistas franceses aceptaron hacer negocios con nosotros con la condición de modernizar aún más la empresa y convertir a Batha en la tienda de lujo número uno de América Latina. Los costos para este proyecto son enormes, tendremos que desembolsar miles de dólares en publicidad y diseñadores que sean capaces de transformar completamente la imagen corporativa de nuestra empresa, contratar más personal, comprar nuevas instalaciones y equiparlas con la tecnología adecuada. No nos podemos equivocar François, y Blanca confía en tu experiencia para ayudarnos a enfrentar este desafío. También habrá que tomar en cuenta una nueva estrategia de fabricación; debemos ser capaces de satisfacer al cien por ciento de nuestra demanda, ser capaces de realizar lo que nuestro público quiere en los plazos justos. Batha debe dar un giro radical, debe transformarse en una empresa que vaya de la mano con los cambios de la economía actual. Su imagen debe estar en constante dinamismo. Debemos conocer en tiempo récord cuales son las nuevas tendencias en las grandes capitales del mundo.

Sofía y François, atentos al *speech* de Maurice, no dijeron nada. Sólo observaban y tomaban cada cierto tiempo un trago de vino.

–Aunque Blanca ya firmó el contrato con los inversionistas, que seguramente tú debes conocer, se trata de LBMF...

François sonrió al escuchar estas cuatro letras y dejó continuar a su amigo.

–Sí, nuestro súper inversionista es la firma LBMF y nos tendrán a prueba por un período de dos años. Es por eso que todo debe marchar sobre ruedas desde el principio.

–Ya entiendo, veo que madame Montes no deja nada al azar...

Le Bon, Monceau et Frères, LBMF, era una de las empresas de la moda más prestigiosas en Europa. Su vicepresidente era Bertrand Le Bon de Lombardon, el padre de François.

–¿Sabías que mi padre y yo rompimos relaciones hace cinco años?

Sofía presenciaba la escena como si se tratara de los diálogos de una teleserie.

–Sí, ya lo sabía. Las noticias vuelan y a veces cruzan los mares –respondió Maurice–. Sin embargo te equivocas si Blanca pensó en ti como asesor del proyecto porque monsieur Le Bon de Lombardon es tu padre. Lo hizo porque ella y yo te conocemos y sabemos que creciste en este mundo, que lo conoces al revés y al derecho y que el éxito de tu propia empresa es el resultado de tu experiencia y tu visión para los negocios.

–Blanca Montes es una zorra.

–Claro François, siempre lo ha sido.

Sofía, aunque de acuerdo con la frase, se abstuvo de todo comentario.

–¿Pero sabes una cosa, Maurice?: me gusta trabajar con zorras como ella. Acepto el desafío.

VII

Polvo eres...

Génesis 3: 19

Blanca Montes decidió vivir su duelo sola. No quiso avisar a Maurice ni a Sofía que Karen había muerto. Las investigaciones revelaron que había sido agredida por un cliente. Un empresario desequilibrado que Karen frecuentaba con cierta regularidad y que –como Blanca bien pensó–, quiso obligarla a hacer algo que ella no quería. El tipo estaba preso, la policía había dado con su paradero rápidamente y Blanca se prometió a sí misma seguir de cerca su juicio y hacer uso de su batallón de prestigiosos abogados, para que el asesino se pudriera en la cárcel.

Karen había sido su amiga, su hermana, su única cómplice. Se habían apoyado la una a la otra en momentos difíciles, y ya no existía. La muerte es rara, pensó Blanca, impredecible, capaz de dejarse caer como una descarga eléctrica, como un rayo que destruye y altera todo. La muerte es francamente insoportable.

Comunicarle los hechos a la familia de Karen fue una mera formalidad. Karen se había separado de ellos en forma definitiva hacía muchos años. Había perdido todo contacto con su hermana mayor, y una tía que la había criado.

Estas mujeres vivían en un pueblo perdido, parecido a San Víctor, de donde Karen había emigrado. Cuando la tía se enteró de la muerte de su sobrina por el llamado telefónico de Blanca, lloró como una Magdalena, luego fue el turno de la hermana, quien también lloró desconsoladamente. Cuando llegó el día de los funerales ninguna apareció. Blanca se lo esperaba cuando les oyó decir que “era complicado”, no conocían la capital y podían perderse.

Fue triste enterrar a su amiga en esas condiciones, acompañada sólo de siete personas. Tres “colegas”

del trabajo que la había conducido a la muerte, y cuatro compañeros de la universidad donde estaba a poco tiempo de terminar sus estudios de marketing.

–Era inútil seguir ocultándolo. Karen murió y ya fueron sus funerales. Yo organicé todo. Ya está tranquila y descansa en paz.

–Debiste avisarnos –insistió Maurice.

–No quería que la noticia interfiriera en los planes de París. Cuando regresen, tendremos tiempo para hablar de todo. Consuela a Sofía, aunque sé que es una mujer fuerte, dile que ante tales circunstancias debe mantenerse profesional, que se aguante la pena hasta que llegue.

–Muy bien, Blanca –dijo Maurice–, como tú quieras.

–¿Ya convenciste a Le Bon?

–Sí, aceptó.

–Perfecto.

Jéssifer recibió la noticia como un balde de agua fría. Cuando Maurice le contó todo, recordó el momento en que se conoció a Karen y ésta la hizo desistir de sus planes. Pensar que pudo haber terminado como ella.

Finalmente su amistad fue corta. No tuvieron muchos momentos para confesarse, para contarse sus vidas con detalles, sin embargo fue la mujer que la impulsó a estar donde estaba, en la cual confió a ciegas porque supo utilizar las palabras exactas para persuadirla que podría ser capaz de alcanzar otros horizontes. Sofía nunca se había visto enfrentada a la muerte de esa forma tan repentina. La gente joven y bonita como Karen, según ella, no moría nunca.

En la soledad del lujoso hotel parisino pensó aún más en la muerte. Recordó los funerales de su abuela que había

fallecido de un ataque cardiaco un domingo en la tarde, pésimo día para morir porque las urgencias de un pueblo no se interesan en nadie. Le vinieron a la mente el ataúd, el rostro de su abuela, de su palidez extrema sumida en ese eterno sueño, las flores, las vecinas que iban al velorio a rezar el rosario, el cementerio.

Le habría gustado estar acompañando a Karen en sus últimos momentos, le habría encantado decirle gracias por todo lo que hizo por ella. Se puso de rodillas frente a la gran cama king con las manos juntas en actitud de oración y le habló a Dios, pidiéndole que donde fuera que estuviera su amiga, supiera que le era eternamente agradecida. Luego, no pudo más del cansancio, se puso su pijama y mirando los caireles de la gran araña de cristal que colgaba del techo, se quedó dormida profundamente, a miles de kilómetros de todo lo que conocía.

VIII

Il faut toujours être soi même...

(Siempre hay que ser uno mismo...)

La jornada siguiente comenzó intensa. El desayuno del hotel fue copioso, *croissants*, jugo de naranja, un *café crème*, frutas, tostadas, yogurt y cereales. Los salones donde se servía, estaban colmados de gente de todas partes del mundo. Sofía se quedaba mirando por largos minutos todo ese ambiente, esa fastuosidad que la rodeaba. Maurice la dejaba disfrutar del espectáculo. Una niña, de unos cinco años se acercó a ella mientras desayunaba y le habló en francés. Sofía no le entendió nada y le dijo a la niña, en español, que no le entendía. “No te preocupes –dijo ésta–, yo también hablo español”. Al parecer todo el mundo ahí hablaba todos los idiomas, menos ella. Estaba lejos de ser políglota.

–Hoy François nos llevará a una entrevista con el editor de la revista Paristyle. Nos esperan a las diez.

Las oficinas de Paristyle se encontraban en el barrio número uno de París o “*premier arrondissement*”. Un chofer les estaba esperando a la salida del hotel. Durante el recorrido, Maurice actuaba como un experto guía turístico.

–París no fue siempre como lo ves –comenzó–. En realidad fue completamente reconstruido en 1850 por un señor de apellido Haussmann, quien concibió este estilo arquitectónico y estas anchas avenidas. Aquí puedes ver la Ópera Garnier, una de las más famosas del mundo, recientemente restaurada, un orgullo parisino.

A Sofía, aparte de la arquitectura, le llamaba la atención ver a la gente en las terrazas de los cafés disfrutando del sol y siempre sentadas en hileras mirando hacia la calle e hizo el comentario a Maurice.

–Así es Sofía, el espectáculo está en la calle, que

es como una gran pasarela donde se puede observar la gente, sus ropas, sus estilos variados. Las terrazas de los cafés están orientadas hacia la calle justamente para poder disfrutar del desfile...

Todos los hombres le parecían altos y elegantes, y las mujeres flacas. También notó que muchas de ellas andaban con zapatos bajos.

–Eso es claro, la mujer parisina es práctica. Ves que muchas usan el pelo largo agarrado de un moño y no tanto taco porque a veces debes tomar el metro varias veces al día, subir y bajar escaleras todo el tiempo, o debes correr a tomar el bus. Todo va muy rápido aquí, así que hay que sentirse cómodo.

El río Sena era de una belleza indiscutible, con barcos llenos de turistas y las “*peniches*” que circulaban sin cesar. Si tenían tiempo seguro que irían a hacer un paseíto por el borde. Por el momento debían concentrarse en la próxima reunión.

–Bonjour –dijo Le Bon–, ¿durmieron bien?

Maurice y Sofía respondieron afirmativamente.

–Nos vamos a encontrar con Jules Pinaud, el director de Paristyle. Es un hombre simpático. Hace sólo cinco meses está a cargo, en realidad los directores no duran mucho, la competencia en este medio es demasiado agresiva y con frecuencia terminan vendiéndose al mejor postor. Pero bueno, la información que podrá darnos será de un gran valor, Pinaud es un visionario, capaz de predecir con una agudeza extrema lo que va a ocurrir en el ámbito de la moda. Hay que sacarle el jugo a esta entrevista ya que me costó cientos de llamados telefónicos, regalos y promesas para conseguirla.–Agregó Le Bon sonriendo.

Le Bon parecía un ángel caído del cielo. Sus cabellos rubios, peinados hacia atrás, finos y brillantes, se movían al ritmo de la brisa parisina. Con su altura y sus piernas interminables caminaba con gracia, rayando entre lo

masculino y femenino. Sus pantalones ajustadísimos, última tendencia de la moda, marcaban sus piernas y su trasero en forma casi exagerada, y su camisa blanca y entallada no hacía más que acentuar sus formas esculturales.

–Sí Sofía, yo sé que lo encuentras guapo, pero podrías ser un poco más discreta...

–Es que parece modelo de la tele...

–Y no te equivocas. Le Bon fue modelo para varias campañas de publicidad de YSL en los años ochenta. Portadas de revistas, pasarelas y comerciales en la tele, antes de dedicarse a los negocios.

–¡Qué emoción! Nunca había conocido un modelo... Bueno, un ex-modelo.

–Pero créeme que François ha cambiado mucho desde esa época...

–¿Ah sí? ¿Y por qué dices eso?

–Luego te cuento. Ya llegamos y debemos concentrarnos en la reunión con Pinaud.

Las dependencias de la revista Paristyle eran más impresionantes que el hotel donde estaban hospedados. La fachada del edificio estaba antecendida por unas imponentes escaleras de mármol rosado que conducían a tres grandes puertas de entrada en fierro macizo, donde se veía impreso el nombre de la revista. El espacio de recepción del público llamaba la atención por su sobriedad, casi vacío, sólo contaba con algunos sillones y pequeñas mesas de salón donde reposaban floreros de vidrio transparente con orquídeas blancas. En el centro, sentada en un escritorio de madera estilo imperio, se encontraba la recepcionista. Una mujer cuidadosamente vestida y maquillada, que al ver llegar a François, se comportó como si tratara de una alta autoridad.

–*Oui Monsieur Le Bon de Lombardon, bien sûr! Monsieur Pinaud vous attend...*

La presencia de Maurice y Sofía a los ojos de la mujer

era prácticamente imperceptible. Se trataba de monsieur Le Bon y los “otros” que lo acompañaban.

Transcurridos pocos segundos, otra mujer llegó al hall, pidiendo a Le Bon y a los “otros”, acompañarla a la oficina de “*monsieur le directeur*”.

La reunión con Pinaud se desarrolló sin problemas. Sofía debió escuchar durante una hora, asuntos relacionados con estrategias de posicionamiento, marketing, relaciones públicas, lobby, cifras, estadísticas y aspectos del comportamiento del mercado del lujo y de la moda. Todo en francés, aunque Le Bon, tan gentil, traducía ciertos pasajes para que Sofía se sintiera integrada.

—Mademoiselle Cárdenas —preguntó Pinaud a Sofía en un español aproximativo—, ¿no ha pensado nunca usted convertirse al mundo del modelaje? Con su belleza exótica sería la perla rara que todas las agencias buscan..

Sofía no respondió nada, sólo sonrió. El comentario la tomó por sorpresa.

—Sofía está vestida con prendas de la próxima colección verano —intervino Maurice—. Como podrá ver, son prendas originales, que nuestros diseñadores crean, tomando en cuenta el estilo práctico de la mujer latinoamericana, sin dejar de lado por supuesto, las tendencias de la moda parisina.

—Me parece muy interesante. He visto que el mercado latino ha evolucionado a pasos agigantados y pienso que podría estar preparado para los cambios que vienen en materia de moda. Sin embargo, creo también que deben ser cautelosos a la hora de imponer diseños extranjeros que pueden ser demasiado audaces. Las mujeres latinas son un poco conservadoras... ¿Qué opina usted de todo esto mademoiselle Cárdenas?

Maurice tradujo las últimas frases de Pinaud para que Sofía pudiera contestar.

Debía hablar, decir algo, no pasar por una tonta.

—No estoy de acuerdo con usted, señor...

Le Bon y Maurice la miraron sorprendidos.

–¿Perdón? –dijo Pinaud. Esperando una explicación.

–Dije que no estoy de acuerdo con lo que dice. Las mujeres latinas no somos conservadoras. Es sólo que no tenemos elección. Estamos acostumbradas a llevar lo que el mercado nos ofrece, sin tener acceso a cosas diferentes. Creo que el éxito de Batha radica en la originalidad de sus diseños. Batha cuenta con un sello distintivo que ha sido valorado por las mujeres que compran nuestros productos y yo creo que están dispuestas a ser aún más audaces, yo lo veo en la boutique todos los días. Yo vendo nuestros productos. Todos los días me preguntan sobre las nuevas colecciones, las clientas están al tanto de las fechas de comercialización de cada producto, nos siguen en internet, visitan nuestra página web.

–Vaya, vaya señores. Creo que la señorita Cárdenas finalmente perdería su talento trabajando como modelo.

No dijo más. Maurice y Le Bon tampoco. Una vez fuera de la oficina de Pinaud, Le Bon comentó:

–Veo que madame Montes capacita bien a su personal, dando una mirada a Sofía.

–Sí –respondió Sofía–. Batha es una buena escuela, pero también le debo mucho a Maurice.

–Gracias, pero ese *speech* yo no te lo enseñé –dijo Maurice.

–Es que tengo un repertorio de frases que dejo salir cuando las circunstancias se dan. Tampoco quiero pasar por tonta.

–Bueno, en todo caso ¡Bravo Sofía! Impresionaste a Pinaud. Ahora los llevo al hotel para que descansen un rato y esta noche cenamos juntos.

IX

Amanecí programada para el mal...

Frase inventada por ahí

Sofía no había revisado su correo electrónico desde su llegada a París y no pudo contener su sorpresa al leer las líneas de Alison. Pobre Alison, le pedía ayuda a gritos, pero qué podía hacer ella estando tan lejos.

En ningún momento el rencor la invadió y sólo se detuvo a pensar que después de todo, Alison la había acogido y desde ahí en adelante su futuro fue transformándose en maravilloso como por arte de magia. Sofía lo estaba pasando tan bien que en su corazón no había espacio para el rencor, incluso no dudó en buscar una forma de ayudar a su ex amiga. Sin embargo, su ex amiga, cansada de no tener una respuesta rápida y presa de su desesperación, decidió vengarse al más puro estilo de una villana de teleserie mexicana.

El metro estaba repleto, no se podía respirar y la gente entraba y salía de los carros como podía. Alison se sentó en un rincón, desconectada de su entorno, nada le importaba, incluso empujó a una mujer embarazada que le puso su vientre inflado en la cara. La mujer la insultó tratándola de inconsciente pero Alison se hizo la sorda. Concentrarse en urdir su plan siniestro era más importante que todo.

Cuando Alison puso los pies en el salón principal de la tienda Batha, Marina la discreta, fue quien la atendió y escuchó su discurso macabro. No podía creerlo. Estaba atónita. Su primera reacción fue correr para ir a contar todo al universo entero, pero se contuvo y esperó hasta el final. No quería perderse nada.

—Claro, ella dice que se llama Sofía, pero su verdadero nombre es Jéssifer y es una mentirosa -comenzó diciendo

Alison-. Yo no sé como la tienen trabajando aquí. Imagínese que a mí me robó el sueldo de un mes y salió corriendo, nunca más la vi. Yo no sé por qué me hizo eso, pero en todo caso vine a advertirles que “esa mujer“ es una falsa, capaz de todo por conseguir lo que quiere. Mire, me da vergüenza lo que le voy a contarle, porque no es mi estilo andar hablando mal de la gente, pero esto es verdad. Cuando recién llegó a instalarse a la capital y vivíamos juntas, la única forma de ganarse unos pesos era prostituyéndose, sí, le aseguro. Al principio yo no quería pensar mal, pero me llamó la atención lo tarde que llegaba en las noches, la ropa que se compraba, ropa cara, hasta que un día la seguí y la vi subiéndose a un auto con un hombre desconocido.

Marina volvió a quedar con la boca abierta y sólo atinaba a asentir con la cabeza. No quería que la confesión de Alison se detuviera si ella la interrumpía, quería un final limpio y fluído y al mismo tiempo memorizar cada palabra, cada frase, para luego reproducirla sin repetir ni equivocarse. En ese momento ya habían algunas curiosas que a juzgar por sus expresiones, se preguntaban qué podía hacer la mujer que conversaba con Marina y que desentonaba con la decoración.

–Yo creo que tendrían que despedirla. Si yo fuera ustedes no tendría a una persona así trabajando en este lugar. -prosiguió Alison, quien podía ser una excelente actriz cuando se lo proponía, un poco sobreactuada, pero convincente.

–Jéssifer, o Sofía como ustedes la conocen, no es lo que parece. Detrás de ella se esconde una personalidad que nadie puede imaginarse. Antes del robo, yo debí soportar sus cambios de humor, sus gritos y sus humillaciones.

Al mismo tiempo que hablaba, constataba que el rostro de Marina estaba consumido por la intriga y fue en ese momento cuando decidió bajar la mirada y apretar sus párpados con fuerza, gesto que le hizo derramar algunas lágrimas que rápidamente secó con un pañuelo desechable. Marina quería más espectáculo. Alison se lo dio.

–Usted no sabe nada. Un día yo estaba sola en el

departamento viendo televisión, tranquila y Jéssifer llegó enojada. Cuando entró dio un portazo y ni siquiera me saludó. Luego empezó a gritar desde la cocina, que tenía hambre, que no había nada en el refrigerador. No, le dije yo, no hay nada porque el trato era que teníamos que comprar las cosas a medias y hasta el momento la única que llenaba el refri era yo, le respondí. ¡Pero como no eres capaz ni siquiera de comprar un kilo de pan y un poco de mermelada!, ¡avara! En ese momento yo ya no la conocía, estoy segura que estaba bajo la influencia de alguna droga o algo así, tenía los ojos rojos y seguía gritándome, ¡avara!, ¡avara! ¡Te voy a matar zorra avara! Ahí me dio susto, pero ya era demasiado tarde. En sus manos tenía un cuchillo y me lo enterró con fuerza en el brazo.

–¡No!, ¿Sofía hizo eso? –Marina no pudo aguantar más.

–La misma. Mire.

Alison levantó la manga derecha de su suéter y mostró a Marina una herida que databa de algunas semanas y que se había hecho retirando los vidrios rotos de una ventana.

–Yo debería haber llamado a la policía, pero no me gustan los escándalos así que me las aguanté y arreglamos el asunto al otro día. Le di un plazo para irse, y el día que se fue descubrí que mi sueldo de un mes había desaparecido para siempre.

Cuando Alison finalizaba su relato, Blanca Montes salía de su oficina acompañada de una clineta y le llamó la atención, como a todas en la boutique, la presencia de esa mujer, sospechando inmediatamente que algo no andaba bien, así que no dudó un instante en interrogar a Marina apenas Alison dejó el lugar.

–¿Quién era esa?-preguntó Blanca, con una voz seca.

–Una clienta... –respondió nerviosa Marina, sin el tiempo necesario para asimilar las cosas y sin saber tampoco porque le mentía a Blanca.

–Una clienta... Fíjate linda, que desde el tiempo que estoy a la cabeza de esta empresa, conozco prácticamente a todas las clientas de la boutique y “esa” no lo es. Ahora dime quién era.

–Lo que pasa es que me contó muchas cosas y no sabía si decirte o no...

–¡Qué cosas! ¡Habla niñita por Dios! No te quedes ahí como una muda.

Las veces que Blanca empleaba su típica frase “niñita por Dios”, era una prueba fehaciente de su enojo.

–De Sofía... vino a hablar de Sofía...

–¡Vamos inmediatamente a mi oficina y ahí me lo cuentas todo!

Blanca Montes era una bruja. Supo de inmediato quien era Alison y qué clase de personaje era. Nunca desconfió de Sofía, sabía perfectamente quién era la víctima y la victimaria de la historia. A ella no le venían con cuentos así que decidió cerrar ese capítulo con un gran punto final.

–Linda –dijo Blanca a Marina– si quieres mantener tu trabajo, te vuelves a la boutique, atiendes a tus clientas, pero esta vez a tus “verdaderas” clientas, cierras tu piquito para siempre, y aquí no ha pasado nada. No quiero enterarme que repetiste ni la más mínima palabra de lo que dijo esa mujer ¡oíste! Y si algún rumor llega a mis oídos ya sabré de quién viene, y si es así, atente a las consecuencias. ¿Está claro?

–Sí, Blanca, está claro.

X

Es tan corto el amor, y tan largo el olvido...

Pablo Neruda

—¿Te has enamorado alguna vez?

Sofía quedó helada ante la súbita pregunta de Maurice, quien nunca antes le había preguntado nada de su vida personal, y al mismo tiempo reflexiva ya que en su cabeza comenzaron a desfilar las imágenes de su primer beso y el “*acueste*” con el Rigo. ¿Habría sido él su primer amor? En todos los años que siguieron había estado lejos de conocer historias de grandes amores. Un novio por aquí, otro por allá, un beso, un momento de “amor”, después de una fiesta, pero nada que se pareciera al amor como ella lo imaginaba. Para Sofía el amor era estar cerca de alguien, brindarse apoyo, ayudarse mutuamente en las buenas y en las malas, como en la historia del “*Titanic*”. Sofía soñaba con su príncipe azul, con su amante bandido, pero cada vez con menos intensidad. “El romanticismo ha muerto” leyó por ahí en un libro de Oscar Wilde. Cada vez lo creía más. Atrás habían quedado los recortes de las revistas donde aparecían imágenes del Príncipe Carlos y la princesa Diana el día de su matrimonio real, de Brad Pitt y Angelina Jolie, los programas de Lucy donde enseñaba a las futuras novias los diez pasos fundamentales para estar radiante el día de una boda: la limpieza profunda de cutis, los masajes con esencias exóticas, el spa de manos y de pies, las pruebas de maquillaje. Finalmente optó por ser práctica, no romántica.

—¿Por qué me preguntas eso, Maurice?

—Por mera curiosidad. Eres tan bonita, simpática, que me extraña que no te hayan cortejado antes. ¿Sabes que Le Bon está bastante interesado en ti?

—No... ¡en serio!

–Claro, en serio.

–¿Pero qué te dijo?

–Que te encontraba linda, inteligente, un poco misteriosa, y me preguntó si tenías novio. No que yo sepa, le respondí.

Sofía estaba más que sorprendida con el comentario de Maurice. Le Bon fijándose en ella. Eso sí que era como la Isla de la Fantasía. A pesar de que su imagen y autoestima habían mejorado bastante con el tiempo, la realidad había que aceptarla tal cual era. Y la realidad era que Le Bon era un burgués y ella una pobretona suertuda. Una pobretona a la cual le brillaba una estrella, una súper estrella justo arriba de la cabeza. Pero las estrellas podían apagarse. Con las luces nunca se sabe.

Le Bon, pensó medio confundida. Le Bon es como el príncipe al que toda princesa quisiera aspirar, sólo le faltaba el caballo blanco y su traje azul. Se lo imaginaba, a Le Bon, montado en su caballo, blanco por supuesto, al borde de una colina, con su cabellera rubia y ondulada flameando al viento.

Pero algo era peor. Desde el primer momento en que Sofía vio a Le Bon su corazón latió a mil por hora, pero se hizo la tonta, eso simplemente no podía ser posible, tendría que dejar que sus latidos perdieran intensidad hasta desaparecer.

–¿Y tú qué opinas de todo esto? –preguntó a Maurice.

–Opino que con Le Bon nunca se sabe. Desde que lo conozco ha sido un mujeriego empedernido. La cantidad de romances que ha tenido no se pueden contar con los dedos de las manos y ni los pies. Sin embargo hubo en su vida uno que provocó la fuerte crisis entre él y su padre. Le Bon se enamoró perdidamente de una pobre; sí, como en las teleseries que te gustan tanto. De una pobre, y no lo digo de manera peyorativa, lo digo simplemente porque en el mundo del padre de Le Bon los seres humanos se dividen en dos categorías: ricos y pobres.

–Los padres de François se esmeraron siempre en darle una educación de excelencia, los mejores colegios, las mejores escuelas de comercio, estudios en Londres, Nueva York. Y su madre, cuando constató que su primogénito era un hombre en edad de casarse, no perdió el tiempo y comenzó a presentarle un abanico de mujeres a su altura, de su misma clase. Sabes que aquí en Francia existen unas reuniones de jóvenes que se llaman “*rallyes*”, que nada tienen que ver con carreras de autos. Los jóvenes de las familias ricas, y sobre todo con apellidos con partículas como es el caso de “Le Bon de Lombardon” , participan en bailes de gala únicamente entre ellos, para conocerse, enamorarse, casarse y tener hijos de sangre azul. Así es, si pensabas que ese tipo de cosas existía sólo en los tiempos de María Antonieta, estas muy equivocada. Todavía existen.

Bueno, queriendo ir contra la corriente –continuó Maurice–, François se rebeló ante sus padres y no escogió a la damisela que ellos le tenían reservada lo que fue un duro golpe para toda la familia Le Bon. Sobre todo para su madre, que gastó tiempo y energía en té, reuniones, desfiles de modas, cenas, chocolates y todo tipo de regalos para sobornar a la madre de la futura novia. Madame Le Bon estaba segura que la princesa elegida y su hijo formarían la pareja ideal.. La chica en cuestión era sin lugar a dudas la mejor opción, no podría haber encontrado mejor, considerando que había tanta aristocrática loca dando vueltas. No, esta perla rara, había sido educada en los mejores colegios, linda, rubia, viajada, cultivada, trilingüe. Sabía dar órdenes para dirigir una casa, y contaba con un “plus”, digno de toda dama francesa. Sabía tocar el piano. Resumen: mujer programada y entrenada para estar al lado de un hombre a quien servir, respetar, y darle hijos. *Très important!*

–¡Qué buena historia! Siga señor Maurice que estoy intrigada...

–Mientras el futuro amoroso de François estaba diseñándose meticulosamente a fin de perpetuar la estirpe familiar, una bruja salió al camino. La pobre de la cual te

hablé. María Luisa, una hermosa española que François conoció en Madrid y cuyo embrujo ibérico, sus profundos ojos negros, y su personalidad extrovertida y encantadora, hicieron que Le Bon cayera rendido a sus pies.

—¿Y?...

—François en ese tiempo ya había casi terminado sus estudios, estaba, como dije, a punto de casarse y comenzar a hacerse cargo de los negocios de su padre, la típica historia. Pero los ojos brujos de María Luisa fueron más poderosos que todo y decidió quedarse con ella.

Se instalaron en París, François terminó sus estudios y se puso a trabajar en una agencia de marketing, la que en pocos años hizo prosperar gracias a su habilidad en los negocios. María Luisa fue contratada en la misma agencia como fotógrafa y fueron felices comiendo perdices, claro que no por mucho tiempo porque el padre de François contrario a esta relación, y convencido de que se trataba únicamente de un entusiasmo pasajero, comprobó que el romance era serio y que ponía en riesgo la continuidad del imperio Le Bon. Por lo tanto, debía tomar medidas para sacar a María Luisa del camino de su hijo. A tal punto, que en una oportunidad envió a su mujer a entrevistarse personalmente con “la pobretona”, para ofrecerle una suma astronómica de dinero si dejaba a su hijo libre. María Luisa, quien no se prestaba para esa clase de chantajes, dejó salir su ímpetu de torera y le vació media taza de café en su elegante y distinguido traje Chanel.

—¿Verdad?-exclamó Sofía.

—¡Claro! Me lo contó el mismo François. Sin embargo, el Rey Le Bon era un hombre influyente y poderoso, y el poder del dinero es ilimitado. François pidió en reiteradas ocasiones la paz a su padre y éste no la aceptó. Con el tiempo los contratos de la agencia en la cual François y María Luisa trabajaban fueron disminuyendo, producto de la presión que el señor Le Bon ejercía en los clientes de su hijo para que no trabajaran con él. Los clientes accedían a los funestos requerimientos del viejo ya que en el mundo de los negocios gozaba de un nivel de influencias sin precedentes. Había que tenerlo de amigo.

María Luisa sabía que ella era la causa de todo y estaba cansada de ser la mala de la película. La relación de la española y el francés se debilitó. La familia real interfería en todo momento y no los dejaba vivir en paz. María Luisa tiró la toalla, estaba harta de luchar día a día y veía que su futuro ya no estaba en Francia. Después de tener largas y acaloradas discusiones con François decidió volver a Madrid sola y a dedicarse a hacer clases en una universidad. Le Bon padre había ganado.

XI

“*Se me fue*”...canta: Miriam Hernández

Eunice Cárdenas estaba frente al televisor viendo la teleserie mexicano-venezolana. Sus ojos estaban clavados en la pantalla, todos sus sentidos puestos en la historia de José Ignacio del Pozo, el galán, y Dolores Herminia, una de esas mujeres que nunca llevan apellido, la heroína. Eunice sufría con la historia. En esos precisos instantes Dolores Herminia había quedado ciega como consecuencia de un accidente de tránsito. José Ignacio del Pozo, quien había luchado incansablemente por conseguir su amor, trataba de acostumbrarse y asumir la situación de su amante que no podría verlo más, o por lo menos durante varios episodios de la historia. Así transcurría esa rutinaria tarde de su vida hasta que su teléfono sonó repentinamente.

Era una de sus vecinas que estaba inflada por contarle el último chisme del pueblo: Raimundo Aguilar había muerto.

Eunice quedó petrificada mientras la vecina le contaba los detalles de la noticia. Los funerales serían al día siguiente a las tres de la tarde. Sacarían el cajón de su domicilio a las dos y se irían todos a la iglesia donde habría una misa y luego todo el cortejo seguiría al cementerio.

Cuando la vecina terminó de contarle todo, Eunice le dio las gracias, colgó el teléfono y apagó la televisión. Lloró un rato y después se calmó. Se preparó una “agüita del Carmen”, de esa que calma y quita todas las penas y se sentó en el comedor a tomársela a pequeños sorbos. No estaba segura de qué hacer, si asistir a cementerio o no. Allí estaría toda la familia de Raimundo, su mujer, sus hijos y aunque según ella, nadie sospechó nunca de su relación con el fallecido, en un pueblo chico nunca se estaba seguro de nada.

Tampoco sabía si avisar o no a su Jéssifer. Ya bastante había hecho aceptando ir a visitarlo en su lecho de

enfermo, ¿valía la pena alterar su estadía en Francia con la noticia de la muerte de un hombre que siempre había sido un extraño para ella? Después de mucho darle vueltas al tema tomó una decisión, o más bien dos: ir al cementerio a decirle adiós a Raimundo y llamar a su hija para avisarle que su padre había muerto.

San Víctor estaba desierto, ningún alma deambulaba en las calles. El invierno y el frío hacía que toda la gente se mantuviera al abrigo dentro de sus casas, y con las lluvias intensas de esas últimas semanas todas las calles estaban anegadas.

Sólo en la casa del “*finado*” Raimundo había barullo. Las vecinas llegaron a consolar a la viuda, ayudarle a correr los muebles para meter el ataúd e instalar sillas necesarias para el velorio y los hombres, se encargaban de los trámites necesarios para sacar el cuerpo del hospital y contratar los servicios de la funeraria. Esa noche todos se amanecerían, la viuda vestida de negro permanecería sentada en un rincón con la cabeza gacha, recibiendo el consuelo y los pésames de gente que nunca había visto en su vida. Las vecinas más católicas no pararían de rezar el rosario. Tomarían café cargado y consomé de ave. El trago no estaba prohibido en este tipo de eventos. Era el campo, y al contrario, servía para dar valor y combatir la pena y el frío.

A las cinco de la mañana habría un alto a la tristeza y todo el mundo se olvidaría un poco del finado Raimundo, contarían chistes, se reirían. Raimundo estará muerto de la risa allá arriba, decían todos para justificar las risotadas; no todo podía ser pena ni llanto.

Las vecinas expertas del rosario harían una pausa, beberían un poco de “café con malicia” para hidratar un poco sus gargantas antes retomar sus tareas religiosas durante el amanecer.

Mientras todo esto ocurría, Eunice se daba vueltas

JÉSSIFER, su fabuloso destino

y vueltas en su cama tratando de encontrar el sueño. No pudo conseguirlo.

Tercera Parte

JÉSSIFER, su fabuloso destino

I

C'est la vie...

Cuando Sofía se enteró de la muerte de Raimundo reaccionó serenamente. Por un momento pensó que estar lejos de su país le traía mala suerte, ya iban dos muertos en su ausencia. Sin embargo Maurice, asumiendo su rol de amigo y guía espiritual, supo hacerla entrar en razón y convencerla que nada tenía que ver una cosa con la otra, todo ocurría cuando tenía que ocurrir y no por obra de la mala suerte.

Sentados en la terraza de un café parisino, en las cercanías del Centro Georges Pompidou, miraban la gente pasar, analizando detalladamente sus looks.

–Es bueno hacer este ejercicio,-comentó Maurice-. La verdadera moda es la que vemos en las calles. Mira esa mujer por ejemplo, se ve que se siente bien con lo que lleva puesto, es casual, elegante. El corte de sus pantalones es perfecto para ella y no tiene cuerpo de modelo, sólo ha elegido bien su ropa.

–Maurice.-interrumpió Sofía.

–*Oui?*

–Hay algo que no entiendo de ti...

–Sí, qué, dime.

–¿Por qué estás en esto?, en la moda... Todo es tan superficial y frívolo y tu eres tan...no sé..., humilde tal vez es la palabra. Estuviste en India, trabajando por los pobres, como la Madre Teresa, es lo que me contaste y... no sé, algo no me calza.

–Sí, es verdad, pero según yo, los seres humanos necesitamos estar en un cambio y una evolución constante. El trabajo humanitario fue una etapa. Luego, sencillamente quise insertarme en la sociedad, tener un empleo, llevar una vida tranquila, tener dinero necesario para mis pagar

mis cuentas y divertime. La experiencia vivida en India me hizo bien, pero la viví, y después fue necesario pasar a otra cosa. Mi profesión actual me encanta, me gusta la belleza, el glamour, los cuerpos estéticos, la farándula, la moda, y creo que es perfectamente posible disfrutar de todo ello procurando encontrar un cierto equilibrio. Las cosas se dieron para que yo encontrara un trabajo en Batha y acepté mi destino, como tu. Creo que el destino o “el karma”, como dicen algunos te pone en el sitio en el que estás ahora, en una situación determinada, con un persona determinada, en un lugar determinado, claro que dejándote siempre un margen de libertad para elegir; es como tomar o dejar pasar el tren. Hay que estar alerta entonces, sobre todo cuando presientes que se trata de decisiones que pueden dar un vuelco positivo en tu vida. Esta lección casi me la sé de memoria. Mi madre siempre decía lo mismo y terminé por creer.

Sofía pensó en el momento que conoció a Karen. Luego preguntó:

–¿Y tu mamá vive aquí en Francia?, nunca me contaste...

–No, mi madre es una loca de remate. Pero una loca feliz. Después que se separó de mi padre cuando yo tenía doce años, se enamoró perdidamente de un finlandés y se fue a vivir con él a Helsinki. Después de tres años, las cosas no funcionaron y regresó a París. En un año escribió un libro que jamás publicó, no porque fuera malo. Algunas editoriales estaban muy interesadas, pero finalmente desistió porque muchas experiencias personales estaban en su historia y finalmente no tuvo ganas de ventilarlas. Luego comenzó a recorrer el mundo, primero América del Sur, vivió tres años en Buenos Aires donde se enamoró de un argentino. Se mantenía haciendo clases de francés y se gastaba parte del dinero aprendiendo a bailar tango. El argentino la dejó botada, y como la filosofía de mi madre es que toda pena la cura un viaje, dejó su vida en ese país para instalarse en Uruguay; allá estuvo cinco años. Con el dinero de la herencia de su madre, mi abuela, otra loca, se construyó una casa en un pueblo que se llama Atlántida,

con una hermosa vista al Río de la Plata, yo fui a visitarla ahí en varias ocasiones, fueron vacaciones inolvidables, un pueblo tranquilo, reservado, con playas interminables donde puedes caminar por horas pensando en todo y nada. En esos momentos mi madre permaneció sola, ya estaba harta del amor, tenía su dosis. Era tiempo de preocuparse de ella misma, de sus necesidades espirituales, así que se dedicó a aprender toda clase de técnicas de terapias alternativas, sanación pránica, bioyoga, reiki. Con esto hizo innumerables amigos que pensaban que era buena en eso. Tal vez sí, porque por muchos años lidió contra un cáncer de mamas y según ella todo esto le ayudó a ganar la batalla. Ahora está bien, pero ya no vive más allá porque se dio una última oportunidad para iniciar una relación, esta vez con un griego que conoció en el aeropuerto de Montevideo. Estuvieron un tiempo aquí en París, y ahora se encuentran en Hydra, una isla hermosa en las cercanías de Atenas. Ahí tienen un hotel con un spa y hace masajes y todas esas cosas que aprendió en Uruguay. Se siente completamente realizada.

Como vez, varias vidas en una. Yo quería ser como ella al principio, luego me di cuenta que no contaba con esa fuerza, mi viaje a la India me bastó, encontré lo que andaba buscando y ahora quiero estabilidad.

–Increíble, y pensar que yo he tomado el avión una sola vez.

–Ya habrá otras veces, Sofía, eso es seguro.

La tarde en el café se había terminado. Caminaron en busca de un taxi para ir al hotel. Luego debían asistir a un desfile de modas con François, el último gran evento del viaje.

II

*Forbidden love
Are we supposed to be together...*

Madonna

Los tacos de Sofía resonaban intensamente en el mármol de los corredores del hotel. El desfile había sido una experiencia inolvidable. Modelos de verdad, no como esas chulas regordetas de tetas siliconadas que se apoderaban de la prensa amarilla y de los programas de televisión de su país. No, éstas eran reales, topísimas, como las de los programas de Fashion TV, del cable. Lucían sus atuendos con elegancia y naturalidad y parecían caminar sobre algodón, maquilladas con profesionalismo, peinadas con estilo. Oscar de la Fuente, el diseñador emergente del cual todo el mundo de la moda parisina hablaba, era el rey de la fiesta. Los asistentes aplaudieron sus sofisticados vestidos con bravos incluidos. Diseños simples pero con pequeños detalles que le daban el toque de distinción.

Mientras presenciaban el desfile, Le Bon, sentado a la derecha de Sofía, tomaba su mano sin escrúpulos. Maurice, testigo de su actitud, se hacía el que no se daba cuenta. Sofía se dejaba. Era tanta la efervescencia del momento que su gesto no hacía más que intensificar sus emociones. La música imponente, con acordes orientales electrónicos de fondo, mujeres y hombres vestidos a la última moda, que murmuraban tapándose la boca con los programas, miles de cámaras de televisión, en primera fila por un lado Catherine Deneuve y por el otro Audrey Tautou, la protagonista de Amélie, los flashes que iluminaban toda la escena como relámpagos en una tormenta eléctrica, una mezcla de elementos que hacían que Sofía estuviera en el séptimo cielo y poco pendiente donde Le Bon ponía sus manos.

Cuando el espectáculo hubo terminado y las casi treinta modelos se desplazaban en fila india detrás del gran

creador, Le Bon, consciente del estado de excitación en que se encontraba Sofía, y sin soltar su mano, le preguntó que le había parecido todo.

–¡Espectacular!. Nunca imaginé que vería algo así en mi vida...

–Eres linda. ¿Sabes?

–¿Y qué significa eso?

–Nada, sólo eso. Eres linda.

En el pasillo del hotel, Sofía se sacó los zapatos y comenzó a buscar la tarjeta magnética para abrir la puerta de su habitación. Maurice se había quedado en el lobby conversando con Le Bon. La tarjeta no aparecía.

–¿Te puedo ayudar a encontrar lo que buscas?

–¡Pero qué haces aquí! -exclamó Sofía sorprendida, descubriendo a Le Bon justo detrás de ella.

–Me dio hambre y no quería comer solo.

–Pero yo... yo me iba a acostar...

–Y yo sé que tu agenda para mañana no está muy completa y que podrás levantarte un poco más tarde, así que me gustaría invitarte a tomar algo. No hay cansancio que una copa de champán francés no pueda combatir. Vámonos de paseo, estás en París, tienes que aprovechar. Prometo que te voy a cuidar.

–Es que mi mamá me dijo que no debo salir con extraños –respondió Sofía con ironía.

–Pero tu mamá no está aquí. No tiene por qué saberlo.

–Además...

–Además... nada, ponte esos zapatos y nos vamos a recorrer la ciudad, no hay excusas.

Sofía pensó en los sueños que había tenido alguna

vez. Su vestido celeste, el magnate, la limusina...

–Ok. Vamos.

Las puertas del automóvil se desbloquearon rápidamente cuando François presionó su llave mágica y como todo un gentleman se adelantó para abrirle la puerta a su princesa. Sofía entró al auto haciendo uso de los conocimientos adquiridos gracias a su fiel mentora Lucy –la del cable–: el trasero primero, luego una pierna y rápidamente la otra, por último, ajustó su cinturón de seguridad porque no quería terminar como Lady Di y se dejó llevar.

–Vamos a ir a visitar un bar-restorán vietnamita que cierra tarde y espero que te guste. Se llama Sourire de Saigón, a los pies del Sacre Coeur.

–Suenan interesantes...

–Espero que te guste.

París lucía diferente en la noche. Cientos de turistas disfrutaban de las cálidas temperaturas nocturnas y recorrían la ciudad a pie casi a la medianoche.

El bar estaba lleno de gente. Tuvieron que esperar media hora antes que una mesa se desocupara. François pidió la botella de champán prometida y se instalaron en el bar. Los saludos y las miradas hacia Le Bon eran persistentes, al parecer era “cliente frecuente”, pero además lo miraban por guapo. No había duda de eso y él lo explotaba. Sofía estaba encantada con su compañía.

Cuando Le Bon le propuso salir juntos, aunque se hizo de rogar treinta segundos, no lo pensó dos veces. ¿Por qué negarse a tener una noche de glamour en Europa en compañía del hombre más guapo que había visto en su vida? Había que tomar el tren.

Bien atrás había quedado esa vida de pueblo y los prejuicios morales, ya no era una niña miedosa y hacía rato que venía asumiendo las decisiones que tomaba.

–Mira discretamente –dijo Le Bon–, la mujer que está conversando con un hombre de camisa verde, es una actriz francesa súper famosa...

–¡Nooo!, ¿Es Isabel Hupert?

–¿La conoces?

–Por supuesto, yo la llamé para avisarle que estaríamos aquí –dijo riendo...

–Eres muy divertida. ¿Pero en serio la conoces?

–Madame Bovary, La Dama de las Camelias, Ocho mujeres...

–¿Y has visto todas esas películas?

–Por supuesto. Me encanta el cine.

–Eres una caja de sorpresas...

El hombre de camisa verde se percató que Sofía y Le Bon miraban su mesa mientras hablaban y le hizo un gesto de saludo. Le Bon lo conocía, era un cliente de su agencia. En cuanto a la Hupert, fiel a su carácter, dio una mirada de desprecio, y le tomó el brazo a su acompañante para recordarle, seguramente, que la estrella de esa noche y de todas las noches y por los siglos de los siglos, era ella.

–Vaya mujer esa Hupert. –comentó Le Bon... Creo que se desocupó una mesa, vamos a instalarnos.

El espacio, como en muchos restaurantes parisinos era reducido y se encontraron con personas que comían a su izquierda y a su derecha, sin embargo, cada uno estaba en lo suyo y nadie se preocupaba de lo que hacía el vecino. La botella de champán estaba hasta la mitad. Ambos ordenaron *nems* y arroz en hojas de loto, la especialidad de la casa.

–Mira, esta es la técnica: tomas la hoja de lechuga, metes el *nem* al interior, le pones unas hojitas de menta, y lo enrollas todo, lo untas en la salsa y *voilà!*

–¡Mmmm, son deliciosos!

–Es algo simple pero muy bueno. Para mí la comida asiática está llena de detalles, me encanta.

Durante la cena Sofía no quiso ser interrogada primero, por lo tanto tomó la iniciativa y se atrevió a preguntar a François detalles de su vida que ya conocía, pero que sería interesante de comparar con la versión de Maurice.

–Supongo que un hombre tan guapo como tú ya debe tener una novia igual de guapa –comenzó.

–Pues no, mi corazón está en reposo, el amor es muy complicado.

–¿Pero por qué dices eso?

–Por experiencia. Y no te pases de lista conmigo porque estoy seguro que tu súper amigo te contó todos los detalles de mi vida sentimental.

Sofía enrojeció. Había caído en su propia trampa.

–Pero no pongas esa cara Sofía, no es nada grave, y seguramente todo lo que te contó es verdad. Maurice no miente, por eso somos amigos.

Sofía disimuló su vergüenza tomando un poco de vino blanco y la conversación derivó a los hechos que Maurice le había descrito anteriormente.

–Debiste haber sufrido mucho a causa de tu papá. –dijo Sofía retomando sus ideas con tono serio.

–Sí, porque lamentablemente ambos perdimos. Mi padre nunca vio concretado su proyecto de convertirme en heredero de sus negocios, y yo perdí la oportunidad de ser feliz con la mujer que amaba. Pero en todo caso, los años han pasado y las heridas se han ido cerrando, es normal, la vida continúa y este tipo de cosas van fortaleciendo tu espíritu. O te deprimes o sigues luchando. Yo preferí seguir luchando y tomar la vida como viene. Con algunas aventuras por aquí y por allá, fiestas, amigos, buenos restaurantes y mi propios negocios. Todos tenemos maneras diferentes

de hacer frente a las cosas. Pero cuéntame de ti. ¿Qué te parece todo lo que has visto hasta el momento?

–Me siento como en otro planeta. Este último tiempo mi vida ha cambiado mucho, he vivido muchas cosas muy rápido, a veces me da miedo.

–¿Miedo por qué?

–No sé. Miedo a despertar y que todo sea un sueño y que al final la realidad sea que no he logrado nada en mi vida.

–Jajaja. ¿Quieres que te dé un pellizcón para probarte que no es un sueño? O no, mejor otra cosa menos dolorosa que un pellizcón.

François se levantó algunos centímetros de su silla y besó suavemente el rostro de Sofía con sus labios muy cerca de los de ella.

–¡Pero usted es un Don Juan!, le dijo ella sorprendida.

–No, solamente quería probarte que no estabas soñando. Además eres tan guapa que no pude resistir el impulso.

–Pero pude haberte respondido con una cachetada.

Sofía pensó en las teleseries mexicanas y en las heroínas que después de forcejeos y cachetadas, terminaban siempre por entregarse, y simplemente quiso hacer el proceso más corto y simplificar la escena.

–Y te agradezco enormemente que no lo hicieras, sino tendría mi cara roja y estaría muerto de vergüenza con toda la gente pendiente de mí –agregó Le Bon.

–¿Tú? No pareces de los hombres más tímidos que existen. No te imagino teniendo vergüenza...

Sofía trataba de no demostrar que aún sentía pegados en su cara los labios de Le Bon. ¿Cómo sería uno de sus besos de verdad con boca, con lengua y todo? Se reía interiormente de su descaro. Se dio cuenta que ya no era la pueblerina inocente con sentimientos de culpa. Esa noche

era su noche y se dejaría llevar sin cuestionamientos existenciales. Pensó en la canción de las Azúcar Moreno:

“Sólo se vive una vez”.

Ni siquiera se había preguntado si las palabras de Le Bon eran para engatusarla. Ella ya había pasado esa etapa. Estaba claro. No pensaba más en príncipes azules, ni finales de cuento felices. Ya había dejado de jugar a fabricarse anillos con papeles dorados y ponerlos en su anular izquierdo para saber a qué podría parecer la mano de una mujer casada. No pensaba, ni imaginaba más en cuál sería la destinación de su viaje de luna de miel, el tamaño de las maletas donde metería todo lo que necesitaría. Ya había dejado de mirar en las revistas cómo podría decorar su casa, los colores, el estilo, qué flores plantaría en su jardín, los nombres que pondría a sus hijos. Sofía había sufrido una *metamorfosis express*. Había dejado de ser Jéssifer desde el momento en que Le Bon la había besado. Ahora sería Sofía para siempre.

Le Bon era un hombre y ella una mujer, simplemente. Era estúpido pensar que éste le pidiera matrimonio, proyectarse con él, que la encontrara todas las tardes después de una ardua jornada de trabajo, la besara, y se sentara a la mesa familiar, con un lindo mantel bordado y tulipanes en un florero. Era estúpido pensar que tendrían hijos de comercial de televisión, rubios platinados como su padre jugando felices en el gran jardín de una casa con césped perfecto y árboles gigantescos con pajaritos cantando sin cesar.

Y más aún. Fuera de lugar pensar en largos recorridos en playas desiertas con Le Bon, tomados de la mano y escribiendo “te amo” en la arena húmeda mientras el sol se oculta dejando entrever solamente sus siluetas. Definitivamente no.

–Sofía, qué pasa... de pronto te quedaste callada. ¿Acaso sufres de autismo y no me lo has dicho?

–Jajaja. No, no soy autista, es sólo que me encuentro a miles de kilómetros de mi casa y a veces me acuerdo de mi madre, de mi casa, mi trabajo, mi vida está tan lejos. “*Je suis désolé*”.

–Pero tu vida está donde estás en el momento. Por lo tanto tu vida ahora está aquí, en este restorán, con Isabel Hupert a metros de nosotros.

–¿Sabes? –dijo Sofía–. Mi madre siempre fue una soñadora. De pronto la veo sentada en un sillón, frente a nosotros, mirándonos como si fuésemos los protagonistas de su telenovela mexicana favorita. Ella estaría feliz viéndonos, tal vez porque una madre quiere para sus hijos todo lo que ellos no pudieron tener y ella querría esto para mí: verme linda, maquillada correctamente, con un vestido caro, zapatos de cuero de verdad y joyas que no fueran de fantasía, al lado de un hombre guapo como tú, en un restorán en la ciudad más hermosa del mundo. Puedo ver la alegría en su cara, es curioso, casi nunca digo en voz alta lo que pienso, pero qué más da. Tal vez sea la última vez que te vea y en las teleseries mexicanas los actores se dicen siempre la verdad. En todo caso gracias François por esta hermosa velada. Estoy feliz.

–Me alegra oírte, eres fascinante.

–¿Fascinante? Fascinantemente bruta...

–No digas eso, eres una mujer inteligente.

–Bueno, basta de cumplidos, me gustaría caminar un rato antes de regresar al hotel.

–Como ordene su majestad. ¡Sus deseos son órdenes! Pido la cuenta y nos vamos a caminar. Yo también tengo ganas.

La noche parisina ofrecía un espectáculo alucinante para Sofía, cuyo cuerpo y mente habían sido víctimas del embriagador champán francés y el vino blanco. Los imponentes edificios le parecían grandes escenografías hollywoodenses. La Place du Tertre, aún estaba invadida por cientos de turistas que tomaban cientos de fotos.

–Si pudieras ver esta plaza en invierno no lo creerías. Está completamente vacía, es otra. Ven, vamos al mirador

del Sacre Coeur, hay una vista impresionante de la ciudad.

–Me encantaría, si llego a mantenerme en pie con estos tacos, caminado entre estos adoquines.

–Yo te ayudo.

Le Bon tomó a Sofía del brazo y la ayudó a mantener el equilibrio hasta llegar cerca de la gran iglesia. Sin duda. La vista era espectacular y el ambiente existente en el lugar era indescriptible. Mágico. A esas horas de la noche, una brisa cálida inundaba todo, había muchos jóvenes sentados en las gradas a los pies del monumento, acompañados de sus guitarras, bebiendo, cantando, riendo felices.

–¿Siempre es así?

–Siempre. Todo el mundo sueña con venir aquí en algún momento de su vida.

Los labios de François estaban por fin en los labios de Sofía, los labios, la lengua, todo, tal como ella lo había imaginado en el restorán.

La gran cama de la habitación de hotel contenía confortablemente los dos cuerpos desnudos entregados al deseo y la pasión.

En medio de la intimidad, Sofía llamó a François “mi amor” aunque no fuese verdad. Lo abrazó fuerte, lo amó con todas sus fuerzas, quería disfrutar hasta el final, beber hasta la última gota de las sorpresas que su destino le estaba ofreciendo. La historia de su vida podría tener como título El fabuloso destino de Jéssifer, y no El fabuloso destino de Amélie Poulain, como la película.

IV

No, un gran amor nunca se olvida,

No, nunca se olvida

Isabel Paton

Esteban,

Estuve a punto de marcar tu número y mandarte un mensaje. Hacía días que quería hacerlo. Luego me dije, podría escribirte un correo electrónico. Por varias horas no tuve el valor de hacerlo, y aun, cuando estoy empezando estas líneas me pregunto si vale o no la pena. Han pasado ya dos meses de nuestra separación y no sé si lo he aceptado y asumido completamente. No sé si se puede aceptar la lejanía física de alguien con quién se han compartido tantas cosas de tan cerca.

En todo caso, me hice a la idea que has decidido continuar esto sin mí y no quiero ser egoísta. Tal como te lo dije en persona antes de que te marcharas. No, no he cambiado de opinión. Decidiste dar un vuelco en tu vida y es razonable, es tu derecho y lo respeto. Los seres humanos somos todos diferentes y tenemos nuestras cabezas armadas con piezas diferentes.

Sin embargo, no me puedes impedir decirte lo que yo siento, lo que pasa por mi mente día y noche. Contarte sobre ese vacío que a veces no se llena con nada.

Te escribo desde París, sabes, y me quedo aquí por algunos días. He pensado tanto en ti estando aquí y en las veces que vinimos juntos a esta ciudad maravillosa en el pasado. Esta ciudad que ha sido testigo de tantos acontecimientos de mi vida, de mi vida de niño, de adolescente, de mis vacaciones contigo y ahora del duelo de ya no tenerte. La melancolía es parte de esta ciudad, puedo sentirla. Por una parte sufro, es cierto, pero por otra la melancolía me acerca a ti hasta el punto de poder sentir tu perfume. ¿Todavía “Terre”, de Hermès?, Te queda bien

ese aroma... No dejes de usarlo nunca.

Yo estoy cierto que aún no podrás tomar la decisión de seguir viéndome o no. Es muy pronto, pero quiero que sepas que yo te esperaré con los brazos abiertos. Estaría feliz que pudieras compartir conmigo detalles de tu vida si quieres. ¿Es muy dura la vida en Estados Unidos? Me gustaría tanto que me contaras. Estoy aquí, Esteban, háblame si quieres, cuéntame cosas. Te escribo con todas las fuerzas de mis sentidos, sinceramente, tirando las palabras en las teclas del computador, en forma bruta, como caen. Créeme.

Maurice.

P.S.: Escucho Nothing compares to you...

Mientras Maurice terminaba de escribir su mail, Sofía estaba en los brazos de Le Bon. Mientras Maurice cerraba el computador, Esteban estaba frente al televisor viendo una serie norteamericana que le ayudaba a mejorar su inglés. Mientras Sofía estaba en los brazos de Le bon, Alison estaba a minutos de levantarse para comenzar otro día incierto. Mientras Sofía y Le Bon hacían el amor, Blanca Montes estaba instalada en su oficina frente al computador revisando cifras.

Las manos de Sofía, largas y morenas, abrieron su agenda en un día de agosto. Algo tenía ese mes que la intrigaba. Abrió su laptop y tecleó Agosto. Agosto, Augusto, emperador de Roma, el mes se llamaba así a causa de él, como Julio César, que también tenía su mes en el calendario, ambos de treinta y un días. La historia del mes también hablaba de Cleopatra y Marco Antonio, quienes habían sido vencidos por Augusto y como premio de su victoria se eligió este mes para honrarlo.

La vida de la reina de Egipto era una de las historias

de amor que más impresionaba a Sofía, las señales eran evidentes, todo estaba relacionado según ella. Pero qué triste final el de Cleopatra, muerta por un suicidio atroz y sin ninguno de sus dos amantes en el bolsillo. Entonces tuvo miedo de terminar como ella, aun cuando no tenía instintos suicidas. Apagó el computador. Tomo un lápiz y escribió en su agenda:

“Mi vida no es la misma. Soy otra. Me siento la mujer más top del mundo. Estoy en París, en un hotel de innumerables estrellas, puedo ver la torre Eiffel. La distancia es larga entre Francia, San Víctor, mi país. A veces me siento como en otro planeta y cada ser humano nuevo que conozco aquí me parece un extraterrestre, con otro físico, con otras costumbres, con otro idioma. Pese a todo creo que ya quiero volver, he visto muchas cosas nuevas, he vivido muchas cosas. Sin ser exagerada, creo que me puedo morir en paz, pero no aquí, sería terrible morir en un país ajeno, lejos de todo lo que me vio crecer.

¡Le Bon!, ¡hay Le Bon!, mi príncipe encantado. Te pasaste, fuiste tan caballero, tan delicado, tan rico... Aún no quiero tomar una ducha porque tengo impregnado el olor de tu perfume. También huelo las sábanas una y otra vez para recordarme que fui tuya. Igual que en las películas. Qué tonta, pero, ¿qué importa un poco de fantasía adolescente? Tus besos, tus caricias, tus manos recorriéndome entera. No quiero que se me olvide nada, por eso lo escribo.

Mon amour, me hiciste sentir como Blanca Nieves, como la Cenicienta, como Jacky Kennedy, como Vivien Leigh en el afiche de Lo que el viento se llevó. Me hiciste sentir bonita, inteligente y deseada. Y pude ver en tus ojos y en tu actitud que tú también lo pasaste bien conmigo, lo sé...”

Sofía cerró abruptamente la agenda sin terminar su confesión. Maurice estaba golpeando la puerta de su habitación.

—Espera, espera. Deja ponerme una bata y voy.

–Buenas días, princesa, tienes una cara de felicidad que no te la puedes.

–Sí, es verdad, estoy feliz.

–¿Y se puede saber por qué?

–Me acosté con François y lo pasamos de maravilla...

–Jajaja. Te felicito, lograste en unos días lo que yo no he logrado en años.

–Pero si François no es gay.

–Lo sé, pero me encantaría que lo fuera... Es una broma.

–Pero bueno, si te consuela te cuento detalles. Por ejemplo, usa slips *Armani* y en pelotas ni te cuento...

–Lo de los slips lo sabía. Entonces todavía usa Armani...

–¿Y cómo sabes?

–Cuando éramos más jóvenes íbamos a nadar juntos...

–¡Ah!

–Bueno, pero cuenta detalles, sucia pecadora...

–Sí, soy una sucia pecadora y lo asumo, aunque no importa porque lo pasé súper bien. Le Bon es encantador, es lo menos que puedo decir de él.

–En todo caso estoy feliz por ti, una mujer tan guapa, sexy, glamorosa y sin compromiso debe aprovechar al máximo de todos esos atributos. La vida es corta y la juventud más aún.

–¿Y tú, cómo estás? Tienes una cara rara, ¿o me equivoco?

–Bien...

–¿Bien?, ¿en serio? Difícil creerte...

–No aguanté más y le escribí un mail a Esteban.

–¿Y?

–Y bueno, le dije todo lo que sentía. Sencillamente no me lo puedo sacar de la cabeza...

–Pero Maurice, no pongas esa carita. Verás que con el tiempo todo se va a arreglar.

–Tal vez, pero bueno, no importa, la vida sigue y debemos continuar trabajando, no vinimos para lamentarnos, ni para el turismo sexual.

–Pesado.

–A las doce y media tenemos una reunión en la *Place Vendôme* y luego quedamos libres. Yo prometí visitar a algunos de mis amigos, y tu si quieres puedes pasar el resto de tiempo con tu príncipe encantado, o acompañarme.

–Me encantaría conocer tus amigos. Además no creas que François me propuso matrimonio y que de ahora en adelante no nos separaremos jamás.

–No, seguro no creo eso, pero también quiero que te sientas libre. Vamos a prepararnos. Regreso por ti en una hora.

–Amoroso...

V

*Je suis,
tu est,
elle est...
nous sommes...*

Los últimos días de la aventura parisina pasaron volando. Maurice visitó algunos de sus amigos finalmente junto a Sofía. La mayoría gente simpática, rara a veces, como Paulette, a quién conoció cuando eran estudiantes, una amiga de Maurice que vivía en un suntuoso departamento en uno de los barrios más chic de la capital. Una mujer hermosa pero extraña, cuyo rostro era de una palidez extrema y que encontraron echada en un sillón fumando cigarro tras cigarro. Paulette lo tenía todo en apariencia, había recibido una considerable herencia de sus padres que habían muerto en un accidente aéreo. La tragedia ocurrió cuando ella estaba a pocos días de recibir su título universitario y la afectó profundamente. Luego de terminar sus estudios, nunca tuvo más proyectos.

Paulette fue siempre una mujer frágil, sensible, y de una inteligencia remarcable. De niña fue una lectora empedernida, se lo leía todo; libros desde los más simples a los más complejos; novelas, ensayos, poesía, tratados de psicología, filosofía, que a su vez le servían para entender el mal que la invadió desde la infancia. La depresión.

Su belleza no la ayudó en nada, más bien la perjudicó. Paulette ahuyentaba a los hombres, era un bicho raro. A los hombres jóvenes les gustaban las mujeres lindas, pero no tan inteligentes, cuestión de orgullo. Aislada con sus libros como únicos amantes, Paulette no combatió su destino, se entregó a él y se dejó llevar, simplemente, resignada a la vida que le había tocado vivir.

Su único verdadero amigo fue Maurice, el único que la escuchaba en sus delirios filosóficos, y se interesaba en sus teorías sobre la existencia humana. El único que estuvo a su lado en sus tres intentos de suicidio.

Sofía vio como los ojos de Paulette se llenaban de vida cuando Maurice le hablaba, como su vida lánguida y melancólica se iluminaba escuchando las aventuras de su amigo.

Sofía era espectadora de como los seres humanos podemos ser tan diversos, tan complejos los unos de los otros. Vio en los amigos de Maurice una vasta muestra de la sociedad. Los exitosos, los competitivos, los simples, los enfermos. Los que hablaban sin parar, los que escuchaban. Aquellos que tenían planificada meticulosamente toda su existencia y aquellos que vivían el día a día.

Al final de cada encuentro, Sofía se enteraba de todos los detalles de la vida de los amigos de Maurice, supo cómo y en qué circunstancias los había conocido, y que hecho había gatillado en sus vidas para que finalmente se despidiera de cada uno de ellos con un abrazo eterno. Los unía la muerte, la celebración, los viajes, el amor, el secreto. Aún con la persona más diferente a ti, habrá un punto de coincidencia, fueron las palabras de Maurice y si este punto de coincidencia, emerge en un situación particular, puedes llegar a ser íntimo con quien jamás lo hubieses pensado.

Las calles de París iban quedando atrás. El viaje de regreso se veía cada vez más cerca.

—¿En qué piensas, Sofía?

—En las personas que conozco. No son tantas. Tampoco tengo tantos amigos.

—¿Y acaso en la vida hay un número obligado de personas por conocer? ¿Hay que completar una cuota? ¿Es obligación enviar un mensaje masivo en facebook para tener más de cuatrocientos friends? No preciosa. Los amigos son los que son y punto.

—Verdad. ¡Eres tan sabio y tan místico Maurice!

--Ja,ja. La sabiduría y el misticismo son palabras mayores. Tomemos un cafecito por aquí y hablemos de la gente que pasa...

—Buena idea.

VI

El tiempo lo cura todo...

Mientras el calor de agosto se apoderaba enérgicamente de la capital francesa, el frío calaba los huesos de los habitantes de San Víctor.

Eunice Cárdenas seguía los pasos de su afortunada hija a la distancia, feliz de sus logros, orgullosa de lo lejos que había llegado. Ya estaba más tranquila después de la muerte de Raimundo. Dos días después de sus funerales fue a dejarle algunas flores, y culposa, trataba de autoconvencerse que era la tumba de su madre la que iba a ver, no la de su amante difunto. El cementerio estaba más tranquilo que nunca. Ni un solo ruido, únicamente el de sus pasos desplazándose en medio de los estrechos caminos rodeados de nichos. Llegó a la tumba de su madre donde depositó seis claveles y rezó de corrido un Padre Nuestro y un Ave María. Luego se persignó, y avanzó de un paso rápido al lugar donde reposaban los restos de Raimundo y se quedó media hora parada en frente.

Le rezó, le habló, se acordó de sus escapadas románticas, de sus besos furtivos y los poemas que se escribían declarándose amor eterno. Se sentía libre al hacer eso, podía desahogarse, pensar y decir lo que quisiera, ahí, en medio del silencio de ese lugar santo. Continuó con ese rito durante tres meses, todos los miércoles en las tardes, cuando estaba más desocupada, hasta que su corazón se fue recuperando lentamente del dolor. Ya no tenía secretos, se podía morir tranquila, su hija conocía toda la verdad sobre su padre y eso era lo que más la atormentaba en la vida.

Además, en el municipio del pueblo había descubierto un nuevo pasatiempo. Un grupo de señoras consumidas por el aburrimiento y la soledad, se reunían martes y jueves para realizar artesanía en tela. Aprendió gracias a ellas, a confeccionar unas lindas muñequitas con restos

de género. Y si las muñequitas hubiesen podido hablar, podrían haber contado las historias más inverosímiles de esas mujeres de pueblo, a quienes dichos encuentros, les servían además, como terapia para aliviar toda clases de angustias. Maltratos, violaciones, infidelidades, duelos y abandonos salían discretamente a flote los días de los talleres y se convertían en preciosas muñequitas, coloridas y sonrientes.

VII

Yes, you can...

Blanca Montes esperaba con ansias la llegada de sus dos emisarios para tener noticias claras sobre sus futuras inversiones. Sentada en su escritorio, temprano en la mañana, encendía su computador e iba a la carpeta “mis imágenes” para ver una foto de Karen, lo que se había convertido en un rito, en un acto sagrado. Luego de observarla unos minutos, continuaba su jornada, cargada de energía, sedienta de éxito.

Ya tenía organizados en su mente todos los detalles de la apertura de la nueva boutique. Cuántas personas contrataría, quién ocuparía los puestos clave, a quiénes invitaría para la gran noche de la inauguración, los contactos con la prensa. Controlando hasta el más mínimo detalle. Todo estaba bajo su estricto control.

Necesitaba acción, adrenalina a full y el nuevo proyecto la excitaba más que nada. La pérdida de Karen no podía deprimirla, ella había jurado hasta el cansancio que no era de esas que anda llorando por los rincones y era fiel a sus principios, su trabajo la sacaba adelante cada vez. Enfrentar la realidad tal como se le presentaba era su lema.

VIII

*Cuando Dios te quiere dar,
a la casa te va a dejar...*

Alison peinaba su desgreñada cabellera cuando sonó el timbre de su departamento. Eran dos hombres vestidos de negro. Como matones de una película, corpulentos, lentes oscuros y voces graves.

Seguros de que fuera ella la persona que buscaban, le entregaron un sobre cerrado advirtiéndole que debía leer atentamente la carta que se encontraba en su interior y que lo mejor era obedecer todo lo que estaba indicado en ella.

Una vez cumplida su misión. Los dos tipos se subieron a un auto y desaparecieron.

El sobre contenía cuatro mil dólares en efectivo y la famosa carta.

“Espero que esta cantidad te sirva de algo. Gástalo bien y no esperes más porque no lo tendrás. Ahora quédate callada y no andes inventando cosas. No te conviene. Las calumnias no te llevarán a nada bueno”.

Cuando terminó de leer se puso nerviosa y entendió de inmediato de que se trataba. Tuvo miedo, pero pensó que ese dinero la podría sacar de los aprietos en que se encontraba, pagaría sus deudas y regresaría al pueblo. Tal vez sería buena idea crear un pequeño negocio, llevar una vida tranquila y olvidarse de la búsqueda de fama y fortuna en la capital. En realidad, la fortuna la tenía en sus manos, había llegado sola, a la puerta de su casa y procuraría –como decía en la carta– gastarla lo mejor posible. Se quedó mirando los billetes verdes por largo rato, analizándolos, intentaría cambiar uno o dos a moneda nacional, para asegurarse de que no fueran falsos. Jamás había visto un dólar de cerca. Por la primera vez en su vida se sentía importante y rica.

IX

You'd better stop...

Sam Brown

François Le Bon, Sofía y Maurice estaban en el aeropuerto Charles de Gaulle. Sentados en un café, sellaron todos los acuerdos y compromisos del viaje.

Maurice, seguro de que Sofía quería estar sola con Le Bon, inventó la necesidad imperiosa de comprar diarios y revistas para entretenerse durante el viaje y los dejó despedirse tranquilos.

Sofía estaba radiante. El sol europeo le había cambiado la cara de color. Un tenue bronceado reavivaba sus finas facciones.

–Estás hermosa –dijo François.

–Gracias –respondió Sofía–, distante.

–Siempre me acordaré de ti, no te vayas, quédate aquí.

–Mi vida no está aquí, mi vida continúa en mi país. Mi vida y mi trabajo están allá. Ya te lo dije.

–Sí, ya sé y no voy a insistir...

–Es mejor.

–Iré a verte tan pronto como pueda.

–No es necesario. Además, no digas cosas por decirlas...

–No me conoces. Nunca digo las cosas por decirlas.

–François, yo te mentaría si te dijera que no siento nada por ti, pero no puedo y no quiero correr riesgos. Si he llegado donde estoy es porque mi intuición y tal vez un poco de suerte me han ayudado. Yo quiero continuar sola, lograr muchas más cosas por mí misma, probarme que soy capaz, que soy inteligente...

–Tú eres una mujer inteligente y capaz, no tienes que probárselo a nadie.

–Tal vez necesito algo de tiempo. No me gusta tomar decisiones de las cuales pueda arrepentirme.

–Está bien. Pero te acosaré hasta que me aceptes. No te puedo dejar escapar. Mira, quiero entregarte algo que elegí especialmente para ti.

François metió la mano en el bolsillo de su traje y saco una cajita de terciopelo negro y se la entregó.

–No puedo aceptarlo.

–Claro que puedes. No seas orgullosa. Además es sólo un recuerdo, no significa que quiera pedirte matrimonio...

–Ok, está bien.

La cajita contenía una pulsera de oro, de la cual pendía una pequeña torre Eiffel con finas incrustaciones de brillantes.

–Pero mi madre que me dijo que no podía aceptar joyas de extraños –bromeó Sofía.

–Pero ya no soy un extraño, espero.

–Es verdad.

–Acéptalo por favor.

–Gracias François, es un hermoso recuerdo.

Maurice regresó cargado de diarios y revistas y algunos libros comprados a último momento.

–Bien mi querida amiga, llegó la hora de decir adiós.

–Adiós, Sofía, que tengas un buen viaje –dijo François–. Adiós Maurice, estamos en contacto.

Los altoparlantes anunciaron el último llamado para el vuelo. *Favor embarcar puerta número 47.*

El aeropuerto estaba atestado de gente de todas nacionalidades. Los anuncios indescifrables anunciando los vuelos y llamando a los pasajeros perdidos, las voces, los gritos y sonido de las ruedas de maletas arrastrándose

por el piso era un ruido de fondo constante. Entre todo ese barullo, Sofía y Maurice se dirigían a las cercanías de su puerta de embarque, en silencio, con la sensación de haber terminado un libro o haber llegado al final de una buena película. Antes de entrar al avión estuvieron sentados un momento, Maurice tuvo tiempo para ojear algunas revistas, mientras Sofía escribía en su computador.

“Cuando era chica, quería ser profesora, profesora de castellano. Siempre admiré a los profesores. Sobre todo su capacidad de hablar en público, de dirigir una clase. Me gustaba cuando pasaban la lista, cuando escribían derechito en el pizarrón, con tanta seguridad, cuando hablaban de algún tema como una enciclopedia. Todo lo que ellos decían era la verdad. Yo quería ser como ellos. La mayoría se vestía bien. Ser profe es una carrera de imagen también, los alumnos nos fijábamos y comentábamos sus atuendos diarios, y con la crueldad que nos caracterizaba podíamos destruir la autoestima de algunos poniéndoles los más atroces sobrenombres, eso no era tan bueno...

Mi modelo era la señorita Perla, tan elegante. Llegaba todos los días con vestidos diferentes. A la señorita Perla nunca se le conoció un novio, siempre fue soltera, completamente dedicada a la escuela. Llegaba temprano y se iba tarde. Los días lunes dirigía el Himno Nacional. La señorita Perla cantaba lindo, y ese don aumentaba su glamour. Yo me imaginaba en lugar de la señorita cuando fuera grande. Iría a la universidad y me recibiría de profesora. Volvería al pueblo y enseñaría castellano a cientos de niños y adolescentes por generaciones. Me ganaría el respeto de ellos y de sus padres y del pueblo entero. Como ella, también yo sería elegante y distinguida y cantaría y recitaría poesías en voz alta. Los alumnos me querrían y me harían regalos: manzanas, flores, lápices, chocolates y yo, al igual que la señorita Perla, me haría un poco de rogar y terminaría por aceptarlos.

Cuando era chica yo quería ser profesora, como Gabriela Mistral y por qué no, convertirme como ella en escritora y recibir un premio por mi trabajo. Algunos poemas de Gabriela Mistral me emocionaban hasta las

lágrimas, especialmente ese de los “piececitos de niños, azulosos de frío...”. Sin embargo aquí estoy, sentada en un aeropuerto, en Francia, escribiendo cualquier cosa con tal de cambiarme las ideas, de no pensar en Le Bon...

– Y tú, que te pareces a la Reportera del Crimen, que tanto escribes...

– No seas curioso...

– Seguro que es tu diario de vida...

– Algo así.

– *“Querido diario, no puedo dejar de pensar en mi príncipe encantado y en sus slips Armani...”*.

– Cállate, pesado, no estoy escribiendo nada de eso...

– ¡Mh!, ¡qué sensible!

– Estaba escribiendo en mi diario que cuando era chica soñé con ser profesora. Tal vez no habría sido un mal camino, sola en mi pueblo enseñando castellano, sin dramas, ni amoríos que lo único que hacen es complicar la existencia.

– ¿Pero, quién te crees? ¿Santa Rosa de Lima? ¡Por favor!, tú, ¿profesora rural?, eso es lo más divertido que te he escuchado decir. Sofía, ¿cuál es el problema? François por supuesto, que te declaró su amor y la princesa se hace de rogar, ¿o crees que nació ayer?

– No es tan simple, sabes...

– La vida es simple, nosotros la complicamos.

– ¿Simple? Jajaja, no me hagas reír. ¿Acaso tus sentimientos hacia Esteban son simples?

Por una vez Maurice no tuvo palabras para replicar. Se quedó sin argumentos.

– Está bien –dijo–, no son simples, pero nosotros vivimos una vida juntos, nos dimos una oportunidad, y tú te estás negando a vivir una relación, a tomar riesgos. Yo

supe que François tenía otros sentimientos contigo desde el primer momento en que te vio y tú no puedes decir lo contrario. No sé por qué haces tanto drama. Sigue la corriente...

–No. Definitivamente no. Quiero saber lo que el destino tiene reservado para mí más allá de una pareja. No quiero detenerme en una relación, dejarme caer en los brazos de un hombre y no pensar en nada más. Yo siento que puedo desarrollarme más, aprender más cosas, crecer más. Por el momento continuar mi camino sola, sin obstáculos, creo que es lo mejor para mí.

–¿Pero quién te dice que no podrás hacerlo? ¿Crees que ambas cosas no son compatibles?

–No, no son compatibles. Yo debo sacarme a François de la cabeza y continuar mi camino sin él. Él tiene sus negocios, su vida glamorosa. Yo estoy muy por debajo de todo eso. No es mi mundo.

–Orgullosa.

–Interprétalo como quieras.

–Igual te quiero. Testaruda te pones aún más interesante.

–Vamos, ya están llamando.

Cuarta Parte

I

No, merci

Las puertas de vidrio polarizado del gran edificio de la calle Hernando de Córdoba abrieron las puertas a las veinte horas en punto. Una horda de periodistas, invitados y algunos curiosos que no entendían lo que pasaba, rodeaban el lugar. Los autos de lujo, los cuatro por cuatro grises y negros recorrían las calles alledañas sin sentido, buscando un lugar inexistente para estacionarse. Los taxis se detenían rápidamente depositando alguna vieja pobre y arribista, que no tenía quién la llevara al flamante evento en un auto digno. Valía la pena pasar la vergüenza y no perderse la invitación por nada del mundo.

El momento había llegado, la gran inauguración de Batha II, la súper mega tienda, de la cual tanto se hablaba hace meses, abría sus puertas con un gran evento, que no dejaría indiferente a ningún mortal.

Blanca Montes estaba preparando todo hacía varias semanas. Había contratado la mejor agencia de marketing y relaciones públicas de Buenos Aires, quienes trabajaban con profesionales expertos, franceses e italianos, y tenía una experiencia indiscutida para la organización de un evento de tal envergadura. No podía escapársele ningún detalle. Debía controlar todo. Se peleó con los técnicos de iluminación, con las modelos que ponían cara de domingo en la tarde, con los camareros que no se habían hecho el nudo de la corbata como ella en persona les había indicado. Pero su histerismo la hacía lucir radiante y protagonista.

La noche anterior, antes de dormirse ya había planeado qué ponerse para el gran día. Un vestido rojo que había usado sólo dos veces, una, estando con Karen. “Me gusta como te ves con él”, le había dicho Karen. Un vestido que la iluminaba, con un discreto escote que hacía adivinar sutilmente la natural consistencia de sus pechos. Sabía que era el correcto, por eso decidió usarlo una

segunda vez. Su pelo rubio y resplandeciente caía sobre sus hombros con gracia y únicamente, una fina cadena de plata, con una piedra de cuarzo que había comprado en un centro artesanal cuando era una adolescente hippienta, era el accesorio que decoraba su cuello. Su amuleto de la suerte.

Provista de un teléfono celular y un diminuto audífono, dirigía y coordinaba todos los detalles de la fiesta de gala y faltando diez minutos para la apertura de las puertas del edificio, se instaló con Maurice en la entrada de la nueva boutique.

Apenas la puerta se abrió, los periodistas saltaron como leones hambrientos. Un estallido de flashes se dejaron caer como relámpagos de una tormenta sobre los rostros de Blanca y Maurice.

En ese mismo instante, Sofía, ya vestida de gala, se aproximaba al lugar en un automóvil con chofer, acompañada de François Le Bon, a quien había ido a recoger al aeropuerto en el último momento.

–Estas más hermosa que nunca –dijo Le Bon, durante el trayecto.

–Para, ya lo has dicho veinticinco mil veces...

–Tenía tantas ganas de verte, no te lo imaginas. Desde que nos despedimos en ese aeropuerto no he dejado de pensar en ti, día y noche.

–No exageres, por favor...

–No, Sofía, no exagero, es la verdad, y no me voy a detener hasta que consiga tenerte...

–¿Tenerme? Hablas como si se tratara de un objeto...

–Perdóname, no quiero que lo interpretes de esa forma. Es sólo que... Es sólo que... estoy enamorado de ti. ¿Acaso no te das cuenta?

El hombre que conducía el auto no pudo ocultar una discreta sonrisa ante las palabras de Le Bon. Sofía por su parte, al oír a Le Bon, giró su cabeza hacia afuera como

si no hubiese entendido y se concentró en ver desfilar las montañas y los grandes paneles publicitarios plantados en la carretera. Dejó pasar algunos segundos y finalmente reaccionó.

–François, apenas me conoces, no puedes decir eso. Nos conocimos un poco en París, es verdad, pero fue sólo una aventura.

–¿Sólo una aventura?

–Sí, una hermosa aventura. Tú me gustas, y por algunos momentos he llegado a pensar que también estoy enamorada de ti, pero creo que no. Imagínate. Yo soy la típica pueblerina que triunfa en la capital, que por esos misterios del destino le va bien, que viaja a Europa, que conoce un “hombre importante”. Pero lo he pensado bien, François. Yo no quiero jugar a la niña rica. No es mi mundo. No quiero enfrentar brutalmente todo ese mundo que tú frecuentas, esa gente aristocrática, no quiero...

–¡Pero al diablo con todo eso!...

–No, yo no puedo mandar al diablo todo eso. ¿Crees que algún día pueda sentarme con tu padre y tu madre a tomar el té como buenos amigos? Si ni siquiera francés hablo.

–Pero puedes aprender, tú eres inteligente...

–Yo no dudo de mis capacidades. Creo que todo se puede aprender, sin embargo hay que ser realista y no se puede tapar el sol con un dedo. No, François, hay que saber cuando las cosas llegan a su límite, hay que saber darse cuenta cuando las cosas tienen sentido o no. Yo no puedo arriesgarme a tirar por la borda todo lo que he aprendido y avanzado hasta ahora. Siento que mi futuro está aquí, en mi país, con los que conozco, cerca de mi familia, cerca de Blanca, de Maurice, de mi trabajo, hablando mi idioma.

–Es verdad Sofía, probablemente tienes razón en todo lo que dices, pero no puedes renunciar al amor. A veces el tren pasa sólo una vez y hay que saber cuándo subirse en él -otra vez el tren, pensó Sofía-. No seas egoísta contigo misma, además, en la vida siempre hay dificultades, los

problemas están presentes siempre y hay que saber cómo enfrentarlos, ¡hay que arriesgarse!

–Jajaja, arriesgarse. ¡Sí supieras lo bien que conozco esa expresión te sorprenderías!

–No seas así, Sofía, démonos una oportunidad. Te prometo que yo haré todo por facilitarte las cosas, si quieres puedes estar dos o tres meses en Europa y ver qué te parece, puedes estudiar francés allá, luego regresar, podemos regresar juntos, si eso quieres. Probemos, intentémoslo. Y no me digas que no sientes nada por mí, porque no te creo.

Sofía, aún sentía mariposas dar vueltas en su estómago cuando escuchaba a François. Sus palabras, sus promesas, no le eran del todo indiferentes.

–Dame tiempo, François, dame tiempo...

–Pero Sofía, he esperado mucho...

–Dame tiempo.

Con mucha dificultad lograron entrar en los estacionamientos privados de Batha. La cantidad de gente que rodeaba el lugar era impresionante. La conferencia de prensa, previa al evento principal, fue transmitida en directo por el canal *Moda TV*. Con una Blanca completamente drogada, pero más lúcida que nunca en sus respuestas: *“Batha desea convertirse en una marca latinoamericana líder. Un referente para la moda femenina en Sudamérica. Sabemos que la competencia es dura, sin embargo estamos seguros que contamos con un potencial sin límites, asesorados con los mejores expertos a nivel internacional y con el apoyo incondicional de miles de mujeres que confían en nuestros diseños y que los llevan con elegancia y distinción”*. Declaró antes los reporteros satisfechos de su *prestación*.

II

*Tu es l'ombre et la lumière
Tu es le ciel et l'enfer*

Zazie

Los primeros meses para Esteban Pueyrredón fueron complicados. Instalado en un pequeño departamento de la 103, Upper West Side, en Manhattan, veía desfilar los días fracaso tras fracaso. Si bien su inglés era fluido y sin grandes errores, y sus demás competencias profesionales indiscutidas, simplemente la suerte no estaba de su lado.

Intentó encontrar trabajo en una agencia de publicidad, recomendado por un amigo. Queriendo sacar partido a un diploma de diseño gráfico validado por una universidad norteamericana, armó un “book” con algunas muestras de su trabajo y se presentó a varias entrevistas. Una de ellas resultó bastante esperanzadora; sin embargo, dos días después de asistir, lo llamaron para comunicarle que no había quedado seleccionado. El puesto se lo había ganado otro postulante, que aunque no contaba con mucha experiencia, tenía una gran ventaja a su favor. Era más joven.

Antes de partir, Esteban ahorró algo de dinero, pero el costo de la vida en Estados Unidos le estaba haciendo desaparecer sus reservas sin piedad. Entre pagar el alquiler, alimentarse y el transporte, el presupuesto se le iba de las manos y su estadía se tornaba insostenible.

Los mails de Maurice no hacían más que confundirlo. Cuando decidió alejarse de él tenía todo claro en su mente y no solía arrepentirse de sus actos. Sin embargo, estando solo, se dio cuenta que todo era nuevo para él y tenía miedo. Desde que había asumido su homosexualidad Esteban tuvo parejas con la que duró varios años, Jorge, un estudiante de medicina que conoció en la universidad: un año. Andrés, un músico de jazz: dos años. Lorenzo, un profesor de artes visuales: tres años. Maurice: cinco años.

El metro de la capital estaba atestado de gente en un verano en que el calor golpeaba con crudeza. La línea uno tenía problemas y la circulación de los trenes era lenta. Se juntó mucha gente en el andén, y era evidente la expresión de enojo o de angustia en sus rostros. Esteban estuvo a punto de salir y tomar un bus, pero se quedó esperando a que pasara el próximo tren. Aunque tenía una reunión de trabajo no era nada urgente así que podrían empezar sin él. Su camisa blanca estaba empapada de sudor, al igual que su frente. Mientras esperaba, y para matar el tiempo, hacía desfilas en su teléfono celular la lista de sus contactos y revisaba los últimos mensajes que había recibido. Concentrado en esta actividad, un choque violento de un tipo contra él lo hizo perder el equilibrio y caer. Su bolso y su celular saltaron por el aire.

—¡Idiota! ¿que no te fijas por dónde vas? ¡Te voy a volar la cara! Amenazó Esteban rojo de rabia, mientras intentaba ponerse de pie.

El tipo que lo estrelló se agachó rápidamente para ayudarlo a recoger sus cosas.

—Perdona, no fue mi intención. De verdad. Esto es un caos y alguien me empujó también. De verdad lo siento mucho...

Esteban no quiso continuar la discusión, el tren se acercaba y después de todo era verdad, la situación era tan complicada que la gente corría en todos los sentidos, desesperada, con tal de subirse al metro.

—Ok, está bien. No importa...

—Oye, vi que tu teléfono se anduvo quebrando. Como fue un poco mi culpa te dejo mi tarjeta, me puedes llamar para que podamos llegar a un arreglo.

¿Un arreglo? Pensó Esteban. Eso pasa cuando uno choca en un auto, no cuando se quiebra un celular. No había duda que era una excusa para volver a verse. De todas formas estaba apurado y aceptó la tarjeta y entró al tren que comenzaba a llenarse rápidamente.

Los ojos verdes de Maurice Barnier, quien se quedó parado en el andén, se grabaron en los de Esteban.

Más tarde, en su reunión, Esteban sólo pensaba en Maurice, en el incidente del metro y en la cara de “yo no fui” que había puesto cuando le entregaba el celular quebrado. Sentado en su escritorio, sacó de su bolsillo la tarjeta que había aceptado:

Maurice Barnier

098.56.48.45

Sin dirección, sin profesión, sin mayores informaciones, la tarjeta de Maurice era de un minimalismo intrigante. Debe ser profesor, se dijo Esteban. Estaba vestido como profesor. No, abogado, su bolso parecía un bolso de abogado y su traje oscuro a rayas, típico de esa profesión. Miles de suposiciones recorrieron su mente, llegando a pensar inclusive que se trataba de un estafador. A veces los estafadores y ladrones se visten bien para mimetizarse entre sus víctimas. Paranoico, revisó cada uno de sus bolsillos para cerciorarse que nada le faltaba. Tenía todo. Pero su actitud no era la de alguien con malas intenciones. Sus ojos de culpa, al verlo tirado en el andén no eran más que los de alguien con buenos sentimientos, y sus manos temblorosas al entregarle la tarjeta, no podían ser las de un estafador, eran como las de los niños que entregan un regalo a sus amiguitos cuando son invitados a un cumpleaños por la primera vez en su vida.

Pero ya basta, tenía que salir de la duda de una vez por todas y saber quién era ese hombre que lo intrigaba. Tenía ganas de aclarar todas las historias que estaba inventándose pero tampoco era tan fácil.

Esteban tenía pareja y un sentimiento de culpa lo invadía cuando sentía deseos de conocer otros hombres. En esa época, convivía con Lorenzo, un periodista y escritor con cierto prestigio, que había sido su profesor en un máster de ciencias de la comunicación. Pero las cosas no andaban bien. Era evidente que Lorenzo no tenía mucho

interés en seguir alimentando la llama del amor, su único interés era brillar en sociedad, en su trabajo, obtener más entrevistas en la prensa y conquistar a los críticos literarios para que sus libros aumentaran su popularidad.

Hacia meses que Esteban se sentía abandonado y solo, y en las innumerables conversaciones que había tenido con Lorenzo para manifestarle sus angustias, las palabras eran las mismas: “todo va bien”, “no tenemos grandes problemas”, “no sé por qué te imaginas cosas”.

Esteban no ahondaba más en el tema, sabía que el idilio no daría para más y hacía tiempo que estaba preparado para asumir una eventual separación, al mismo tiempo estaba atento y sensible a todas aquellas personas que le hacían sentir que aún existía.

Dispuesto a poner un poco de pimienta a su vida, Esteban no dudó en llamar a Maurice. Era sólo una llamada, no se trataría más que de una llamada.

–¿Maurice Barnier?

–Sí, con él, ¿quién habla...?

–Esteban, Esteban Pueyrredón, el tipo que casi mataste en el metro.-dijo riendo.

–Ah sí, claro, cómo estás, perdona, estoy en una reunión en estos momentos...

–Bien, gracias, pero no importa, te llamo después...

–No, no, espera deja salir de la sala...

–Pero no, te llamo luego...

–Ahora sí, ahora puedo hablar... Me llamas por lo de tu teléfono supongo...

–No... eso ya está solucionado, tenía un seguro especial, “*estrellones en el metro*”...

–¡Jajaja, qué previsor! ¿Entonces?...

–Para invitarte a tomar un café mañana...

Maurice quedó mudo por algunos segundos.

–Perfecto, ¿a qué hora...?

–A las tres, espero que puedas. Yo tengo un almuerzo de trabajo y luego me voy al café. En caso de cualquier cosa ya tienes mi teléfono registrado en el tuyo. Podemos juntarnos en el Batelli. ¿Conoces?

–Claro, ahí estaré. A las tres.

Ambos colgaron el teléfono sabiendo que el café era sólo una excusa.

“En la vida hay dos tragedias, una es no obtener lo que se quiere. La otra es obtenerlo, esta última es la peor”, escribió Oscar Wilde y esta frase era como una premonición para todos los hechos posteriores al café.

Esteban y Maurice consiguieron lo que querían, una pareja, amor, cariño, compañía. Esteban olvidó a Lorenzo de la noche a la mañana. Maurice estaba feliz con su Esteban del metro. Viajaron juntos, vivieron juntos, pelearon y se reconciliaron cientos de veces como todas las parejas. Los padres de Esteban aceptaron a Maurice como uno más de la familia. Lo adoraban y estaban felices de que finalmente su hijo hubiera encontrado a alguien que valiera la pena.

Pasaron dos, tres, cuatro años y al quinto comenzó a introducirse en el corazón de Esteban el virus del inconformismo y unas ansias incontrolables de armarse una nueva vida, de cambiar.

III

VIP= ¿Very important person?

Abriéndose paso entre una centena de invitados, Sofía y François llegaron a reunirse con Blanca y Maurice. Los cuatro se transformaron en el centro de la fiesta. Los periodistas y los camarógrafos no paraban de tomar fotos y filmar, cuando súbitamente se produjo un silencio y todas las miradas voltearon a la gran puerta de entrada donde tres enormes guardaespaldas ocultaban una figura que todos querían ver. Era Cecilia Molocco, vestida con un traje negro semitransparente que poco dejaba para la imaginación, provista de su mejor sonrisa, se detuvo unos momentos para que los fotógrafos pudieran hacer sus tomas libremente.

–Pensé que no vendría –dijo Blanca a Maurice–. Cuando la llamé para invitarla, me preguntó quién estaría. Le nombré a casi todos y me dijo que sólo vendría si sacaba a Paula Ning de la lista. Tuve que acceder. Así son las divas.

–Y la Ning, que te dijo...

–Nada. Fui franca. Le dije que tenía que saber que la Molocco estaba invitada. Me dijo de inmediato que no contara con ella.

–Pero aquí está, en gloria y majestad, más regia y más rubia que nunca y mañana todos los medios hablarán de nosotros y del evento más top del año.

La ex reina de belleza, cansada de tanto flash, continuaba su recorrido llegando donde estaban los anfitriones.

–Pero Blanca, ¡este lugar es maravilloso! Felicitaciones!

–Gracias Cecilia, y muchas gracias por acompañarnos esta noche. Es un honor tenerte con nosotros.

Fue tarea de Sofía conducir a la estrella al espacio VIP donde estaban reunidos políticos, diplomáticos, artistas y empresarios de renombre.

–Efectuar presentaciones para Sofía estuvo de más. La diva era conocida por todos y todos se acercaron a saludarla. Pero Cecilia no olvidó que Sofía la acompañó al lugar y fijando su mirada en ella le dio las gracias por acompañarla y le preguntó quién era. Trabajo con Blanca, respondió. “Eres bien regia” –le dijo la diva, alejándose rápidamente tomada del brazo del Embajador de Francia.

Mi madre no lo creerá, –pensó Sofía.

La música techno, a cargo del mejor DJ de la capital, emanaba de todas partes. Las copas de champán iban y venían. Los camareros como salidos de un desfile de modas se paseaban con sus bandejas repletas de canapés. Se formaban grupos que conversaban y reían. Los cumplidos se escuchaban en todo momento, ¡ay que linda que estás!, ¡qué lindo te queda ese vestido!, ¡te ves más joven!, manera diplomática de hacer entender que una cirugía estética era demasiado evidente. El intercambio de tarjetas de visita entre cada invitado era un ritual obligado. Sofía fue literalmente acosada por cinco o seis desconocidos que le ofrecieron viajes, joyas, incluso dinero por dejarlos entrar a la zona VIP y estar cerca del núcleo de la farándula. Maurice la había advertido de ello, paparazzis deseosos de “la foto del evento”, estaban dispuestos a todo por conseguirla.

En la mitad de la fiesta, Blanca hizo un alto para dar un pequeño discurso y presentar la sorpresa que tenía reservada. Dio las gracias a todos por asistir, e hizo dos importantes anuncios.

“Y para finalizar –dijo–, quiero presentarles a dos de mis grandes colaboradores, Maurice Barnier quien asumirá la dirección general de esta nueva boutique, y Sofía Cárdenas, quién será la nueva jefa de imagen de este nuevo proyecto Batha...”.

Los aplausos se hicieron escuchar en todo el lugar y el rostro de Sofía no podía contener la emoción que la embargaba. Era la consagración de su vida. El minuto de gloria que todo ser humano espera.

–Así es “*ma belle*”, desde el lunes serás mi brazo derecho.

–¿Tú ya lo sabías?

–Por supuesto. Pero no sabía que Blanca lo anunciaría ahora.

–Pero no sé si voy a ser capaz de hacer este trabajo.

–Ya lo vienes haciendo desde hace tiempo. Sólo que ahora tendrás un cargo que te mereces.

“Y ahora –prosiguió Blanca–, quiero dejar con ustedes a una persona extraordinaria, una artista latina que siempre nos emociona con sus canciones y es un honor tenerla esta noche con nosotros en un pequeño concierto privado. Recibamos con un cariñoso aplauso a Mimi Fernández”.

–¿Qué tal? ¿Cómo lo hice? –preguntó Blanca a Maurice. Es la primera vez que hago de animadora... ¡qué horror!

–Te salió natural. Ya sabes en que trabajar si los negocios no resultan.

–Estúpido. Y bueno, ¿qué opina mademoiselle Cárdenas de su nuevo cargo?

–Blanca, gracias, en realidad no me lo esperaba.

–Sólo espero que lo hagas bien y no me defraudes.

–¡No la asustes por favor! - intervino Maurice.

–Ella sabe que soy una histérica –respondió Blanca–, dando un fuerte abrazo a su nueva colaboradora. Pero soy una “histérica buena”.

François Le Bon estaba entreteniendo a los invitados VIP. Conversaba animadamente con el embajador de Francia y su mujer, pero tenía que hablar con Sofía.

–Felicitaciones, Sofía.

–Gracias.

–Supongo que estás feliz. Esto significa un logro indiscutido en tu vida.

–Sí, pero antes tengo que demostrar que soy capaz.

–Tú sabes que lo eres.

–Amoroso...

–Mañana me voy a las tres a París.

–Pero pensé que te quedabas una semana.

–No, cambié de opinión. No tiene sentido que me quede más tiempo. En parte vine por ti. Tú lo sabes. Ahora me disculpas, vuelvo con el embajador, sólo quería felicitarte.

IV

I'm ready for my close-up...

Norma Desmond en "Sunset Boulevard".

La conmoción en San Víctor era total. Eunice estaba con algunas vecinas desde hacía horas esperando las noticias pegada al televisor color pantalla plana. Sofía la había llamado para contarle lo del evento y que si tenía suerte saldría en la tele.

A las nueve de la noche la televisión nacional hizo un despacho en directo, dando una amplia cobertura a la fiesta de inauguración de Batha. Los gritos de las vecinas no se hicieron esperar cuando Jéssifer fue enfocada en un primerísimo primer plano. Eunice estalló en lágrimas al borde del desmayo. Luego las vecinas le contarían los detalles de las imágenes televisivas de su hija. Con la emoción y tanto llanto la pobre no había visto nada.

V

*Estamos perdidos entre la ciudad,
y nuestra ansiedad...*

Luciano Supervielle

El megaevento estaba en su máximo apogeo. Eran casi las doce cuando Mimi Fernández terminó de cantar su última canción. Su voz seguía siendo la misma pero las malas lenguas comentaron inmediatamente que tenía unos kilitos demás. Las viejas envidiosas no dejaban pasar una. La ola de aplausos era interminable. Qué buena idea había tenido Blanca al contratarla para esa noche, a pesar de la negativa de Maurice que la encontraba no a lugar. Todo el mundo quedó contento. Hasta las invitadas más aristocráticas se sabían sus canciones. Tati de la Prida, que agitaba su copa de champán número diez, y bien agarrada del brazo de su marido, coreaba a gritos *“El hombre que yo adoro”*

–¿Más champán, señorita? –preguntó un garzón a Sofía.

–No gracias, está bien.

–Tiene cara de preocupada, ¿la puedo ayudar?...

–No, estoy bien gracias. -respondió Sofía, cortante.

–No parece estarlo. -insistió el garzón.

–Usted es un poco insistente, ya le dije que no quiero nada y que estoy bien, gracias.

–Perdone. Sólo quería asegurarme de que estuviera bien. Desde algunos minutos la veo alejada de todos y con cara de tristeza.

–¿Me estaba espiando acaso?

–No, de ninguna manera, pero tengo que confesarle

que es una de las mujeres más lindas esta noche, imposible no fijarse en usted.

Sofía no pudo evitar esbozar una sonrisa. Hace algunos años su situación era peor que la del “*patito feo*” y ahora era irresistible a los ojos de cualquiera.

–Gracias, muy amable. ¿Y si le acepto una copa de champán me dejará tranquila?

–Disculpe, le repito que mi intención no era molestarla, sólo quería... bueno, yo... sólo quería hablar un poco con usted, está bien, ahora me voy...

–¿Y no se olvida de algo?...

–Claro –dijo el garzón medio avergonzado–. Aquí está su copa. Luego partió con su bandeja cargada, volteando su cabeza de vez en cuando para mirar a Sofía. Ella le sonrió.

–¿Qué pasa, Sofía? Tienes una cara extraña –preguntó Maurice.

–No, para nada. ¿Ves a ese garzón allá, junto a François?

–Sí, si lo veo. Está guapísimo. ¿Qué pasa con él?

–Se acercó recién a mí para decirme que quería hablar conmigo.

–¿Y?

–Y nada...

–Bueno, es que eres irresistible, “*mon amour*”. Pero hagamos una pausa en las conquistas que quiero presentarte a Rafaella Pirelli, la gerente de ventas de Guxi. En adelante debemos intensificar las relaciones públicas y el espionaje con la competencia, y te aseguro que ella es una hábil competidora. Mejor tenerla de amiga.

Cuando Sofía fue presentada, Rafaella Pirelli, una mujer cincuentona al borde de la anorexia, la escaneó con la mirada. Sus ojos de rayo láser analizaron a Sofía sin

complejos. “Eres joven”, fueron sus únicas palabras. Más tarde, la invitó a visitar su boutique y a tomar un café para hablar de negocios.

Las luces se apagaron, y tres grandes pantallas gigantes se encendieron. Los invitados no se iban, el ambiente era perfecto para hacer lobby, acercarse a figuras influyentes, pedir y cobrar favores y disfrutar de una o varias copas de champán de calidad sin tener que pagar.

Una música suave calmó los ánimos e hizo apaciguar las eufóricas conversaciones en el gran salón. Veinticinco modelos de la agencia brasileña Elix Model, hicieron su aparición, vistiendo la colección primavera-verano recién creada por los diseñadores de Batha. Las mujeres quedaron boquiabiertas y los hombres con los ojos desorbitados de ver a tantas chicas atractivas. El despliegue tecnológico fue total: luces, efectos especiales, cámaras, sonido, todo funcionaba a la perfección. Blanca Montes estaba en el séptimo cielo y sus invitados VIP deslumbrados con tanta parafernalia.

Con la aparición de la última tenida y el saludo de adiós de Blanca Montes la fiesta llegaba a su fin. Poco a poco la gente comenzó a irse.

VI

Usted no tiene nuevos mensajes...

Sofía no pudo dormir el resto de la noche. François partiría en pocas horas a Europa y no sabía si llamarlo, si ir al aeropuerto, si aceptar sus proposiciones. Al día siguiente, segura de su decisión, tomó su teléfono celular y le envió un sms. *“Te quiero mucho François, pero no estoy lista para cumplir con tus expectativas”*. Cinco minutos más tarde sonó su celular: era la respuesta de François: *“Entiendo, no te preocupes. C’est la vie...”*.

Era domingo y el día estaba espectacular. También se anunciaba buen tiempo en Viña Paradise, el balneario más próximo a la capital. Maurice pasaría a buscar a Sofía a las diez y media de la mañana para pasar el día en la playa. Quince minutos antes, Sofía estaba lista, esperando a su amigo, armada de un bolso gigante y lentes oscuros en la puerta de su edificio.

–¡Qué puntualidad! Yo apenas me pude levantar, me he tomado tres cafés y no sé cuantas aspirinas –dijo Maurice.

–Yo me siento súper bien –dijo Sofía–. Y estoy feliz de irme de esta ciudad, necesito cambiarme un poco las ideas.

–¡Wow!, eso sonó rotundo.

–Mira...

Sofía le mostró los últimos mensajes en su celular.

–Claro, después de esto necesitas cambiarte las ideas. ¿O no quieres que te lleve al aeropuerto? En una de esas cambiaste de opinión.

–No, Maurice, vámonos, necesito ver el mar.

Rumbo a la playa ninguno dijo nada. Maurice iba concentrado en manejar y a ratos cantaba las canciones de Mecano que sonaban en el lector de CD. Sofía no pensaba en muchas cosas, de alguna manera quería bloquear su mente ese domingo, quería filtrar sus recuerdos y dejar sólo aquellos que eran banales. Una risa loca se apoderó de ella haciendo despertar bruscamente la atención de Maurice.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Nada, sólo que me acordé de algo divertido.

—¿Se puede contar?

—Claro. Sabes que mi abuela era insistente en el hecho de cambiarse los calzones todos los días. Decía que uno podía tener un accidente y pasar la vergüenza más grande cuando en el hospital te descubrieran con los calzones sucios.

Ambos soltaron una intensa risotada.

—Pero Sofía, por favor, no me hagas reír cuando voy manejado. Y yo que pensé que durante todo el camino pensabas en François, tu nuevo trabajo, tus nuevas funciones y todo eso.

—Pues no, pensaba en mi abuela y en sus consejos.

—¿Y tú en qué pensabas? Tampoco has hablado mucho...

—Quiero ir a Nueva York a ver a Esteban. Recibí un mail esta mañana y sé que las cosas no están funcionando para él. Aunque no me dijo nada directamente lo presiento en sus palabras. Sólo me cuenta cosas sin importancia, nada concreto de su nueva vida, si ha encontrado un trabajo o no. Esteban es súper orgulloso y nunca reconocería un fracaso, lo conozco como la palma de mi mano. Hablaré con Blanca mañana mismo para ver si puedo partir en dos semanas.

—Maurice, yo sé que va a sonar egoísta, pero me dejarás sola con la nueva tienda... Eso me asusta.

—Lo pensé. Pero tú estás grandecita y podrás manejar

todo. Además estoy hablando de una semana. Estaremos en contacto por mail o simplemente si tienes dudas en algo me llamas por teléfono a la hora que sea.

–Eso me tranquiliza...

–Bueno, pero no pensemos en las cosas graves, sigamos con los recuerdos de infancia, son los mejores. ¿Sabes que mi mamá me ponía los calzoncillos al revés porque según ella ahuyentaba las malas vibras?

–Ah, seguimos con la ropa interior... –dijo Sofía muerta de la risa–. Una vez yo estaba en el colegio y en la fila antes de entrar a clases se me soltó el elástico de los calzones y de repente estaban en el suelo...

–¡Tramposa! Esa historia la cuentan todas las mujeres. ¡Y basta! Me vas a hacer chocar y te van a llevar al hospital con los calzones sucios porque no te los has cambiado...

VII

Once upon a time...

Eran cerca de las dos de la tarde cuando entraron al departamento que Maurice tenía en Viña Paradise y que contaba con una vista imponente hacía el Océano Pacífico.

–Estoy muerta de hambre –dijo Sofía.

–Yo igual, voy a llamar a la pizzería de abajo para que nos traigan pizza.

–Súper idea.

En el refrigerador habían unas cuantas cervezas, se pusieron sus trajes de baño y se sentaron a esperar la comida en la gran terraza frente al mar.

–Oye, estás bien rico. Primera vez que te veo casi en pelotas.

–La herencia de mi padre. Era un hombre delgado como un fideo y siempre se conservó así.

–Nunca me habías hablado de tu padre.

–Es verdad. Es que no es un gran personaje en mi vida. Al lado de la personalidad de mi madre cualquier ser humano es casi inexistente. Es un hombre discreto, sin mayores arrebatos de carácter.

–¿Y dónde está?

–Vive en Londres, solo, porque al contrario de mi madre nunca quiso aventurarse en más relaciones sentimentales. Trabaja en una inmobiliaria, vendiendo y alquilando apartamentos. Le ha ido bien y su vida sigue sin altos ni bajos. Hablamos poco, una vez al mes tomamos contacto para saber si las cosas andan bien y eso es todo. Mi madre al contrario, me llama y me escribe dos o tres veces cada semana.

–Me parece increíble como nuestras historias pueden

ser tan diferentes. Tú hablas de tu familia, de tu madre, que se fue a Finlandia, que está en Grecia, que tu padre está en Londres, que viviste en Francia. Todo tan internacional, mientras yo me crié en un pueblo perdido con mi abuela y mi madre, y con un padre anónimo del cual vine a saber de su existencia hace algunos meses. ¿Te imaginas si hubiese dicho sí a François? Tarde o temprano su familia habría querido conocer quién era la india campesina que estaba con su hijo.

–Para algunas cosas te sobra la autoestima, pero para otras eres bien tonta. De todas formas ibas a vivir un romance con François, no con su familia.

–Pero si tú mismo me contaste la historia de su ex novia. ¡No querrías que yo viviera lo mismo!

–Es diferente, cuando todo eso ocurrió Le Bon era joven, recién comenzaba su vida, de alguna manera debía darle cuenta a sus padres de todo lo que hacía. Pero ahora no, ya es un adulto y poco le importa la opinión de sus viejos.

–En todo caso, yo ya tomé mi decisión y todo está claro en mi cabeza. Lo pasé bien en París, me acosté con él, lo disfruté y mi cuento de hadas llegó a su fin, justo en el momento en que pusimos los pies en aeropuerto para regresar a territorio nacional.

–¡Testaruda! Espera, voy a abrir la puerta, deben ser de la pizzería.

–¡Ay Maurice! ¡eres tan sexy! ¡Qué piernas más ricas!. Bromeó Sofía mientras su amigo se dirigía a abrir la puerta.

–¡Cállate ridícula! -le gritó Maurice.

Al abrir la puerta los ojos del repartidor de pizza se clavaron en los de Maurice y viceversa. Era un hombre moreno, en apariencia de la misma edad que él. Estaba parado junto a la puerta con las dos cajas de cartón que contenían las pizzas, a la altura de su estómago.

–Yo a ti te conozco –dijo Maurice.

–No creo –respondió el hombre, usted se equivoca–. Son quince mil trescientos pesos.

Maurice no insistió pero seguía intrigado. Le dijo al hombre que esperara mientras iba a buscar el dinero. Depositó los cartones en la cocina y caminó al dormitorio, donde tenía la billetera tratando de hacer memoria. Era un excelente fisonomista y ese rostro le hablaba, sin duda era alguien que conocía. Ordenó los billetes mientras se concentraba al máximo por recordar. ¡Ya está!, se dijo, ese tipo es Ismael Arias, un ex compañero de un diplomado de comunicación. ¿Pero qué hacía aquí, en su departamento, entregando pizzas?

–Sí, Maurice, soy yo, Ismael, el de la universidad –dijo el tipo mientras recibía el dinero–. Como ves, el destino no me ha sonreído mucho este último tiempo. Después del diplomado han pasado muchas cosas en mi vida. En fin, perdona, pero tengo que irme. ¿Tienes el dinero?

–Sí, claro, aquí está.

–Bueno gracias, y que disfrutes la pizza.

–Ismael, espera. Si quieres podemos juntarnos un día para tomar un café...

–Sí claro, por qué no, te dejo mi teléfono. Será bueno recordar viejos tiempos. Aquí está, es mi celular. Ahora me voy. Ah, pero antes no puedo dejar de decirte. Ese short te va súper bien...

–Gracias –contestó Maurice descolocado.

Al cerrar la puerta, Maurice constató una vez más lo chico que es el mundo. Se fue nuevamente a la cocina para buscar algunos platos y cubiertos y llegó a la terraza donde Sofía estaba con su laptop revisando su correo electrónico.

–¿Y qué tal estaba el repartidor? –preguntó Sofía riendo.

–No lo vas a creer.

–¿Te propuso matrimonio?

–Era Ismael Arias.

–¿Qué?, ¿lo conocías? –preguntó Sofía, arrebatándole un trozo de pizza que comenzó a comer en forma descontrolada.

–Sí, lo conozco muy bien.

–Pero vaya, yo creo que esta escapadita a la playa se va a transformar en una tarde de confesión de esas que me encantan. Ya dale, cuéntale todo a tu Sofía querida...

–Lo que pasa es que está un poco cambiado. Bastante cambiado para ser exacto. Yo lo conocí en la universidad, ambos estábamos haciendo un diplomado. Él era de otro curso, pero en más de una oportunidad los cursos de fusionaban para ciertas actividades, y ahí nos conocimos. En ese tiempo, y te hablo de unos cinco o seis años atrás, Ismael usaba barba y el pelo muy corto y tenía una relación con una chica que también hacía el curso con nosotros. No me acuerdo el nombre.

Teníamos clases tres veces a la semana. La mayoría ya éramos profesionales con experiencia, y ese diplomado y sus horarios eran una buena oportunidad para perfeccionarse. Ismael era un tipo misterioso...

–O sea gay –disparó Sofía.

–¿Por qué crees que todos los hombres misteriosos son gay?

–Es lo que pensamos las mujeres...

–No estás tan equivocada, pero déjame terminar la historia. Casi todo el tiempo estaba atrasado y su noviecita le llamaba la atención delante de todos. Era una mandona. Pero lo más extraño era que decían ser pareja y jamás se les vio demostrarse ni un mínimo gesto de ternura o de afecto en público. Los rumores comenzaron a circular que lo suyo era solo una imagen, porque en realidad a Ismael *“se le quemaba el arroz”*.

–¿Y se le quemaba?

–Su actitud y su comportamiento nunca lo dejó notar. De lo mío en cambio, todo el mundo estaba al tanto, sabían

que era gay y que tenía un puesto en una boutique de lujo, lo que era una gran ventaja. Las mujeres se acercaban cariñosamente a pedirme consejo y algunos hombres también.

—A veces nos íbamos juntos a la U—prosiguió Maurice—, yo lo pasaba a buscar a su trabajo o él a mí. Lo raro es que me saludaba siempre con un fuerte abrazo y poco le faltaba para darme un beso. Ismael era efusivo en eso, en abrazar, en tocar, pero a la vez súper reservado. Le iba bien en los estudios, siempre cumplía con las tareas que nos daban. Su estilo era el de un hombre sencillo, creo que en su closet debía haber veinte camisas a cuadros en una amplia gama de grises, y unos diez pantalones de tela con pinzas. El máximo grado de excentricidad eran sus corbatas, algunas de ellas con diseños de dibujos animados.

Recuerdo que en una oportunidad, a pocos meses de haber comenzado los cursos, debíamos entregar un trabajo que nos habían pedido. Un informe sobre un programa de televisión, algo así, poco importa —acotó apurando el relato—. Lo que me acuerdo es que este trabajo era súper importante porque valía un alto porcentaje para aprobar el módulo. La noviecita de Ismael estaba histérica porque éste estaba tardando más de lo normal. Obviamente habían trabajado juntos en el famoso informe. Comenzó a llamar por teléfono dentro de la sala de clases, y a echar puteadas porque sólo escuchaba el contestador en el teléfono de Ismael. Desesperada, salió a buscarlo a la calle en medio de una lluvia torrencial y media hora más tarde regresó con su novio, que entró a la sala todo mojado, estilando, con el famoso informe en una bolsa de plástico. Estuvieron largo rato discutiendo junto a la puerta. Desde dentro se podía ver como ambos habrían sus bocas enormes gritando y moviendo sus manos en lo que parecía una dura pelea. Minutos más tarde entro la mujer con el informe, que entregó al profesor. Ismael no apareció en una semana.

—¿Y después de esa semana? —inquirió Sofía.

—Su novia confesó a sus amigas más cercanas que hacía rato la relación no daba para más y que ya estaba aburrida de compartir su vida con un depresivo irresponsable.

Al terminar el primer año de diplomado Ismael parecía casi normal, no faltaba a clases y aunque debía compartir el mismo lugar con su ex, no parecía afectarle, al contrario, parecía sereno, hablaba más con todos, opinaba en clases. Era la prueba de que esta mujer, ah, como era su nombre... Cinthia, sí, así se llamaba, era una autoritaria que no lo dejaba ni respirar. Pero todo no termina ahí. Ahora viene lo mejor. En la mitad del diplomado algo terrible ocurrió.

Yo estaba tomándome un café,-continuó Maurice-, y hablando con otros compañeros de los resultados de un examen que habíamos tenido, cuando de pronto se oyeron fuertes gritos de alguien que decía que llamaran rápido una ambulancia. Todos corrimos al lugar desde donde provenía el escándalo y vimos que Ismael estaba tirado en el piso, inconsciente. La ambulancia llegó rápidamente y se lo llevó al hospital. Había sufrido una crisis de pánico. Yo no me pude quedar sin hacer nada y lo fui a ver al hospital en los días que siguieron al incidente. Sus padres estaban siempre con él y me agradecieron mi presencia. Ismael quedó sorprendido con mi primera visita, pero se notaba que estaba contento. Le hablé de los cursos que se había perdido diciéndole que no era nada complicado, siempre con la idea de tranquilizarlo, que se pondría al día sin problemas. Cuando los padres se iban del hospital y quedábamos solos, se sinceraba poco a poco, hasta que terminó por confesarme todos sus males.

–Te confesó que... –interrumpió Sofía queriendo saber todo.

–Me dijo que le sorprendía con la naturalidad que yo vivía mi vida, que de cierta manera me envidiaba. Que desde hacía varios años se encontraba en una terapia para luchar con lo que realmente sentía. Sus crisis de angustia y pánico eran provocadas por su inseguridad, porque no sabía cómo enfrentar su vida ni su sexualidad. Sabía que las mujeres no eran lo suyo, estaba casi seguro, pero no estaba listo ni tenía las fuerzas necesarias para asumirlo. Se puso a llorar desconsoladamente. Yo no sabía qué hacer. ¿Decirle que no se preocupara? ¿Que hiciera caso a lo que le dictara su conciencia? No es tan sencillo dar consejos

en estos casos. Cada cual sabe cómo vive su cuento. Lo cierto es que para algunos es bastante más complicado que para otros. Al final no le dije nada, lo dejé desahogarse y una vez que se calmó me dio las gracias por estar ahí. Necesitaba hablar con alguien. Le ofrecí mi amistad y la aceptó, tanto que llegó a convertirse en un factor de fuertes discusiones con Esteban, porque Ismael me llamaba en cualquier momento para hablarme de sus problemas. Yo me sentía bien que lo hiciera, de alguna manera estaba haciendo algo positivo por alguien.

Pero los celos de Esteban no lo entendían así –dijo Maurice con cierta decepción en la voz–. Mientras estábamos casi finalizando el diplomado nuestra amistad se intensificó cada vez más. Conversábamos largo rato sentados en una mesa del casino alrededor de un café. Hicimos varios trabajos juntos, nuestras ideas eran acordes y obteníamos buenas notas. Te mentiría si te dijera que por algunos momentos no llegué a sentir algo por él, y es que él sabía como atacar mi lado más débil. A veces llegaba con una barra de chocolate, que me encanta, tú sabes, o con algún libro de regalo; estaba atento a todos mis gustos, mis intereses. ¿Quién no es sensible a eso? A esas alturas, los comentarios en el curso eran descarados, ya hablaban de nosotros como la nueva parejita y frente a los ojos de Cinthia su ex novia, éramos dos demonios del infierno, un par de maricones que miraba con desprecio. Creo que mi único objetivo hacia Ismael, y te lo digo con mucha sinceridad, fue hacerle ganar confianza, ayudarlo a hacer frente a la vida de manera más relajada.

Luego de terminado el diplomado nos vimos apenas un par de veces. Él y yo teníamos mucho trabajo.

–Bueno, ¿pero te acostaste o no con él...?

Sofía no pudo evitar formular la pregunta.

–No, porque estaba seguro que podía ser muy peligroso. Una vez, que estábamos trabajando juntos en un proyecto, me confesó que yo le gustaba, pero que sabía que yo no estaba libre y que no insistiría. No quería perder mi amistad. Yo valoré su sinceridad. Me besó en la boca

con una ternura casi infantil. Fue todo.

–¿Y ahora qué?

–Nada, sólo me gustaría saber en qué pasos anda.

–“*La muerte de un amor, da vida a otro*”... -replicó Maurice sonriendo, mientras se disponía a comer un trozo de pizza.

VIII

*Si no vuelves no habrá vida,
no sé lo que haré*

Miguel Bosé

Cansado de tanto trabajar la noche anterior y tirado en el sofá de su pequeño departamento, Pablo Duarte veía sin ver, un programa en la tele. Hace varios meses que trabajaba como garzón *free lance* en una banquetera que Blanca Montes contrataba para todos los eventos que organizaba. Lo habían elegido porque tenía buena “*buena presentación*”, era educado y sonreía siempre. El trabajo, aunque no le gustaba, le ayudaba a pagar sus estudios de periodismo.

A sus veintisiete años, Pablo se había enamorado exactamente cinco veces: de dos compañeras del colegio, de una chica de la universidad, de una vecina; y de Sofía Cárdenas. Cuando la vio la noche del evento sus ojos se pusieron a brillar como las luces altas de un auto. Su bandeja comenzó a temblar, pero no dejó que el pánico lo venciera. Con un coraje que él mismo desconocía se lanzó a los leones y logró sacarle cuatro palabras a quien era el centro de su admiración. Desde ese momento, Sofía se transformaría en una obsesión.

Al costado del sofá, reposaba el diario El País, abierto en las páginas sociales. En medio de unas cincuenta fotos de la inauguración de Batha, había una en que aparecía Blanca, Maurice y Sofía. Una foto captada en el momento en que Sofía recibía la noticia de su ascenso. Lucía radiante. Pablo Duarte se puso de pie, con la página del diario en la mano, se acercó a su escritorio y de uno de los cajones sacó unas tijeras, recortó la foto, se quedó observándola unos minutos y finalmente la metió en su agenda. Estaba nervioso, inquieto, ansioso. Le dio hambre, fue a buscar un vaso de leche al refrigerador y se comió la mitad de un pan con jamón y queso. Mientras comía, encendió su laptop y buscó en internet los teléfonos de la boutique

JÉSSIFER, su fabuloso destino

recién inaugurada. *Nuevas colecciones e imagen: Sofía Cárdenas, contacto:*

sofiacardenasbatha@netword.com. Teléfono: 009 67 34 53

IX

Créeme, en tu corazón brilla la estrella de tu destino

Friedrich Schiller

El lunes siguiente fue un gran día para Sofía. Al entrar en su nueva oficina el corazón se le recogió. Era una realidad, ocupaba un cargo en una de las empresas más importantes del país, sin necesidad de haber estudiado cinco años en la universidad. Únicamente su inteligencia, su experiencia y su sentido común la había llevado hasta ese lugar. También su suerte.

El espacio era inmenso, un gran escritorio de vidrio y metal y una silla de estilo barroco plateada, era lo que primero llamaba la atención. Encima del escritorio, un gran computador blanco con la mítica manzana, que se prendía y apagaba en tonos flúor. Brillantes estantes metálicos, le servirían para guardar y ordenar documentos y ropa de antiguas y nuevas colecciones que debía evaluar. Estando en ese lugar se acordó de la primera vez que vio a Blanca Montes y pensó que a pesar del carácter de esa mujer, le gustaría llegar a ser como ella.

Se sentó en su escritorio y comenzó a sacar de una caja de cartón algunos objetos personales, unas cuantas fotos de las cuales no se separaba nunca, la tarjeta con el número de Karen, una libreta donde anotaba datos, ideas, o que simplemente le servía para desahogarse escribiendo cualquier cosa en momentos de angustia, y una lapicera Parker que su madre le había regalado cuando terminó sus estudios secundarios. También sacó de la caja un florero de cristal transparente que Maurice le había regalado para su nueva oficina, especialmente diseñado para ella por un amigo artesano. *“Es para que siempre haya una flor cerca de ti, trae buena suerte”*, le dijo su amigo. Lo instaló sobre la mesa, se veía perfecto. Maurice tenía tan buen gusto.

En la entrada de la boutique reinaba el caos. Cientos de mujeres querían ser las primeras en pisar Batha II y

comprar algo de la última colección. Poco les faltaba para ponerse a pelear entre ellas; algunas habían comenzado a hacer una fila a las seis de la mañana. Para una consumista el tiempo no existe, el humillante gesto de hacer una fila para conseguir lo que se quiere, tampoco. La empresa debió contratar dos guardias de seguridad suplementarios para la ocasión a fin de poder controlar a la muchedumbre.

Maurice supo dirigir todo con la serenidad y eficacia de siempre y Sofía, desde ese mismo instante, comenzó a ejercer sus nuevas responsabilidades. Antes de abrir, verificó que todo estuviera en orden, los estantes perfectamente ordenados, la ropa bien doblada, y las nuevas vendedoras, esplendorosas y sonrientes, imitando meticulosamente el ritual que Blanca Montes efectuaba diariamente. Una vez que todo estuvo en orden, autorizó la apertura de las puertas. La tropa de mujeres que esperaba al fin pudo entrar. Ambos se quedaron durante todo el día supervisando, corrigiendo errores, evaluando, atendiendo los llamados histéricos de Blanca desde la otra boutique que preguntaba cada cinco minutos como funcionaba todo. Sofía no tuvo tiempo ni para comer. El estrés era tal que incluso llegó a gritonear a una de las vendedoras que no supo responder dos preguntas, según ella obvias, que una clienta hizo. Luego se disculpó. Aunque admiraba a Blanca, no quería adoptar esa parte de su estilo.

En un momento de desesperación Sofía le dijo a Maurice que sinceramente no sabía si podría continuar, todo era tan estresante; sin embargo las palabras alentadoras de su amigo le dieron ánimo para enfrentar ese día y la semana completa: *“Lo estás haciendo bien”, “me sorprende tu capacidad de dirección”, “este puesto no podía ser más que para ti”...*

El primer mes luego de la inauguración pasó rápido, y tal como lo vaticinó Maurice, Sofía fue adquiriendo más y más seguridad y fortaleciendo su capacidad de liderazgo. Se ganó el aprecio de las vendedoras que la calificaban como una buena jefa, profesional, exigente y humana. Su infalible memoria contribuyó a afianzar los lazos con todo el personal de la boutique. Sofía recordaba los nombres

de todo su equipo, si eran casados, solteros, si tenían hijos, donde vivían. Cada empleado sucumbía de placer cuando Sofía preguntaba con total naturalidad, si a Juanito o Pepito le había ido bien en los exámenes del colegio, si había terminado los trámites de la compra de la casa, si la madre se había recuperado de su enfermedad. Ella sabía que las personas eran sensibles a ese tipo de detalles y lo explotaba al máximo.

Sofía contaba con una secretaria que compartía con Maurice. Estela, una chica joven y simpática pero con pésima memoria.

–Sofía, hoy te llamaron de la revista Dress para una entrevista. También te llamó Carla Monti de canal 10, que quiere invitarte a almorzar y Pablo Duarte, que no quiso dejar ningún mensaje, sólo dijo que necesitaba hablar urgente contigo. Blanca Montes también llamó para recordarte que el martes próximo deben reunirse para la evaluación mensual.

–Y ese tal Pablo Duarte... ¿quién es?

–No lo sé, Sofía, ha llamado como cinco veces y no da más detalles.

–¡Qué!, pero no me habías dicho nada.

–Perdona, es que lo olvidé. Como no da nunca detalles de nada, pensé que no era importante...

–Bueno, en todo caso su nombre no me dice nada, pero si llama otra vez, exígele que te diga para que quiere hablar conmigo, tal vez sea un llamado importante. No puedo darme el lujo de dejar pasar nada importante y tú debes ayudarme en esto –dijo Sofía–, sentada a su escritorio, con un tono autoritario, sin ser grosera.

Estela abandonó la oficina y a los pocos minutos regreso agitada diciendo que el tal Pablo Duarte estaba en línea preguntando otra vez por ella, sin más detalles. Sofía contestó el llamado.

–Sí, con ella.

–Sí, tal vez usted ya no se acuerda de mí. Me llamo

Pablo Duarte, nos conocimos la noche de la inauguración de Batha, yo estaba trabajando como garzón, le ofrecí una copa de champán, ¿se acuerda?

Sofía hizo como que no, pero se acordaba perfectamente de la escena, de su mirada, de esa copa de champán. Su memoria era infalible.

–Sí, ahora que lo dice, sí me acuerdo... ¿pero por qué me llama?

–Llevo días tratando de comunicarme con usted. Me gustaría invitarla a tomar un café,...

–¿Qué? Pero si apenas lo vi una vez.

–Lo sé, pero confíe en mí, no soy un sicópata, será sólo un café, donde usted quiera, usted elige el lugar, es sólo que me gustaría conocerla. Sé que es un poco estúpido decir todo esto por teléfono, que puede parecerle raro. Me hubiese gustado tanto hablar más con usted la noche del evento, pero sé que no era el lugar ni el momento...

Sofía no supo cómo reaccionar. Estaba hablando con el garzón del cual retuvo su mirada, al que sus palabras no le fueron indiferentes. No sabía que contestar.

–En estos momentos estoy muy ocupada, tengo mucho trabajo...

–Le propongo algo. Algunos fines de semana trabajo como barman en el barrio Buenavista, en un bar nuevo que se llama “Express”. Este sábado estaré allí, me gustaría que fuera. Yo le invito un trago. Si quiere puede ir con alguien, no importa, no quiero que desconfíe de mí.

Sofía escuchaba atentamente las palabras de Pablo al mismo tiempo que veía que Estela movía sus brazos en todos los sentidos haciéndole entender que había algo urgente que atender.

–Escuche, lo voy a pensar. Y gracias por la invitación. Ahora tengo que colgar, debo atender algo urgente.

No podía ser un sicópata, era demasiado gentil, y le daba todas las alternativas para verlo sin correr riesgos. Quedó intrigada, y aunque miles de argumentos cruzaron

por su cabeza haciéndola ver que no era una buena idea aceptar, ya había decidido que iría.

Maurice quería verla con urgencia para saber su opinión sobre las nuevas estrategias de venta que estaba diseñando. Sofía acudió de inmediato y apenas terminaron su conversación de trabajo, aprovechó para contarle sobre el inusual llamado.

–Vamos, yo voy contigo, le dijo Maurice, yo fui al Express algunas veces, es un lugar entretenido.

–¿De veras?

–Que no haría por ayudarte a encontrar el amor, si estás tan solita...

–Pesado. Bueno, luego nos ponemos de acuerdo para la salida.

–¿Y sabes lo que se me acaba de ocurrir? Agregó Maurice. Voy a llamar a Ismael.

–¿Al pizzero?

–Ismael, se llama Ismael, y le voy a proponer ir con nosotros.

–¡Genial! Así el tipo creerá que voy con dos guardaespaldas y no podrá aprovecharse de mi inocencia...

–Jajaja, ¿inocencia? Creo que esa palabra desapareció hace tiempo de tu vocabulario...

–¡Grosero!, me voy a mi oficina.

JÉSSIFER, su fabuloso destino

Quinta Parte

I

Made in San Víctor

En San Víctor el clima y la atmósfera comenzaba a cambiar con los primeros rayos del astro rey, sin embargo una brisa fresca hacía recordar que el crudo invierno aún no había hecho su retirada definitiva. Era mediados de septiembre y en el cielo podían verse coloridos volantines que desfilaban en el aire, dirigidos por gritones niños que celebraban sus espectaculares proezas aéreas.

Eunice con sus amigas disfrutaban del cálido día en el stand de artesanía típica que habían instalado para la Fasavi, la Feria de Artesanía de San Víctor. En dicho evento se exponía en un gran mercado una inimaginable gama de objetos artesanales, muebles de mimbre, flores de papel, retablos navideños, lámparas hechas con botellas de vidrio, adornos de conchas marinas. Todas las técnicas habidas y por haber estaban presentadas, macramé, bower, porcelana en frío, pintura en vidrio, repujado en cuero, tejidos en telar, a palillos y a crochet.

Las muñequitas que Eunice y sus amigas aprendieron a fabricar en el taller eran todo un éxito, nadie quedaba indiferente. Los visitantes se detenían a mirar y muchos de ellos compraban, especialmente los turistas de la capital. Hasta unos gringos que nadie sabe cómo se enteraron del evento, quedaron sorprendidos con semejantes creaciones. Claro que el éxito de las muñequitas en gran parte se lo debían a Sofía, quien les metió en la cabeza a las artistas que los diseños debían ser más sofisticados y glamorosos. Es así como inventaron las muñecas “fashion”, cuyos pequeñitos vestidos estaban inspirados en diseños de maestros de la alta costura como San Lorán y Gotié. Para ello, Sofía les hizo llegar varias revistas de moda que había comprado en París y un montón de trozos de telas finas que había encontrado arrumbadas en una bodega de Batha.

En una oportunidad en que Maurice entró a la oficina de Sofía, vio encima de su escritorio una de estas muñequitas

y le preguntó donde la había comprado. Sofía le respondió que era su madre quien las hacía. “*Elle est très jolie*”, dijo Maurice, mientras la examinaba detenidamente entre sus manos. Y en una rápida reflexión se le ocurrió que hasta podían convertirse en una herramienta publicitaria para promocionar las nuevas colecciones.

En la plaza del pueblo el grupo de artesanas se pasaba miles de películas:

–¡Pero qué buena idea tuvo tu hija! Ahora nos vamos a hacer millonarias sin gastar ni un céntimo, gracias a puros trapos viejos.-exclamaba una.

–¡No seas tan exagerada! –decía otra.

Y Eunice intervino diciendo:

–¡Pero así hay que pensar, chiquillas! En grande. ¿Cómo saben si nos convertimos en grandes empresarias, de esas con jet privado y todo? Depende de nosotras.

II

Parece que el demonio dirige las cosas de mi vida...

El general en su laberinto, Gabriel García Márquez

En San Víctor, otro personaje había intentado convertirse en flamante empresaria y no le resultó. Se trataba de Alison, quien después de recibir el dinero de Blanca se puso a hacer sobredimensionados planes.

La pobre ingenua, siguiendo los consejos de unos primos de dudosa reputación, tomó la decisión de instalar un gran supermercado en San Víctor. Quería hacerle la competencia a los “Almacenes El Dorado”, que prácticamente tenían el monopolio en ese sector.

Alison hizo todo lo que sus primos le aconsejaron. Para empezar, le dijeron que debía comenzar a contactar a sus futuros proveedores, así que le pasaron una lista con una centena de nombres y números de teléfono a los que debía llamar e indicarles lo que iba a necesitar para dar marcha al negocio. También le dijeron que debía completar unas guías de pedido. Unas fotocopias que apenas podían leerse y que ellos mismos habían fabricado, en las cuales tenía que marcar los productos que iba a comprar. “Esto, se los pasamos a los proveedores y ya está, te mandan a dejar todo cuando quieras y donde quieras. Es la clave del negocio”, le aseguraron sus primos. Alison no tenía idea ni de cantidades, ni de costos, así que completó todas las hojas como pudo.

La estafa era evidente, y Alison se dejó engañar. Sus deseos de lograr algo importante en su vida la cegaron. Se imaginaba convertida en empresaria, sentada detrás de un gran escritorio dando órdenes, tomando café y contando sus ganancias.

En algún momento tuvo destellos de lucidez y pensó: ¿Y el local? Estaba organizando la compra de la mercadería y le faltaba lo principal. Un lugar para el negocio. Además,

un gran supermercado como el que ella quería, debería tener cajas, personal, heladeras, iluminación adecuada, canastos o carritos para echar las cosas adentro. ¿Cómo iba a resolver todo eso? Sus primos tampoco lo habían pensado así que llamó por teléfono para compartir sus dudas. Las respuestas eran como de costumbre: “no te preocupes, eso lo resolvemos en un dos por tres”, o “tenemos tiempo de sobra”. Pero era septiembre, casi octubre y Alison se percató que el fin de año se le venía encima, y la Navidad y el Año Nuevo, eran las fechas top para los comerciantes, la gente enloquecía comprando en todos los boliches.

Sentada en su mesa de comedor, había completado y revisado una y otra vez las guías de pedidos. Había marcado todo lo que necesitaba: cajas de conservas, productos de aseo, de tocador, harina, fideos, azúcar, arroz, hasta bandejas de carne molida, sin saber siquiera que necesitaba de autorizaciones especiales para vender todo eso.

Cuando terminó, guardó todos los papeles en su cartera y se fue dormir. Al día siguiente se levantó, se duchó, tomó desayuno y volvió a su pieza. Respiró hondo y tomó fuerzas para levantar el colchón de su cama que pesaba una tonelada. Los billetes verdes saltaron a la vista. Agarró todos los fajos, los metió en una bolsa de plástico negro antes de guardarlos en su mochila y salió apurada a la calle para poder tomar el primer bus que salía rumbo a la capital.

Se reunió con sus primos en un bar de mala muerte y la conversación se redujo a chistes, risas y sueños de grandeza.

–¿Pero cómo lo hacemos para el alquiler del local?
–insistió Alison.

–No te preocupes, mujer, que tiempo hay de sobra, fue la respuesta.

–Yo vi que hay una casa grande que se arrienda en San Víctor y que podría servir. Está bien ubicada y los trabajos de remodelación serían mínimos –dijo Alison.

–Anda a hablar con el dueño entonces, claro que sin comentar detalles del negocio para no alertar a la competencia. Nosotros vamos a ver todo eso el lunes sin falta y afinamos los detalles. Y de paso llevamos al arquitecto para que nos dé su opinión.

Era viernes. La conversación y las cervezas se terminaron y los primos se callaron de repente dando fuertes miradas a Alison para que ésta reaccionara.

–Ah claro, aquí está todo, casi se me olvida.

De su cartera sacó las hojas que había completado la noche anterior y la bolsa plástica con su tesoro. Les entregó todo y se regresó a San Víctor en el primer bus que encontró.

La pobre infeliz no pudo dormir los días que siguieron. Ni a la Feria de Artesanía fue, por temor a que sus “socios” llegaran y ella no estuviera.

El sábado temprano se encargó de contactar a don Nino López, el dueño de la casa que se alquilaba. Le explicó que tenía la intención de instalar un negocio y no pudo evitar decir que se trataba de un supermercado.

–Pero niña, si ya hay un supermercado que tiene su clientela –le dijo el hombre.

–Pero este va a ser diferente –le respondió Alison.

–Bueno niña, entonces vamos al grano. Estoy pidiendo quinientos mil pesos de arriendo porque es una casa grande y está en buen estado, claro que tienes que pensar que hay que hacerle algunos arreglos. ¿Lo has pensado bien, chiquilla? No te vayas a endeudar inútilmente. –le aconsejó el hombre.

Alison estaba segura. Sólo había que avanzar y pensar que las cosas saldrían bien, además cuatro mil dólares era una suma astronómica que le alcanzaría para todo lo que necesitaba. Sus primos se lo habían dicho.

Llegó el lunes. Alison tomó desayuno con el celular en la mesa y no se despegó de él en ningún minuto. Don Nino la esperaba a la una y media. Llamó a Hugo, uno de sus

primos, y le respondía una contestadora. Era mediodía, Llamó a Pancho, el otro, lo mismo: contestadora. Esperó media hora y no logró comunicarse. Ellos le habían dicho que irían, que conversarían con don Nino, que el arquitecto también iría...

Finalmente se excusó con don Nino diciendo que había surgido un percance. Don Nino no dijo nada, de todas formas el viejo no le dio mucha credibilidad a la idea de Alison. ¡Qué iba a saber de negocios esa chiquilla tonta!

Pasó el día lunes. No hubo señales de vida de sus socios. El celular de Alison ya no tenía minutos disponibles de tantos llamados que había hecho.

Viajó urgente a la capital, y llegó al lugar donde supuestamente trabajaban Hugo y Pancho. El lugar estaba cerrado, la cortina de reja, con candados. Se trataba de una empresa de construcción donde supuestamente ambos eran administradores e inversionistas, dos títulos que habían impresionado a Alison, por eso confió en ellos. Golpeó con fuerza la puerta, tocó el timbre, gritó, pateó la reja, nada.

Justo al lado había una tienda de artículos chinos y le preguntó a la mujer que atendía si por casualidad sabía algo de sus vecinos.

—No sabemos nada, pero en todo caso nos da la impresión que no andan en nada bueno porque no han aparecido en días —le dijo la mujer, mientras terminaba de acomodar unas sombrillas de papel en la vitrina.

De los primos nunca más se supo. La habían engañado. La ex futura empresaria quedó de brazos cruzados, como decían en su pueblo *“con una mano por delante y la otra por detrás”*.

En la vida hay personas a quienes la persigue la mala suerte. Alison era una de ellas.

III

S.O.S.

La ciudad de Nueva York ardía con treinta grados de temperatura, inusual para la fecha. El calor era insoportable. Los imponentes afiches publicitarios de Time Square, una de las principales atracciones turísticas de la metrópoli, no dejaban ni un segundo de emitir sus destellos luminosos. Kodak, JVC, Panasonic y el mítico anuncio de la Coca-Cola, que permanecía inmutable de hacía años, eran captados cada segundo por los aparatos fotográficos de los turistas.

Inmerso en esta atmósfera, la figura de Esteban luchaba por hacerse notar, pero se diluía en el paisaje, como un punto, como un grano de arena, como una diminuta partícula, imperceptible.

Con su camisa mojada por el sudor, lograba hacerse paso entre la gente, caminando sin sentido, como buscando algo y no sabía qué. Acababa de salir de una entrevista de trabajo infructuosa, otra más. Ya estaba resuelto a regresar a su país. Sabía que Maurice tenía la intención de ir a verlo, debía avisarle. Decirle que no valía la pena que viajara, que se verían pronto.

Qué mala idea había sido la de buscar fama y fortuna en Estados Unidos. Cuando pensó en irse creía que todo el mundo estaba a sus pies. Su naturaleza soberbia le daba las fuerzas para enfrentar cualquier obstáculo de la vida; sin embargo, estando ahí, frente a la realidad, se dio cuenta que un factor clave le estaba impidiendo lograr lo que quería. Estaba envejeciendo. A sus treinta y seis años, muchas puertas se cerraban. Los jóvenes de veinte estaban en el apogeo de la vida y ellos sí podían aspirar a lo que querían. Él ya no.

Nunca se lo manifestaron claramente, pero no hacía falta ser adivino para constatarlo. En muchas de las entrevistas a las que acudió se encontró sentado frente a pendejos de veinte que podían decidir con toda propiedad contratarlo o no. Así funcionaba el mercado laboral en la

gran manzana. Al igual que los anuncios publicitarios de Time Square, se requería dinamismo, energía, juventud, brillar, no apagarse jamás. Había que ganar, competir, vender, lograr metas, y aunque Esteban estaba dispuesto a ello, también conocía sus límites.

Estaba decidido. Regresaría a su país. Se reintegraría a su antiguo trabajo, al que no había renunciado. Precavido, y pensando en el peor escenario, había pedido un permiso sin goce de sueldo. Había hecho bien.

Abatido por el calor, dejó de caminar por un momento y se metió a un café. Pidió un agua mineral y sacó su laptop del bolso, la abrió y escribió:

Maurice,

Mientras caminaba por Times Square y saliendo de otra entrevista sin resultados, confirmé mi decisión de regresar.

No será fácil. Tú sabes lo orgulloso que soy.

Maurice, no tengo donde quedarme cuando llegue. ¿Me aceptarías en tu departamento el tiempo que encuentre nuevamente un lugar donde vivir? Si no puedes, no importa, me queda la alternativa de mis padres, aunque no me convence tanto.

El problema es que no tengo plata para pagar un hotel. Imagínate el panorama: vuelvo fracasado y pobre.

Creo que llego, en dos semanas más. Como verás, no vale la pena que vengas a verme... Allá conversamos y te cuento todo. Me siento pésimo.

Te mantendré al tanto de todo. Un beso.

Esteban.

IV

*El amor consuela como el resplandor del sol
después de la lluvia*

William Shakespeare

Cuando Sofía llegaba a su departamento cumplía rigurosamente con su rito: cerraba la puerta con llave dando dos vueltas. La llave la dejaba puesta. Nunca supo si esta práctica era efectiva contra los robos o no, pero al menos la dejaba tranquila. Luego tiraba su cartera en el gran sillón del living e iba a su dormitorio y se sacaba los zapatos. Le gustaba caminar descalza por su casa, la hacía sentir libre. Iba al baño, se lavaba la cara con agua fría y finalmente terminaba preparándose un té o una sopa que comía frente al televisor, mirando cualquier cosa.

Aconsejada por Maurice, se había inscrito en unos talleres de ventas y de marketing. Alrededor de la medianoche, cuando los gráficos, estadísticas, y cifras comenzaban a darle vueltas en toda la cabeza, caía rendida en su cama y no despertaba hasta el día siguiente.

De sus sueños raramente se acordaba, sin embargo, ese día viernes no olvidó lo que soñó. Los sueños generalmente son raros, pero ese fue particularmente raro.

Se veía a sí misma caminando por un campo de trigo, y el trigo era color verde, sentía una extraña presencia tras ella, algo o alguien que la seguía. Caminó una larga distancia con el mismo presentimiento, temerosa de mirar atrás. Mientras caminaba, el trigo cambiaba de color, fue verde, azul y violeta, y en el cielo podía ver estrellas que se movían y que cambiaban de tamaño, era de día y había estrellas. Súbitamente, vio que el campo de trigo ya no existía, se encontraba frente a un barranco cuya profundidad era incalculable. Frente a ella no había nada más, solamente esa profundidad que no le permitía seguir su camino. Al llegar a ese punto, dio la vuelta, quería ver lo

que estaba detrás de ella y la seguía. Era su abuela, con un rostro muy diferente al que ella recordaba, pero era su abuela, tal vez con el rostro que tenía cuando fue joven. Estaba convertida en ángel, con alas, unas enormes alas blancas de plumas esponjosas. ¡Salta!, le dijo el ángel, o su abuela, pero Sofía, consumida por un miedo atroz, no quiso hacerlo. El ángel insistió. Salta, sólo así podrás ver lo que hay más allá, pero antes, reza mi oración. La oración que te enseñé. ¿Te acuerdas?

Sin dudar un minuto Sofía comenzó.

Ángel de la guarda

Dulce compañía

No me desampares

Ni de noche, ni de día...

Y se lanzó a la profundidad del precipicio. Mientras caía al vacío no sentía nada, sólo veía pasar imágenes rápidas de su vida. Vio al Rigo cuando la besó, a Alison cuando pelearon y se fue de su casa, a François, en el restorán en París, a su madre, anunciándole quién era su padre, se vio jugando en el patio del colegio. En fin, era como el típico comentario de los muertos que resucitan y cuentan que ven pasar su vida en un minuto, en un túnel, y al final ven la típica luz brillante, salvo que en el sueño de Sofía no hubo ni túnel ni luz brillante. Cuando los episodios de su vida desaparecieron, dejó de caer y como si nada, se vio frente a Karen, quien le sonreía sin decir una palabra. El rostro sereno de la amiga muerta la tranquilizó, era de una serenidad inexplicable, un rostro sin preocupaciones, feliz. Sofía trató de acercarse pero a medida que lo hacía, Karen desaparecía diciéndole adiós con su mano.

Tener control sobre ese sueño era imposible y estando aún en él, intentaba cerrar los ojos con fuerza y regresar a la realidad. Quería despertar y era imposible. El cielo se ponía negro –en el sueño–, presagio de una tormenta. Se puso a llover de forma violenta, Sofía podía tocarse y sentir el agua que la empapaba entera, el agua comenzaba a subir de nivel rápidamente hasta cubrirle el cuello. Intentó

dar gritos de desesperación pero no le salían. No quería morir ahogada. Cuando el agua amenazaba con entrar a su boca, sintió una extraña fuerza que la impulsó hacia arriba sacándola a flote. Una vez en el aire se dio cuenta que podía volar y pudo ver a Maurice. Maurice la había salvado. Desde la altura podía verlo nadando con la destreza de un pez entre las aguas turbias producidas por la lluvia. Ya era mucho, ni Sigmund Freud tendría la paciencia para interpretar tanta tontería junta. Convencida que podía librarse de todas esas apariciones cerró los ojos con fuerza y nuevamente se concentró para despertar. Finalmente lo logró. Enrollada entre las sábanas y empapada de sudor pudo al fin volver a la realidad. Se despertó cansada, confundida, todavía con todas las sensaciones e imágenes de ese sueño. Dio gracias a Dios que era sábado y no tenía que ir al trabajo.

A medida que bebía una taza de café bien cargado, la realidad era más concreta y las ideas iban recobrando sentido. Es hoy, pensó, es hoy que voy con Maurice a encontrarme con el garzón.

V

*Sólo una cosa me da miedo,
que podríamos no habernos conocido nunca...*

Otoño en Nueva York

Ubicado en un barrio de la bohemia capitalina, en donde había una gran cantidad de bares y restaurantes alternativos, teatros y museos, se encontraba “El Express”, un bar que había ido creciendo silenciosamente con el tiempo y que ya tenía más de veinte años. Al principio, fue una sala diminuta, que servía para congregarse un puñado de jóvenes deseosos de cambiar el mundo. Universitarios venidos de todas las clases sociales a los cuales les era insoportable el clima de represión y censura que en un momento se vivía en el país. Cuando Maurice era joven, muchas veces fue a ese lugar. De vacaciones en Latinoamérica, estaba realizando una investigación sobre el rol de la prensa en un clima de dictadura, y ese tipo de lugares era ideal para encontrar la información que necesitaba.

Pero los tiempos habían cambiado, El Express ya no era el mismo, había ido mutando con los años, transformándose en cafetería, restorán universitario y otra vez en cafetería. Incluso permaneció cerrado unos meses hasta que una pareja de jóvenes suecos aventureros, decidiera refundarlo, sensibles ante el valor histórico y el potencial que poseía el lugar. El proyecto fue un éxito rotundo.

La música de Björk cantando “*One day*” estaba a todo volumen, envolvía completamente la atmósfera del lugar. La fauna era variopinta. Góticos, punks, artesas y “*la gauche caviar*” convivían en perfecta armonía. El humo de cigarrillo invadía el aire y las luces de baja intensidad impedían ver los rostros de la gente con claridad. En algunas mesas, las conversaciones eran acaloradas, en otras más tranquilas. En algunas mesas la gente reía sin parar, en otras, al parecer, se sostenían conversaciones mucho más dramáticas.

Sofía y Maurice llegaron a las once en punto. El bar estaba completamente al fondo, así que no pudieron ver inmediatamente si Pablo estaba o no. Lograron sentarse en un lugar que daba a un pequeñito patio en el que había sólo cinco mesas y donde la música era menos fuerte y podrían conversar normalmente.

–Ya estamos aquí –dijo Maurice.

–Sí, me gusta el lugar. No pensé que existieran lugares como estos... ¿Tú vienes seguido?

–A veces. Me gusta el ambiente que hay.

–No sé cómo voy a hacer para ver si mi barman está aquí o no.

–Fácil. Sólo vas a la barra y lo compruebas.

–Qué vergüenza, no me atrevo...

–Bueno, entonces iré a ver yo y aprovecho de ir al baño que está cerca. ¡No hay caso contigo! ¡Ah!, y si ves a alguien con cara de perdido acuérdate que puede ser Ismael. Me dijo que llegaría un poco tarde.

–Ok.

Maurice se levantó de la mesa y se dirigió al bar. Pablo Duarte estaba concentrado preparando un trago, agitando una coctelera enérgicamente, ante la mirada atenta y deslumbrada de tres mujeres jóvenes que lo observaban con adoración. Había un taburete disponible y Maurice se sentó para hablar con Pablo.

–¿Pablo?

El joven dejó de agitar la coctelera, sorprendido al escuchar su nombre.

–Sí. Soy yo. ¿Por qué?

–Mi nombre es Maurice. Y estoy con alguien a quien tú conoces. Estoy con Sofía.

El rostro del barman se iluminó de repente.

–¿Verdad? ¿Ella está aquí?

–Sí, estamos sentados en la pequeña terraza que hay afuera. ¿Tienes algún mensaje para ella?

–Claro. Por favor, dile que apenas llegué mi compañero, yo iré a saludarla. No puedo dejar el bar solo. Él está por llegar.

–Ok, no te preocupes. Vamos a esperarte.

–Gracias, muchas gracias...

Maurice volvió donde estaba Sofía. Ismael todavía no llegaba.

–¿Y?...

–No hay ningún Pablo Duarte que trabaje aquí.

–No puede ser, él me dijo que...

–Tonta, es mentira. Él está aquí. Pero pusiste cara de novia plantada en la puerta de la iglesia... ¿No será mucho?

–No, para nada, es sólo que no me gustan los mentirosos.

–Dijo que vendría apenas llegara su compañero. No puede dejar el bar solo.

–¿Y cómo lo encontraste?

–No sé... guapo.

–¿Sí verdad? Y su voz...

–Pero Sofía, hablas como sí...

–Sí, estoy nerviosa, me duele el estómago, es una situación nueva para mí, no sé qué hacer, qué decir, parezco una tonta, lo sé...

–¡Wow!, ¡pero qué autoanálisis! Mira, ese que viene ahí es Ismael.

–¡Mh!, ¡qué guapo! Y qué superproducción sólo para venir a tomar un trago...

–Ahora soy yo el que tiene dolor de estómago...

Ismael llevaba una camisa celeste, ligeramente

ajustada. Había dejado sueltos tres botones que hacían ver los finos y delgados pelos de su pecho. Se había puesto unos jeans azul oscuro y un cinturón de cuero negro. Sus zapatos cafés estaban impecablemente lustrados. Su pelo corto y su barba de tres días hicieron que Maurice volviera a recordarlo como era en la universidad. La imagen del vendedor de pizza se había desvanecido completamente.

Maurice presentó a Ismael a Sofía y ésta lo saludó con un beso y una sonrisa. Un “encantado de conocerte”, salió de ambos al unísono. Luego se reunieron alrededor de la mesa y comenzaron a hablar.

Empezar no fue fácil, más bien tenso, las risas nerviosas servían para distender la atmósfera. Hablaron del bar. Maurice contó lo que sabía de su historia, sobre la banalidades del acontecer capitalino, sobre París, sobre el trabajo de Sofía. Trivialidades. Además, Sofía estaba inquieta y ansiosa esperando que su barman apareciera.

Maurice, por su parte, estaba intrigado por conocer detalles de la vida de Ismael, lo que había ocurrido en los años que habían dejado de verse, pero el momento no era el adecuado.

Pablo llegó. Se acercó tímidamente a la mesa sonriente, tratando de parecer relajado sin poder lograrlo.

–Hola, disculpen que interrumpa...

–No, no te preocupes, te estábamos esperando –dijo Maurice, con un evidente tono de... ¡por fin!–. Mi amiga ya estaba algo inquieta...

–¡Maurice, no digas eso por favor!

–Lo que pasa es que el otro barman se demoró un poco en llegar y no podía dejar solo el bar. Pero ahora puedo quedarme un poco más de tiempo con ustedes.– intervino Pablo.

–No te preocupes, lo importante es que estés aquí. Yo ahora los dejo porque con mi amigo nos vamos a otro

lado, así aprovechan de conversar tranquilos.-dijo Maurice, al mismo tiempo que se levantaba de su silla.

Sofía se descompuso pero no dijo nada. Maurice no la había advertido de su plan, sin embargo era claro que la decisión les acomodaba a todos. Si se aburría, inventaría cualquier cosa, tomaría un taxi y regresaría sola a su casa.

–Pero Maurice, es una pena que ya te tengas que ir...
Reaccionó.

–Bueno, pero te dejo en buena compañía, espero
–dijo mirando a Pablo, quien respondió tímidamente:

–Sí, claro, no te preocupes...

El ambiente del bar y los pocos minutos que pasaron con Maurice e Ismael, hicieron que Pablo y Sofía se sintieran más relajados. Fue así como olvidaron la relación garzón-invitada que los hizo tratarse de usted en la fiesta de Batha y continuaron tratándose en una forma más amistosa, o mucho más directa en el caso de Pablo, quien le expresó todos los sentimientos que tenía guardados.

–Cuando te vi sola, parada, mirando a toda la gente, con la vista perdida supe que debía acercarme a ti. -expresó Pablo- ¿No te ha pasado antes? Ver a una persona y querer acercarte de inmediato, por su comportamiento, por su mirada, la manera de pararse o sentarse o vestirse. Me pasó contigo. Te vi, y no podía dejar de hablarte, decirte lo que fuera, lo que se me pasara por la mente. Quería conocerte a toda costa, quería y quiero descubrir lo que hay detrás de esa mirada. Es raro, pero en ese lugar lleno de gente superficial tu imagen no me calzaba. Eres linda, regia, elegante, es verdad, pero la actitud en la que te descubrí, ajena a todo, analizando a todos, me hizo verte lejana a todo ese mundo...

Mientras Pablo hablaba, Sofía lo contemplaba con cara de “esto es demasiado irreal, no me está ocurriendo”, sorprendida por la capacidad de Pablo de realizar un

sicoanálisis tan certero. Se sentía demasiado feliz, segura, relajada. La imagen de Pablo contrastaba tanto con la imagen de François Le Bon. Pablo era como ella, pelo negro, ojos café, latinoamericano. Usaba sus mismas expresiones al hablar, se manejaban con los mismos códigos.

–Tengo que ser sincera contigo. -dijo Sofía después de escuchar atentamente las palabras de su amigo. Cuando me ofreciste una copa de champán no quedé indiferente a tu mirada. Pero no pensé que volvería a verte de nuevo.

–Yo siempre supe que volvería a verte de nuevo...

–Entonces eres medio brujo.

–Algo así...

–¡Mh!, qué miedo.

–No todos los brujos son malos.

–Y aparte de la brujería y el bar, ¿qué otra cosa haces en la vida? Sin querer ser indiscreta, claro.

–Estudio periodismo, estoy en cuarto año. Es mi pasión. En el día estudio, y en las noches trabajo como garzón o barman. Y los días domingo los dejo sólo para mí y mis pasatiempos favoritos, la lectura, el cine, caminar sin rumbo. ¿Y tú? ¿Tienes pasatiempos favoritos?

–Me gusta el cine también.

Al pronunciar esta frase, Sofía pensó en agregar más información. Decir por ejemplo que le gustaba el cine francés, que su amigo Maurice la había iniciado y que podía citarle un montón de películas francesas, pero no quiso decir más, no quería pasar por esas típicas mujeres insoportables que quieren impresionar y lo echan todo a perder. Quería ser discreta y esperar a que se lo preguntara.

–¿Sí? ¿Y qué tipo de películas te gustan?

–Hay muchas películas que me gustan, muchas son francesas...

–Me tienes intrigado, a mí también me gusta el cine francés. Has escuchado hablar de un director que se llama François Ozon?

–¿Ozon? Sí, he visto algunas de sus películas. Me gustan. Una que se llama “*El tiempo que queda*” me gustó mucho.

–Es buena, yo también la vi... Una vez escribí un artículo para una revista de la universidad sobre este director. No es tan conocido aquí, sólo por algunos cinéfilos. Además sus historias no son muy comprendidas. Asesinatos, hombres que se convierten en ratones, una mujer que engaña a su marido la noche de su matrimonio, o un bebé volador. Asusta un poco...

–Es verdad, aunque la vida puede ser mil veces más “rara” que una de sus películas.

Sofía se sentía una mujer culta. Su adolescencia la vivió en San Víctor, la mayor parte del tiempo encerrada en su casa, en su pieza, viendo televisión. Nunca tuvo verdaderas amigas. Una prima, con la que compartía ciertos gustos, con la que a veces veía la teleserie de moda o analizaba los “*looks*” de sus actrices mexicanas favoritas en alguna revista de farándula.

En ocasiones arrendaba alguna película y la veía con su madre, lo que la hacía soñar y pensar que había más vida pasando las fronteras de San Víctor.

Al conversar con Pablo sentía una emoción indescriptible, era capaz de hablar de temas medianamente intelectuales. Ya no se sentía tonta. Los cursos que estaba haciendo, las películas que había visto con Maurice, su trabajo, sus relaciones, su viaje a París, su capacidad de sacarle partido a las nuevas experiencias, todo eso la ayudaba a sentirse menos ignorante, más confiada. Bendito el día en que decidió cambiar de rumbo y lanzarse a la vida sin mayores cuestionamientos. Bendito el día en que decidió, como una exploradora aguerrida, descubrir lo que había más allá.

En la primera cita con Pablo, Sofía fue archiprudente. Aparte de revelarle algunos de sus intereses, no le contó más, no por hacerse la misteriosa, sino porque la vida la había enseñado a escuchar primero, a escuchar y analizar. Al oír lo que Pablo decía, trataba de hacer una doble

lectura e interpretar aún más profundamente sus palabras. Le gustaba el cine, estudiaba periodismo, le gustaba caminar sin sentido. ¿Qué podía significar?. Nunca habló de deportes, de proyectos futuros, de dinero. Era un soñador. Se acordó cuando su abuela estaba viva y en las teleseries aparecía algún “soñador”. “Vago”, respondía ella, “soñador” le llaman a hora a la flojera...

El bar estaba quedando casi vacío. Eran casi las dos de la madrugada y el tiempo había pasado con una rapidez imperceptible. ¿Mala o buena señal? Nunca se está seguro.

Sofía estaba cansada, Pablo le propuso acompañarla a tomar un taxi. Caminaron juntos por la calle y fue Sofía quien se despidió primero.

–Me gustó conocerte –le dijo.

–A mí también –respondió Pablo.

Se dieron un beso en la mejilla. Cuando Sofía estaba a punto de subirse al taxi, Pablo corrió tras ella, como en las películas.

–Mañana es mi día libre, me encantaría volver a verte mañana... Te espero frente al Museo de Bellas Artes a las tres...

El taxi se iba, Pablo no supo si Sofía entendió su proposición o no.

VI

*Mentira prohibida
debilidad que me domina...*

Beto Cuevas

En el departamento de Maurice, había vasos y botellas encima de la mesa de centro. La noche de bar había terminado... intensa.

Ismael no perdió tiempo y se lanzó a los brazos de Maurice después de dos copas de vino. Era como si hubiese estado esperando ese momento durante todos el tiempo que había pasado, como quien deja pendiente una tarea y lo único que desea es terminarla. Maurice no opuso resistencia alguna. Recordó que siempre quiso abrazar y besar a Ismael. También él sentía que era una historia inconclusa. El alcohol contribuyó a aplacar toda clase de inhibiciones. Se entregaron el uno al otro con entera libertad. Sin complejos. Los besos, los abrazos y las caricias surgieron con toda naturalidad.

–Esperé este momento sin pensar que algún día llegaría. La vida es una caja de sorpresas. Aún recuerdo nuestras interminables conversaciones en la cafetería de la universidad, no sabes cómo me gustabas. Me sentía como el paciente que se enamora perdidamente de su siquiatra...

–Yo estaba confundido, no sabía qué hacer. Por un lado Esteban estaba presente y era complicado... Pero Ismael, ¿por qué estabas en Viña entregando pizzas? No entiendo.

Ismael cambió la expresión de su rostro. Le incomodaba dar explicaciones, sobre las causas que lo habían conducido a cambiar tan drásticamente su vida y su trabajo.

–Maurice, yo tenía un trabajo perfecto en una oficina de consultores. A poco tiempo de haber obtenido el puesto y después de un intenso proceso de postulación, me encontré a la cabeza de una empresa. Era un trabajo

que me apasionaba. Me sentía como pez en el agua. Era feliz. No pensaba en otra cosa que no fuera la oficina. Mis miedos, mis inseguridades, todo lo que conociste de mí había desaparecido. Hasta que apareció Camilo, un estudiante en práctica del cual me enamoré perdidamente. Mi inexperiencia y mi deseo de comenzar una relación verdadera me jugaron una mala pasada. Fui un tonto. Creí que él también me amaba, pero se burlaba de mí a cada momento. Un beso suyo costaba un premio, una salida a un restorán, un par de jeans a la moda, un reloj. Iba a mi oficina a cada rato para hablarme de cualquier cosa menos de trabajo. Mis colegas me miraban con desconfianza. Se preguntaban qué secretos podría tener yo con ese estudiante. Perdía importantes reuniones con clientes porque él me decía que tenía cosas importantes que decirme y al final eran sólo tonterías. Me tenía loco, confundido. Era el típico pendejo que no sabe lo que quiere, que busca algo, pero no sabe qué. O me equivoco, tal vez sabía perfectamente lo que buscaba. Nunca me dijo que me quería, pero no me importaba. Sus bromas, sus risas, su temperamento extrovertido, me hacían delirar. Me trató como su juguete, hasta el momento fatal, en que fui llamado por el directorio de la empresa para hablar de un “*asunto*”.

Camilo había escrito una carta de tres páginas al presidente del directorio para quejarse de acoso sexual. No pude leer la carta completa, sin ponerme a llorar, era demasiado. En la carta decía que lo había amenazado con una mala evaluación si no aceptaba todas las atenciones personales que le pedía. ¿Te das cuenta? Para evitar escándalos, el directorio negoció con Camilo que no llegara hasta los tribunales ofreciéndole plata. Camilo aceptó inmediatamente, ese era su objetivo. En cuanto a mí, si ya había conocido el infierno una vez, tendría derecho a visitarlo de nuevo. Me vi obligado a renunciar y no me dieron ni un peso, y además, aunque el escándalo quiso esconderse, los rumores de la causa de mi salida llegaron a algunos clientes que sin estar seguros de si todo era cierto o no, optaron por cortar toda relación conmigo. Imposible armar un negocio por mi cuenta conservando mis clientes. El desprestigio era total. Nunca pude encontrar un trabajo

como ese. Todas las puertas se cerraron para siempre.

Mis viejos nunca supieron los detalles de mi renuncia, les mentí diciéndoles que el clima laboral era insoportable y mientras se “me arreglaba la situación” me propusieron ir a ayudarles con su pizzería en Viña. No soy repartidor oficial, pero a veces, para salir de lo rutinario que es la contabilidad, los balances y todo eso, agarro una moto y me voy a repartir. Así veo gente, si son simpáticos converso un rato con ellos, me relaja. Fue así como llegué a tu casa ese día Maurice, el destino tenía esa sorpresa reservada para mi, ese día. Si hubieses pedido comida china, no estaríamos aquí.

Maurice fumaba sólo en casos de emergencia y pidió un cigarrillo a Ismael. El humo inundó la atmósfera. En el rostro de Ismael podía leerse la angustia. Era doloroso volver a todos esos recuerdos. Estuvo a punto de soltar algunas lágrimas, pero se contuvo.

Maurice lo tomó de los hombros y lo consoló, como hizo antes.

–Me gustaría pensar que todo fue una pesadilla –agregó Ismael–. Es triste pensar que existen persona que puedan llegar a hacer ese tipo de cosas por plata.

–El ser humano puede ser capaz de todo por ambición Ismael, pero afortunadamente no todos somos así. No pierdas las esperanzas por favor.

VII

El recuerdo es el perfume del alma

George Sand

Cuando era niña y vivía en San Víctor, mi vida era simple. Fui a una escuela pública y usaba uniforme, una especie de vestido azul marino de una pieza, sin mangas y con un cierre en la espalda. Lo usaba más abajo de la rodilla porque más arriba era mal visto.

Había heredado de mi madre su viejo bolsón de cuero café con una hebilla de metal oxidada. Ahí llevaba todos mis libros y mis cuadernos. Mis blusas siempre estaban blancas. Mi abuela las echaba a hervir con una mezcla milagrosa de polvo azul y jabón bruto y las planchaba con una prolijidad extrema. Ella había nacido para ser una experta en labores domésticas. Cuando era joven, había servido religiosamente a sus patrones, dueños de fundo, propietarios de cientos de hectáreas y ganado. Mi abuela me confesó que se casó con mi abuelo porque estaba aburrída de vivir con sus padres. En esos tiempos, una mujer pasaba de la casa de sus padres, a la casa de su marido, sin transición, por eso nunca creyó en la liberación femenina, decía que eso eran ideas de mujeres sueltas, de mala reputación. Las cosas eran así simplemente. Cuando dejó de servir a sus patrones, pasó a servir a su marido y a preocuparse de la crianza de su hija. Se lo pasaba todo el día lavando ropa, pañales de algodón, cocinando, planchando. Sus distracciones mayores eran ir a la iglesia, o en los calurosos veranos, en las tardes, cuando refrescaba, sacar una silla junto a la puerta de entrada de la casa y ver pasar la gente.

Siempre me acuerdo de sus historias del campo, cuando en San Víctor no había luz eléctrica ni caminos de cemento. Contaba que todo estaba rodeado de zarzamoras y que no había autos, sólo caballos y carretas que transportaban a la gente.

En mi casa no había baño dentro, no había alcantarillado. Había que ir a hacer sus necesidades al fondo de la casa en una letrina de madera. En las noches, mi madre acompañaba a mi abuela o yo, cuando no tenía miedo. Caminábamos a tientas en la oscuridad, cagadas de miedo porque nos podía salir el “*tue-tue*”, ese pájaro de la noche mitad pájaro, mitad brujo. Si nos cantaba por detrás, era enemigo, si nos cantaba por delante era un amigo, decía mi abuela. Yo sinceramente nunca lo escuché, pero no dudaba de su existencia.

En el invierno, tarde en las noches, los perros ladraban y aullaban. Me daba miedo. Podía ser el “*mandinga*” que andaba merodeando el lugar. Mi abuela se ponía a rezar:

Santa Ana parió a María,

Santa Isabel a San Juan.

Con estas cuatro palabras, los perros han de callar”.

Y no me vas a creer, los perros dejaban de ladrar. Mi abuela decía también que no era bueno jugar a las cartas, que el diablo se aparecía cuando uno jugaba a las cartas. Cuando yo estaba aburrida a veces iba donde una tía a jugar a la “*la escoba*” o “*al poto sucio*”, y nos quedábamos hasta tarde. Luego tenía que volver sola a la casa de mi abuela y era como si el diablo me persiguiera...

–Tienes una memoria formidable, Sofía. Hay muchas cosas similares que yo también viví pero no tengo esa capacidad para acordarme de todo. Cuando yo era niño, por ejemplo, mi abuelo me enseñó a jugar póker y me decía que era excelente para aprender a sacar cuentas de memoria. Me acuerdo que ir a la casa de mis abuelos representaba la libertad absoluta, como en su casa no habían grandes peligros nos dejaban solos y con mis amigos hacíamos todas las locuras que se nos ocurrían. Jugábamos a la pastelería y realizábamos succulentas tortas y galletas de barro. Tenía una vecinita medio perversa que una vez me hizo comer una a cambio de un beso...

—¿Y qué piensas hacer una vez que termines la universidad? —preguntó Sofía a Pablo, cambiando repentinamente de tema.

—No lo sé, creo que me gustaría ser corresponsal para alguna agencia en el extranjero. Siempre soñé viajar y contar lo que pueda ver en otros países. Tú ya estuviste en París. Debe ser una ciudad fascinante.

—Sí, creo que París es una ciudad donde podrías escribir muchas historias.—agregó Sofía.

Pero por el momento no pienso mucho en el futuro, me gusta disfrutar del presente, de esta conversación contigo, de este paseo. ¿No crees que es linda esta ciudad los días domingo? Es tranquila, puedes ver su arquitectura, la gente está relajada. Este parque me encanta. Me gusta ver la gente tirada en el pasto, conversando, comiendo, los niños que juegan. Como nosotros lo hicimos alguna vez cuando éramos niños. Sofía, —dijo Pablo—, tomándola de la mano y haciéndola detenerse súbitamente. No tengo nada que ofrecerte, lo sé, soy un miserable estudiante, no tengo un trabajo exitoso como el tuyo, me visto con la misma ropa que hace dos años, pero te amo. Sí, te amo. Vas a pensar que soy un loco, que todo es muy rápido, pero no puedo dejar de decírtelo. Anoche no dormí, sólo pensé en ti, dame una oportunidad, eres una mujer tan inteligente, no sabes cuánto, atractiva...

—Pero Pablo, por favor...

Pablo intentó besarla y Sofía se lo impidió.

—¿No crees que vas muy rápido?

—Perdóname, no quise molestarte...

—Pablo, ahora estamos bien, conversando de la vida, caminando, disfrutando de la ciudad, como tú dices. Lo estoy pasando bien, nos reímos, estar contigo es agradable, pero no precipitemos las cosas, por favor.

—No te preocupes, sigamos caminando. Conozco un café que te va a gustar. Está a cuatro cuadras de aquí.

VIII

J'ai compris q'un simple objet pouvait tout dire, tout résumer...

Entendí que un simple objeto puede decirlo todo,
resumirlo todo...

Matali Crasset, diseñadora.

El nuevo departamento de Blanca Montes lucía en todo su esplendor. Paredes de un blanco immaculado, cuadros de artistas contemporáneos, consolidados y emergentes, esculturas modernas en metal, otras en madera. Alfombras elaboradas por artesanos, hechas a medida. Blanca Montes quería mostrarse, exhibir sus triunfos, su apogeo. Ventilar su éxito y su plata sin pudores.

Ciento sesenta metros cuadrados de superficie, una terraza gigantesca con plantas exóticas y una vista imponente hacia la cordillera, interrumpida en forma armoniosa por una piscina repleta de agua color turquesa.

No escatimó en gastos. Contrató dos diseñadores de interior argentinos, discípulos del afamado Philip Starck. Dos tipos cuyo lenguaje no incluía las palabras precio, presupuesto ni costos. Era de mal gusto. Dos dioses del *design* a los que debía aceptárseles toda clase de caprichos, de lo contrario podían hacer una pataleta y amenazar con dejar todo botado.

Varios millones de pesos desaparecieron instantáneamente de la cuenta bancaria de Blanca, pero a ella poco le importaba. Lo que importaba era el resultado, los comentarios de sus amigos, de sus conocidos, de la "*high society*" de la que formaba parte. Le provocaba un placer extremo imaginar como las viejas más arribistas y envidiosas de la capital harían todo lo que fuera posible para dar con el paradero de esos dos "ángeles milagrosos" que habían decorado su departamento y que ella había descubierto. Estaba segura que muchas estarían dispuestas a ofrecerles

el cielo, el mar y la tierra para contar con sus servicios. Lo que no sabían, era que Blanca había firmado con los “*designers*”, un contrato cuya cláusula de exclusividad había sido redactada hábilmente por sus eficientes abogados.

El salón del comedor era impresionante, “dramático”, así lo definía Blanca. La mesa rectangular en madera de ébano, reposaba majestuosa sobre una espesa alfombra morada, concebida especialmente para su casa. Sobre la mesa, los cubiertos metálicos, tenedores, cuchillos, copas, candelabros, colección limitada de la “Maison Christofle”, brillaban esperando su estreno. Los dos maestros de la decoración habían agotado todos sus contactos en el mundo entero para procurarse lo mejor de lo mejor.

En uno de los muros colgaba un cuadro de Arturo Duclos. La presencia de una obra de un artista nacional era obligatoria para Blanca, y Duclos era uno de sus pintores fetiches. Un gran óleo sobre tela titulado “*Le goût du malheur*”, que había comprado en una subasta motivada por un amigo que decía que invertir en obras de arte era un buen negocio. Pero más allá de eso, el cuadro la había conquistado, ese dragón verde que nadaba en ese fondo violeta la hizo delirar desde que lo vio por primera vez. Nunca se separaría de él, y sin duda ocuparía un lugar importante en su nuevo espacio de vida.

Aunque Blanca Montes había organizado pequeñas reuniones en su apoteósica morada, no había organizado aún un megaevento. Su idea era testear primero las reacciones de sus amigos más cercanos, oír sus opiniones, sus observaciones, sus críticas, interpretar sus miradas, la reacción de sus rostros, cuando descubrían los salones, la cocina, las habitaciones, la terraza con su vista majestuosa. Esto le ayudaría a corregir errores, reemplazar objetos que tal vez no eran adecuados.

En una semana, una fotógrafa de la revista Casadecó haría cientos de fotos para publicar. Todo debía estar perfecto.

La cena que ofrecía Blanca era especial, Rafaella Pirelli visitaría por primera vez su nuevo departamento y había que impresionarla. Se preparó durante días. Uno de sus objetivos, como siempre, era que ninguno de sus invitados le restara protagonismo en ningún aspecto. En esa cena, y todas las que vendrían después, nadie podría ser más importante que ella. El rol de una anfitriona, de acuerdo a Blanca, era animar la fiesta de manera inteligente, y moderar las conversaciones, lo que representaba un desafío enorme dado que la mayoría de la gente que frecuentaba, eran adeptos a las charlas mordaces y las críticas despiadadas. No podía permitirse que en su casa se produjera ni el más mínimo escándalo. Debía estar alerta.

Su clóset lo renovaba una vez al mes. Para ello, se servía de sus contactos en París, Londres y Milán, y se procuraba atuendos de las últimas colecciones. El vestido que usaría esa noche, diseño de belga Dries van Noten, era perfecto para ella y para la ocasión. De una pieza, gris metálico, cortes rectos, nada de pliegues ni de volos de mal gusto. Blanca odiaba eso, como los modelitos ajustados al cuerpo. Eso era de puta, decía, y ella hacía años que había dejado eso atrás. También era una enemiga acérrima de los accesorios, nunca en su vida se había puesto un collar ni de perlas ni de nada, salvo su amuleto, ni aros, ni anillos, ni pulseras. Nunca había usado un reloj. La sobriedad ante todo.

Blanca Montes, la *“minimal woman”*, *“la mujer del glamour sobrio e inteligente”*, *“la empresaria que odia el blin-blin”*. Cientos de calificativos, rumores, críticas, y mitos se apoderaban de la imagen de Blanca. Era parte del juego y estaba absolutamente consciente de ello.

Los invitados estaban citados a las veinte horas. Sería una mesa de ocho. Maurice que asistiría con Ismael. Sofía con Pablo, Rafaella Pirelli y su pareja del momento, un presentador de programas musicales en la televisión, quince años menor que ella y Tota Houston, una *“ethno-designer”*, que estaba ganando cierto reconocimiento.

Todo el mundo bebió champán al aperitivo, y con copa en mano los siete siguieron a la anfitriona que les hizo visitar el departamento, describiendo el por qué, el cómo y el cuándo de cada rincón. Les habló sobre la historia de cada objeto, cada mesa, silla, cuadro, escultura, lámpara. Los adjetivos, “vanguardista”, “maravilloso”, “espectacular”, “sofisticado”, “top”, “design”, “trendy”, “original”, fueron empleados generosamente luego de cada intervención de la dueña de casa. En la cocina, tres cocineros se encargaban de la cena y afinaban los últimos detalles del rebuscado menú: *Langostinos grillé con tatin de tomate, y bife en salsa bordelaise con hojaldrado de papas y panceta*; de postre: *Frutas rojas salteadas en vinagre balsámico y yogurt griego*. Sobre todo la Pirelli, debía quedar con la boca abierta ante tanto despliegue escénico, ella era la más exigente de todos, la más cosmopolita.

–Linda –dijo la Pirelli–, que quieres que te diga. En mis múltiples viajes he visto maravillas, pero algo como tu departamento no había visto jamás. De verdad que viendo todo esto dan ganas de renovar todo en tu casa. José Pablo, mañana mismo nos ponemos en campaña–. Su joven acompañante, tomándola de la mano, en una actitud claramente forzada, asintió con la cabeza, y llegó a decirle un falso “sí mi amor”.

Sofía estaba callada. Antes de convencer a Pablo de acompañarla, le explicó claramente de que se trataba la cena. Sólo es marketing, le dijo, y entenderé si no quieres ir. Pero Pablo sin pensarlo aceptó. Por estar cerca de Sofía era capaz de todo.

Ismael se manejaba bien en ese mundo. Como un pez en el agua. Su formación en el ámbito de las comunicaciones, agencias de publicidad y relaciones públicas lo habían preparado para esa clase de eventos. Estaba feliz. Pero supo controlar su ansiedad y deseos de intervenir en temas que manejaba bien. Fue discreto y no hizo alarde de sus conocimientos. No intentó lucirse. Esa noche, la invitada de honor era Rafaella Pirelli, el culto era para ella, el centro de mesa debía ser ella, habría que reír con cada una de sus anécdotas, escuchar con mucha atención cada una de

sus fascinantes experiencias que todo el país ya conocía, porque las había contado mil veces en todas las entrevistas que daba. Cuando se encontró encerrada en un ascensor de las ex torres gemelas por ejemplo, y creyó morir, o cuando le tocó viajar en el mismo avión que Carla Bruni.

Ismael, aunque habló pocas veces, éstas, fueron suficientes para atraer la atención de Rafaella quien le preguntó como si nada y mirándolo fijamente:

–¿Estás seguro que eres gay?

–Segurísimo –respondió Ismael mirándola también fijamente.

–Si cambias de opinión me dices, –exclamó Rafaella.

El presentador de la tele no entendía nada, o se hacía el que no entendía.

–Veo que estás en forma –agregó Maurice.

–No te preocupes querido, que no te voy a robar a tu amiguito...

–¿“Tu amiguito”? ¿Qué quieres decir con eso?

Blanca se puso nerviosa...

–Maurice, estamos entre amigos. No te hagas el desentendido. Tú sabes que tengo mucha experiencia en otros temas aparte de la moda.

–Puede ser –le respondió Maurice–, pero estoy seguro que hay temas más importantes para conversar esta noche aparte de mi vida personal. Y a propósito, ¿por qué no nos cuentas como conociste a José Pablo. ¿Ese es tu nombre no? –preguntó Maurice, dirigiendo su mirada hacia el amigo de Rafaella Pirelli.

–Pero Sofía querida, cuéntame cómo te ha ido en tu puesto. He escuchado excelentes comentarios sobre ti –interrumpió Rafaella–, dando por finalizado en forma abrupta el tema de los amoríos.

Blanca respiró tranquila...

–Bien, creo que bien –respondió Sofía–. Los clientes

están contentos, pero aún tengo muchas cosas que aprender.

Blanca no quería que la situación se le escapara de las manos e intervino.

–Sofía lo está haciendo muy bien para ser principiante. Se ha ganado la confianza de los clientes y está estudiando mucho para aprender más del negocio. Su potencial y capacidades son evidentes. Ha logrado metas inesperadas. Estoy muy contenta con su trabajo.

–Sí –agregó Sofía–, me falta mucho para ser una Blanca Montes o una Rafaela Pirelli.

Rafaella se sintió alagada y agarró su copa de vino mientras sonreía fingiendo modestia.

–¡Pero escuchemos a Tota, que nos hable de su colección!

Tota Houston, quien lucía un largo vestido de lana de oveja teñida color violeta, hacía rato que no estaba en el planeta Tierra, pero cuando escuchó su nombre reaccionó súbitamente y lanzó su “*speech*”.

–Está inspirada en diseños mapuches. Una minoría étnica chilena. Estoy utilizando principalmente la lana de oveja que tiño con pigmentos naturales que me han enseñado a preparar un grupo de mujeres indígenas.

La Tota era la típica niñita de familia que había optado por un camino más alternativo y que en un arranque de excentricismo había decidido transformarse en diseñadora. La historia de su carrera podía relatarse de la siguiente manera:

En un viaje al sur de Chile, a la ciudad de Temuco, región donde existe una importante concentración de indios mapuches, entró a un mercado y se compró un poncho de lana a un grupo de mujeres. Una tarde, muerta de aburrimiento en su departamento, agarró el poncho, comenzó a darle tijeretazos y se confeccionó una falda que todas sus amigas alabaron.

–¡Tota, te pasaste! –le dijeron sus amigas en coro.

–¡Queremos una igual! –agregaron también en coro.

–Qué interesante. –comentaron todos alrededor de la mesa.

–Tengo que hacerte una entrevista, le dijo el presentador de televisión. En estos momentos el tema de los indígenas vende hartito.

Pablo no pudo dejar pasar ese comentario, que calificó de peyorativo.

–Así que el tema mapuche vende hartito...

–Claro, respondió el “rostro televisivo”, por lo menos en mi canal la gente habla hartito del tema, por las guerras y los atentados que hay en el sur de Chile a causa de esto, por todo ese escándalo que hacen por sus tierras.

–Sí, es verdad –dijo la Tota–. Cuando yo estuve ahí de viaje, me apedrearon el cuatro por cuatro que mi papá recién me había regalado. ¡Son muy desubicados...!

–La comunidad mapuche está luchando por conservar su cultura –intervino Pablo–. Sus tierras se transmiten de generación en generación y claramente la ley chilena no va de acuerdo con las suyas. La cultura mapuche tiene una cosmovisión totalmente distinta a la nuestra y es eso lo que todavía muchos no logran entender...

–Pablo fue diplomático en su comentario. Por un momento quiso decir palabras más duras, pero se aguantó.

–¡Vaya! –intervino Blanca–. ¡Nos vamos de la moda a la historia de los mapuches! En todo caso Tota, te recomiendo que vayas más seguido a Temuco o te entrevistes con Pablo. Tú sabes cómo es la prensa, y es mejor que te encuentren preparada si te interesa seguir vendiendo tu ropa...

–Ay, si Blanca, tienes razón. Pablo, me tienes que dar tu celu.

Pablo esbozó una sonrisa y no dijo nada más. No valía la pena seguir la conversación con la pobre ignorante.

La Pirelli, que estaba muerta de hambre, aprovechó de arrasar con su plato mientras se discutía de etnias y pueblos originarios. Su paladar estaba en éxtasis. Cuando hubo terminado, se incorporó de nuevo a la conversación, preguntándole a Blanca detalles de sus nuevas inversiones.

Ismael Arias permaneció atento durante toda la cena. Sus medidas y estudiadas intervenciones en materia de economía y negocios sorprendieron a Blanca Montes y a Rafaella Pirelli. Maurice por su parte, presentía el final de la historia, cuando ambas, Blanca y Rafaella, comenzaron a formular preguntas sobre su currículum. Actuaban como dos “*head hunters*”, en busca de la perla rara. Ismael era un potencial empleado, cumplía ampliamente con el perfil necesario para ocupar cualquier puesto gerencial.

¿Y si Blanca Montes ganaba en la pesquisa y le ofrecía un puesto en la empresa?, ¿cuál debía ser la actitud de Maurice?, ¿cómo debía reaccionar? Esta situación lo desorientaba, además estaba completamente seguro que Blanca le pediría su opinión y no sabría qué responderle. Después del último encuentro que acabó con los dos en la cama iba a ser difícil mantenerse imparcial. Ismael necesitaba un trabajo, así que terminó por tomar la decisión de recomendarlo si era necesario.

IX

Je t'aime...

Sofía se sentía orgullosa de Pablo. Admiraba su inteligencia y su look de intelectual. Siempre vestido con colores oscuros, lentes ópticos de marco negro grueso y los cabellos disparados en todos los sentidos. Lo único que la inquietaba era la seguridad absoluta que tenía de su amor hacía ella. Le juraba felicidad eterna a cada rato, la alagaba, la adulaba, accedía a sus más mínimos requerimientos y le preguntaba cada cinco segundos si era feliz o estaba contenta.

Cualquier mujer se hubiese lanzado a sus brazos ciegamente. Pablo podía ser el hombre ideal a los ojos de cualquiera, pero Sofía no estaba tan segura. Su vida no estaba lista para una relación amorosa, para un noviazgo. Comenzaba a saborear su independencia, la capacidad que tenía para tomar sus propias decisiones, para no depender de nadie. Nunca había experimentado la sensación de ser querida con tanta intensidad y en tan poco tiempo. Desconfiaba de ello. No era normal que un hombre estuviera tan pendiente de ella, que estuviera siempre detrás de ella como un ángel de la guarda. Era extraño.

Maurice la trataba de tonta. Insistía en que se diera una oportunidad, que nada perdía con intentar, y Blanca, con quien rara vez mantenía conversaciones de orden personal, opinaba que Pablo podría ser una excelente pareja. Era culto, atractivo y desinteresado. Un buen partido. El tema de la plata no le importaba. Blanca era de las que creía firmemente que una mujer podía mantener a un hombre.

X

Sublime...

El nuevo departamento de Blanca Montes fue aprobado por todos sus invitados, o casi todos. Sólo Maurice, que podía permitirse comentarios críticos, pensaba que un florero de cristal verde, ubicado en el hall de entrada, por muy de Murano que fuese, era demasiado feo. Blanca lo sacó de su lugar esa misma noche.

La cena estuvo perfecta. Los cocineros recibieron todo tipo de elogios. La señora Montes estaba en el séptimo cielo. Los comentarios hipócritas de la Pirelli salían de su boca sin agotarse. “Linda, me encantó”, “te felicito”, “qué buen gusto”. Para impresionar al público llegó a decir: “El eclecticismo de este lugar me impactó”. En esos momentos la palabra “ecléctico” estaba de moda, había que meterla en alguna frase y ese era el momento.

Blanca se reía para sus adentros, reinterpretando de cada uno de los cumplidos de Rafaella: “Linda me encantó”, igual “*te odio perra infame*”, “te felicito”, igual “*es imposible que puedas tener un departamento más producido que el mío*”.

La Montes había cumplido su objetivo.

Al momento de partir, Rafaella se despidió muy especialmente de Ismael.

—Adiós querido. Aquí tienes mi tarjeta. Llámame que me gustaría hablar contigo de trabajo.

Quiso hacerlo con discreción, pero Maurice, pendiente de cada uno de sus gestos se dio cuenta de todo. Si Blanca no actuaba rápido, Ismael partía a la competencia.

XI

¿Sí o no?...

“Mi nombre era Jéssifer Cárdenas, ahora soy Sofía. Un nuevo nombre, una nueva personalidad. De la noche a la mañana, de ser una simple pueblerina, me he convertido en una profesional de la moda. Cuesta creerlo, es como la vida de una heroína de teleserie, pero no es una teleserie, es la realidad, mi realidad. Mi vida es absurda, mi destino fabuloso. Estuve en París, tuve un amorío con un francés que me ofreció el sol, la luna y las estrellas y le dije que no. De pocas...

Estoy rodeada de gente linda, y exitosa. Asisto a eventos como VIP, recibo invitaciones con mi nombre y mi cargo:

*Sofía Cárdenas
Gerenta de Operaciones
B A T H A*

Tengo una oficina linda, fashion, me va bien. ¿Pero por cuánto tiempo?, Tanto éxito me pone nerviosa, todo es demasiado color de rosa...”

Sola en su departamento, después de la cena ofrecida por Blanca, Sofía escribía estas palabras en su laptop. No tenía sueño, no podía dormir. Pensaba en Pablo que hacía pocos minutos la había acompañado a su casa en un taxi, despidiéndose con un beso apasionado.

Terminó con sus confesiones y cerró el computador, fue a la cocina, se preparó una infusión de hierbas y se puso a ver tele. Comenzó a zappear y se detuvo en People Channel, el canal de las estrellas. Se rió a carcajadas sin poder contenerse. Era Lucy, la del cable, que continuaba presentando su mítico programa dedicado a la mujer latina. Era una “*Lucitón*”, un programa de cinco horas, con diversos módulos, dedicados a abordar diferentes temas. En esos

momentos daba recomendaciones básicas para preparar una maleta de viaje.

Tanto tiempo había pasado y Lucy seguía en la tele, un poco cambiada eso sí, pero seguía presente, con sus enseñanzas que la habían ayudado tanto. Lucy, su amiga fiel, en las buenas y en las malas. Lucy, su hada madrina.

Eran las tres y media de la madrugada y la Lucitón no paraba. La gurú enseñaba a sus discípulas como contestar una llamada telefónica con glamour, fuese en un teléfono fijo o un celular y en qué circunstancias: en el trabajo, en el auto, en la casa o caminando por la calle. La postura no podía ser la misma en cada caso. Esos pequeños gestos de la vida cotidiana, decía, son claves a la hora de develar qué tipo de mujer eres. “Si estás en tu casa, tómate tu tiempo, nunca contestes el teléfono de pie, toma asiento y cruza las piernas...”

Y cuando estaba a punto de cerrar los ojos para dormirse, su propio teléfono celular comenzó a sonar: Era un mensaje. Un mensaje de Pablo Duarte.

Se puso nerviosa. ¿Qué le pasaría a Pablo? Un mensaje a esa hora. Hasta el momento se había comportado como todo un caballero. Nada de visitas inoportunas, nada de llamados a horas indeseables, a su oficina no la llamaba nunca para no molestarla.

Tenía miedo de leer el mensaje, debía ser algo importante.

Lucy seguía hablando en la televisión, tenía saliva para rato. Las lecciones del módulo “*La mujer y el teléfono*” habían terminado y comenzaba otro: “*Cuando decir sí y no*”.

Sofía apretó “aceptar” y varios caracteres aparecieron ante sus ojos. No era un mensaje corto.

“Sofía, ¿por qué te niegas a aceptar tus sentimientos? Te comportas como una mujer fría cuando no lo eres. Deja ese escudo de lado y dime sí...”

¿Podría Lucy ayudarle a responder?

...Estoy solo en mi departamento. Mirando el techo y pensando en ti. Dime que te pasa lo mismo. Sólo te pido un sí o un no, es lo único que te pido. Si tu respuesta es No, yo voy a comprender...”

Si es no, va a comprender. ¿Qué podía significar eso? ¿Qué estaba decidido a irse de su vida completamente, que desaparecería? ¿Significaba otra relación tirada por la borda sin haberla ni siquiera comenzado? Su vida profesional era un éxito y la sentimental un desastre. Pablo Duarte estaba esperando una respuesta. Era un ultimátum. Sofía comprendió el mensaje: era todo o nada.

Sexta Parte

JÉSSIFER, su fabuloso destino

I

Los chicos no lloran...

Miguel Bosé

El vuelo proveniente de Nueva York llegó a la hora indicada. Cientos de personas esperaban a sus familiares y amigos en el área de llegada y Esteban, tenía la vaga esperanza que Maurice se hubiese dado el tiempo para ir a buscarlo. Las dos maletas que tenía como equipaje tardaban en aparecer. Era de esperar que no fueran a perderse, sería el colmo de la mala suerte, pero no, primero una, cinco minutos después la otra. Las metió en un carrito y se dirigió hacia la salida.

La multitud estaba agolpada. Cientos de carteles con diferentes nombres escritos eran levantados en alto. Gritos efervescentes de jóvenes que veían aparecer a su ídolo del momento que llegaba para dar un concierto, miradas tristes y alegres de gente que se esperaba.

Esteban buscó a Maurice, trató de encontrar aquel rostro y aquellos ojos que conocía tan bien. Los ojos de aquel hombre que fue suyo, del cual se había cansado y que ahora lamentaba no tener. Hurgó entre la gente como un águila atenta, nada. Maurice no estaba. Pero no era grave. Éste le había advertido que no estaba seguro de poder ir al aeropuerto. “No te preocupes” respondió Esteban, “yo me las arreglo”. Sin embargo sí le importaba porque se sentía solo, porque no tenía a nadie que ayudara a enfrentar ese momento en el que regresaba a su país fracasado, con la cola entre las piernas.

Una sensación de amargura se apoderó de él. Esteban no era de los que se deprimía. Rara vez lloraba y rara vez se arrepentía de sus actos. Pese a ello, en medio de la gente, con el carro del equipaje sujetado con ambas manos, se quedó en blanco, sin reacción. Se sintió débil, indefenso como un niño, observado por todas aquellas personas que no conocía; se sintió juzgado, que lo apuntaban con

el dedo para decir ahí está el “*loser*”, esa expresión gringa que tanto había oído en Estados Unidos.

Sus piernas comenzaron a debilitarse y a tambalear, pero continuó sujetándose con fuerza del carro. Sabía cual era la solución para terminar con esa extraña sensación de angustia, el llanto, pero “los hombres no lloran”, se dijo en su interior. Los hombres son fuertes y no deben llorar. Su padre se lo repetía incansablemente cuando era niño y se daba un porrazo, o algún amigo le daba un puñete o alguna patada en los juegos infantiles.

La angustia persistía. Sus piernas amenazaban con no seguir respondiendo, estaba a punto de caer al suelo. Con mucha dificultad logró caminar unos metros hasta un sillón y se sentó. Nunca antes le había pasado algo así. Pensó en lo ridículo que podría verse desde afuera. Una mujer lo miró con lástima y se acercó a preguntarle si estaba bien. Le respondió que sí. Luego, como para esconderse de sí mismo, llevó ambas manos a su cara y las puso entre las piernas, respiró hondo y se desconectó de la realidad por unos segundos, hasta que sintió alguien a su lado. Era Maurice.

–Gracias por venir, le dijo.

–¿Estás bien?, pareces enfermo.

–Estoy bien, no te preocupes...

II

All is full of love

Björk

El estilo de vida de Sofía había cambiado en dos semanas. Dos cepillos de dientes en su baño, más comida en el refrigerador y había ganado una biblioteca repleta de libros. Pablo está viviendo con ella, compartiendo su espacio, el mismo departamento.

Era raro acostumbrarse. Encontrar la mesa puesta a la llegada del trabajo, las ventanas abiertas, las plantas regadas, la cena lista, era una experiencia nueva. Los primeros días de convivencia resultaron bien. Pablo hacía todo por agradar a Sofía. Trataban de disfrutar al máximo de sus intereses comunes. Iban al cine juntos y se amanecían hablando de sus vidas, de su infancia, de lo que habían hecho antes de conocerse. En una de estas conversaciones Sofía se dio cuenta que Pablo y ella estuvieron cerca sin verse. Fue el día en que viajó a París. Para ambos era una fecha clave en sus vidas y la recordarían siempre.

Ese día, ese mes, mientras Sofía estaba a punto de abordar el avión que la conduciría a Europa, Pablo también estaba en el aeropuerto porque debía acompañar a uno de sus mejores amigos que partía a España para hacer un posgrado. Eran diez personas para acompañarlo al aeropuerto, con banderas, con gorros de colores y pancartas. Uno de ellos estaba disfrazado de mujer y bromeaba simulando ser la novia del que partía.

—No puede ser, y ¿tú estabas en medio de toda esa gente? Yo me acuerdo. Maurice y yo no entendíamos qué pasaba, veíamos gente saltar y gritar, y al “travesti” llorar a gritos, claro que me acuerdo. ¡Increíble!

—Para que veas. Tal vez estuvimos a dos pasos de conocernos, pero no era el momento indicado. Es como la película “*Rouge*”... Pero sinceramente no me hubiese gustado conocerte en esas circunstancias.

Pablo continuaba sus estudios en la universidad poniendo todo el esfuerzo que podía. El tema de la plata nunca fue importante. A Sofía no le importaba vivir con un estudiante y ser la que mantenía la familia. Tenía confianza en que Pablo terminaría siendo un flamante periodista y además la idea de vivir juntos había partido de ella misma. Cuando le contó a su madre el vuelco que había sufrido su vida, Eunice no podía creerlo. Ésta siempre pensó que su hija estaba involucrada con Maurice. “No mamá, Maurice es gay”, le confesó Sofía. Su madre no podía creerlo, trataba de hacerse la moderna pero las palabras de su hija no dejaron de sorprenderla; pero quedó aún más sorprendida cuando se enteró que estaba conviviendo con un estudiante. “Bueno hija, usted es la que decide sobre su vida. Usted está grande y yo no me meto en nada...”, fueron las palabras resignadas de Eunice.

Maurice por su parte, incrédulo ante el noviazgo de su amiga, se convenció sólo cuando fue invitado a cenar por la pareja y los vio besuquearse y abrazarse sin cesar. Se puso contento. Le daba gusto ver a Sofía acompañada, enamorada y aunque ella no quisiera admitirlo, con el rostro más sereno y más sonriente.

Los que no estaban tan contentos con la noticia eran los padres de Pablo. Su madre, la típica madre posesiva, no quería que llegara el día en que su hijito le presentara la novia de la cual ya había escuchado algunos comentarios. Una mujer que trabajaba, que vivía sola, y ganaba mucha plata. Nada bueno podría resultar de toda esa combinación. No quería que su hijo se distrajera de sus proyectos, temía que abandonara sus estudios y terminara trabajando en cualquier cosa.

Sofía sospechaba que su suegra no la quería. En varias ocasiones le tocó atender el teléfono y más allá del obligado y cortés buenos días, no le decía nada más, sólo pedía hablar urgente, siempre urgente con Pablo. Pero no le dio importancia al asunto porque sabía que su comportamiento tenía una explicación.

Pablo no fue un niño que gozara de una buena salud en sus primeros años de vida. A los dos meses de nacido,

los médicos se dieron cuenta que su corazón no funcionaba bien y debieron operarlo. Sofía lo sabía porque la cicatriz en el pecho de Pablo era evidente.

La infancia de Pablo no fue la de un niño normal. Durante varios años debió seguir un rígido tratamiento, tomando pastillas y fuertes dosis de antibióticos para evitar infecciones. El sufrimiento de su madre era comprensible. A veces debía correr con su hijo en brazos, a altas horas de la noche, a causa de la fiebre. En múltiples ocasiones debió ir corriendo al colegio porque Pablo se sentía mal. Fueron años de insomnio, años de velar el sueño de su hijo, de vivir con el alma en un hilo, hasta que por fin las cosas fueron normalizándose y la salud de Pablo fue más estable.

Una mujer que ha vivido todo eso, se decía Sofía, no puede más que querer lo mejor para su hijo y no lo va a dejar irse con la primera mujer que se le cruce por su camino. Era normal. Pero en fin, ya habría tiempo para que las cosas fueran resolviéndose. Ya llegaría el momento en que se vieran las caras y la madre de Pablo cambiara de opinión.

El verano se acercaba a pasos agigantados. La capital cambiaba su fisonomía al ritmo de tiempo. Las terrazas de los restaurantes estaban listas para ser ocupadas y la gente caminaba por las calles más ligera de ropa. Ese verano estarían de moda las prendas estampadas, de colores fuertes y ya se podía ver algunas mujeres adelantándose a las tendencias.

—Mira —le dijo Sofía a Pablo en la terraza de un restorán. Esas blusas las vendemos en Batha.

—Son lindas, las mujeres se ven bien cuando usan colores...

—Y los hombres también, lástima que sean tan apagados para vestirse.

—Sofía, tenemos que hablar de un tema importante

para mí –dijo Pablo, interrumpiendo abruptamente la conversación sobre la moda–. Me gustaría mucho que conocieras a mis padres. Mi madre me pregunta mucho por ti y está intrigada, quiere conocerte.

–Uh... ¡qué nervios!

–No tienes por qué estar nerviosa. Mis padres son seres humanos comunes y corrientes. Un poco preocupados por la situación sentimental de su querido hijo, es verdad, pero es porque no te conocen. En todo caso, es mera formalidad, prefiero que vayamos a verlos y se formen una opinión de ti en vivo y en directo. Pero quiero que sepas que nosotros somos adultos y aunque mis padres son mis padres, en realidad lo que opinen ellos me tiene sin cuidado.

–No te imaginas cuánto esperé este momento. Ser presentada formalmente a los padres de mi flamante novio. ¡Qué angustia! –manifestó Sofía en tono irónico–. No, pero hablando en serio, yo sé que tu madre me tiene en la mira, y también creo que será bueno ir a verla para que conozca la bruja que esta engatusando a su niño.

–Pesada. No sé qué te parece que vamos a La Serena el próximo domingo.

–Me parece bien, si en la boutique no hay problemas de último minuto como pasa a veces...

La gente continuaba desfilando en las calles de la capital. Más sonriente, más relajada. El sol cambia a las personas, no hay duda. El invierno en la capital había sido particularmente duro y todos disfrutaban del anticipo del verano.

La casa de los suegros de Sofía era sencilla. Las paredes estaban pintadas de blanco y las puertas café, al parecer recién retocadas con barniz, por el brillo y el olor. Un juego de sillones de cuero negro, alrededor de una mesa de centro de madera componían el living. Una alfombra inmensa, imitación persa, servía para apaciguar la dureza del piso de cerámica. En una esquina de la sala, se

podía ver la “vitrina”, que contenía una centena de objetos de vidrio de todos colores, copas de licor, vasitos, botellas, y toda clase de pequeñitos “souvenirs”. Cajitas de cristal, animalitos, ceniceros y candelabros, se transformaban en el centro de atención cuando el sol de mañana hacía emanar de ellos resplandecientes destellos luminosos.

–“Esto es nuestro orgullo”, fueron las palabras de Samira, la madre de Pablo. Es una colección que hemos ido armando durante años. En cada viaje que hacemos pensamos en traer algo para nuestra vitrina, y cada amigo que viaja también hace su aporte.

Pablo había puesto al tanto a Sofía del asunto.

–Es una colección extraordinaria. Yo también le traje una cosita. Esperemos que cumpla con las exigencias necesarias para ocupar un lugar en su vitrina.

Los ojos de Samira brillaron llenos de expectación, como los de una niña. La excitación que la embargaba mientras abría el paquetito que Sofía sacó de su bolso era evidente.

–¡Una torre Eiffel! –gritó de felicidad–. ¡Mira Enrique, ven a ver lo que me trajo la niña...!

En cuestión de segundos Sofía, quién durante largo tiempo había sido la roba-hijos, la bruja, la desconocida, se convertía en “la niña”.

Samira estaba feliz. Siempre había soñado con tener una torre Eiffel. “Me traes una torre Eiffel”, le suplicó a su mejor amiga cuando ésta se ganó dos pasajes a Francia en un concurso de la radio, “no se te vaya a olvidar”, había insistido. Pero la mejor amiga, que no tuvo paciencia para buscar una torre con las características necesarias, simplemente no le trajo nada, argumentando que el tiempo no le había alcanzado. Samira debió conformarse con una foto del célebre monumento, en blanco y negro y un “ojalá te guste”. Ese episodio había puesto fin a la amistad. Todo el vecindario se preguntaba el porqué las dos mujeres, tan unidas en el pasado, ya no se dirigían la palabra. Nadie supo los detalles, ni siquiera su marido.

–Pero siéntese mijita. ¿Qué le puedo servir?, ¿un tecito?, ¿un cafecito? ¡Pero Pablito por Dios!, ¡Vaya dejar las maletas a la pieza que les tengo todo listo!

Sofía era atendida como una reina y el interrogatorio que Samira tenía preparado para desenmascarar a la novia de su hijo, se transformó en una agradable conversación.

–¡Pero cuénteme como son los franchutes!

Sofía se atrevió a decirle a Samira acaso podía tutearla. A Samira le encantó la idea y accedió sin problemas, luego se sentó cómodamente a escuchar las historias que “la “niña”, le contaba sobre su trabajo y su viaje a París.

Al momento del almuerzo, se sentaron todos en el gran comedor. Samira puso en el centro de la mesa una fuente repleta de empanadas, para empezar. Sofía comió de todo, recordó los ricos platos que su madre y su abuela preparaban. Pablo la miraba con sorpresa, nunca había visto a Sofía disfrutar de la comida de esa manera.

Después del almuerzo, al momento del café, la madre de Pablo fue a buscar el álbum familiar. Sofía vio desfilar imágenes de todos los ancestros de la familia, casamientos, cumpleaños y primeras comuniones, hasta llegar a las típicas fotos de Pablo cuando niño.

–Aquí estábamos en la casa de mi mamá, y Pablito sale llorando porque la Pelusa, la perrita que tenía mi mamá, le había quitado un pedazo de pan que se estaba comiendo. Me acuerdo como si fuera hoy.

–Mamá, por favor, no te vas a poner a contar la historia de cada foto –gritó Pablo desde el comedor, donde se había quedado conversando con su padre.

–¡Bueno, si ya sé que quieren ir a dar una vuelta, pero quedan sólo dos páginas!

Finalmente Pablo y Sofía pudieron escaparse un rato y salieron a recorrer la ciudad, contentos porque todo había resultado bien.

–No fue tan difícil después de todo –dijo Sofía–. Tu familia es linda. Tienes una mamá que te adora y un papá, que aunque no habla mucho, se le nota en la cara que se siente orgulloso de ti. Ahora espero que tu madre esté más tranquila y haya despejado sus dudas sobre mí.

–No te quepa la menor duda que ahora te vas a convertir en su hija querida. La carta de la torre Eiffel bajo tu manga la hizo desprenderse de todo juicio negativo que pudiera tener sobre ti.

Caminaron a lo largo de la playa por casi dos horas. El sol comenzaba a ponerse. Mientras se besaban, Sofía pensó que tenía lo que quería: amor, paz, tranquilidad. Una vida serena.

Pablo la había conquistado y estaba enamorada.

Pablo era un ser humano como pocos, sensible, directo, resuelto, con ideas claras, de un romanticismo medido. ¿Sería él el hombre de su vida, ese que cada mujer sueña con encontrar, el príncipe que alguna vez se imaginó en sus sueños, el padre de sus hijos? Sin embargo debo ser prudente, se dijo. Era muy pronto para pensar en todo eso, pero qué mujer no piensa en eso. La vida a veces te engaña. La vida a veces hace creer cosas que no son. Que todo esté bien ahora no significa que todo estará bien para siempre. La cuota de desconfianza y fatalidad frente a su futuro se apoderó de Sofía por algunos instantes; sin embargo le hacía bien, le hacía mantener los pies sobre la tierra y estar consciente que no todo en la vida es perfecto. Al respecto, su amigo Maurice siempre le decía que actuaba como el personaje de una novela que había leído, un tipo que sentía una extraña fascinación por las ideas fatalistas. Tal vez Maurice estaba en lo correcto, él era un experto para analizar a la gente y la conocía bien. Tal vez era tiempo de deshacerse de todos sus temores y simplemente vivir lo que le tocaba vivir. ¿Qué importaba si la relación con Pablo duraba una semana o un mes? ¿Qué importaba el futuro?

El mar estaba más inmenso que nunca. Las olas rompían una tras otra en la playa con fuerza, y el ruido

que hacían era como una melodía a todo volumen que impedía escuchar nada más. Las gaviotas graznaban a mandíbula batiente para hacerse escuchar. Pablo y Sofía se sentaron un momento en la arena, tomados de la mano, contemplando el inmenso horizonte que cambiaba de color después que el sol había desaparecido. Te amo, le dijo Sofía, sorprendida ella misma de las palabras que salían de su boca. Era la primera vez que decía te amo.

—¿Ves que tu corazón puede hablar? —le susurró Pablo en su oído.

III

...la mort d'un amour donne la vie à un autre

Jackie Quartz

–No quiero causarte problemas. Sólo me quedaré una o dos semanas a lo más. El tiempo que encuentre un nuevo departamento.

Esteban y Maurice bebían un café antes de ir a trabajar. El olor de las tostadas impregnaba toda la cocina y las palabras se hacían más continuas a medida que la cafeína hacía su efecto.

–Maurice, te agradezco mucho lo que haces por mí, tú sabes lo orgulloso que soy y lo que me cuesta recibir ayuda, pero aparte de mi ex pareja eres mi mejor amigo y no tengo a nadie más de confianza para pedirle un favor.

–Ya sabes que no es ninguna molestia para mí. Te puedes quedar aquí el tiempo que necesites –dijo Maurice.

Pero las cosas no eran como antes, como cuando vivían juntos. Maurice había cambiado. Su comportamiento era diferente. A menudo regresaba tarde de su trabajo. Desde que se conocían, Maurice siempre tenía tiempo para él. Ahora casi no lo veía. Desde que había regresado de Nueva York, habían tenido un par de conversaciones sin importancia y nada más.

–Si quieres hoy puedo dejarte cerca de tu trabajo. Tengo una reunión en la Avenida Kennedy propuso Maurice.

–Claro, si no te molesta...

–Por supuesto que no me molesta. ¡Vamos!

Mientras iban en el auto el celular de Maurice comenzó a sonar, era Ismael para prevenirlo que llegaría algunos minutos tarde a la reunión. Blanca había decidido

contratarlo como consultor en Batha y debían juntarse para ponerse de acuerdo en las que serían las condiciones de su puesto en la empresa. Esteban comprendió que no eran colegas de trabajo, el tono empleado por su ex, su actitud, la risa nerviosa, y los cambios de expresión en su rostro lo delataban. Había algo más. Pese a ello, se guardó todo tipo de comentarios.

En algún momento de su estadía en Estados Unidos, invadido por la nostalgia de los viejos tiempos pasados con Maurice, pensó en recuperarlo. Creyó que era posible darse una nueva oportunidad y reanudar su relación. Estando solo, en un destierro que él mismo eligió, se dio cuenta que el único ser humano que lo había amado sin límites había sido Maurice. Pero qué lástima que no lo valoró cuando era tiempo. Ahora era tarde para volver atrás y recuperar el tiempo perdido. Esa llamada, el tono de voz que Maurice había empleado para responderla. No cabía duda que Maurice tenía otros proyectos en su vida.

En el auto todo era silencio. Maurice sabía que Esteban había descifrado su comportamiento, eran años de conocerse pero no le había contado nada para no incomodarlo. Su regreso al país, su fracaso en Nueva York, lo mejor sería esperar a que ya estuviera más estable, recuperado de su mala experiencia. Finalmente el tiempo se encargaría de poner las cosas en su lugar y de develar todos los secretos.

IV

*No existen más que dos reglas para escribir:
tener algo que decir y decirlo.*

Oscar Wilde

El cine estaba repleto de gente. Era el gran estreno de “*Yo le amaba*”, una película francesa basada en una novela de Ana Gavalda. Pablo se mostraba ansioso porque había leído el libro y le había gustado. Aunque Sofía no lo había hecho, había oído durante una hora la síntesis detallada que su novio le había relatado con lujo de detalles y también estaba entusiasmada por ver cada uno de los personajes que interpretarían la historia.

Ambos estuvieron satisfechos con la proyección y mientras comían luego del cine, comentaron apasionadamente los pasajes de la historia que más les habían interesado.

–Siempre me impresiona la capacidad de algunas personas de contar historias. La imaginación no tiene límites. Cada vez que veo una película que me emociona me digo lo mismo. ¿Tú nunca has escrito algo? Un cuento, un libro, no sé... Comentó Sofía.

–Una vez, en el colegio. Debía tener unos doce o trece años.

–¿Verdad? Y de qué se trataba, cuéntame.

–No me acuerdo muy bien. Creo que era una historia de amor que terminaba mal. Es más. Creo que maté al protagonista, le dio un ataque al corazón o algo así. O sabía que tenía una enfermedad mortal. ¡Ah sí! eso fue, porque escribió una carta antes de morir para su novia y sus amigos. Sí, eso era, porque recuerdo que el cuadernillo en que escribí la historia comenzó a circular en la clase, y varias de mis compañeras llegaron a soltar algunas lágrimas, especialmente al leer la carta del difunto.

–Entonces eras bueno escribiendo. Para provocar ese tipo de reacciones...

–Sí, pero una buena novela es más que eso. Ahora que lo pienso bien, era como una historia de Corin Tellado, versión adolescente.

–Si yo hubiese leído tu historia seguro que también hubiese llorado. Cuando era chica era muy llorona. Lloraba viendo las teleseries con mi mamá. Mi abuela nos retaba y se enfurecía tratándonos de “*tontas lesas*”, aunque igual ella seguía las historias y se hacía la dura. Había algunos dibujos animados que también me emocionaban mucho. ¿Te acuerdas de Remy? Ese niño que caminaba sin cansancio con un viejo y unos perritos? Me hizo tanto sufrir. Y ni hablar de la teleserie “*Ángel Malo*” cuando la famosa Nice muere lentamente en un quirófano de hospital acompañada de su amor eterno que lloraba a mares.

–Jajaja, me haces tanto reír con tus historias...

–Pero no te burles, si hablo en serio...

–Si no me burlo. Yo también sentí tristeza con muchas de esas historias. Esta película también me dio mucha pena. Las lágrimas son parte de la vida, y las historias que leemos en los libros y vemos en las pantallas siempre están inspiradas de nuestra realidad, con más o menos maquillaje, pero realidad al fin.

–Me encantaría que volvieras a escribir una historia, Pablo. Tal vez mis memorias. Estoy segura que da para un libro. Con todo lo que me ha pasado.

–Dejemos eso para los verdaderos escritores y cineastas. Nosotros preocupémonos sólo de vivir la vida, la realidad siempre es mejor vista desde adentro.

–Entonces voy a contratar un biógrafo, como hacen los artistas...

–¡Pero qué insistente! Estás en todo tu apogeo, deja eso para cuando seas una veterana y ya no tengas más historias que contar.

–Mi historia ya es increíble, Pablo, y te lo digo sin ser pedante. No sé por qué esperar una edad determinada para contar algo que creemos que es fabuloso.

MARIO BUSTAMANTE

–Tal vez tengas razón.

–La tengo...

V

*Resistiré...
Soy como el junco que se dobla
pero siempre sigue en pie...*

Dúo Dinámico

–¿Y qué crees que tengo que hacer?

–Vivir tu vida simplemente, como algún día me lo aconsejaste a mí.

–Te confieso que tengo un poco de miedo.

–¿Miedo de qué?

–De equivocarme. Miedo de perder la cabeza una vez más, aunque ya la tengo medio perdida...

–Ismael te ama y tú también, aunque no quieras reconocerlo. Tú estás soltero y él también. No le están haciendo daño a nadie. Deja de inventarte problemas.

–Esteban ya sabe todo. Sin querer leyó un mail que estaba escribiendo a Ismael y...

–¿Y qué? Da lo mismo. Esteban pronto va a retomar su vida, su rutina. Además lo de ustedes se terminó no porque tú quisieras sino porque él lo decidió. ¿O no te acuerdas cuando llegaste “*con cara de cordero degollado*” a mi casa para contarme que te había dejado? Él pronto se irá de tu casa, rearmará su vida y punto final.

Sofía era determinante en sus comentarios. Trataba de remecer a Maurice y hacerlo ver que su estado de confusión no tenía sentido. Esteban se había transformado en un manipulador y aunque no decía nada, se las arreglaba para captar la atención de Maurice haciéndose pasar por una víctima. Se encerraba en su pieza sin comer escuchando música de Bach, como siempre lo hacía cuando estaba aporreado, fumando como una chimenea sin parar. En efecto, había leído el mail que Maurice le había escrito a Ismael y sintió celos. Celos, porque pensó

que podía recuperar a Maurice. Celos porque durante años había sido él el centro de la vida de Maurice. *¿Qué quieres Esteban? ¿Te traigo algo? ¿Dónde quieres ir para las próximas vacaciones? Espero que te guste este perfume.*

Pero eso era parte del pasado. Maurice ya no le pertenecía. El mail era claro:

“Me encanta trabajar contigo y tenerte cerca para vigilarte y no dejarte escapar. No te puedo sacar de mi mente ni tampoco quiero hacerlo. Mañana es el cumpleaños de Marcos y organiza una cena en su casa. Me propuso ir contigo. Ya todos mis amigos quieren conocerte, eso quiere decir que a la más mínima oportunidad que tengo de hablar de ti, lo hago. No hay nada que hacer...”

gtm. Mb”

Con esto, Esteban Pueyrredón entendió que su historia ya era pasado y que no habría vuelta atrás. Se puso de pie y buscó su celular.

—¿Aló? Llamo por el aviso del departamento en alquiler. Sí, el de dos habitaciones, en Avenida Brasil... Perfecto, esta tarde está bien. Gracias.

VI

I won't cry for yesterday...

Duran Duran

El clóset de Maurice fue dividido en dos. En una parte, la ropa de Ismael y en otra la suya. Los estantes del baño también. Un centenar de CD esperaban una ubicación permanente al interior de una caja de cartón, al igual que una veintena de libros de marketing y publicidad. Ismael no tenía muchas cosas, sin embargo era apegado a su colección de música y a los libros que iba comprando para mantenerse al día en todas las nuevas técnicas y teorías de su área de trabajo.

Ismael no dudó un instante en ir a vivir con Maurice cuando éste se lo propuso. No quería perder un minuto de su felicidad, de compartir la vida con ese hombre que amaba. Serían inseparables. La casa, el trabajo, el tiempo libre, compartirían todo, sin temor al aburrimiento porque sabían que estaban bien el uno con el otro. Ismael miró hacia atrás y vio su pasado recorrer su mente. Tantos años perdidos en relaciones sin sentido, viviendo humillaciones, luchando con sus angustias y sus depresiones, tratando tantas veces de manera infructuosa, vencer sus inseguridades. No, ahora tenía que vivir la vida, la verdadera vida que por tantos años le había sido negada, junto a Maurice. Sin miedos, sin dudas, sin mentiras, convencido de que era lo mejor para él, y para los dos.

La primera noche que pasaron juntos en el departamento, viviendo como pareja, conversaron incansablemente. Ismael sacó de la caja de CD uno que estaba seguro serviría para remover ciertos recuerdos en la mente de Maurice.

—Sí, me acuerdo perfectamente. Duran Duran, *Ordinary World* —dijo Maurice—. Tú siempre me decías que te gustaba esa canción y el video con esa modelo estupenda paseándose como una reina vestida de blanco. Por eso te lo regalé para tu cumpleaños.

—Ha sido uno de los mejores regalos que he recibido en mi vida, y es el “*top one*” en mi lista de música preferida. Aparte, que en esa época tener un CD era súper difícil porque eran bien caros. Incluso se lo llevé a mis papás para mostrárselos y estaban felices porque nunca habían visto uno.

Maurice estaba sorprendido al escuchar los comentarios de Ismael. Cada palabra que decía era tan espontánea. Era como un adolescente que descubría que podía tener una relación con alguien, vivir con alguien, conversar con alguien que sentía lo mismo que él.

—¿Sabes una cosa, Ismael? Cada vez que peleemos, porque eso sin duda va a ocurrir y es normal en una relación, pon este disco y acordémonos de este momento. Seguro que los Duran Duran nos va a ayudar...

—Ok. Entonces lo voy a tener siempre a mano.

VII

*Si la ville me cache
On ne me trouvera pas*

Lhasa

Viernes, seis y media de la tarde. Locura en la capital. Todo el mundo salía del trabajo y las calles estaban que reventaban con personas que caminaban en todos los sentidos. Sofía llegaría tarde a su cita con el doctor. La boutique estaba llena. Generalmente los viernes era así. Todas las mujeres querían lucir algo nuevo para una cena, un matrimonio, un concierto, o simplemente para desestresarse comprando después de una dura semana.

Los taxis escaseaban, estuvo parada largo rato esperando uno, y justamente cuando más se necesitaban, ninguno estaba libre, hasta que al final, corriendo como una desenfundada logró subirse a uno antes que lo hiciera una mujer con un bebé que colgaba de su pecho. No sintió remordimiento. Necesitaba ese taxi con urgencia.

La consulta de la doctora Smith estaba casi vacía. Sofía se encontró sola, sentada frente a la típica mesita de centro, plagada de manoseadas revistas. Comenzó a ojear la primera que pudo alcanzar, mientras una espantosa musiquita ambiental invadía del lugar.

En la primera página de la revista pudo ver algunas imágenes que le parecían familiares. Era un reportaje de cinco páginas dedicadas al lujoso departamento de Blanca Montes, con una foto de la dueña de casa incluida. “*Así vive la exitosa empresaria de la moda*”, pudo leer. Este es su living, este es su comedor, aquí recibe a sus amigos, este es su espacio de trabajo, su computador último modelo y su mesa de escritorio minimalista y funcional, obra de los *designers* “Comming & Rossel”. Felizmente que el azar puso esa revista en sus manos, así no pasaría por ignorante si Blanca le preguntaba que le había parecido el reportaje. Con la revista encima de sus piernas, sacó el celular de su

bolso que vibraba sin parar y contestó el sms que Pablo le había enviado. “*Llego pronto, no te preocupes...*” alcanzó a responder antes que la asistente de la doctora la hiciera entrar.

–Bien, señorita Cárdenas, tengo el resultado de sus exámenes y en general todo está bien.

“*En general todo está bien*”. Y ¿en particular hay algo que no lo está? –pensó Sofía.

–...Y bueno –continuó la doctora Smith–. Me gustaría repetir la mamografía porque los resultados revelan la presencia de una pequeña lesión sospechosa.

–¿Un tumor, doctora, tengo cáncer? Dígamelo por favor, no me oculte nada...

–Señorita Cárdenas, por ahora le recomiendo que repitamos el examen. Al parecer no es nada grave, pero lo mejor será estar seguros de que verdaderamente no lo es. La alteración que aparece en los rayos X puede deberse a que el examen no fue realizado correctamente. En este caso, el protocolo indica que debemos repetirlo.

Los médicos tienen esa capacidad maléfica de sembrar la duda con sus frasecitas de estilo: “en general todo está bien”, “no es grave, pero mejor es estar seguros”, “al parecer se trataría de...”. Lo único que esperaba Sofía era una respuesta concreta. Saber si estaba enferma o no. Si era un tumor o no. Si tenía cáncer de mamas, o no. Si iba a tener que ser operada o recibir quimioterapia. La fascinación de lo peor, esa del que hablaba el libro que había leído Maurice, se apoderó de ella con más fuerza que nunca.

Camino a su casa, pensó en su tía Manuela, esa tía de la cual su madre y su abuela hablaban, pero que ella nunca conoció. Ella había muerto de cáncer y por lo que contaban había sufrido lo indecible. Sin tratamiento y sin médicos especialistas. Había dejado este mundo sola, en la fría sala de un hospital pasada a desinfectante. Hoy en día se habla de “muerte digna”; en el caso de la tía Manuela, ese concepto estaba muy lejano todavía.

En su cabeza se pasó miles de películas. Se veía a sí misma, cual tía Manuela, en una cama de hospital con sondas por todos lados. Conectada al monitor de los signos vitales, ese que muestra las rayitas que sube y bajan y que hace tic, tic, tic... y de pronto, tiiii...

Se imaginaba a Pablo a su lado, igual que la escena de “Ángel Malo” que tanto la había hecho llorar en el pasado. Ella le diría, “te amo”, apenas, con los labios secos, mientras Pablo se aferraba fuerte con la mano sobre las de ella y las rayitas del monitor comenzarían a debilitarse hasta hacer un sonido plano y no registrar ningún movimiento. Y con todo eso, el cuento de hadas llegaba a su fin. El fabuloso destino de Jéssifer Cárdenas se fundía como un cubo de hielo en un lavaplatos. Ya se decía ella que la vida no podía ser tan color de rosas, que la súper estrella luminosa que estaba siempre sobre ella terminaría por quedarse sin baterías.

Cáncer, lo que le faltaba. ¿No podía ser una enfermedad más tajante. Una pulmonía fulminante, un paro respiratorio, o uno de esos árboles que se desprenden y caen sobre las personas y las matan a la primera? No. La vida sin duda le cobraría sus triunfos bien caros, con una enfermedad lenta, con tratamientos largos, dolorosos, insoportables y lo peor, sin saber siquiera si serían efectivos o no. Se le caería el pelo y las cejas. Tendría que usar un turbante y pegarse pestañas postizas. En el peor de los casos tendrían que amputarle un seno, con todo lo que ello significaba: perder parte de su femineidad, parte de su cuerpo.

No le contaría ni una palabra a Pablo. Le diría que todo iba bien. No le diría que tendría que repetir el examen. Se guardaría todo para ella hasta saber si el cáncer estaba ahí. Sí, ella sabía que la palabra cáncer no había salido de la boca de la doctora Smith en ningún momento, pero ella prefería darlo por hecho. Siempre había que ponerse en el peor de los casos. Repetiría la famosa mamografía tres días después, y sabía que la espera sería angustiante. Ni a Maurice le contaría nada, estaba muy feliz como para irle a contar sus males. Durante ese fin de semana haría lo que fuera para evitar pensar y se olvidaría de sus malos

presentimientos. Durante esos tres días de espera, se escaparía cinco minutos a un lugar tranquilo, se encerraría en el baño tal vez, y le rezaría una oración a la virgencita de los Rayos y besaría la imagen que su padre le había regalado cuando lo fue a visitar al hospital. Esos tres días infernales, trataría de ser buena con todo el mundo, llamaría dos o tres veces a su madre a San Víctor para hablar con ella y preguntarle como estaba. Pero también se daría tiempo para gozar de la vida como si estuviera segura que iba a morir. Convencería a Pablo de acompañarla a cenar a un restorán caro, o irse de viaje, se compraría un auto, un *fiat mini*, que era el modelo que siempre le gustó y quiso tener. Pablo lo conduciría porque ella aún no tenía su licencia, e irían a pasar una tarde a la playa. O partirían como los amantes de los video clips, sin destino fijo. Ella sacaría la cabeza por la ventana del auto y sentiría el aire ahogarla mientras su larga melena volaría con el efecto de la velocidad.

En sus últimos meses de profesional exitosa había juntado plata. La idea del auto era posible. Siempre había tratado de ser lo más austera pensando en el futuro. ¿Pero de qué le serviría todo esa plata si la doctora Smith le decía. “Lo siento mucho señorita Cárdenas pero no tengo muy buenas noticias...”? De nada, sus ahorros no le servirían de nada, por lo tanto decidió gastarlos y disfrutarlos. Ser feliz. Si tenía que someterse a esos tratamientos largos y caros, su seguro cubría todo. Daba lo mismo.

—¿Señorita es aquí? —preguntó el taxista—. Señorita, ¿está bien?, le pasa algo?

—Perdón. Estaba un poco distraída... Sí, es aquí. Muchas gracias.

Sofía se demoró en pagarle al taxista. No podía encontrar su monedero. Luego, al llegar a la puerta del departamento, tampoco podía encontrar las llaves. Desde el momento que dejó la maldita consulta parecía que nada le resultaba bien.

—Hola mi amor, ¿cómo te fue en el doctor? ¿Te dijo

que eras una mujer espectacular y que no necesitabas inyectarte botox ni hacerte una lipo?

–Tal vez un implante mamario. -respondió Sofía, desafiando al destino.

–Pero si tus tetas están perfectas. Esa doctora es una envidiosa. Pero bueno, hablando en serio, ¿cómo te fue?

–Bien, mi amor, todo está perfecto y mi cuerpecito escultural funcionando de maravilla. Perdona, tengo que ir al baño urgente, luego conversamos más...

VIII

La esperanza y el miedo son inseparables

François De La Rochefoucauld

Maurice no podía concentrarse en sus posturas de yoga. Trataba de hacer el saludo al sol y perdía el equilibrio al punto de caer. Su profesora lo miraba desconcertada. Maurice había practicado yoga casi toda su vida. De chico había visto a su madre hacerlo y luego, estando en la India, perfeccionó su aprendizaje. Era una disciplina de vida. Sin embargo el cuerpo no respondía cuando se estaba con la mente en otro lado, y era Sofía la causa de su preocupación.

Sin mayores explicaciones le había pedido dos días de vacaciones aduciendo problemas personales. Pero, ¿qué serían esos problemas personales? En general Sofía le contaba todo, era una mujer directa y debía ser algo muy importante lo que sucedía como para no haberle dicho nada. Desde que Sofía trabajaba en la boutique no había faltado ni un solo día, siempre a la hora y la última en irse. El perfil de la empleada perfecta. Aunque él estaba convencido que la perfección no existía.

Al terminar la clase de yoga llamó a Sofía al celular. No contestó. La llamó a su casa, tampoco nadie contestó.

—¡Pero no entiendo nada, Sofía!, ¿por qué Buenos Aires...?

—Porque ninguno de los dos conoce Buenos Aires, y porque estoy cansada y necesito vacaciones. Necesito cambiar de ambiente. Ya hablé con la agencia y los pasajes están listos. Partimos mañana a las diez, las reservas de hotel también están hechas.

–Estás loca. Tengo que estudiar para un examen súper importante.

–Estudiarás en el avión o en el hotel, seguro que encontrarás un momento...

–Pero qué pasa. Te desconozco.

–Bueno, ¿vas o no...?

–No me dejas opción. Pero sigo sin entender...

–No hay nada que entender, mi amor. Sólo quiero estar contigo lejos de aquí, de todo. A veces odio esta ciudad de mierda. Quiero irme lejos. Estoy agotada...

Sofía se puso a llorar como una Magdalena en los brazos de Pablo, repitiendo una y otra vez que estaba cansada y quería irse lejos con él.

–Está bien, está bien, haremos lo que tú quieras. Tranquila mi amor...

Los miedos de Sofía eran contados. La primera vez que sintió un miedo profundo fue cuando su abuela iba a morir. Un ambiente de incertidumbre, tristeza y dolor se apoderó de ella y de toda su casa ese día. Cuando el médico dijo a su madre que no había nada más que hacer por su abuela y ésta se fundió en un llanto inconsolable, Sofía vio desfilar la vida en cámara lenta. Los vecinos aparecieron a los cinco minutos atraídos por el escándalo, comenzó a oír voces por todos lados, una luz que se prendía, otra que se apagaba, puertas de se abrían y cerraban, perros que ladraban, más llantos.

La televisión había permanecido prendida: “¡Apaga esa tele niña que tu abuela se murió!”, le gritó una vecina descontrolada, sin el menor tino.

Sofía permanecía aterrada. Plantada como un árbol en medio del living, petrificada, sin tener la fuerza necesaria para llegar hasta la tele y apagarla como le ordenó esa mujer extraña. Todo eran imágenes cortadas, ruidos leja-

nos, pasos que desfilaban sin cesar sobre el pasillo de madera y que provocaban un eco ensordecedor que no hacía más que incrementar su angustia. Antes había tenido pequeños miedos. La reacción que provocaba en su madre y su abuela una mala nota del colegio, miedo a ir al baño sola, a los temblores o las tormentas en invierno. Pero nada comparable con el miedo que sintió cuando su abuela falleció, miedo a no saber qué pasaría después, cuando sólo fuese un recuerdo, cuando se la llevaran para siempre al cementerio.

El cura le había dicho que los muertos iban al cielo si habían sido buenos en la tierra, pero que no se iban directo, que tenían que pasar primero por el purgatorio. Según ella, su abuela había sido buena, pero qué sabía lo que pensaba Dios. “Después del entierro hay que rezarle durante una semana para que salga del purgatorio”, recomendó una vecina. Y así lo hicieron. Era la usanza en el pueblo, aunque las famosas plegarias no hacían nada más que aumentar una vez más el estado de angustia en que ella y su madre se encontraban.

–Mamá, tengo miedo, echo de menos a mi abuelita...

–Yo también hija, pero tenemos que aprender a vivir sin ella.

Eunice no se caracterizaba por sus grandes reflexiones de sabiduría pero le dijo lo justo a su hija. Ambas tendrían que vencer el miedo y aprender a vivir de forma distinta.

La segunda vez que sintió un miedo importante fue camino a la capital. Cuando decidió ir del campo a la gran ciudad a probar suerte.

En el tren, con su cartera apretada contra su falda, miraba por la ventana y pensaba en lo que estaba haciendo. Angustia, inseguridad, pánico. Un escalofrío indescriptible se apoderó de todo su cuerpo, una extraña sensación que la hizo por poco cambiar de opinión y devolverse al pueblo. Se había armado de valor y estimó que era tiempo de tomar la vida entre sus manos. Pero ese valor de pronto se transformó en un miedo devastador. En el tren, sus manos

JÉSSIFER, su fabuloso destino

transpiraban y sus piernas temblaban. Se dice que se teme a lo desconocido y era verdad. La entonces Jéssifer, no sabía lo que le esperaba en la inmensa metrópoli.

IX

*Las callecitas de Buenos Aires tienen ese qué sé
yo...*

Buenos Aires les pareció inmenso. Esa ciudad que estando tan cerca, era tan diferente, tan europea, tan sorprendente.

Antes de llegar al hotel, Sofía y Pablo pudieron ver el gran obelisco que lucía imponente en medio de la 9 de Julio. Desde el taxi, pudieron tomar varias fotografías.

Aunque Pablo seguía aún sin entender el verdadero motivo del viaje, porque estaba seguro de que lo había, la excitación de encontrarse en un país extranjero con la mujer que amaba era lo más importante. Tomar el avión juntos, cruzar la cordillera de los Andes, llegar a Ezeiza donde todos hablaban con el famoso acento bonaerense, era un sueño. Estar siempre abrazados, o de la mano, siempre juntos.

El hotel era divino y se encontraba en pleno centro de la ciudad. Blanca se quedaba ahí cada vez que viajaba a Argentina y cuando llegó el momento de hacer las reservas, no dudó en elegir el mismo, también quería estar ahí de curiosa y conocer los gustos de su jefa.

—¡Pero Sofía, debiste pagar una fortuna por este lugar! —dijo Pablo, mientras constataba que el gran florero de cristal que estaba sobre la mesa del escritorio, contenía un pomposo ramo de rosas blancas recién puestas—. Y mira la vista que tenemos por favor, ¡se puede ver casi todo Buenos Aires!

—No te preocupes tanto y disfrutemos nuestra estadía aquí. Además la empresa tiene un convenio con este hotel y hay un descuento especial. Sale mucho menos de lo que imaginas.

—¡Pero Sofía, mira! ¡En el baño hay un jacuzzi!

—¿En serio?, ¿y qué esperamos?

Transcurrió media hora antes que ambos entendieran como funcionaba el sistema, dieron vuelta una llave, luego otra y en el instante en que el famoso sueño del baño en el jacuzzi comenzaba a desvanecerse, Sofía apretó un botón que hizo saltar choros de agua en todos los sentidos como la fuente de una plaza. Reaccionó rápido antes de la inundación total y desactivó el sistema. Secaron rápidamente el agua del piso mientras la bañera se llenaba de agua normalmente.

Usaron las sales perfumadas y la espuma comenzó a acumularse. Se desnudaron y disfrutaron del agua tibia y las burbujas que les llegaban hasta el cuello.

–Te ves tan linda, Sofía. Te pareces a una de esas actrices de Hollywood tomando un baño. Sólo te falta la copa de champán en la mano.

–*I love you honey. I'd like to be with you for the rest of my life.* Le respondió Sofía haciendo gestos exagerados de coquetería como si se tratara de Marilyn Monroe.

–¡Wow!, pero qué acento. Ya hablas inglés como una gringa.

–Claro, ha sido una de las principales metas de mi vida. Mi intención es llegar a ser políglota y hablar todos los idiomas del mundo.

–Y sin duda que lo lograrás. Eres la mujer más inteligente que he conocido en mi vida.

La escena terminaría tal como en las antiguas películas de Hollywood. El galán comenzaría a besar las manos de la diva, luego el brazo, los hombros, hasta llegar a sus mejillas y labios, sin dañar el maquillaje ni el peinado. El resto, como en el antiguo Hollywood, quedaría para la imaginación.

La avenida 9 de Julio era realmente impresionante. Pablo y Sofía tomaron varios minutos en atravesarla. Todo para tener diferentes puntos de vista de su amplitud y del

Obelisco. Pablo estaba extasiado tomando cientos de fotos de la ciudad de noche con la intención de escribir un reportaje para vender en alguna revista de viajes.

—Con el pasar de las horas los lugares no son los mismos. Los colores, los matices, las luces, las sombras. Todo hace que los lugares sufran una metamorfosis, -comentó Pablo-. Es como estar en diferentes ciudades a la vez. Una vez leí que Venecia era un claro ejemplo de esta teoría. Al parecer en las tardes y la noche, la ciudad cambia de color y los edificios de apariencia lo que hace que muchos turistas den vueltas y vueltas por horas, como en un laberinto, tratando de encontrar sus destinaciones. Me parece fascinante. Algún día iremos allí para ver si es verdad.

Pablo disfrutaba del viaje como un adolescente. En el aeropuerto compró una guía de Buenos Aires en la que hacía anotaciones, plasmando sus impresiones. Convenció a Sofía de usar el metro y descubrieron la línea más antigua de la capital, que aún conservaba los viejos vagones de madera. No se cansaba, estaba desbordante de energía, de risas, de buen humor y aunque Sofía también estaba entusiasmada, el fantasma de la doctora Smith se le aparecía de vez en cuando como una brisa gélida que le hacía parar los pelos.

—Mi amor, estoy un poco cansada. Volvamos al hotel a descansar un rato y luego prepararnos para salir a comer.

Virgencita de los Rayos. Tú que siempre me escuchas. No dejes que esté enferma. No me abandones. No permitas que mi vida se termine así como así. Sé que no he sido un ejemplo de cristiandad pero no me dejes sola por favor... Virgencita, siento que me quedan tantas cosas por vivir, haz que esos exámenes salgan buenos y que no tenga nada. Te prometo que si todo sale bien iré a verte, a tu santuario, como cuando era chica. ¿Te acuerdas? Mi mamá siempre ha dicho que eres milagrosa, no sé lo que

ella te pidió y que cada año va a agradecerte, pero siempre me decía que le cumplías.

Virgencita ayúdame...

Sofía pronunció su oración encerrada en el baño del hotel. Tenía fe en la Virgen, casi más que en Dios. La Virgen era mujer y según ella había cierta complicidad de género. La imagen de la Virgen de los Rayos era la favorita de la familia. De acuerdo a lo que se contaba jamás había defraudado a nadie. Siempre había cumplido. Su madre, Eunice, desde que era niña se lo dijo. *“Hija, confíe en la Virgen, ella la va a ayudar siempre”*. Eunice estaba convencida de esto porque su petición había sido importante. Cuando estaba embarazada, le pidió a la Virgen que su hija naciera sana, con todo, sus manitos, sus bracitos, y que no fuera enfermiza. Y la Virgen cumplió. Esa era la manda que iba cada año a pagar al santuario, descalza y con un par de velas en las manos que encendía en su altar. Cuando Sofía era chica fue con ella muchas veces. Sofía se acordaba de esos viajes, cuando llegaba con su madre al pueblo donde se hacía honor a la Virgen y sin comprender por qué, a metros del templo su madre se sacaba los zapatos y continuaba su recorrido descalza. Tenía aún viva la imagen de esos cientos de personas que al igual que ellas asistían a ese lugar, unas sin zapatos, otras de rodillas, incluso algunas personas se arrastraban, avanzando con los pies, los codos y las rodillas, llenos de sangre y de tierra.

Sofía permanecía encerrada en el baño rezándole a la *Santa Señora*, a aquella que cuando era niña la miró fijo a los ojos, con esos ojos azules de vidrio y esa mirada penetrante. Aquella cuyos labios, incluso, le esbozaron una leve sonrisa. Esa Virgen misteriosa cuyo halo de estrellas resplandecientes brillaba sin apagarse jamás. Esa muñeca gigante de vestido celeste y dorado, que su madre la obligó tocar y besar más de una vez.

Lavalle, Corrientes, Florida. Los nombres de la calles del centro de Buenos Aires desfilaban una tras otra desde el taxi que conducía a los enamorados rumbo al restorán que había elegido. Una cena espectáculo donde un grupo de bailarines de tango los impresionaría con sus ágiles y apasionados pasos.

Comieron, hablaron y aplaudieron. Definitivamente *“las callecitas de Buenos Aires tenían ese qué sé yo”*, como dice la canción. La noche fue perfecta, el aire era perfecto. Hay momentos en que todos los elementos que componen un instante de felicidad convergen, y ese era uno de ellos.

Al día siguiente se levantaron tarde. Un copioso desayuno servido en la habitación los hizo recuperar fuerzas. Era una luna de miel adelantada.

El Cementerio de la Recoleta era paseo obligado. Los imponentes mausoleos grabados con nombres y apellidos diversos, eran recorridos y admirados por decenas de turistas cuyo principal objetivo era dar con la mítica sepultura de Evita Perón. Una vez delante de ella las cámaras fotográficas y filmadoras hacían lo suyo.

–En la guía que compré –comentó Pablo–, dice que al conversar con un argentino debes tener cuidado al evocar tres personajes que para ellos son sagrados: Carlos Gardel, Maradona y por supuesto, Evita Perón...

–Eso me quedó claro con el escándalo que provocó nuestra reina Cecilia Molocco cuando posó para una revista con el look de Evita y una banda con los colores de la bandera argentina.

–Así que ya sabes. No se te ocurra hacer algo parecido...

–Lo dudo. Esos colores no me quedan bien.

–La carta que prima por sobre las otras es La Emperatriz, símbolo de la elegancia, la belleza, la fecundidad, el matrimonio. Estás pasando por una etapa difícil, profunda, de mucha meditación. Incluso hay miedos que se apoderan fuertemente de ti, pero que no tienen fundamentos.

Debes aprender a superarlos porque según el tarot eres una mujer fuerte y decidida...

Veo una situación oscura. Saca otra carta con la mano izquierda... Aquí hay una mujer, una mujer de la ciencia, que tiene una clara influencia sobre ti en estos momentos. Saca otra... hay una debilidad física, un problema de salud. Esa mujer es un médico. Aquí está claro...

Sofía no dijo ni sí, ni no.

–¿Y luego que pasa?

Las cartas no dicen nada malo. Espera... La rueda de la fortuna... invertida. Hay cambios, cambios positivos, pero no será fácil, tendrás algunos obstáculos en el camino. ¿Ese hombre que está contigo esperando es tu novio?

– Sí... ¿por qué?

–Es guapo, y es un hombre sincero. Van a vivir muchos años juntos. Esta carta lo dice claramente. Bueno hija, eso es todo lo que dicen tus cartas. Ahora dame lo que puedas...

Sofía sacó de su cartera dos billetes y se los pasó a la mujer que le leyó el Tarot. Luego fue corriendo donde estaba Pablo.

–¿Y entonces. La bruja adivinó alguna cosa o no?...

–La bruja me dijo que viviría muchos años contigo...

El rostro de Pablo palideció repentinamente.

–Pero y a ti que te pasa. ¿No te pones contento con la predicción?

–Sí, lo que pasa es que, bueno, yo quería decirte algo ahora y...

–Y dilo...

Pablo sacó un paquetito del bolsillo de su chaqueta y lo abrió. Dentro había un pequeño saco de terciopelo verde, y en su interior un anillo de plata, liso, simple.

–Quiero pedirte que seas oficialmente mi novia Sofía. Quiero compartir mi vida contigo para siempre. Te amo y me gustaría darte este anillo para recordar este momento, este viaje. Lo que te dijo la bruja es verdad. Quiero vivir muchos años contigo. Soy feliz contigo, Sofía, no te imaginas cuánto.

Sofía escuchaba atónita.

–Yo también quiero vivir contigo para siempre, Pablo. Nunca había estado más segura. Pase lo que pase. Quiero estar a tu lado. Para siempre...

Los ahora novios oficiales se besaron y se abrazaron. La mano derecha de Sofía, descansaba sobre el hombro de Pablo, y el anillo, que calzaba perfectamente en su dedo anular derecho, era acariciado suavemente por su otra mano.

X

Son tiempos difíciles para los soñadores...

Amélie

–No entiendo por qué no me contaste nada, estaba tan preocupado por ti, no te imaginas cuanto. Me pides permiso y desapareces. Pero no importa, da lo mismo. Lo que importa es que estés tranquila y confiada en que no estás enferma. Si me dices que la doctora no te dijo nada grave, es porque no es nada grave. Sofía, eres tan buena para pasarte toda clase de películas, deberías ser más práctica. Si la doctora nunca habló de cáncer es porque no hay nada de que preocuparse, vas a ver que el examen va a salir bien.

–Maurice, quiero que me acompañes a comprarme un auto...

–¿Qué? ¡Pero si ni siquiera sabes conducir!

–Pero Pablo sí.

–¿Y esa idea tan repentina?

–Siempre quise tener un mini, sabes, como el que tenía la ex esposa de Sarkozy...

–¡Pero valen una fortuna!

–Quiero darme ese gusto.

–Loca...

–Bueno, me acompañas o no...

–¿Cuándo?

–Esta tarde.

–¿Sabes los precios?

–Sí, y tengo el dinero necesario. Lo vi en internet...

–*Très bien*, pero antes debes prometerme que me contarás todo lo que pase en adelante. No quiero ser el

último en enterarme de las cosas que te ocurren. Recuerda que soy tu amigo, y tu jefe.

–Gracias Maurice, te lo prometo.

XI

Cause after all, nothing's indestructible

Masterpiece, Madonna

Los resultados del examen estaban listos. Cuando Sofía recibió el llamado del laboratorio avisándole casi se desmayó. Estaba sola en su oficina. Quiso sacarle información a la secretaria preguntándole si todo estaba bien, pero la mujer no le dijo nada, solamente que una copia del examen había sido enviada a la doctora Smith y que debía ser ella quien le informara sobre los resultados.

Apenas terminó con el laboratorio, marcó el número de la doctora para pedir una cita esa misma tarde.

Súbitamente pensó en Karen Larraín, ese ángel de la guarda que la rescató cuando estuvo a punto de tomar uno de los caminos que podrían sacarla de la desesperación. Vio sus ojos diciéndole, eres joven, eres inteligente, puedes lograr otra cosa. Se acordó del tono de voz que empleó, de la energía con que la sedujo y logró hacerla reaccionar. Nunca nadie le había hablado así, menos una desconocida en una sala de espera. ¿Dónde estaría Karen ahora? ¿Acaso estaría mirándola desde el más allá? A Sofía le intrigaba como a muchos lo que sucedía después de la muerte. Tal vez los muertos estaban bien al tanto de lo que pasaba en la Tierra con todos aquellos que habían conocido. Tal vez Karen desde lo alto, o donde fuera, observaba lo que le ocurría a ella o a Blanca. ¿Por qué no pedirle a Karen que la ayudara también, como se lo había pedido a su virgencita? A su amiga, que la vida le había arrebatado tan de repente, sin siquiera llegar a conocerse más en profundidad. ¿Por qué no invocar también el espíritu de su abuela, incluso el de su padre que tanto dijo quererla?

La hora de la consulta se acercaba y era como cuando en el colegio debía dar un examen. No valía la pena estudiar dos minutos antes. Era inútil. Como en este caso, que era inútil seguir rezándole a Dios, a la Virgen, a todos los

muertos. Dejaría todo en las manos de su destino. Debía entregarse a su destino, así de sencillo. De todas formas, con o sin ella el mundo seguiría dando vueltas, el día y la noche seguirían existiendo. Mucho dramatismo pensó, pero qué más podía pensar. Sofía estaba convencida que algo malo iba a pasar. Habían sido muchos momentos de felicidad, demasiados. La gente no nació sólo para ser feliz, también debía conocer la desgracia, es normal, pensó. En fin, fuera lo que fuera, había que aceptarlo.

—Señorita Cárdenas —comenzó la doctora Smith—. Aquí tengo sus exámenes y creo que hicimos bien en repetirlo porque existe un pequeño problema. El estudio revela la presencia de un fibroadenoma.

La doctora Smith no se daba cuenta que el tecnicismo de la palabra empleada era capaz de dejar perpleja y sin aliento a cualquier ser humano común y corriente. ¡Qué mierda podía significar fibroadenoma! Tal vez lo había leído en alguna parte, tal vez lo sabía, pero los nervios no la hacían reaccionar. Fibroadenoma. Eso sonaba igual que metástasis, fibrosis, edema. Todas esas palabras que ellos, los médicos, pronuncian diariamente y que están convencidos que todo el mundo conoce.

—Señorita Cárdenas. No se preocupe. En apariencia no sería nada grave. Es muy común en las mujeres jóvenes.

Y dale. Era como la película “*Terminator*”, la angustia no se terminaba...

—Como le decía, el examen reveló la presencia de un fibroadenoma, en términos más simples, un pequeño tumor.

—¿Me debo operar, doctora?

—Sí, a pesar de que se trata de un tumor pequeño, un centímetro aproximadamente. Es recomendable hacerlo. Pero antes me gustaría ver el resultado de la biopsia. En todo caso, este tipo de lesiones se tratan por medio de una intervención ambulatoria. No requiere ser hospitalizada. Se trata de una pequeña incisión en la mama, con anestesia local. La cicatriz será prácticamente imperceptible. Esté

confiada señorita Cárdenas, no veo motivo de alarma. Le voy a dar esta orden para realizarse algunos exámenes complementarios antes de la intervención.

Sofía estaba entregada. La consulta no alivió ni incrementó su estado de angustia. Maurice estaba afuera esperándola y le contó serenamente lo que había dicho la doctora y éste la abrazó dándole confianza y aludiendo al caso de una amiga que había sido operada de lo mismo sin mayores consecuencias. Sofía le agradeció sus palabras, pero ya no quería pensar más en el tema, deseaba olvidar todo, abstraerse, era la mejor arma para enfrentar ese tipo de situaciones. Haría todo lo que tenía que hacer, ir a la ventanilla y pedir a la mujer vestida de celeste una cita para los famosos exámenes complementarios, la anotaría en su agenda, y agradecería a Maurice su compañía. Luego, llamaría a Pablo para que fuera a buscarla en su flamante auto nuevo y qué importaba el futuro. Ya había sufrido demasiado producto de la angustia y no quería seguir sufriendo. Quería decir basta a la incertidumbre, a la espera, al miedo. Sacar ese gran escudo que siempre había utilizado en la vida y plantárselo en su pecho para que nada la afectara.

Se encontró con Pablo en una plaza cercana. Pablo se veía guapo manejando el auto, lo hacía con estilo, como ella había imaginado alguna vez al príncipe azul de sus sueños.

—¿Todo está bien? Vi a Maurice subiendo en su auto. ¿Estaba contigo? Me voy a poner celoso de él. ¿Por qué no estaba acompañándote yo en lugar de él?

—Fue excepcional. No podíamos dejar de hablar de una decisión súper importante que hay que tomar en la boutique; por eso nos encontramos aquí. Era algo urgente.

—Este auto es espectacular. ¡Si vieras como me miran las mujeres cuando paso!

—Sí, pero te va a durar muy poco el glamour porque la semana que viene comienzo mi curso de conducir y la fiesta se te va a acabar...

–¿Dónde la llevo, señorita?

–Vamos a... , vamos a... vamos a San Víctor, quiero que vayamos a ver a mi mamá.

–Pero...

–Pero nada. Nos vamos a San Víctor.

XII

¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Amado Nervo

En San Víctor todo seguía su curso normal, salvo una pequeña gran excepción. Sofía se encontró con una madre cambiada, sonriente, llena de vida, con proyectos. Su casa estaba convertida prácticamente en una empresa. Las famosas muñequitas artesanales le ocupaban gran parte de sus jornadas. Junto a sus amigas habían comenzado a vender grandes cantidades. La feria del pueblo había sido una gran plataforma de lanzamiento y recibían decenas de pedidos para regalos de empresas y toda clase de eventos, bautizos, matrimonios y festividades diversas.

Se puso contenta cuando vio a su hija y a su yerno. Claro que no tuvo mucho tiempo para atenderlos. Sofía había pensado en contarle lo de su estado de salud, pero viendo que la noticia afectaría su evidente entusiasmo y felicidad cambió de opinión.

Pablo causó una buena impresión a Eunice aunque ésta, hubiese preferido a Maurice como novio de su hija. Pablo por su parte, la encontró simpática y nunca pensó encontrarse con una mujer tan activa y tan apasionada por el trabajo que realizaba. Su forma de hablar, su mirada viva, su sonrisa eran testigo de su cambio positivo.

Todos juntos fueron a dar un paseo en el auto nuevo y recorrieron el pueblo. Eunice les mostró los últimos progresos de San Víctor. La nueva panadería que se había lanzado en la venta de “*baguettes*”, como las de Francia, una revolución. Desde que se instaló todos querían probar la especialidad francesa. Aprovecharon de comprar dos para cenar. Vieron como había quedado la Plaza de Armas después de la gran remodelación, el proyecto faro del nuevo alcalde. Bancos nuevos, cerámicas, árboles, plantas autóctonas y una gran fuente en el centro con una escultura ornamentada de cisnes y la figura de una mujer con un

ánfora en las manos por donde caía un chorro de agua. El alcalde quiso rescatar el espíritu de las plazas del siglo diecinueve, con un marcado estilo romántico. El resultado fue maravilloso. Todos estaban contentos en el pueblo, especialmente la gente mayor, porque les hacía pensar en como era antes.

Se dieron un tiempo para entrar en la iglesia y apreciar la nueva imagen de la Virgen María que había sido restaurada completamente. Ojos nuevos, azules y cristalinos y un rostro liso y rosado como de porcelana. El ícono religioso había tenido derecho a un cambio de look completo. Vestido nuevo y un magnífico rosario de plata que le colgaba entre sus manos, traído directamente de Roma y que había sido bendecido por el mismo Papa Juan Pablo II.

Luego del city tour, dejaron a la madre en la casa y fueron solos a almorzar al restorán “Las Lolos”. Una antigua casa de estilo colonial, con un colorido jardín y un imponente parrón que servía de alero a las mesas y sillas donde los asistentes disfrutaban de la empanadas más ricas del pueblo. Las Lolos, era un local atendido por sus propias dueñas. Dos mujeres mayores, solteras, que lo único que habían aprendido a hacer en la vida eran sus míticas empanadas cocidas en horno de barro. Trataban a todo el mundo de “mijito”, y las bromas en doble sentido eran motivo de grandes risotadas entre los clientes de más confianza.

–¡Pero mijita por Dios que está cambiada usted! ¡Le ha hecho bien la vida en la capital! –le dijo una de las mujeres a Sofía–. ¡Y miren el “mijito” que se fue a conquistar! ¡Si parece un ángel caído del cielo!

–Sí pues, señora Lola. ¡Y no me lo mire tanto, no ve como está de rojo!

–No niña, como se te ocurre, si yo estoy muy vieja pa’ él, pero con unos años de menos, seguro que te le hecho el ojo. ¿Se van a servir otra empanadita?...

Y las Lolos rompían en risotadas interminables.

Lo pasaron bien. Pablo estaba feliz de conocer el pueblo donde Sofía había crecido, la gente que la conoció chica, cuando era Jéssifer. Se la imaginó corriendo por la plaza para llegar al colegio vestida con su uniforme azul y su blusa blanca, cargando su bolsón lleno de cuadernos. Comprándole “*lolis*” al carrito ambulante, que aún existía, aunque el dueño ya no era el mismo. Pablo rememoró también su propia infancia y se sorprendió como a pesar de haber nacido en lugares distintos ella y él, compartían tantas cosas en común. Las historias finalmente se repiten en todos lados. Los símbolos eran los mismos, los juegos eran los mismos, las mismas golosinas “*los lolis*”, “*los superocho*”, “*los algodones*”, “*las sustancias*”. Tocar el timbre en las casas y salir arrancando, fumar escondido en la plaza, jugar naipes, a la escondida, o a la pinta, falsificar una firma en la libreta escolar. Ir a comprar el pan y comerse un pedazo, tenerle miedo al mendigo del pueblo, creer que la vida es sólo eso, el pueblo, su gente, su modo simple de ver pasar día tras día y no interesarse en saber que hay más allá.

–Qué piensas –preguntó Sofía.

–Pienso en que te amo, eso pienso.

Séptima Parte

JÉSSIFER, su fabuloso destino

I

*Por favor no hablemos del clima o del tránsito.
Estamos perdidos entre la ciudad y nuestra
ansiedad...*

Luciano Supervielle (Rêverie 2011)

El supermercado estaba repleto y la gente histérica empujando los enormes carros cargados de kilos y kilos de mercadería. Intentando desplazarse a estrellones para agarrar más productos antes de comenzar a hacer las largas filas en la cajas.

Maurice odiaba ir al supermercado. Era de los que hacía sus compras una vez al mes como máximo. Nunca tuvo los muebles de cocina ni el refrigerador repletos de cosas, siempre compraba a medida que necesitaba. Si en alguna oportunidad le faltaba algo, sabía que el boliche que se encontraba cerca de su departamento estaba abierto prácticamente las veinticuatro horas del día. Prefería pagar doble, y no sacrificar su salud mental. Según él era mejor que luchar por sobrevivir en un supermercado saturado de gente, lleno de viejas histéricas y niños gritones.

Pero Ismael pensaba lo contrario. Para él la organización era ley. Verificar cada día lo que había o no había en la casa, cual jefe de bodega, era imposible de evitar. Su tatarabuela lo había hecho así, su abuela y su madre lo hacían así. Era una de esas costumbres que se heredan.

Maurice había conversado muchas veces del tema con Ismael explicándole sus puntos de vista, su horror de enfrentar las multitudes y pasearse con un carro lleno de cosas. Era casi una fobia. Pero al mismo tiempo, sabía que como una pareja de personas civilizadas, tendrían que llegar a un acuerdo. Maurice accedió a acompañar a Ismael sólo en casos de emergencia y ese domingo, era un caso de emergencia.

–Tenemos que comprar servilletas de papel para la

reunión del próximo sábado. ¿Por qué no vas a buscarlas y las eliges a tu gusto? Si yo lo hago seguro que las encontrarás feas –dijo Ismael.

–Ok.-respondió Maurice haciendo su mayor esfuerzo por mostrarse solidario.

Con un paso acelerado, se internó en los pasillos en busca de las servilletas, mareado de ver tantos productos y tanta gente. De pronto alguien lo tomó del brazo y lo llamó por su nombre. Era Esteban. Físicamente sin mayores cambios, un poco más gordo tal vez, pero quizás era su nuevo corte de pelo que hacía ver su cara más rellena.

–Qué sorpresa. ¿Cómo estás? –le preguntó Maurice.

–Bien, aquí, comprando algunas cosas...

–Sí, yo también...

–¡Pero si tú detestas los supermercados!

–Sí, y los sigo odiando. Pero acompañé a Ismael...

–Yo vine con Juan Eduardo, mi pareja, espera, ahí viene, te lo presento.

Un joven de unos veinticinco años se acercó a Esteban diciendo con una voz chillona y afeminada que ya había encontrado las velas aromáticas que andaba buscando. Era Juan Eduardo. Un poco más bajo de estatura que Esteban, vestido con unos jeans ajustados y rebajados que dejaban ver el elástico de sus calzoncillos Calvin Klein, y una camiseta dos tallas menos que ponía en evidencia su cuerpo todavía sin desarrollar.

–Juan Eduardo, te presento a Maurice...

–*Enchanté!*, respondió éste en francés. Esteban me ha hablado mucho de ti –continuó, usando un tono rebuscado, tratando de mostrarse maduro y desenvuelto, sin mucho éxito.

–Ah, qué interesante. Espero que haya hablado bien de mi siquiera.

–¡Claaaro! –respondió Juan Eduardo, alargando su respuesta exageradamente, para afirmar que no mentía.

–Yo jamás hablaría mal de ti, Maurice –interrumpió Esteban.

–Sí, lo sé, no te preocupes, es el tipo de comentarios que se hace siempre en estos casos -argumentó Maurice- Pero chicos, me tengo que ir –continuó. Ismael debe estar esperándome en la caja. Fue un gusto verlos, a ver si un día de estos hacemos algo juntos -finalizó.

La mirada de Esteban quedo fija en la imagen de Maurice alejándose y perdiéndose en los pasillos. No volverían a verse en años.

II

*“Es la higuera el más bello
de los árboles del huerto”*

Juana de Ibarbourou

–Muy bien, señorita Cárdenas, relájese y respire profundo –dijo la anestesista mientras introducía una delgada aguja en el brazo de Sofía. Y con una máscara de oxígeno cubriéndole la boca y la nariz Sofía se transportó lentamente del mundo real, al mundo de los recuerdos y sueños interminables.

“Toda vestida de blanco, almidonada y compuesta, en la puerta de su casa, estaba la niña negra. Un erguido moño blanco decoraba su cabeza; collares de cuentas rojas en su garganta dan vuelta...”

Todo comenzó con estos versos, de aquel poema de Luis Cané que tuvo que aprenderse de memoria en el colegio. No le costó nada, su buena memoria hacía que cada palabra fuera retenida sin olvidos, y cuando lo repetía en voz alta su precisión era perfecta. Este poema le gustaba. Se imaginaba que ella era la niña negra, que ella estaba sentada en la puerta de su casa viendo pasar la gente, vestida de blanco y con un hermoso collar de perlas rojas rodeando su cuello.

Sus sueños la transportaron lejos, a su infancia, su adolescencia. La llevaron al lado de su abuela. La hicieron volver a sentir esos olores característicos del campo, la leña, el carbón, esa cocina que servía de refugio para la familia en los crudos días de invierno. Pudo volver a sentir en sus manos la masa suave y blanda que su abuela preparaba para hacer el pan casero y las tortillas, el sabor de la mermelada de mora que hacía cocer lentamente en una gran olla de aluminio.

Regresó a su primer día en el colegio, cuando su visión de niña la hacía creer que todos eran gigantes y que su escuela era un país completo que tardaría semanas

en descubrir por miedo a perderse. Vio entre sus manos su primer libro, el “*Lea*” a todo color, con el que aprendió a leer. “Mi mamá me mimó”, una de sus más recordadas lecciones, que dejaría la letra eme fijada para siempre en su cerebro.

Sus manos volvieron a tocar esos viejos cuadernos donde escribía, llenos de borrones, porque intentaba hacer cada letra perfecta, sin errores, aunque ello significara una mancha negra en la página o claramente un hoyo de tanto insistir con una goma de mala calidad. Cientos de recuerdos llegaron a su mente, cientos de sensaciones, de perfumes, de sabores que ya creía olvidados.

Las manzanas confitadas. Eran ricas las manzanas confitadas que vendían en el quiosco de la escuela. Lástima que fueran tan caras para ella. Y eran tan lindas, con ese color rojo intenso y brillante que le hacía agua la boca. “Dame un pedacito”, le decía a una de sus compañeras más pudientes, que podía comprarse una todos los días, “no ves que se me va a reventar la hiel”, Nunca supo concretamente que era la hiel, pero sabía que era un argumento que en la mayoría de los casos no fallaba, porque la víctima del chantaje extendía rápidamente el preciado manjar hacia su boca para que le diera un mordisco, no muy grande eso sí.

En su sueño vio a Alison, su compañera frustrada de aventuras. Un vestido negro y andrajoso la cubría, y su rostro era pálido y sin vida. La imagen la mostraba sentada a su lado. Sofía trataba de acercarse más y tenderle la mano, preguntarle qué le ocurría, pero Alison estallaba en ensordecedores e histéricos gritos que le decían “¡te odio!”, “¡ándate de aquí!”.

La figura de su padre también estuvo presente. Un hombre alto, de blanca sonrisa, que la tomaba en brazos y la balanceaba de un lado a otro con fuerza, que le ofrecía un helado de chocolate y le decía que la quería mucho. De pronto su madre aparecía y lo miraba con devoción, como si se tratara del hombre más perfecto y bondadoso existente en la faz de la Tierra.

Todas las personas que conformaban su historia personal aparecieron. Karen, Maurice, Blanca, Le Bon, Pablo, todos.

No fue un túnel con una luz al fondo lo que vio, pero sí su vida casi completa, todos aquellos detalles y elementos que eran parte de su ser. En sus sueños volvió a ser la niña pueblerina que jugaba en su pieza hablándole a sus muñecas, y que se extasiaba con esos dibujos animados que causaban en ella tantas emociones, *La abeja Maya*, *La princesa Sally o Angel*, *La niña de las flores*. Este recorrido también la hizo reencontrarse con su amiga *Lucy*, por tanto tiempo su mentora y guía espiritual, la mujer que le enseñó tantas cosas, que le dio tantos consejos básicos de la vida, como poner una mesa, como sentarse, como pararse, como vestirse.

En su viaje, Sofía no tenía miedo. Estaba feliz. Se sentía tranquila, disfrutando con alegría de su propio espectáculo, agradecida de tener frente a ella todo aquello que había vivido y que podía revivir. Su propia película. Sus memorias filmadas con un realismo conmovedor. Su fabuloso destino que había sido pasado y que era presente otra vez.

No hubo muchas escenas de su vida junto a Pablo. Debía ser porque Sofía cayó en este trance mientras su historia con él se desarrollaba. Sin embargo, puedo rememorar aquel momento en que ambos estaban sentados frente al mar, en *La Serena*, cuando las agitadas olas y el crepúsculo formaban ese típico paisaje que sueñan todos los enamorados.

Los colores eran vivos y los sonidos claros como el agua. Cada imagen brillaba de realismo, el sol, la luna, el mar, incluso las rosas del jardín de su antigua casa en San Víctor expedían un perfume denso y embriagador, los árboles del patio, los manzanos, ciruelos, parecían dibujados por un artista del Renacimiento. La gran higuera que en verano cubría con sus hojas y sombra una gran parte del patio, era de un verde sublime. La misma que le ofreció por años sus higos negros repletos de una pulpa roja y deliciosa.

III

El infierno es esperar sin esperanza

André Giroux

En el hospital, a metros de la sala de operaciones, la espera era agotadora. Maurice bebía café tras café.

Pablo se paseaba de un pasillo al otro. A ratos se sentaba y trataba de leer un libro, pero era imposible. La madre de Sofía, quien había viajado desde San Víctor a acompañar a su hija, trataba de matar la espera cosiendo como una autómatas un pequeño vestido para una de sus muñecas, pero concentrarse en tal labor también le era imposible, de sus dedos salían diminutas gotas de sangre por las sucesivas clavadas que se daba con la aguja porque no miraba lo que hacía. Blanca Montes llamaba a Maurice cada diez minutos para obtener noticias y no estaba ahí porque odiaba los hospitales y pensaba que esperar con todos no tenía ningún sentido.

Un hospital es un lugar de vida y muerte, de ansiedad, desesperación, angustia y espera. Pero no cualquier espera. Aquella que te liga a un ser querido, a un familiar que está enfermo, a una amiga que va a tener un hijo, a un compañero de trabajo que sufrió un accidente. Cuando esperas el metro no es lo mismo, no es la vida lo que está en juego, es tu tiempo, el temor de llegar atrasado a un compromiso. Cuando estás en la sala de un dentista tampoco es lo mismo, a pesar de tu angustia, en general las cosas salen bien. La espera tiene varias caras. La espera es misteriosa.

La espera a menudo es exigente, egoísta. Supone dar por hecho algo que ansiamos suceda como nosotros queremos.

Todos querían que la operación de Sofía fuera un éxito. Su madre, con el amor eterno hacia su hija, le pedía a Dios, a la Virgen, a los santos y a todas las ánimas que

todo saliera bien, que quería ver a su hija como siempre la había visto, linda, sana, caminando feliz y sonriente. Maurice, quería recuperar a su amiga, a esa mujer que apareció en su camino y lo ayudó a superar tantos momentos de duda. Amaba en ella su pragmatismo, su manera tan simple de analizar la vida, no quería prescindir de ella, de su presencia, de sus palabras, de su humor. Le costaba imaginarla acostada en un quirófano dormida y entregada a la ciencia. No comprendía como ese tipo de cosas ocurría así como así, a una mujer joven llena de vida. Y Pablo, Pablo continuaba dando vueltas y vueltas, con los recuerdos de Sofía acaparando todo su cerebro. En un momento de desesperación lloró, apretando con fuerzas el libro que llevaba entre sus manos, y que intentaba leer, una antología de poesía latinoamericana donde justamente aparecía el famoso poema de la Niña Negra, que tanto le gustaba a Sofía.

Sofía tenía un cáncer, aunque incipiente, era cáncer al fin y al cabo. La última biopsia que le habían realizado reveló la presencia de la enfermedad y la noticia se esparció rápido entre su familia y amigos. Ya no había nada que ocultar. Había que operar lo antes posible y extirpar el tumor de raíz para que no se propagara. Las predicciones de los especialistas eran alentadoras. Sofía era una mujer joven, lo que facilitaba el éxito en ese tipo de operaciones y su posterior recuperación. Había muchas esperanzas.

Cuando Pablo se enteró de la noticia comprendió muchos de los raros comportamientos de su novia, lo del viaje a Buenos Aires, la compra del auto que siempre deseó, la loca escapada a San Víctor. Sí, Sofía era una mujer práctica y quería antes de la operación un reencuentro con su antigua vida de pueblo, quería disfrutar de momentos especiales antes de cerrar ese capítulo en su vida. Si todo salía bien, habría tiempo para la organización, la cordura, el ahorro, el seguir trabajando inagotable e incansablemente hasta su vejez, pero antes de, sólo quería disfrutar y darse el gusto de ser feliz. Simplemente fue sabia y quiso sacarle partido al paréntesis que su destino le había impuesto.

En el largo e inmaculado pasillo del hospital el olor a desinfectante era insoportable. La cerámica, recién cubierta de un líquido brillante, reflejaba las luminarias del techo y los amplios ventanales dejaban apenas pasar el potente reflejo del sol veraniego que alumbraba enérgicamente en el exterior. Pablo continuaba su recorrido ciego, hasta que se detuvo por un momento y se sentó en una hilera de asientos pegados uno al lado del otro. Tomó su bolso y sacó su laptop. No tenía dudas de lo que iba a escribir.

“Pudo ser otra pero fue ella, Sofía, la que conozco. Fue ella de quien me enamoré. Ese día no quería ir a trabajar. Los eventos de Batha los detestaba por sobre todo. Prefería ir a servir en cualquier otro lugar menos ahí. Estuve a punto de llamar a un amigo para que me reemplazara. Ver tanta gente frívola amontonada, fingiendo que eran todos amigos, siempre me molestó.

Decidí tomar el trabajo de garzón porque no tengo alternativa. Debo pagar mis estudios y comer. Mis viejos no son millonarios y lo que me dan no me alcanza.

Mi amigo no pudo reemplazarme, debía ir a otro lado, así que no pude escaparme. Nunca imaginé lo que pasaría esa noche, algunas cosas suceden sin que uno se lo espere. De repente. Nada me había indicado que esa noche no sería como las otras.

Parada en un rincón, con los brazos cruzados mirando al horizonte fue como la vi la primera vez. Quise hablarle de inmediato pero no supe qué decirle. Lo intenté dos veces pero no fui capaz. Daba un paso atrás con mi bandeja cargada de copas de champán. Pensé que el alcohol me daría el coraje necesario para abordarla y me tomé dos copas de una vez. Y sí, el trago me dio las fuerzas necesarias para hablarle...

Me sentí como rindiendo culto a una diosa griega. La veía como un ser inalcanzable. Lo que más deseamos en la vida es siempre tan difícil de obtener, pero a la vez es lo que hace la vida más excitante...”

Es así como comenzaba “*El fabuloso destino de Jéssifer*”, el título de las memorias que Sofía le había pedido que escribiera. Luego continuó:

“San Víctor, marzo de 1976. Eunice Cárdenas es acompañada por su madre al hospital. Las dos mujeres no se hablan. La madre esta contrariada porque la situación es incómoda. Nunca aceptó la idea que su hija fuera madre soltera. La hija, entre contracciones y llanto, está aterrada. La madre, sentada en el taxi que las conducía, mantiene su cabeza vuelta hacia la ventana. No quería mirar a su hija y le costaba entender el porqué las mujeres hacían tanta alharaca antes de parir. Las de su generación no lloraban, estaba prohibido. Parir un hijo no era más que un trámite, era como ir a echar una carta al correo...”

–Despierto y eres la primera persona que veo. No sabes cuánto te quiero... me gustaría estar contigo para siempre, estoy tan segura de eso...

–¿Antes no lo estabas?

–Siempre hay un margen de error...

–Veo que la operación no hizo desaparecer tu humor, eso es un buen signo.

–¿Qué dijo la doctora?

–Todo salió bien. Nada de que preocuparse.

–¿Verdad?

–Verdad.

–Soy feliz.

–Yo también.

“No me morí, estoy vivita y coleando, hasta tengo hambre. No me acuerdo de nada, todo fue como una corta

ausencia de este mundo desde el momento en que llegué al hospital. La doctora Smith me lo confirmó. Estoy bien, y puedo regresar a mi departamento en tres días.

Atrás quedaron los temores y las angustias, ya no más angustias. Creo que me hacía falta pasar una prueba como ésta para mirar adelante con mucha más fuerza y confianza. Dicen que el cáncer a veces vuelve a aparecer, pero me da lo mismo lo que digan. Me siento bien, sana, con ganas de salir de este lugar horrible y retomar mi vida con la misma determinación que antes. ¡Qué me importa el maldito cáncer! Ya desapareció, todo eso quedó atrás y de mi depende que no vuelva a molestarme. La doctora me lo dijo. Me controlaré lo que haya que controlar y eso. La vida continúa...”

IV

Noche de Paz, noche de amor...

Las principales avenidas de la Gran Capital estaban más agitadas que nunca. La víspera de la Navidad tiene el don de estresar a la gente. Todos los años el mismo ritual. La búsqueda del regalo ideal para los padres, los abuelos, el tío, la sobrina y el amigo secreto del trabajo.

Maurice vivía la celebración del niño Jesús con indiferencia. Sus padres nunca le dieron importancia a tal evento y él heredó la costumbre. El 24 y el 25 de diciembre era un día como cualquier otro, sin árbol, sin regalos. A su departamento llegaban algunas tarjetas de saludos de familiares y amigos. Lindas y coloridas tarjetas, con flores, nieve, viejos pascueros, algunas con esas chillonas melodías que se activan cuando se abren y ahí quedaban, metidas entre algunos libros las más interesantes y en el tarro de la basura todas las demás.

Ismael era todo lo contrario. Navidad era una fecha que desde niño vivía intensamente. En su familia siempre se armó un gran árbol de pino natural, decorado con cuanto adorno pudiera encontrarse, pelotas de colores, luces, estrellas, figuritas en miniatura, ángeles, guirnaldas y todo lo que pudiera hacerlo lucir bonito y original. Su madre se preocupaba del pesebre. Esto era muy importante porque en él se instalaban personajes y animalitos que habían sido de las generaciones precedentes. De su madre, de su abuela. San José por ejemplo, entero de porcelana pintada, había sido un regalo de su madre. Tantos años habían pasado que el pobre ya casi no tenía cara. Todos recordaban el día que Dudú, el perro que tenían entonces, había salido corriendo con San José entre los dientes, masacrándole el rostro. Siempre decían que lo llevarían a reparar, pero en el fondo nadie quiso hacerlo porque todos los años se acordaban del triste suceso y servía de tema de conversación y risas.

La noche del 24 de diciembre todos cenaban y abrían los regalos. Ismael disfrutaba enormemente, los mejores regalos se los llevaba él. Recibió camiones, tanques, helicópteros, robots, pero su Navidad más recordada fue aquella en que recibió su primera bicicleta, una mini, color verde, con cintas de colores que pendían en ambos costados del manubrio. Una bicicleta de las que salían en los comerciales de la tele. Ismael se sentía un superhéroe y pensaba que ya no tendría que pedirle prestada la bici a nadie.

Y ese año no tenía por qué ser diferente. Convencería a Maurice de pasarla con él y su familia, como siempre. Con una cena, con regalos, con San José y su cara rota. Maurice se negó al principio pero entendió lo importante que significaba para Ismael pasarla con su familia. Al final fue divertido ver a tanta gente reunida alrededor de un árbol. Como él nunca lo había vivido le pareció casi una fiesta exótica. Hasta hubo regalos para él. Una lapicera, un CD de música clásica y una corbata de seda azul con torres Eiffel pequeñas, estampadas en color rojo. Fue el regalo de su suegra, quien pensó que esta prenda de vestir lo haría sentir más cerca de sus raíces.

–Tendrás que usarla o mi mamá se va a ofender –dijo Ismael.

–Bueno, yo creo que ya he hecho un gran esfuerzo aceptando esta invitación. No me obligues a más por favor. Y tenemos que irnos pronto porque debemos ir a ver a Sofía.

–No me digas que lo pasaste mal. ¿No te gustó la comida? ¿Alguna mala cara...?

–No seas tonto, Ismael, ya te expliqué que la Navidad no significa mucho para mí. Vamos a despedirnos. Ya es tarde.

Sofía recibió con alegría a sus amigos. Se encontraba en su departamento con Pablo y su madre. Maurice no pensó

en un regalo para Sofía, pero ella sí. Lo hizo sentar en el sillón del living y cerrar los ojos. Luego puso un paquete entre sus manos. Maurice abrió los ojos y comenzó a desenvolverlo. Esas situaciones lo incomodaban terriblemente pero trató de continuar con naturalidad. El contenido parecía tener algo blando, como un cojín. Resulto ser un muñeco que Sofía había pedido reproducir a su madre del modelo de un diseñador japonés. En el pecho, tenía bordada la palabra *Merci*.

V

Ha llegado carta...

Las dependencias de Batha estaban más repletas que nunca. La Navidad ya había pasado y se acercaba el Año Nuevo. La gente quería lucir bella para esperar la llegada del nuevo año, por lo tanto había que comprarse ropa nueva. Trae buena suerte, dicen. Blanca Montes no podía contener su ansiedad y trataba a todo el mundo de ineptos. Parte de la colección especialmente diseñada para la ocasión aún no llegaba y debía estar instalada en los estantes hacía dos días. Un regimiento de vendedoras velaba porque cada clienta tuviera lo que necesitaba. Los probadores no daban abasto y los guardias de seguridad vigilaban desconfiando de todo el mundo. Con el celular pegado en la oreja, Blanca monitoreaba lo que pasaba en la otra boutique. “No te preocupes Blanca”, contestaba Sofía al otro lado, “todo está controlado”.

La organización de Sofía era total. Sabía que el comercio en la época de Navidad y Año Nuevo era un caos en todos lados y quería que la situación no se le fuera de las manos. Junto con Maurice planearon todo estratégicamente, más vendedoras, más vigilancia, más stock, más de todo. No podían permitirse ningún error.

La vida de Sofía retomaba su curso normal. Desde su salida del hospital todo marchaba sobre ruedas. Trabajaba con la misma energía de siempre, y continuaba con sus estudios de idiomas y marketing. Ya era capaz de atender ciertos asuntos en inglés y entendía bastante el francés. La metamorfosis durante todos los meses que habían pasado era considerable. Su manera de expresarse, serena, pausada, reflexiva, su capacidad para tomar decisiones en el negocio, todos los conocimientos nuevos, sus progresos en cultura general, que la ayudaban a salir victoriosa en los eventos sociales, su naturalidad, eran atributos que ni ella misma estaba consciente de poseer; sin embargo Maurice se encargaba en todo momento de recordarle que

su historia era la de la oruga que se convierte en mariposa. Simplemente debía disfrutar de su evolución, de nuevo estado.

El día 29 de diciembre a las siete de la tarde Pablo esperaba sentado en el comedor la llegada de Sofía. Estaba inquieto porque debía darle una noticia que no sabía como la haría reaccionar. Tenía una carta entre las manos que leía una y otra vez, la doblaba, la metía en el sobre y luego la sacaba para leerla nuevamente.

–Hola mi amor, como estás –preguntó Sofía cuando llegó.

–Bien, esperándote.

–Tienes cara de preocupación...

–No, sí...

–Qué pasa...

–Toma, lee por favor.

Estimado Señor,

Tenemos el agrado de informarle que su solicitud de beca ha sido aceptada por nuestra Universidad. Le rogamos completar el formulario adjunto a la brevedad y enviarlo a nuestras oficinas. Apenas recibamos este documento, le comunicaremos por mail el procedimiento necesario para que usted pueda disponer del dinero que le servirá para pagar su ticket de avión...

–¿Pero por qué no me habías contado nada de esto?

–Nunca pensé que fuera a resultar. Cuando estuvimos en Buenos Aires escribí un reportaje y lo envié al concurso, y bueno, me seleccionaron... Incluso hasta lo había olvidado.

–¡Pero te vas en un mes!

–Si tú me autorizas...

–Tonto, es sólo que no sé qué decir... España es tan lejos... y un año es tanto tiempo.

–¿Y crees que me olvidaría de ti? ¿Piensas que la distancia es el olvido, como dice la canción?

–No, claro que no. Es una excelente oportunidad para ti, y tendría que ser muy egoísta para oponerme. No Pablo, estoy feliz que hayas logrado esto. Debes aprovecharlo.

Ambos se abrazaron fuerte. Las separaciones, en las circunstancias que sean siempre son motivo de preocupación, de incertidumbre, sin embargo su relación se había fortalecido y tenían confianza en el futuro. Ya habían pensado en fundar una familia, tener una casa, hijos, un perro y un jardín y no dejarían que la distancia les impidiera concretar estos proyectos. Abrieron una botella de vino tinto y brindaron. El agudo sonido de las copas al chocar se esparció en el aire, duró unos segundos y se detuvo dando paso a otro capítulo.

VI

Fiesta, que fantástica, fantástica la fiesta...

Rafaella Carrá

Pasar las fiestas en la discotheque Le Carré sería la tendencia. Un lugar que con el pasar de los años había sido una cárcel, un centro comercial y un taller de fabricación de telas.

Fueron dos jóvenes arquitectos, amigos de Maurice, que decidieron comprar el local, renovarlo y fundar Le Carré. La elección del nombre no fue tarea fácil, influenciados por lo que ya existía en la capital, habían pensado en bautizarlo "Luxor", pero Maurice quien asesoró a sus amigos en materia de imagen y comunicación se opuso terminantemente, argumentando que una gran parte de los boliches que había, ya tenían esos típicos nombres griegos, egipcios o romanos, como Ramsés, Luxor, Pírgos, Mikonos o Delos. Así que fue él quien propuso Le Carré, copiando el nombre de un célebre y elegante bar parisino.

El proyecto se concretó con éxito y el gran día de la inauguración oficial sería la noche del Año Nuevo. Maurice podría invitar a quien quisiera y ser recibido como un rey en el espacio VIP. Evidentemente invitó a Sofía y Pablo. Los cuatro pasarían una noche inolvidable: glamour, trago gratis, celebridades, música ensordecedora, baile. Todos los elementos necesarios para enterrar un año viejo y darle vida a otro.

Era el primer auto que Blanca había comprado, un Susuki Vitara blanco. No tenía ganas de pasar el Año Nuevo en su país así que invitó a Karen a Buenos Aires. La fila para pasar la aduana en la frontera fue interminable. Gracias a la manía de Karen de pensar en todo, no pasaron hambre ni aburrimiento, en su bolso había una carga de comida

para resistir dos días y por lo menos treinta compacs discs con música de todos los estilos, entre ellos, una antología de “*Cecilia, La incomparable*”. Una cantante latina de los años sesenta, popular por sus canciones en italiano.

Cuando llegaron a Buenos Aires era alrededor de las once de la noche del último día de ese año. El ruido de los fuegos artificiales se hacía sentir en el ambiente de la capital trasandina y la gente caminaba rápido para reunirse con los suyos. Blanca y Karen no habían planificado su estadía, pero tenían la dirección de una amiga que vivía en el barrio de La Recoleta. Se dejaron caer en su departamento como dos paracaidistas, sin avisar. La amiga, vieja compañera de andanzas de Blanca, las recibió con los brazos abiertos en su enorme departamento. Había organizado una fiesta y alrededor de treinta personas de todos los estilos, se paseaban por su casa, algunos con un trago en la mano, otros con un cigarro o un pito de marihuana. Dieron las doce y todo el mundo gritó y se abrazó, el DJ subió la música y el ambiente se relajó por completo. Gritos, risas, baile.

–Te deseo lo mejor para este año, Karen, y quiero que sepas que siempre puedes contar conmigo.

–Gracias amiga...

Con la euforia del momento y unos cuantos tragos de más. Blanca quiso acompañar su abrazo de Año Nuevo con un beso en la boca de Karen, pero ésta apartó su cabeza diciéndole que no, que no quería que su amistad se perdiera...

Fue el último Año Nuevo que pasarían juntas. Blanca lo recordaba con una nitidez extrema, sentada frente al espejo, mientras peinaba su melena rubia y se preparaba para recibir el año nuevo en una aburrida cena con gente ligada a la empresa.

Los imágenes de Karen regresaron con fuerza y hacía lo posible por ahuyentarlos, sin éxito, ayudándose de un vaso de whisky sin hielo.

El departamento de Esteban estaba decorado con globos dorados y serpentinas plateadas, velas y la música sonaba a todo full. Agarrado del cuello de Maurice, borracho hasta más no poder, Esteban comenzaba su clásico discurso:

–Nunca te voy a dejar mi amor, eres lo que más amo en el mundo.

–Bueno, te creo, pero vamos a la cocina y te preparo un café.

Todos los años nuevos eran iguales. Un departamento lleno de gente extraña, porque los amigos de Esteban eran cientos y los de Maurice contados con los dedos de las manos. Todos los años lo mismo. El vecino del departamento del lado, un solterón amargado, llamando a la policía porque no soportaba el ruido que hacían “las locas del lado” que gritaban como gallinas cluecas, cuando ponían un disco de Madonna.

Maurice se acordaba de todo eso y le daban ganas de reír. La imagen de su ex, sentado en la cocina tomándose un café bien cargado, con la camisa afuera, un gorro de vikingo en la cabeza y un collar de papel en el cuello jurándole amor eterno en el pasado, lo hacía darse cuenta que nada es para siempre.

El último día del año en San Víctor, a pocas hora de la despedida de un año viejo, era como si un cataclismo hubiese azotado la ciudad. El silencio era total. Todas las familias se congregaban en sus hogares alrededor de un árbol de pascua que pronto perdería protagonismo. La gente se entretenía preparando papelitos en los que escribía las cosas buenas y las cosas malas; estas últimas las quemarían para que nunca más volvieran a ocurrir. Cuando la medianoche llegara, todos se abrazarían, la familia, los amigos y los vecinos. Comerían lentejas, uvas, brindarían con los anillos dentro de una copa de champán,

se subirían en una silla con los brazos cargados de maletas y bolsos, teniendo fe en que la cábala surtiera efecto y los premiara con un viaje.

Para la entonces Jéssifer todos los años nuevos eran así. La televisión estaba encendida a todo volumen con el programa *“Bienvenido el Año Nuevo”* que animaba Francisco Fersen y Pía María del Pozo. Las grandes figuras del espectáculo bailaban, se disfrazaban y reían todo el tiempo. Todos estaban felices y contentos.

La madre de Jéssifer se quejaba en la cocina que las lentejas le habían quedado duras y que los rulos de su peinado no estaban como ella quería.

Jéssifer se encerraba en su pieza para arreglarse y recibir el Año Nuevo de la forma más decente posible. Como no tenía plata para comprarse ropa nueva, trataba de combinar cuidadosamente lo poco que tenía. Un vestido al que le hacía unos retoques descosiéndole las mangas o agregándole un detalle como una flor o una cinta de seda alrededor de la cintura podía transformarse en la tenida perfecta para la gran noche. Su pelo siempre lo dejaba suelto, peinado, liso, bien cuidado, como si se tratara de su máximo accesorio. Todo el mundo le alababa su melena larga, negra y brillante y desde que era una niña la cuidaba brindándole los más diversos tratamientos, champús con extractos de quillay, bálsamos de miel, enjuagues de agua con aspirina para prevenir la caspa, masajes con palta o con cuanto producto natural recomendaba la revista *“Vanidades”*

A las diez y media en punto estaba lista cada año y ayudaba a su madre a preparar lo que faltaba. Sacudía por última vez el polvo de los muebles, como queriendo borrar todas la suciedad que había dejado el año que se iba, ponía los cojines del gran sofá del living milimétricamente uno al lado del otro y verificaba que nada faltara en la mesa. Todo estaba dispuesto, el pan de pascua, una botella de champán Valdivieso que su vecina les regalaba todos los años porque su esposo era empleado en esa empresa, las copas, y la fuente con las lentejas cocidas. A medida que los minutos pasaban y la televisión anunciaba que ya quedaban

pocos minutos para despedir el año viejo el nerviosismo aumentaba y ambas, Jéssifer y su madre, se sentaban en el living a esperar. Antes, eran Jéssifer, su madre y su abuela, pero cuando esta última murió, habían aprendido a vivir estas fechas de a dos. Pero las vecinas en el pueblo eran unidas, se visitaban, se abrazaban, compartían un rato la una en la casa de la otra y luego salían a la calle para ver pasar la gente. Jéssifer se resignaba cada año al famoso ritual, pero tenía esperanzas de que algún día podría vivir un año nuevo distinto, con gente distinta. Cuando el año nuevo llegaba Eunice se ponía a llorar y pensaba en su madre. Jéssifer la consolaba hasta cuando sus lágrimas se secaban completamente. Después de los abrazos, los saludos de las vecinas, los brindis, las lentejas y el sonido de la sirena de los bomberos que anunciaba las doce se apagaba completamente, todo volvía a la normalidad, el día primero llegaba y como llegaba, se iba.

El vestido que Jéssifer había transformado, esperaría en el ropero hasta el año siguiente. Acompañado de una chaqueta o un pañuelo, según como lo dictara la tendencia del momento, podría servir para ser usado una vez más.

VII

El abrazo es una muestra de amor o saludo

Wikipedia

Los recuerdos de cada uno afloraban con fuerza en sus mentes. El pasado era siempre el invitado de honor la noche de Año Nuevo. Las penas, las alegrías, todos los componentes que conformaban la vida se reunían esa noche. ¿Por qué no olvidar todo? Porque no se podía. Porque los seres humanos no somos capaces de borrar el pasado como se borra una letra que escribimos con un lápiz grafito, porque el ser humano necesita referentes. Para evaluar si un año fue bueno, debimos haber vivido uno malo. La muerte, la cesantía, una separación, una enfermedad son ejemplos de lo malo. Un ascenso, el amor, un viaje, ganarse un premio en un concurso, son ejemplos de bueno.

Todos pensaron en lo bueno y lo malo. Esa noche del 31 de diciembre, mientras se preparaban para salir, Sofía, Maurice Blanca, Ismael, Pablo recorrieron sus vidas, miraron hacia atrás y se vieron más jóvenes, unos con pareja, otros solos. Unos sumidos en ondas depresiones y otros en la búsqueda de un equilibrio que nunca encontraban; algunos escapando de los miedos y angustias que los perseguían, otros resignándose a la vida que les había tocado vivir.

Jéssifer, tratando de encontrar un destino distinto.

Le Carré, estaba a punto de estallar. La cantidad de gente que estaba invitada a la inauguración era impresionante. Sofía y Pablo fueron los primeros en llegar, pudiendo desplazarse difícilmente entre la interminable hilera de gente que esperaba entrar. Mostraron al guardia su invitación en las que aparecían las tres letras mágicas, VIP, y se abrieron paso ante la mirada envidiosa de todos

los que esperaban afuera. Tomados de la mano para no perderse en el mar de gente, subieron una escalera de caracol de un metal dorado reluciente y llegaron al salón de las Very Important Persons. Sofía ya estaba acostumbrada a ese tipo de eventos, pero Pablo no. Miraba con sorpresa cada personaje que estaba presente.

–Sofía, mira, es la Quelita Larrea...

–Sí, sería sorprendente que no estuviera aquí.

Una decena de fotógrafos la iluminaba con sus flashes y Quelita, la famosa modelo, sonreía exhibiendo su radiante sonrisa exageradamente blanca, prueba fehaciente que el tratamiento de rayos láser que le realizara el doctor Rodríguez, el dentista de las estrellas, era cien por ciento efectivo.

Natalia Wilson también estaba presente. Natalia era la diseñadora de modas más querida del momento. Sus colecciones se vendían con gran éxito en toda América Latina. Y la prensa se abalanzaba sobre ella y la perseguía en todos los eventos a los cuales asistía. Su relación con los periodistas era de amor y de odio; en ocasiones declaraba estar harta del acoso y otras, aseguraba que sin la prensa su trabajo no hubiese sido reconocido como lo era. Dotada de una figura alta y curvilínea, *Madame Wilson*, como se conocía en el medio, era todo un personaje. Trasgresora, daba siempre a sus colecciones un planteamiento social y polémico de las cuales se oían los más variados comentarios en los medios.

Su última tendencia había sido el regreso de los escotes profundos en la espalda, los encajes y las transparencias. Su último desfile había causado escándalo en la capital porque sus modelos eran mujeres comunes y corrientes, viejas y jóvenes que lucían sus diseños y caminaban por una pasarela instalada en el Museo Nacional de Bellas Artes. Sus creaciones eran arte, reclamaba; Los críticos más conservadores no opinaban lo mismo cuando vieron a una mujer de ochenta años pasearse con un vestido rojo, supuestamente de novia, con ramo y todo que dejaba ver su espalda hasta el cóccix.

La noche estaba que ardía. Conmocionados por el ambiente que se vivía en el lugar, Sofía y Pablo no se dieron cuenta de la llegada de Maurice e Ismael, que estaban sentados en la barra con una copa de champán en la mano.

–¿Llegaron hace rato? –preguntó Sofía.

–No, hace unos quince minutos. Hace tanto calor aquí adentro que lo primero que hicimos fue venir a buscar un trago. Ustedes van a tomar algo me imagino...

–Sí, claro, voy a buscar champán también –dijo Pablo alejándose del grupo.

–La noche está que arde. Nunca había visto tanta farándula junta. Y la Quelita por supuesto, que no puede faltar a ninguna inauguración –dijo Maurice.

–Sí, ¿la viste? Tiene los dientes tan blancos que parece que se los hubiese pintado con corrector líquido. Sin hablar de la Titi Paterson que quedó desfigurada con su último lifting. Qué horror. La manía que tienen estas mujeres de arruinarse la cara a tal punto.

–La pura verdad oye... –agregó Maurice con un tono de vieja chismosa-. Y te fijas que a todas “éstas” ni les alcanza el cerebro para ponerse nombres decentes. Todas se llaman Kena, Laly, Kely, Lily, Mitzy, Vivy, como si todos fuéramos unos estúpidos incapaces de memorizar un nombre y un apellido...

–Bueno, paremos el chismorreo y brindemos por el año viejo –dijo Pablo-, que llegaba con dos copas en la mano.

–Buena idea –agregó Ismael-, es tiempo que éstos dos terminen de hablar de toda la discotheque...

–¿Y tú crees que ellos no hablan de nosotros?

–Claro –dijo Sofía-. Además Oscar Wilde dijo: *“es mejor que hablen mal de nosotros, a que no digan nada...”*.

–¡Wow!, una frase de Wilde para finalizar el año, ¡qué intelectual! Brindemos por eso entonces.

–¡Porque hablen de nosotros siempre! ¡Salud!

Las cuatro copas con el líquido burbujeante brillaban con el reflejo de las luces de la discoteque, mientras que el tradicional “salud” era pronunciado entre gritos y risas.

Las 11:45 PM. No cabía ni un alfiler en Le Carré. La música lounge resonaba a todo volumen en el sector VIP y los gruesos vidrios no dejaban pasar los sonidos de las canciones con las cuales el DJ tenía la locura en la pista de baile..

11:50: Los dueños de la discoteque, vestidos de smoking, se dirigen al público entre gritos de histeria. Se veían guapos, como si fueran a entregar un Oscar.

“...Estamos felices de ver tantos amigos reunidos aquí en Le Carré. Faltan sólo diez minutos para que comience el nuevo año y vamos a ser breves para dejar a todos abrazarse tranquilos. Sólo tenemos que decirles que ¡Le Carré está abierto! ¡Larga vida a Le Carré! Disfruten de la noche, y del magnífico show que hemos preparado para ustedes! ¡Que se abra el telón! Un beso a todos! ¡Y Salud!”...

El gran telón subió lentamente, dejando aparecer un grupo de bailarines vestidos con trajes de cuero negro. Hombres de cuerpos apolíneos y mujeres con siluetas perfectas. Sus brazos se abrían y apuntaban hacia el cielo en un silencio total. Una música suave comenzó a sonar. Eran los primeros acordes de la canción *Un año más* de Mecano al mismo tiempo que una mujer vestida entera de plateado con una inmensa peluca blanca, como las que usaba María Antonieta, comenzaba a cantar la canción con una voz espectacular.

Miles de voces comenzaron a cantar la canción al unísono...

“Y en el reloj de antaño como de año en año, cinco minutos más para la cuenta atrás...”

Sofía y Pablo observaban y disfrutaban del espectáculo desde el salón VIP, donde los vidrios se habían abierto y se podía oír la gente cantar, la música y el ruido.

—Cuando escuché esta canción por primera vez era una niña. Este grupo me encantaba, me sé casi todas sus canciones de memoria. La noche está maravillosa, mágica. Nunca me había sentido tan feliz. Siempre pensé que algún día pasaría la noche de Año Nuevo así y no puedo creer que sea verdad —dijo Sofía.

—Para que veas —respondió Pablo—, los sueños a veces terminan por hacerse realidad.

Sofía agarró la mano de Pablo con fuerza, pensando que pronto la dejaría sola, que partiría a España, a las tierras de Ana Torroja. Trató de no ponerse triste pero era la noche de Año Nuevo y la nostalgia siempre se da cita esa noche. Intentó ocultar sus pensamientos, pero Pablo se dio cuenta.

—Ya sé lo que estás pensando, en mi viaje a España. Pero no te preocupes, el tiempo pasa rápido, nos escribiremos todos los días, te llamaré. ¿Tú crees que te voy a dejar escapar tan fácilmente? Estás equivocada. Me costó mucho encontrarte, y conquistarte. No voy a dejar que esta historia tenga fin, debemos seguir construyéndola juntos, pase lo que pase. Por favor no pienses más en eso, disfrutemos de la noche, el año viejo se va y con él todo lo malo. Miremos adelante, al futuro, a lo nuevo que llega.

La cantante terminó su canción. Todo estaba sincronizado. Terminó de cantar cinco minutos antes de medianoche.

Nueve, ocho, siete, seis... Todos contaban a gritos hasta llegar a cero y los abrazos comenzaron, las luces, miles de papeles dorados picados en finos pedazos caían al suelo bañando la multitud de destellos luminosos. Pablo abrazó a Sofía con todas sus fuerzas. Un verdadero abrazo de Año Nuevo, como siempre lo esperaron cada uno, con sus cuerpos unidos y sus mentes también. Sus mentes que guardaban los recuerdos de los meses pasados juntos, sus alegrías, sus penas, sus frustraciones, sus proyectos,

su futuro. Sofía no pudo evitar llorar, había sido un año intenso, cargado de emociones que nunca imaginó sentir, de experiencias por las cuales jamás pensó pasar. A veces la vida está quieta, estática, nada extraordinario sucede y de pronto todo se convierte en un huracán, en una centrífuga que con sus vueltas cambia todo de lugar. En todos sus años nuevos dio miles de abrazos, a su familia, a sus amigos, pero en ese momento se encontraba abrazando a la persona con la cual había decidido estar el resto de su vida, la persona que amaba. Pablo, el garzón que llamó su atención, que la buscó por todas partes y la encontró, el que estuvo con ella, acompañándola en los momentos más difíciles de su vida, el que le enseñó a vivir la vida de a dos, porque es más fácil la vida de a dos, porque el destino se hace más llevadero, estando solo se puede vivir, pero siempre falta algo. Para no vivir solo la gente se apega a diferentes cosas, a la religión, a un pasatiempo, las flores, los autos, la televisión, el cine. Para enfrentar la vida y matar el tiempo la gente cocina, lee, escribe cartas, recorta noticias de los diarios, compra. Para encontrar una pareja, la gente busca en internet, va a citas a ciegas, pregunta la hora a un desconocido que le parece interesante con el fin de prolongar una conversación y buscar en esos gestos forzados la oportunidad para encontrar el “gran amor”. Sofía se sentía afortunada, nunca debió recurrir a todo eso. Pablo llegó a su vida simplemente porque su destino se lo tenía reservado y ella lo aceptó. A veces no se puede ir contra el destino, hay que aceptarlo, sobre todo cuando ofrece felicidad.

–Mi amor, en que piensas, ya son las doce, es el Año Nuevo...

–Nada, es sólo que no quiero despegarme de ti, quiero que este abrazo dure para siempre. Soy feliz.

A pocos metros estaban Maurice e Ismael terminando de abrazarse.

–Vamos a la pista de baile, no nos vamos a quedar todo el rato aquí –propuso Ismael.

Todos bajaron a la pista de baile y se mezclaron con la multitud.

Cientos de cabezas se movían al compás de la música tecno. Cada una con un cerebro al interior, con un nombre, con una historia, con un pasado, con preocupaciones que quedaban atrás porque era un momento de diversión, de olvido, de vaciar la mente y pensar que la vida era linda, que muchos años habían pasado y que vendrían otros llenos de nuevos acontecimientos, de triunfos, de derrotas. Vendría el futuro, ese futuro que siempre era incierto. Pero en ese momento todos los que estaban allí sólo vivían el presente, y el presente era estar en la inauguración de la que sería por años, la discoteque más popular de la capital. El lugar en que Pablo y la ex Jéssifer se fundieron en un interminable abrazo de Año de Nuevo.

VIII

Os quiero, os amo, os adoro...

Julio Iglesias

–Pero hija, no se preocupe, el tiempo pasa rápido y verá que su Pablo estará de vuelta en menos que canta un gallo.

Las palabras de Eunice estaban acompañadas de una gran sonrisa para dar aliento a su hija. Ella sabía del amor, siempre había sido una enamoradiza silenciosa, y era sabia en ello. Amó por años al padre de Jéssifer en silencio, como una monja que se enamora perdidamente de un cura y que no puede decir nada.

–Pablo la ama y no se puedes imaginar cuánto. Se nota en su mirada, en como la trata, como la mira...

Soffá se sentía incómoda al revelar su pena a su madre. Nunca había conversado de amor con ella, pero Eunice supo sacar a flote los verdaderos sentimientos de su hija.

–Sabe mamá que no estoy triste. Yo estoy segura que Pablo piensa en mí, y yo en él, pero también hay que ser sinceros y no vendarse los ojos para no ver la realidad. El amor a distancia...

–¿Qué quiere decir, hija?, ¿que todo puede terminarse porque están separados?

–No sé mamá. Pablo descubre el mundo, es un estudiante, lleno de proyectos. Europa es Europa. Cuando yo estuve en París no podía creer lo que veía, un mundo tan diferente, lleno de cosas nuevas; en fin, sólo quiero ver esto de la forma más objetiva posible.

–Después de todo, tiene razón hija, la vida es la vida y hay que vivirla como viene. Sabe que su padre me prometió el sol y la luna y yo dije no. Tal vez fui una tonta y debí aceptar su ofrecimiento. Tal vez habríamos formado

un lindo matrimonio y usted habría crecido en un familia normal. Quién sabe si hasta hubiese tenido más hermanitas o hermanitos. Pero le dije no y decidí criarla sola. Pero lo hecho hecho está y no hay vuelta atrás.

Mi consejo es que ustedes tienen que hacer todo lo que esté de su parte para que la distancia no apague la llama. Si resulta, bien; si no, mala suerte, pero no se reprochen que no lo intentaron. Yo por ejemplo, no lo intenté. Ustedes son jóvenes y están viviendo en un mundo moderno, donde se viaja con más facilidad, donde todos tienen súper teléfonos, donde pueden mandarse mensajes, verse, antes yo nunca vi todo eso. Lo mío eran las cartas de amor. ¡Uy! Si supiera cuantas cartas nos mandamos con Raimundo. Yo me encerraba en la pieza escondida de su abuelita a escribirle, todavía tengo algunas guardadas por ahí... Pero bueno, ya no nos pongamos sentimentales, tiene que probar el pan de pascua que compré y le voy a servir un poquito de cola de mono también.

Mientras Eunice se dirigía a la cocina, el teléfono de Sofía sonó. Era un sms de Pablo:

“Llegué a Madrid, es una ciudad maravillosa y me encantaría estar contigo. Te mando un mensaje más largo después. Te amo”.

Maurice acababa de llegar a la oficina con unas ojeras que le colgaban como dos bolsas plásticas. El fin de año había sido festejado hasta la última gota y luego, la fiesta de despedida de Pablo. Enero había comenzado movido y ya no aguantaba los traspasos como antes; los efectos del alcohol y las horas sin dormir podían adivinarse en su rostro.

Sentado frente a su computador, luchaba contra el sueño. En una mano tenía un gran tazón de café cargado, mientras con la otra daba vuelta las páginas de los diarios que estaban en su escritorio. Sin poder concentrarse, depositó bruscamente la taza de café sobre uno de ellos, derramando

un chorro de líquido que se esparció rápidamente sobre la cobertura del “Metro-Poli”, una publicación especializada en noticias de la farándula, y al levantar la taza para limpiar, sus ojos no pudieron creer lo que veían. Impresa en el diario, una foto a todo color, mostraba la imagen de Blanca Montes besándose en la boca, con otra mujer.

“La emperatriz de la moda nacional, en un apasionado Año Nuevo”. Blanca Montes, la Gerente General de las Empresas Batha, es vista besándose sin complejos con la destacada periodista Mónica Blanes de Canal 9. Ambas, con algunos traguitos de más dieron rienda suelta al que probablemente será el romance del año...”

Maurice estaba perplejo, no lo podía creer. En efecto, era Blanca Montes y la otra mujer, Mónica Blanes, la famosa periodista política de uno de los canales más conservadores de la televisión.

Buena manera de comenzar el año, pensó Maurice. Apenas se hubo recuperado un poco del shock, la puerta de su oficina se abrió enérgicamente. Sofía entró con el mismo diario en la mano.

–¿Viste la foto de Blanca?

–Sí, acabo de verla.

–Y que hacemos, ¿la llamamos?

–Estaba a punto de hacerlo. Quédate aquí mientras la llamo.

Blanca Montes estaba desaparecida. Su teléfono celular no respondía. Una decena de periodistas comenzaron a tomar contacto con la boutique y algunos se desplazaron directamente, queriendo preguntar a Sofía y Maurice qué pasaba con el romance de Blanca. Ni uno ni el otro atendieron las llamadas ni hablaron con ellos. La situación era muy compleja para tomar decisiones apresuradas o decir cualquier cosa.

Después de una hora Blanca llamó a Maurice.

–No te preocupes, vi la foto y tengo todo bajo control. Sólo voy a asumir dignamente lo que pasó y la locura que

hice, de la cual por supuesto no me arrepiento. Lo único que siento de todo esto, es que a la pobre Mónica la llamaron a primera hora para despedirla. Pero estos infelices no saben lo que están haciendo. Una, porque Mónica es una mujer que no se va quedar de brazos cruzados y otra, porque estamos juntas en esto y yo la voy apoyar en todo lo que sea necesario para destruir ese canal de mierda.

–¡Pero Blanca, y Batha! Todas estas viejas conservadoras que vienen a comprar ropa aquí no van a entender tan fácilmente que la gerente general anda besuqueándose con otra mujer...

–Pero mi querido Maurice, te desconozco... Tú sabes que este tipo de “accidentes” pueden transformarse en una excelente oportunidad cuando son manejados correctamente. En una hora tengo una reunión con la agencia de marketing y tu y Sofía se vienen corriendo para acá. Escuchaste. Vas a ver que esos fotógrafos muertos de hambre ni se imaginan el gran favor que nos hacen.

–Ok, –respondió Maurice. Nos vamos enseguida, intrigado sobre el plan que tenía Blanca para salir del “accidente”.

IX

Dicen que la distancia es el olvido...

Llegar a Europa en pleno mes de enero no es fácil. Después de haber pasado las fiestas de fin de año con sol y calor y haber disfrutado de las playas en camiseta y bermudas, Pablo se encontraba vestido de invierno, con parka, gorro y bufanda. El invierno además en España estaba sintiéndose extraordinariamente frío, con temperaturas de hasta cinco grados bajo cero.

“Tengo una buena primera impresión de esta ciudad –escribió a Sofía–. El vuelo estuvo tranquilo pero interminable, tú sabes que los aviones me ponen nervioso, no tengo tanta experiencia, no pude dormir nada y el mínimo ruido me hacía aumentar el ritmo cardíaco. A mi lado viajó una señora muy simpática, se dio cuenta que estaba nervioso y me hablaba mucho para mitigar mi preocupación. Finalmente no retuve mucho de lo que me decía. A pesar de ser simpática no era muy interesante. Tú sabes que la gente que habla mucho a la primera me incomoda, creo que habló de sus nietos. Francamente no me interesaba que su Pepito o su Juanito hubiesen aprendido a nadar o andar en bicicleta...

La llegada a Madrid fue un poco tensa al principio, el aeropuerto de Barajas es E N O R M E, afortunadamente sé leer y pude seguir las indicaciones sin problemas. Los policías españoles me trataron bien, pero una mujer que estaba haciendo la cola detrás de mí no pudo decir lo mismo. La llamaron para un lado y comenzaron a interrogarla insistentemente, luego no supe más. Tenía que ir a buscar mis maletas...

Para llegar a la Residencia de Estudiantes, tomé el metro desde el aeropuerto, súper fácil. Tuve que cambiar en una estación que se llama Nuevos Ministerios y de ahí dos cambios más para llegar a Gran Vía, una inmensa avenida con edificios impresionantes. La Residencia está

aquí, en esta avenida y la universidad a la que tendré que ir a las clases, sólo a algunos metros. Una tía muy guapa me recibió en la recepción –mentira–, era una mujer bien fea que me hizo pensar en una actriz de Almodóvar, esa que se montó en una moto con un revólver en la mano, en “Mujeres al borde de un ataque de nervios”. Me preguntó mi nombre, buscó en una lista y me llevó a mi pieza. Un lugar no muy lindo, impersonal -falta una foto tuya- y con un fuerte olor a lustramuebles. Cuando me quedé solo adentro me senté en la cama y me pregunté si todo esto tenía sentido. Pienso mucho en ti, y desde que te dejé en Policía Internacional del aeropuerto, no paro de hacerlo... Te amo. No puedo seguir escribiendo, la mujer de Almodóvar vino a golpearme la puerta y a entregarme los programas que debo seguir al pie de la letra. Todo está muy intenso, finalmente no voy a tener tanto tiempo libre para turistar... Te escribo pronto mi amor, no tengas dudas...

Tu Pablo que te adora...”

X

Je vais bien ne t'en fais pas

Camino hacia las oficina de Blanca, Maurice aprovechó de preguntar a Sofía como estaba viviendo la separación de Pablo. Los últimos días casi no habían tenido tiempo de hablar de sus vidas privadas. El año había comenzado con muchos asuntos laborales de los cuales preocuparse.

–Bien, yo creo que estoy bien, contestó Sofía. Hemos permanecido en contacto y al parecer todo está bien para él. Me cuesta acostumbrarme llegar al departamento y que esté vacío pero supongo que es normal. Afortunadamente tenemos mucho trabajo, eso me ayuda a pensar en otra cosa. ¿Y tú? ¿Cómo van las cosas con Ismael?

–Las cosas con Ismael van bien. Lo vamos a ver ahora, seguro que va a estar en la reunión. Está feliz con su trabajo, lleno de vida y de energía. Es tan agradable compartir tu vida con alguien que se siente realizado en lo que hace.

–¡Mira!... Sofía interrumpió abruptamente la conversación para pedir a Maurice que observara uno de los paneles publicitarios en las calles:

BATHA, Un mundo...

Era la nueva campaña publicitaria de la boutique que había comenzaba a verse en la ciudad.

–En efecto, comentó Maurice. Batha es todo un mundo...

Octava Parte

JÉSSIFER, su fabuloso destino

I

El mundo es un pañuelo...

–¿Y cuál es tu nombre?

–María Luisa Santolaria, ¿y el tuyo?

–Pablo Duarte...

–¿Y qué haces en Madrid?

–Una beca en esta universidad...

–Yo soy la maestra de fotografía.

–La fotografía me apasiona...

–Para mí es mi vida. Ahora estoy dando una conferencia sobre Henri Cartier-Bresson, tal vez te interesa.

–¿Verdad? Es mi fotógrafo favorito.

–El mío también, por eso doy esa conferencia.

–¿Tienes tiempo para un café?

–Sí... algunos minutos antes de la conferencia.

II

I'm the best.

La agencia de publicidad que Blanca Montes tenía contratada era la mejor de Latinoamérica, no cabía duda.

El escándalo de Blanca y el beso en el diario dio pie a un concepto que iría de la mano con fuertes movimientos sociales que se estaban produciendo en el país y que tenían que ver con la defensa de los derechos de la minorías sexuales.

La apuesta fue osada. Los impresionantes afiches publicitarios en los edificios de la capital, mostraban a parejas heterosexuales y homosexuales, besándose y usando la ropa de la marca. El eslogan era

BHATA,

digan lo que digan...

Ser diferente estaba a la moda y comprar Batha era la mejor manera de demostrarlo. Además se comparaba la marca con la célebre *Benetton*, a quienes llegaron a superar en las ventas.

El incidente de Blanca y la periodista pasó a segundo plano. Es más, todos pensaron que había sido un montaje para asegurar el éxito de su campaña.

Blanca era una zorra.

III

Puede besar a...

Maurice nunca pensó que el país en que vivía iba a evolucionar tanto como lo estaba haciendo.

La ley de la cual tanto se hablaba y se debatía venía de ser aprobada y no se trataba de un simple Acuerdo de Solidaridad Civil; no, era la Ley de matrimonio igualitario, que facultaba –como en muchos países vecinos– a que parejas del mismo sexo pudieran casarse y adoptar hijos como todos.

–Y qué hacemos –preguntó Maurice a Ismael–.
¿Nos casamos?

Ismael respondió:

-Sí, acepto.

IV

*Desconfiada como alacrán sigo mi camino
cristales en un pajar me señalan mi destino*

Javiera Parra

–“Mi name is Sofía Cárdenas and I work for Batha, one of the most influential fashion companies in my country... En la actualidad, contamos con dos tiendas cuyas ventas han aumentado en un cuarenta por ciento, lo que es una cifra considerable, más si tenemos en cuenta el período de crisis que estamos viviendo”.

–¿Y cómo llegó a ocupar el puesto que ocupa?

Antes de responder la pregunta de la periodista norteamericana, todo en inglés, Sofía dirigió la vista hacia Maurice, quien escuchaba atentamente la entrevista.

–Trabajo, mucho trabajo... y un poco de suerte.

“I’am lucky”.

Sofía no era políglota, pero al menos era bilingüe.

FIN

